

WILT

TOM SHARPE

Titulo del original, Wilt

Traducción, J. M. Álvarez Flórez

Sobrecubierta, Emil Tröger Para Carne Uno

Círculo de Lectores, S.A.

Valencia, 344 Barcelona

15 17 6 8 12 16 14

Edición no abreviada

Licencia editorial para Círculo de Lectores

por cortesía de Editorial Anagrama, S.A.

Queda prohibida su venta a toda persona que no pertenezca a Círculo

(C) 1976, Tom Sharpe

(C) Editorial Anagrama, S.A.

Depósito legal: B. 10776-1988

Impreso y encuadernado por

Printer industria gráfica, sa

N. II, Cuatro caminos, s / n

08620 Sant Vicent dels Horts

Barcelona 1988

Printed in Spain

ISBN 84-226-2206-8

N.º 33605

1

Siempre que Henry Wilt sacaba al perro a pasear o, para ser más precisos, cuando el perro le sacaba a él, o, para ser exactos, cuando la señora Wilt les decía a ambos que se fuesen de casa para que ella pudiese hacer sus ejercicios de yoga, Henry siempre seguía la misma ruta. De hecho el perro seguía la ruta y Wilt seguía al perro. Bajaban hasta la oficina de correos, cruzaban el campo de juegos, luego el puente del ferrocarril y seguían por el sendero que bordeaba el río. Continuaban, siguiendo el río, poco más de kilómetro y medio y luego cruzaban otra vez por debajo de la vía férrea y volvían recorriendo calles cuyas casas eran mayores que la de Wilt y donde había árboles grandes y jardines y los coches eran todos Rovers y Mercedes. Era allí donde Clem, un labrador de raza, se sentía evidentemente más a gusto, y hacía sus cosas mientras Wilt esperaba mirando alrededor un poco inquieto, consciente de que aquel no era su tipo de barrio y deseando que lo fuese. Era prácticamente el único momento de su paseo en que él tenía una cierta conciencia de su entorno. Durante el resto del trayecto el paseo de Wilt era un paseo interior y seguía un itinerario completamente distinto de su propia apariencia y de la de su ruta. Era en realidad una jornada de pensamiento ávido, un peregrinaje por sendas de posibilidad remota que implicaban la desaparición irrevocable de la señora Wilt, la adquisición súbita de riqueza, de poder, lo que haría él si le nombrasen ministro de educación, o, aún mejor, primer ministro. Era algo urdido en parte con una serie de recursos desesperados y en parte con un diálogo mudo, de tal modo que quien reparase en Wilt (y la mayoría de la gente no lo hacía) podría haber visto que sus labios se movían de cuando en cuando y que se le fruncía la boca en lo que él suponía cariñosamente una sonrisa sardónica cuando abordaba cuestiones o respondía a argumentaciones con una agudeza de ingenio devastadora. Fue precisamente durante uno de esos paseos, bajo la lluvia, tras un día especialmente penoso en la escuela, cuando Wilt consideró por primera vez la idea de que sólo podrían cristalizar sus esperanzas y podría considerar su vida algo propio si su mujer era víctima de algún desastre no del todo fortuito.

Esto, como todo lo demás en la vida de Henry Wilt, no fue una decisión súbita. No era un hombre decidido. Prueba de ello eran sus diez años de profesor auxiliar (Nivel Dos) en la Escuela de Artes y Oficios Fenland. Llevaba diez años en el Departamento de Artes Liberales dando clases a los alumnos de Instalación de gas, Enyesado, Albañilería y Lampistería. O manteniéndolos en calma. Y durante diez largos años se había dedicado a ir de clase en clase con dos docenas de ejemplares de Hijos y amantes o Ensayos de Orwell o Candide o

El señor de las moscas y había hecho todo lo posible por ampliar la sensibilidad de los aprendices con una notable falta de éxito.

Exposición a la cultura, lo llamaba el señor Morris, director de Humanidades, pero desde el punto de vista de Wilt parecía más una exposición de sí mismo a la barbarie, y ciertamente la experiencia había socavado los ideales y las ilusiones que había sustentado en sus años mozos. Lo mismo habían hecho sus doce años de matrimonio con Eva.

Si los aprendices de instaladores de gas podían pasar por la vida totalmente impermeables al sentido emotivo de las relaciones interpersonales que se refleja en Hijos y amantes, y divertirse groseramente con la indagación profunda de D. H. Lawrence en el carácter sexual de la existencia, Eva Wilt era incapaz de tal distanciamiento. Ella se lanzaba a las actividades culturales y al cultivo y mejorade su personalidad con un entusiasmo que atormentaba a Wilt. Peor aún, la idea que Eva tenía de la Cultura variaba de una semana a otra, incluyendo a veces a Bárbara Cartland y a Anya Seton, a veces a Ouspensky, a veces a Kenneth Clark, pero más a menudo al instructor de la clase de cerámica de los martes o al profesor de meditación trascendental de los jueves, de modo que Wilt nunca sabía qué podía esperarle en casa, aparte de una cena preparada precipitadamente, algunos comentarios vigorosamente expuestos sobre su falta de ambición y un insulso eclecticismo intelectual que le dejaba desorientado.

Para huir del recuerdo de los aprendices instaladores de gas como seres humanos putativos y de Eva en la posición del loto, Wilt caminaba por la orilla del río entregándose a sombríos pensamientos, oscurecidos aún más por la certeza de que por quinto año consecutivo su solicitud de ascenso a la condición de profe-sor titular era casi seguro que fuese rechazada y que, a menos que hiciese algo pronto, quedaría condenado a Instaladores de gas Tres y Yeseros Dos (y a Eva) para el resto de su vida. No era una perspectiva soportable. Tenía que actuar de modo drástico. Por encima de su cabeza pasó atronando un tren. Wilt se quedó mirando sus luces menguantes y pensó en accidentes en pasos a nivel.

— Está tan raro últimamente — dijo Eva Wilt —, no sé qué hacer con él.

— Yo ya he dejado de intentarlo con Patrick — afirmó Mavis Mottram examinando críticamente el jarrón de Eva —. Yo pondría el altramuz un poquito más a la izquierda. Así ayuda a subrayar las cualidades oratorias de la rosa. Ahora el lirio aquí. Hay que intentar conseguir un efecto casi audible de contraste de colores. Como un contrapunto, podríamos decir.

Eva asintió y suspiró.

— Antes estaba lleno de energía — dijo —, pero ahora no hace más que estarse en casa sentado viendo la tele. Lo único que puedo conseguir que haga es sacar al perro a dar un paseo.

— Probablemente eche a faltar los niños — dijo Mavis —. Sé que a Patrick le pasa eso.

— Eso es porque tiene algo que echar de menos — dijo Eva Wilt amargamente —. Henry es incapaz de desarrollar la energía necesaria para ello.

— Lo siento mucho, Eva. Lo olvidé — dijo Mavis, colocando el altramuz de modo que contrastase más significativamente con un geranio.

— No tienes por qué sentirlo — contestó Eva, que no incluía la autocompasión entre sus defectos —, supongo que es mejor así, además. Quiero decir que, bueno, imagínate que tuviese hijos que fuesen como Henry. Es tan poco creativo, y además los niños son tan insoportables... Le absorben a una toda la energía creadora.

Mavis Mottram pasó a ayudar a alguna otra señora a lograr un efecto contrapuntístico, esta vez con berros y malvas reales en un cuenco de cerezas. Eva jugueteó nerviosa con su rosa. ¡Mavis tenía tanta suerte! Tenía a su Patrick, y Patrick Mottram era un hombre tan activo... Eva, a pesar de su situación, daba mucha importancia a la actividad, a la energía y a la creatividad, de tal modo que incluso las personas que no eran demasiado impresionables quedaban agotadas tras diez minutos en su compañía. Hasta en la posición del loto en sus clases de yoga lograba exudar energía, y en sus tentativas de meditación trascendental evocaba una olla a presión en plena ebullición. Y con la energía creadora llegaba el entusiasmo, los entusiasmos febriles de una mujer evidentemente insatisfecha para la que toda idea nueva anuncia el alborear de un nuevo día y viceversa. Dado que las ideas que abrazaba eran triviales o le resultaban incomprensibles, su fidelidad a tales ideas era correspondientemente breve y no contribuía en absoluto a llenar el vacío que dejaba en su vida la falta de logros y triunfos de Henry Wilt. Mientras él vivía en su imaginación una vida violenta, Eva, que carecía totalmente de imaginación, de hecho vivía violentamente. Se lanzaba a cosas, situaciones, nuevas amistades, grupos y encuentros con un abandono temerario que ocultaba el hecho de que carecía de vigor emotivo para persistir más de un momento. De pronto, al retroceder separándose de su jarrón, tropezó con alguien que estaba detrás de ella.

— Oh, perdón — musitó y se volvió y se encontró mirando a un par de ojos oscuros.

— No tiene por qué disculparse — dijo la mujer, con acento americano.

Era delgada y vestía con una descuidada elegancia que quedaba por encima de los modestos ingresos de Eva Wilt.

—Me llamo Eva Wilt —dijo Eva, que había hecho un curso de «Cómo conocer gente» en el Oakrington Village College—. Mi marido da clases en la Escuela de Artes y Oficios y vivimos en la Avenida Parkview 34.

—Sally Pringsheim —dijo la mujer con una sonrisa—. Nosotros vivimos en Rossiter Grove. Disfrutamos de año sabático. Gaskell es bioquímico.

Eva Wilt aceptó las diferencias y se felicitó por su perspicacia respecto a los vaqueros y el jersey. La gente que vivía en Rossiter Grove estaba un escalón por encima de la Avenida Parkview, y los maridos bioquímicos en año sabático eran obviamente profesores universitarios. El mundo de Eva Wilt se componía de estos matices.

—Sabes, no estoy nada segura de que pudiese convivir con una rosa oratorial —dijo Sally Pringsheim—. Las sinfonías están muy bien en las salas de conciertos, pero no las necesito para nada en los jarrones.

Eva la miró con una mezcla de asombro y admiración. Criticar abiertamente los arreglos florales de Mavis Mottram era una completa blasfemia en la Avenida Parkview.

—Sabes, yo siempre he querido decir eso —dijo con un súbito impulso de cordialidad— pero nunca he tenido suficiente valor para ello.

Sally Pringsheim sonrió y dijo:

—Yo creo que hay que decir siempre lo que se piensa. La verdad es algo esencial en cualquier relación realmente significativa. Yo a nene G siempre le digo exactamente lo que pienso.

—¿Nene G? —preguntó Eva Wilt.

—Gaskell, mi marido —dijo Sally—. No es que sea un marido en realidad. Sólo que hemos hecho este arreglo libre para vivir juntos. En fin, estamos en una situación legal y todo eso, pero creo que es importante sexualmente mantener abiertas las propias opciones, ¿no crees?

Cuando Eva llegó a casa, su vocabulario había pasado a incluir varias palabras nuevas. Encontró a Wilt en la cama haciéndose el dormido, y le despertó y le explicó lo de Sally Pringsheim. Wilt se giró e intentó volver a dormirse pensando que ojalá se hubiese limitado a seguir con su arreglo floral de contrapunto. Las opciones libres, sexualmente abiertas, eran lo último que

deseaba él en aquel momento y, procediendo de la esposa de un bioquímico que podía permitirse el lujo de vivir en Rossiter Grove, no auguraban nada bueno para el futuro. A Eva Wilt la influían demasiado fácilmente la riqueza, el estatus intelectual y las nuevas amistades para que pudiese permitírsele salir con una mujer que creía que la estimulación clitorica de tipo oral era una parte concomitante de una relación totalmente emancipada y que el unisex estaba aquí para quedarse. Wilt tenía problemas suficientes con su propia virilidad sin necesidad de que Eva exigiese que sus derechos conyugales se suplementasen oralmente. Pasó una noche inquieta entregado a lúgubres pensamientos sobre muertes accidentales con trenes rápidos, pasos a nivel, su Ford Escort y el cinturón del asiento de Eva, y se levantó temprano y se hizo el desayuno. En el momento en que salía para una clase a las nueve en punto a Mecánica de Motor Tres, bajaba Eva por la escalera con una expresión soñolienta en la cara.

—Acabo de recordar algo que quería preguntarte anoche —dijo—. ¿Qué significa «diversificación transexual»?

—Escribir poemas sobre maricas —dijo precipitadamente Wilt, saliendo hacia el coche.

Bajó por la Avenida Parkview y se metió en un embotellamiento de tráfico en la zona de giro. Se dedicó a maldecir mentalmente mientras esperaba sentado allí tras el volante. Tenía treinta y cuatro años y su talento iba disipándose entre Mecánica de Motor Tres y una mujer que, sin lugar a dudas, era culturalmente subnormal. Y, más grave aún, tenía que admitir la veracidad de la constante crítica de Eva de que él no era un hombre. «Si fueses un hombre como es debido —le decía siempre—, mostrarías más iniciativa. Tienes que afirmarte como individuo.»

Wilt se afirmó en la zona de giro y se metió en un altercado con un tipo de un minibús. Quedó el segundo, como siempre.

—Lo que pasa con Wilt, en mi opinión, es que le falta empuje —dijo el jefe del Departamento de inglés que era, por su parte, un hombre débil que tendía a enfocar y resolver los problemas con un grado de error que compensaba su falta natural de autoridad.

El Comité de Ascensos asintió con un gesto global de cabeza por quinto año consecutivo.

—Quizá le falte empuje, pero es un individuo comprometido —dijo el señor Morris, librando su combate anual desde la retaguardia en favor de Wilt.

—¿Comprometido? —preguntó con un bufido el jefe del Departamento de Abas-tecimiento—. ¿Comprometido con qué? ¿El aborto, el marxismo o la promiscuidad? Ha de ser con una de esas tres cosas. Aún no he conocido ni a un solo profesor auxiliar de Humanidades que no fuese un chiflado, un perverso o un revolucionario radical, y muchos de ellos eran las tres cosas...

—Bien, bien —dijo el jefe del Departamento de Ingeniería Mecánica, en cuyos tornos un alumno chiflado había fabricado varias bombas de tubería.

El señor Morris se encrespó.

—Admito que uno o dos profesores auxiliares han sido... en fin... un poco exaltados políticamente, pero rechazo la imputación de que...

—Dejemos las generalidades a un lado y volvamos a Wilt —cortó el subdirector—. Decía usted que es una persona comprometida.

—Necesita aliento —dijo el señor Morris—. Demonios, el hombre lleva diez años con nosotros y aún sigue en el Grado Dos.

—Eso es precisamente lo que quiero decir yo cuando digo que no tiene empuje —dijo el jefe del Departamento de Inglés—. Si se hubiese merecido un ascenso, ya se le habría nombrado profesor titular.

—He de decir que estoy de acuerdo —dijo el jefe del Departamento de Geografía—. Un individuo que acepta pasar diez años con Instalaciones de Gas y Lampistería es evidente que no tiene condiciones para desempeñar un puesto administrativo.

—¿Tenemos que ascender únicamente por razones administrativas? —preguntó cansinamente el señor Morris—. Da la casualidad de que Wilt es un excelente profesor.

—Si se me permite un comentario —dijo el doctor Mayfield, Jefe del Departamento de Sociología—, en este momento es vital que tengamos en cuenta que, dada la introducción inminente del título de licenciatura especial conjunta en Estudios Urbanos y Poesía Medieval, título cuya aprobación provisional por el Consejo Nacional de Títulos Académicos tengo el placer de anunciar, al menos en principio, mantengamos una actitud viable en cuanto al personal en lo que respecta a los profesores titulares, adjudicando plazas a candidatos con conocimientos especializados en esferas determinadas de la actividad académica en vez de...

—Si se me permite interrumpir sólo por un momento —dijo el doctor Board, titular de Idiomas Modernos—, ¿quiere usted decir que deberíamos tener

puestos de profesores titulares para especialistas muy cualificados que no saben enseñar en vez de ascender a profesores auxiliares sin doctorado que sí saben?

—Si el doctor Board me hubiese permitido continuar —dijo el doctor Mayf— habría podido entender que lo que yo decía...

—Dudo que —continuó el doctor Board—, prescindiendo de su sintaxis...

Y así por quinto año consecutivo se olvidó el ascenso de Wilt. La Escuela de Artes y Oficios Fenland se estaba ampliando. Proliferaban los cursos nuevos y aparecían más estudiantes con menos cualificaciones para que les enseñasen más profesores con más cualificaciones, hasta que un día la escuela dejase de ser una mera Escuela de Artes y Oficios y ascendiese de estatus pasando a ser Escuela Politécnica. Era el sueño de todo jefe de departamento y mientras tanto se ignoraban el amor propio de Wilt y las esperanzas de Eva Wilt.

Wilt se enteró de la noticia justo antes de comer en la cantina.

—Lo siento, Henry —dijo el señor Morris cuando hacían cola con sus bandejas—, es esta condenada presión económica. Tuvieron que hacer una reducción hasta en Idiomas Modernos. Sólo hubo dos ascensos.

Wilt asintió con un cabeceo. Era lo que había llegado a esperar. Un departamento inadecuado, un matrimonio inadecuado y una vida inadecuada. Se llevó sus filetes de pescado a una mesa de un rincón y comió solo. A su alrededor otros miembros del personal discutían las perspectivas del Nivel A y quién se sentaría en el Comité de curso al año siguiente. Enseñaban Matemáticas o Economía o Lengua, materias que contaban y donde el ascenso era fácil. Humanidades no contaba y no se planteaba el ascenso. Era así de sencillo. Wilt terminó su almuerzo y subió a la biblioteca de libros de referencia a buscar insulina en la farmacopea. Tenía entendido que era el único veneno indetectable.

A las dos menos cinco, sin saber más que antes, bajó al aula 752 a ampliar la sensibilidad de quince aprendices de carnicero, designados en el tablón de horarios como Carne Uno. Como siempre llegaron tarde y borrachos.

—Hemos estado bebiendo a la salud de Bill —se excusaron cuando fueron entrando a las dos y diez.

—¿De veras? —dijo Wilt, entregándoles ejemplares de El señor de las moscas—. ¿Y qué tal está Bill?

—Muy mal —dijo un joven grande que tenía pintado en la espalda de su chaqueta de cuero «Puaf»—. Vomita sin parar. Es su cumpleaños y se tomó cuatro vodkas y un Babycham...

—Estábamos en la parte en que Piggy está en el bosque —dijo Wilt, desviándoles de una enumeración de todo lo que había bebido Bill por su cumpleaños.

Cogió el borrador y borró de la pizarra el dibujo de un diafragma.

—Esa es la marca de fábrica del señor Sedgwick —dijo uno de los carniceros—. Siempre está hablando de anticonceptivos y cosas así. Está obsesionado con eso.

—¿Que está obsesionado con eso? —dijo lealmente Wilt.

—Sí, ya sabe, control de la natalidad. Bueno, antes era católico, ¿no? Y ahora ya no lo es, y quiere compensar el tiempo perdido —dijo un jovencito de pálido rostro desenvolviendo un caramelo.

—Alguien debería hablarle de la píldora —dijo otro joven alzando soñoliento la cabeza de la mesa—. Con el chisme ese no puedes sentir nada. La píldora es mucho más emocionante.

—Supongo que sí —dijo Wilt—, pero tengo entendido que hay efectos colaterales.

—Depende del lado que te la tomes —dijo un tipo de patillas.

Wilt volvió a regañadientes a El señor de las moscas. Había leído ya aquel libro unas doscientas veces.

—Ahora Piggy se adentra en el bosque... —comenzó, para ser interrumpido por otro carnicero, que evidentemente compartía su aversión a las desdichas de Piggy.

—Sólo hay efectos secundarios con la píldora si usas la que tiene mucho estrógeno.

—Eso es muy interesante —dijo Wilt—. ¿Estrógeno? Pareces saber mucho del asunto.

—A una chica de nuestra calle se le formó un coágulo en una pierna.

—Coágulo de mierda —dijo el del caramelo.

—Escuchad —dijo Wilt—. O bien oímos lo que tenga que decirnos Peter sobre las secuelas de la píldora o seguimos leyendo lo de Piggy.

—Que Piggy se vaya a la mierda —dijo el de las patillas.

—Bueno —dijo Peter—, la chica esa, en fin no era tan mayor, unos treinta, quizás, y estaba tomando la píldora y se le formó ese coágulo y el médico le dijo

a mi tía que era el estrógeno y que era mejor que tomase otro tipo de pastillas por si acaso, y la chica esa de nuestra calle, su marido tuvo que ir a hacerse una vasectomía para que no le saliera otro coágulo a ella.

—Por aquí iban a hacerme a mí una vasectomía —dijo el del caramelo—; yo quiero saber que estoy todo entero en el asunto.

—Todos tenemos ambiciones —dijo Wilt.

—A mí no me anda nadie hurgando por ahí con un cuchillo —dijo el de las patillas.

—Nadie va a querer hacerlo —dijo otro.

—¿Y qué me dices del tipo aquel a cuya mujer te tiraste? —inquirió el del caramelo—. Apuesto a que a ése no le importaría darte una pasada.

Wilt esgrimió de nuevo la amenaza de Piggy y logró hacerles volver a la vasectomía.

—De todos modos ya no es irreversible —dijo Peter—. Te pueden poner una canilla pequeñita de oro con un grifo y puedes abrirlo cuando quieras tener un chaval.

—-Venga ya! Eso no es verdad.

—Bueno, en la Seguridad Social no te lo hacen, pero si pagas pueden hacértelo. Lo he leído en una revista. Han estado haciendo experimentos en América.

—¿Y qué pasa si se estropea el grifo? —preguntó el del caramelo.

—Supongo que avisarán a un fontanero.

Wilt escuchaba allí sentado cómo Carne Uno se explayaba analizando el asunto de la vasectomía y del diafragma y de los hindúes recibiendo transistores gratis y del avión que aterrizó en Audley End con un montón de inmigrantes ilegales y de lo que el hermano de alguien que era policía en Brixton decía de los negros y que los irlandeses eran igual de malos y las bombas y vuelta a los católicos y al control de la natalidad y quién iba a querer vivir en Irlanda donde ni siquiera podías comprar condones y vuelta así a la píldora. Y durante todo ese tiempo él con la cabeza obsesivamente asediada con formas y métodos de librarse de Eva. ¿Una dieta de píldoras anticonceptivas ricas en estrógeno? Si las machacaba y las mezclaba con el Ovaltine que ella tomaba al acostarse había posibilidades de que se le formasen coágulos por toda la zona en muy poco tiempo. Pero acabó rechazando la idea. Eva con coágulos era algo demasiado horroroso para poder soportarlo, y de cualquier modo no resultaría. No, tendría que ser algo rápido, seguro e indoloro. Preferiblemente un accidente.

Una vez concluida la hora de clase, Wilt recogió los libros y se dirigió de nuevo a la sala de profesores. Tenía un período libre. Al dirigirse allí hubo de pasar por el lugar donde estaban construyendo el nuevo edificio de la Administración. Habían despejado el terreno y ya se habían instalado allí los constructores, que estaban excavando los cimientos. Wilt se detuvo y observó cómo la máquina perforadora iba hundiéndose lentamente en el suelo. Estaban haciendo agujeros grandes. Muy grandes. Lo suficiente como para contener un cadáver.

— ¿Hasta qué profundidad excavan? — preguntó a uno de los trabajadores.

— Diez metros.

— ¿Diez metros? — dijo Wilt—. ¿Y cuándo van a echar el hormigón?

— Con un poco de suerte, el lunes — dijo el hombre.

Wilt continuó su camino. Acababa de ocurrírsele una nueva idea absolutamente horrible.

2

Era uno de los días especiales de Eva Wilt. Eva tenía días normales, días especiales, y días de «esos». Los días normales eran sólo días en que nada iba mal: lavaba los platos y pasaba el aspirador por la habitación de la entrada y limpiaba los cristales de las ventanas y hacía las camas y echaba Vim en el baño y limpiaba con Harpic el inodoro y se acercaba hasta el Centro Comunitario Armonía y ayudaba a hacer fotocopias o a ordenar ropa vieja para la venta benéfica y, en términos generales, desarrollaba actividades útiles y volvía luego a casa a almorzar y se iba a la biblioteca y tomaba el té con Mavis o Susan o Jean y hablaban de la vida y de lo poquísimo que Henry le hacía el amor últimamente, aunque fuese de modo rutinario, y cómo ella había perdido su oportunidad al rechazar a un empleado de banca que ahora era director, y volvía a casa y le hacía la cena a Henry, y salía a su clase de yoga o de arreglo floral o de meditación o de cerámica y, por último, se metía en la cama con la sensación de que había logrado hacer algo.

En días de «esos» nada iba bien. Las actividades eran exactamente las mismas pero cada episodio quedaba mancillado por algún pequeño desastre, como que se le quemase un fusible de la aspiradora o se le atascase el desagüe de la

fregadera con un trozo de zanahoria de modo que cuando Henry llegaba a casa se veía saludado por el silencio o sometido a una exposición totalmente injustificada de todas sus faltas y defectos. Cuando era uno de «esos» días, Wilt solía sacar el perro para un amplio paseo con parada en el Ferry Pathinn y pasar una noche inquieta levantándose al cuarto de baño, anulando con ello las virtudes limpiadoras del Harpic que Eva había espolvoreado en el inodoro y proporcionándole una buena excusa para enumerar sus defectos una vez más por la mañana.

— ¿Qué coño quieres que haga? —le había dicho él después de una de aquellas noches—. Si tiro de la cadena gruñes porque te despierto y si no lo hago, por la mañana dices que está horrible.

— Bueno, lo está, y de todos modos no tienes por qué quitar todo el Harpic de los lados. Y no digas que no. Te he visto. Procuras recorrerlo todo bien con el chorro para quitar el Harpic. Lo haces aposta.

— Si tirase de la cadena se iría todo de cualquier modo y además te despertaría —le dijo Wilt, consciente de que tenía la costumbre de limpiar el inodoro de Harpic con el chorro.

Le fastidiaba aquella cosa.

— ¿Y por qué no puedes esperar hasta por la mañana, vamos a ver? En realidad tienes que levantarte de noche —continuó ella previendo la respuesta evidente de él— porque te has estado atiborrando de cerveza. Sales a pasear un poco a Clem, no a hincharte de cerveza en esa taberna asquerosa.

— Mear o no mear, he ahí la cuestión —dijo Wilt sirviéndose sus cereales All-Bran—. ¿Qué quieres que haga, a ver, que me haga un nudo en el chisme?

— Yo iba a notar muy poco la diferencia si lo hicieses, desde luego —dijo Eva con amargura.

— Pero yo sí iba a notarla, y mucho, no te quepa duda.

— Yo me refería a nuestra vida sexual, lo sabes muy bien.

— Ah, te referías a eso —dijo Wilt.

Pero esto fue «uno de esos días».

En «uno de sus días especiales» sucedía algo inesperado en la vida de Eva que inyectaba en la rutina diaria un sentido nuevo y despertaba en ella las esperanzas aletargadas de que de algún modo cambiase de pronto todo para

mejor, y el cambio persistiese. Era en esas esperanzas en lo que se basaba la fe de Eva en la vida. Eran el equivalente espiritual de las actividades triviales que la mantenía ocupada y a Henry sometido. En esos «días especiales» el sol brillaba más, y también el suelo del recibidor y la propia Eva estaba más alegre y tarareaba “Algún día vendrá mi príncipe” mientras limpiaba la escalera con Hoover. En esos «días especiales» Eva salía al encuentro del mundo con una cordialidad desarmante y despertaba en los demás las mismas esperanzas que tanto la emocionaban a ella. Y en tales días Henry tenía que prepararse él la cena y, por prudencia, mantenerse alejado de la casa el máximo tiempo posible. Las esperanzas de Eva Wilt exigían un espectáculo algo más fortificante que la visión de Henry Wilt después de una jornada laboral en la Escuela.

Era esas noches cuando más cerca estaba Wilt de decidirse verdaderamente a asesinarla y al diablo las consecuencias.

Aquel día concreto, Eva iba camino del Centro Comunitario cuando se encontró con Sally Pringsheim. Fue uno de esos encuentros completamente fortuitos, consecuencia del hecho de que Eva iba a pie en vez de ir en bicicleta, y además por Rossiter Grove, en vez de bajar directamente por la Avenida Parkview, por donde había kilómetro y medio menos de camino. Sally salía en aquel momento por el portón de su casa en un Mercedes con matrícula P, que indicaba que era nuevito. Eva percibió el hecho y sonrió correspondientemente.

—Qué curioso que te encuentre así de casualidad —dijo alegremente cuando Sally paró el coche y abrió la puerta.

—¿Quieres que te lleve? Voy al centro a buscar algo sencillito para ponerme esta noche. Gaskell tiene un profesor sueco que viene de Heidelberg y vamos a llevarle a Ma Tante's.

Eva Wilt subió al coche muy contenta. Calculaba mentalmente el coste del coche, de la casa, el significado de “buscar algo sencillito” para ir a cenar a Ma Tante's (donde según le habían dicho un cóctel de gambas costaba 95 peniques) y el hecho de que el Dr. Pringsheim agasajase a profesores suecos cuando venían a Ipford.

—Iba andando al centro —mintió—. Henry se ha llevado el coche y hace un día tan agradable...

—Gaskell se ha comprado una bicicleta. Dice que es más rápida y que así además se mantiene en forma —dijo Sally, condenando así a Henry Wilt a otra desdicha más.

Eva tomó nota mentalmente de que debía procurar que Henry comprase una bicicleta en la próxima subasta de la policía para que fuese al trabajo pedaleando, lloviese o nevase.

—Yo había pensado —continuó Sally— acercarme hasta Modas Felicidad a probarme un poncho de shantung. No sé lo que son pero me han dicho que están muy bien. La mujer del profesor Grant va allí y dice que es donde tienen el mejor surtido.

—Estoy segura de ello —dijo Eva Wilt, cuya relación con Modas Felicidad había consistido en mirar el escaparate y preguntarse quién demonios podría permitirse vestidos de cuarenta libras. Ahora ya lo sabía. Fueron hasta el centro y dejaron el coche en el edificio de aparcamiento. Eva había acumulado ya por entonces muchísima más información sobre los Pringsheim. Procedían de California. Sally había conocido a Gaskell haciendo autostop por Arizona. Estudió en la Estatal de Kansas pero lo había dejado para incorporarse a una comuna. Había habido otros hombres en su vida. Gaskell no podía soportar los gatos. Le producían la fiebre del heno. El movimiento de liberación de las mujeres significaba algo más que quemar el sostén. Significaba aceptar plenamente la superioridad de las mujeres sobre los hombres. El amor estaba muy bien si no te dejabas atrapar por él. El abono natural estaba bien visto y la tele en color mal. El padre de Gaskell había tenido una cadena de tiendas, lo que era sórdido. El dinero era práctico y Rossiter Grove era un latazo. Sobre todo joder tenía que ser, tenía que ser, sin lugar a dudas, divertido.

Eva Wilt recibió esta información con un sobresalto. En su círculo “joder” era una palabra que usaban los maridos cuando se chafaban un dedo con el martillo clavando un clavo. Cuando la utilizaba Eva, lo hacía en el aislamiento del cuarto de baño y con un tono anhelante que la privaba de su crudeza y que evocaba una virilidad espléndida, de modo que un buen “joder” se convertía en la más lejana y abstracta de sus esperanzas, algo que no tenía nada que ver con las esporádicas chapuzas matutinas de Henry. Y si la palabra “joder” estaba reservada a la soledad del cuarto de baño, el “acto” de joder era aún más remoto. Sugería una actividad casi ininterrumpida, un acontecimiento que era a la vez casual y satisfactorio, que añadía una nueva dimensión a la vida. Eva Wilt salió tambaleante del coche y siguió a Sally a Modas Felicidad en un estado de conmoción.

Si “joder” era divertido, comprar con Sally Pringsheim fue una revelación. Se caracterizaba por una actitud tan resuelta que resultaba verdaderamente sobrecogedora. Mientras que Eva hubiese tarareado y lanzado exclamaciones entre dientes, Sally seleccionaba y una vez hecha la selección seguía revisando las estanterías, desechaba las cosas que no le agradaban dejándolas colgadas en

las sillas, cogía otras, las miraba y decía “ésta quizá sí”, con una actitud de aceptación cansina que resultaba contagiosa, y dejaba la tienda con un montón de cajas que contenían doscientas libras de ponchos de shantung, abrigos de verano de seda, bufandas y blusas. Eva Wilt había gastado setenta en una especie de pijama muy ancho amarillo y un impermeable con solapas y cinturón que, según Sally, era puro Gatsby.

— Ahora sólo te falta el sombrero y ya está — dijo mientras cargaban las cajas en el coche.

Compraron el sombrero, un sombrero de paño, y luego tomaron café en la Mombasa Coffee House donde Sally se apoyó vehementemente en la mesa, fumando un purito largo y fino y habló de Contacto Corporal en voz tan alta que Eva se dio cuenta de que las mujeres de varias mesas próximas habían dejado de hablar y estaban escuchando, más bien con desaprobación.

— A mí las tetillas de Gaskell me vuelven loca — decía Sally —. Y a él le vuelve loco también que se las chupe.

Eva bebía su café preguntándose qué haría Henry si a ella se le ocurriese chuparle las tetillas. No se volvería loco de gusto precisamente, y además Eva estaba empezando a lamentar haberse gastado setenta libras. Eso sí que le pondría loco pero no de gusto. Henry no era partidario de las tarjetas de crédito. Pero estaba disfrutando demasiado para permitir que el pensamiento de la reacción de Henry le estropease el día.

— Yo creo que las tetas son muy importantes, desde luego — continuaba Sally.

Dos mujeres de la mesa contigua pagaron la cuenta y se fueron.

— Supongo que deben de serlo — dijo Eva Wilt inquieta—. Yo nunca he utilizado mucho las mías.

— ¿De veras? — dijo Sally —. Tendremos que hacer algo para arreglar eso.

— No creo que se pueda hacer mucho en ese sentido — dijo Eva —. Henry nunca se quita el pijama y luego yo con el camisón por medio...

— No me digas que lleváis cosas en la cama. Oh, pobrecilla. Y camisones. Dios mío, qué humillante para ti! Quiero decir que es típico de una sociedad dominada por el macho, toda esa diferenciación de ropas. Debes de padecer carencia táctil, claro. Gaskell dice que eso es tan malo como la deficiencia vitamínica.

— Bueno, lo que pasa es que Henry está siempre cansado cuando llega a casa — le dijo Eva —. Y yo salgo mucho.

— No me sorprende — dijo Sally —. Gaskell dice que la fatiga masculina es un síntoma de inseguridad fálica. ¿Henry la tiene grande o pequeña?

— Bueno, depende — dijo Eva con voz ronca —. Unas veces es grande y otras veces no.

— Yo prefiero de largo a los hombres que la tienen pequeña — dijo Sally —, porque se esfuerzan mucho más.

Terminaron el café y volvieron al coche hablando del pene de Gaskell y de su teoría de que en una sociedad sexualmente indiferenciada la estimulación de las tetillas tendría un papel cada vez más importante en el desarrollo en el marido de una conciencia de su naturaleza hermafrodita.

— Ha escrito un artículo sobre eso — dijo Sally mientras se dirigían ya hacia casa —. Se titula “El hombre como madre”. Se publicó el año pasado en Chupar.

— ¿Chupar? — dijo Eva.

— Sí, es una revista que edita la Asociación de Estudios para una Sexualidad Indiferenciada, de Kansas. G ha trabajado mucho para ellos sobre temas de conducta animal. Hizo allí su tesis sobre Cambio de papeles en las ratas.

— Eso parece muy interesante — dijo vacilante Eva.

No entendía muy bien lo que podía ser aquello pero, fuese lo que fuese, resultaba impresionante y, desde luego, los esporádicos artículos de Henry sobre las Escuelas de Artes y Oficios y la Literatura no podían compararse con las monografías del doctor Pringsheim.

— Oh, no sé. Es todo tan obvio en realidad... Si pones a dos ratas macho juntas en una jaula, el tiempo suficiente, una de ellas se ve obligada indefectiblemente a desarrollar tendencias activas y la otra pasivas — dijo Sally cansinamente —. Pero Gaskell se puso absolutamente furioso. Él creía que debían alternar. G es así. Yo le expliqué que eso era una estupidez. Le dije: “G, querido, las ratas son prácticamente indiferenciadas en realidad. En fin, vamos, dime ¿cómo puedes esperar que sean capaces de hacer una elección existencial?” ¿y sabes lo que me dijo? Pues dijo: “Nena pública, las ratas son el paradigma. No olvides eso y nunca te equivocarás demasiado. Las ratas son el paradigma.” ¿Qué piensas tú de eso?

— Yo creo que las ratas son más bien horrorosas — dijo Eva sin pensarlo.

Sally se echó a reír y le puso una mano en la rodilla.

—Oh, Eva, querida —murmuró—, eres tan adorablemente realista... No, no te llevo a la Avenida Parkview. Te vienes conmigo a casa a tomar una copa y a comer. Me muero de ganas de verte con ese pijama amarillo puesto.

Giraron hacia Rossiter Grove.

Si para el doctor Pringsheim el paradigma eran las ratas, Impresores Tres era el paradigma para Henry Wilt, aunque de un género distinto. Representaban todo lo más difícil, grosero y decididamente horroroso de las clases de la Escuela de Artes y Oficios y, para empeorar aún más las cosas, aquellos tipos pensaban que eran unos literatos ya que sabían leer y, por ejemplo, pensaban que Voltaire era un idiota porque hacía que todo le saliese mal al pobre Cándido. Impresores Tres, que iba después de Ayas de Guardería, y durante su período de sustituciones, despertaba en él lo peor de sí mismo. Despertaba también lo peor de Cecil Willianis que era quien debería haberla dado.

—Es la segunda semana que se pone malo —le dijeron a Wilt.

—No me sorprende —dijo Wilt—. Vosotros sois capaces de poner malo a cualquiera.

—Tuvimos un tipo que fue y se gaseó. Se llamaba Pinkerton. Nos tuvo un curso y nos hizo leer ese libro Judas el Oscuro. Un libro bastante deprimente. Todo sobre ese bobo de Judas.

—Tenía idea de que lo era, sí —dijo Wilt.

—Al curso siguiente el amigo Pinky no volvió. Bajó hasta la orilla del río, metió un tubo por el escape y se gaseó.

—No puedo decir que se lo reproche, desde luego —dijo Wilt.

—Pues yo sí. En teoría tenía que darnos ejemplo.

Wilt contempló sombríamente a sus alumnos.

—Estoy seguro de que pensaba precisamente en eso cuando se metió el tubo en la boca —dijo—. Y ahora, si os ponéis a leer en silencio, a comer en silencio y a fumar de modo que nadie pueda veros desde el edificio de la Administración, tengo trabajo que hacer.

—¿Trabajo? Tú, tío, tú no sabes lo que es trabajar. Lo único que haces es estarte sentado todo el día a una mesa y leer. ¿Llamas trabajo a eso? Una mierda es trabajo eso, y encima te pagan por ello...

— Cállate — dijo Wilt con sorprendente violencia — . Cierra la boca, imbécil.

— ¿Quién me va a obligar, a ver? — preguntó el impresor.

Wilt intentó controlar su genio y por una vez le resultó imposible. Había algo increíblemente arrogante en Impresores Tres.

— Yo — gritó.

— ¿Tú y quién más? Tú no serías capaz de hacer cerrar la boca ni siquiera a un ratón, ni aunque te pasaras un día entero intentándolo.

Wilt se levantó.

— Ahora vas a ver, mocoso de mierda... — gritó.

— He de decirte, Henry, que esperaba que supieses contenerte mejor — dijo el jefe del Departamento de Humanidades una hora después, cuando Wilt había dejado ya de sangrar por las narices y la enfermera de la escuela le había puesto una tirita en la ceja.

— Bueno, no era mi clase y además me sacaron de quicio burlándose del suicidio de Pinkerton. Si Willianis no hubiese estado enfermo no habría sucedido — explicó Wilt — . Está siempre enfermo cuando tiene que dar Impresores Tres.

El señor Morris cabeceó con desánimo.

— Me da igual quienes sean. No puedes andar agrediendo por ahí a los alumnos...

— ¿Agrediendo a los alumnos? Nunca he tocado...

— Está bien, pero utilizaste un lenguaje ofensivo. Bob Fenwick estaba en la clase de al lado y oyó que llamabas a ese Allison mocoso de mierda y subnormal malintencionado. ¿No es lógico que te diera un golpe?

— Supongo que sí — dijo Wilt — . No debería haber perdido el control. Lo siento.

Bajó por el pasillo y recogió el abrigo y la cartera en la Sala de Profesores. Le parecía tener la nariz de un tamaño doble del normal y le dolía abominablemente la ceja. Camino del aparcamiento se cruzó con varios miembros del cuerpo docente, pero ninguno le preguntó qué había pasado. Henry Wilt salió inadvertido de la Escuela y entró en su coche. Cerró la puerta

y se quedó sentado allí varios minutos viendo cómo trabajaban las perforadoras en el nuevo bloque. Arriba, abajo, arriba, abajo. Clavos en un ataúd. Y un día, un día inevitable, él estaría en su ataúd, siempre inadvertido, siempre profesor auxiliar (grado dos) y completamente olvidado por todos salvo algún tipejo de Impresores Tres que recordaría siempre el día que le había pegado a un profesor de Humanidades un puñetazo en la nariz y no le había pasado nada por hacerlo. Era muy probable que presumiese de ello con sus nietos.

Wilt puso el coche en marcha y salió a la vía principal lleno de odio hacia Impresores Tres, la Escuela de Artes y Oficios, la vida en general y él mismo en particular. Ahora comprendía por qué los terroristas estaban dispuestos a sacrificarse por el triunfo de una causa. Si tuviese una bomba y una causa, también él habría saltado en pedazos y habría hecho saltar a todo transeúnte desde allí hasta Kingdom Come sólo para demostrar por un glorioso aunque breve instante que era una fuerza efectiva. Pero no tenía ni bomba ni causa. Así que condujo temerariamente hasta casa, dejando aparcado el coche delante del número 34 de la Avenida Parkview. Luego abrió la puerta de entrada de su casa y entró.

—En ese caso olvidaremos lo sucedido —dijo el señor Morris—. Pero piensa que no voy a poder conseguir que te asciendan a profesor titular si andas estropeando tu expediente pegándote con los alumnos.

—Yo no me pegué con nadie —dijo Wilt—. Él me pegó a mí.

—Está bien, esperemos que no se le ocurra ir a la policía y acusarte de agresión. Es el tipo de publicidad que menos podríamos desear.

—Basta que no me mandéis más a Impresores Tres —dijo Wilt—. Ya estoy harto de animales.

Percibió un olor extraño en el vestíbulo. Una especie de perfume. Almizcleño y dulzón. Posó la cartera y miró en el cuarto de estar. Evidentemente Eva estaba fuera. Entró en la cocina, puso la tetera al fuego, se palpó la nariz. Podría examinarla detenidamente en el espejo del baño. Iba ya por mitad de la escalera y consciente de que aquel perfume poseía ciertas características claramente miasmáticas, cuando se detuvo bruscamente. Eva Wilt estaba a la puerta del dormitorio ataviada con un asombroso pijama amarillo de pantalones enormemente acampanados. Tenía una pinta horrorosa, y para empeorar aún más las cosas fumaba un cigarrillo largo y fino en una boquilla larga y fina y tenía la boca pintada de un rojo brillante.

—Nene Pene —murmuró con voz ronca, balanceándose—. Ven aquí. Voy a chuparte las tetillas hasta que te corras oralmente.

Wilt dio vuelta y huyó escalera abajo. La muy zorra estaba borracha. Era uno de sus días mejores. Sin esperar a retirar la tetera del fuego, Henry Wilt salió por la puerta principal y volvió a meterse en el coche. No estaba dispuesto a quedarse allí a que le chuparan las tetillas. Ya había tenido bastante por aquel día.

3

Eva Wilt bajó la escalera y buscó a Nene Pene sin demasiado entusiasmo. En primer lugar no quería encontrarle y en segundo no tenía ganas de chuparle las tetillas, y finalmente sabía que no debería haber gastado setenta libras en un impermeable y un pijama de playa que habría podido conseguir por treinta en Blowdens. No los necesitaba y no podía imaginarse bajando por la Avenida Parkview vestida como el Gran Gatsby. Además se sentía un poco mareada.

Sin embargo, Henry había dejado la tetera al fuego o sea que debía de estar en alguna parte. No era propio de Henry salir y dejarse la tetera en el fuego. Miró en el salón. Había sido el cuarto de estar hasta aquel mismo día a la hora de comer en que Sally le llamó salón a su cuarto de estar. Miró en el comedor, e incluso en el jardín, pero Henry se había evaporado, llevándose el coche y las esperanzas de Eva de que el chuparle las tetillas aportara un nuevo sentido a su matrimonio y pusiese fin a su carencia de contacto corporal. Por último renunció a seguir buscándole y se sirvió una buena taza de té y se sentó en la cocina preguntándose qué demonios habría podido inducirla a casarse con un cerdo machista como Henry Wilt que no habría identificado un buen polvo aunque se lo sirviesen en una bandeja, y cuya idea de una velada refinada era un curry de pollo deshuesado en el Nueva Delhi y una representación de El rey Lear en el Teatro Municipal. ¿Por qué no se habría casado ella con alguien como Gaskell Pringsheim, que agasajaba a profesores suecos en el Ma Tante's y que comprendía la importancia de la estimulación clitorica en el contexto de una penetración interpersonal verdaderamente satisfactoria? Otras personas aún la encontraban atractiva. Patrick Mottram, por ejemplo, y John Frost, que le daba clases de cerámica, y Sally había dicho que era encantadora. Eva estaba sentada allí, mirando al espacio, que era el espacio que había entre el escurridor de los

platos y la batidora Kenwood que le había regalado Henry por Navidad, y pensaba en Sally y cómo la había mirado tan extrañamente cuando se ponía su pijama color limón. Sally se había quedado en la puerta del dormitorio de los Pringsheim, fumando un cigarro y observando sus movimientos con un cálculo sensual que había hecho enrojecer a Eva.

—Querida, tienes un cuerpo tan bonito... —le había dicho mientras Eva se giraba rápidamente y se embutía precipitadamente los pantalones para que no se le viera el roto que tenía en las bragas—. No puedes dejarlo desperdiciarse.

—¿Crees que de verdad me sientan bien?

Pero Sally estaba mirándole los pechos detenidamente.

—Nena globos —murmuró.

Eva Wilt tenía unos pechos prominentes y Henry, en uno de sus muchos malos momentos, había dicho una vez algo sarcástico acerca de que las campanas del infierno hacían din-don por ti pero no por mí. Sally parecía valorarlos más y había insistido en que, Eva se quitase el sostén y lo quemase. Habían bajado a la cocina y habían tomado tequila y habían puesto el sostén en un plato con una rama de acebo y Sally lo había rociado con coñac y le habían prendido fuego. Tuvieron que sacar el plato al jardín porque olía horrorosamente y soltaba mucho humo, y se habían echado en la hierba entre risas mientras se consumía. Pensando en el episodio, Eva lamentaba haberlo hecho. Era un buen sostén de soporte doble, destinado a dar confianza a la mujer donde la necesita, como decían los anuncios de la tele. De todos modos, Sally había dicho que se lodebía a si misma como mujer libre y, después de haberse tomado dos copas, Eva no estaba con ánimos de discutir.

—Tienes que sentirte libre —había dicho Sally—. Libre para ser. Libre para ser.

—¿Libre para ser qué? —dijo Eva.

—Tú misma, querida —cuchicheó Sally—. Tu yo secreto.

Y la había tocado tiernamente allí donde Eva Wilt, si hubiera estado sobria y menos emocionada, habría negado tercamente tener un yo. Habían vuelto a entrar en casa y habían almorzado, una combinación de más tequila, ensalada y queso fresco que Eva, cuyo apetito era casi tan omnívoro como su entusiasmo por las nuevas experiencias, le pareció insatisfactoria. Lo había insinuado, pero Sally había desdeñado la idea de tres buenas comidas al día.

—No es aconsejable una elevada ingestión de féculas desde el punto de vista de las calorías —dijo—. Y además, lo importante no es cuánto ingieres, sino qué.

Sexo y comida, querida, son muy parecidos. Un poquito muchas veces, es mejor que un mucho pocas.

Luego le había servido a Eva otro tequila, había insistido en que tomara un mordisquito de limón antes de beberla y le había ayudado a subir hasta el piso de arriba, hasta el dormitorio grande de la cama grande y el espejo grande en el techo.

— Es la hora de la TT — dijo bajando las lamas de las persianas.

— ¿TT? — murmuró Eva —, pero si acabamos de hacer el din din.

— Terapia Táctil, querida — dijo Sally y la empujó suavemente a la cama.

Eva Wilt miró hacia arriba y contempló su imagen en el espejo. Una mujer grandota, dos mujeres grandotas con pijama amarillo, echadas en una cama grande. Una cama grande color carmesí; dos mujeres grandotas sin pijama amarillo en una cama grande color carmesí; cuatro mujeres desnudas en una cama grande color carmesí.

— Oh Sally, no Sally.

— Querida — dijo Sally y silenció oralmente su protesta.

Había sido una experiencia sorprendentemente nueva, aunque sólo parcialmente recordada. Eva se había quedado dormida antes de que hubiera concluido la Terapia Táctil y se había despertado una hora después y se había encontrado a Sally vestida del todo, de pie junto a la cama con una taza de café.

— Oh, qué mal me siento — dijo Eva, aludiendo tanto a su condición moral como a su condición física.

— Bebe esto y te sentirás mejor.

Eva había tomado el café y se había vestido mientras Sally explicaba que la depresión inhibitoria poscontacto era una reacción perfectamente natural a la Terapia Táctil, al principio.

— Verás como desaparece por sí sola después de las primeras sesiones. Probablemente te desmorones y llores y chilles y luego te sientas tremendamente liberada y aliviada.

— ¿Tú crees? Yo es que no sé, la verdad.

Sally la había llevado a casa en coche.

—Henry y tú tenéis que venir a nuestra barbacoa el jueves por la noche —le dijo—. Sé que a nene G le gustará conoceros. Le gustarás. Es un nene pecho. Se volverá loco contigo.

—Te digo que estaba borracha —dijo Wilt en la cocina de los Braintree, sentándose, mientras Peter Braintree le abría una botella de cerveza—. Borracha y con aquel pijama amarillo increíble y fumando un cigarrillo en una boquilla larga.

—¿Y qué decía?

—Bueno, si quieres que te lo diga: “Ven aquí ...” No, es demasiado. He tenido un día absolutamente horroroso en la escuela. Morris me dijo que no han aprobado mi ascenso. Williams se puso malo otra vez y perdí un período libre. Uno de esos gamberros de Impresores Tres me atizó un puñetazo en los morros y vuelvo a casa y me encuentro con una mujer borracha que me llama nene pene.

—¿Te llamó qué? —dijo Peter Braintree, mirándole fijamente.

—Ya me has oído.

—¿Que Eva te llamó nene pene? No lo creo.

—Bueno, pues date una vuelta por allí y ya verás lo que te llama —dijo Wilt con amargura—. Y no me echas a mí la culpa si te arranca oralmente las tetillas, de paso.

—Dios santo. ¿Te amenazó con hacerte eso?

—Con hacerme eso y más —dijo Wilt.

—No parece propio de Eva. Desde luego que no.

—Tampoco parecía ella, desde luego. Disfrazada con aquel pijama de playa amarillo. Tendrías que haber visto de qué color era. A su lado, resultaría opaco un botón de oro. Y se había embadurnado la boca con un lápiz de labios color escarlata horroroso y estaba fumando... lleva seis años sin fumar. Y luego todo aquel rollo de nene pene y chuparme las tetillas. Y oralmente, además.

Peter Braintree movió la cabeza.

—Es una expresión indecente —dijo.

—Es un acto absolutamente indecente también, pienso yo —dijo Wilt.

— Bueno, he de admitir que todo resulta muy extraño —dijo Braintree—. Sabe Dios lo que haría yo si Susan llegase a casa y empezara a insistir en chuparme las tetillas.

— Harías lo que hice yo. Largarte de casa —dijo Wilt—. Y de cualquier modo, no son sólo las tetillas, además. Maldita sea. Llevamos doce largos años casados. Es algo tarde ya para empezar a perder el tiempo con lo de la oralidad. El caso es que ella está metida ahora en el tinglado ese de la liberación sexual. Vino anoche a casa de la clase de arreglo floral de Mavis Mottram parloteando sobre estimulación clitorica y opciones sexuales abiertas, a rueda libre.

— ¿A rueda libre qué?

— Las opciones sexuales. Puede que no lo haya entendido bien. Sé que lo de opciones sexuales figuraba en alguna parte. Aunque la verdad es que yo estaba medio dormido.

— ¿Y de dónde demonios habrá sacado ella todo eso? —preguntó Braintree.

— Una yanqui condenada llamada Sally Pringsheim —dijo Wilt—. Ya sabes cómo es Eva. Quiero decir, que puede olfatear los camelos intelectualoides a un kilómetro de distancia, y se lanza a ellos como un escarabajo pelotero a un muladar. No puedes imaginarte cuántas “ideas modernísimas” he tenido que soportar. En fin, la mayoría de ellas logro aguantarlas. Tengo que dejarla seguir con esas cosas y yo ir tranquilamente a lo mío, pero en eso de participar oralmente mientras ella parlotea sobre el movimiento de liberación de las mujeres, bueno, para eso conmigo que no cuente.

— Lo que no comprendo de la libertad sexual y de la liberación de las mujeres es por qué tienes que volver al parvulario para liberarte —dijo Braintree—. Parece predominar la loca idea de que tienes que estar apasionadamente enamorado todo el tiempo.

— Simios —dijo malhumorado Wilt.

— ¿Simios? ¿Qué pasa con los simios?

— Pues todo ese cuento del modelo animal. Si lo hacen los animales, tienen que hacerlo los humanos. El imperativo territorial y el mono desnudo. Lo pones todo cabeza abajo y en vez de aspirar a avanzar, retrocedes un millón de años. Vuelta al orangután. El igualitarismo del mínimo común denominador.

— No entiendo bien qué tiene que ver todo eso con el sexo —dijo Braintree.

— Ni yo tampoco —dijo Wilt.

Bajaron hasta el Pig in a Poke y se emborracharon.

Wilt no llegó a casa hasta pasada la media noche; Eva estaba dormida. Se metió furtivamente en la cama y allí se quedó en la oscuridad pensando en elevados índices de estrógeno.

En Rossiter Grove, los Pringsheim volvían de Ma Tante's cansados y aburridos.

— Los suecos son lo último — dijo Sally, mientras se desvestía.

Gaskell se sentó y se quitó los zapatos.

— Ungstrom es un buen tío. Su mujer acaba de dejarle por un físico de baja temperatura de Cambridge. Normalmente no está tan deprimido.

— Podrías haber prescindido de mí. Y, hablando de mujeres, he conocido a la mujer menos liberada que he visto en mi vida. Se llama Eva Wilt. Tiene unos globos como melones.

— No — dijo el doctor Pringsheim —. Si hay algo que no necesito en este momento son esposas no liberadas con los pechos grandes.

Se metió en la cama y se quitó las gafas.

— La tuve hoy aquí.

— ¿La tuviste?

Sally sonrió.

— Gaskell, querido, tienes una mente repugnante.

Gaskell Pringsheim se sonrió miopemente en el espejo del techo. Estaba orgulloso de su mente.

— Te conozco, querida — dijo —. Conozco esos pequeños hábitos tuyos tan raros. Y ya que tocamos el tema de los hábitos, ¿qué son todas esas cajas que hay en el cuarto de huéspedes? ¿No habrás estado de nuevo gastando dinero? Ya sabes que nuestro presupuesto de este mes...

Sally culebreó en la cama.

— A la mierda el presupuesto — dijo —. Lo devolveré todo mañana.

— ¿Todo?

— Bueno, todo no, pero casi todo. Tenía que impresionar un poco a la nena globuda.

—No tienes por qué comprar media tienda sólo por impresionar a alguien. Ahora, por amor de Dios, quítate de en medio. Tengo una clase a las nueve.

—Gaskell, querido, si me dejaras terminar —dijo Sally—. Es una maníaca, una maníaca compulsiva, obsesiva, bella y encantadora. No puede estarse sentada medio minuto sin tener que ordenar y limpiar y pulir y frotar y lavar.

—Eso es precisamente lo que necesitamos, una mujer maníaca compulsiva por la casa todo el tiempo. ¿Qué falta hacen dos?

—¿Dos? Yo no soy maníaca.

—Tú eres bastante maníaca para mí —dijo Gaskell.

—Pero ésta tiene globos, nene, globos. En fin, les he invitado a la barbacoa del jueves.

—¿Por qué demonios lo has hecho?

—Bueno, si no me compras un lavaplatos, como te he pedido cien veces, tengo que conseguirme uno. Un lavaplatos maníaco compulsivo y encantador con globitos.

—Dios mío —dijo Gaskell con un suspiro—, qué zorra eres.

—Henry Wilt, eres un cerdo —dijo Eva a la mañana siguiente.

Wilt estaba incorporado en la cama. Se sentía muy mal. Le dolía la nariz aún más que el día anterior, le dolía la cabeza y había pasado la mayor parte de la noche erradicando el Harpic del inodoro. No estaba de humor para que le despertaran y le dijeran que era un cerdo. Miró el reloj. Eran las ocho en punto y tenía Albañiles Dos a las nueve. Se levantó de la cama y se encaminó al cuarto de baño.

—¿Oíste lo que dije? —preguntó Eva, levantándose también.

—Oí —dijo Wilt, y vio que ella estaba desnuda.

Eva Wilt desnuda a las ocho en punto de la mañana era una visión casi tan sorprendente como Eva Wilt borracha, fumando y vestida con un pijama amarillo limón a las seis en punto de la tarde. Y menos excitante, incluso.

—¿Para qué demonios andas así por ahí?

— Puestos a preguntar, ¿qué es lo que te ha pasado en la nariz? Supongo que te emborracharías y te caerías. Parece toda roja e hinchada.

— Está toda roja e hinchada. Y ya que lo preguntas, no me caí.

La apartó de un empujón, entró en el cuarto de baño y se miró la nariz. Tenía una pinta horrorosa. Eva le siguió al cuarto de baño.

— ¿Qué te pasó, si no te caíste? — Inquirió.

Wilt extrajo espuma de un aerosol y se la esparció cautelosamente por la barbilla.

— ¿Eh? — dijo Eva.

Wilt cogió la navaja de afeitar y la puso bajo el grifo de agua caliente.

— Tuve un accidente — masculló.

— Con una farola, supongo. Ya sabía yo que habías andado bebiendo.

— Con un impresor — dijo Wilt, confusamente, y comenzó a afeitarse.

— ¿Con un impresor?

— Para ser exacto, me atizó un puñetazo en las narices un aprendiz de impresor particularmente belicoso.

Eva le contempló en el espejo.

— ¿Quieres decir que te pegó un estudiante en clase?

Wilt asintió.

— Supongo que tú le pegarías después.

Wilt se cortó.

— No, desde luego que no — dijo, retocándose la barbilla con un dedo —. Mira lo que me he hecho por tu culpa.

Eva ignoró su queja.

— Pues deberías haberlo hecho. No eres un hombre. Deberías haberle respondido.

Wilt posó la navaja.

—Y hubiese ido a la cárcel. Me hubieran llevado a juicio por agredir a un estudiante. Eso es lo que yo llamo una idea inteligente.

Y cogió la esponja y se lavó la cara.

Eva se retiró al dormitorio, satisfecha. No habría ya ninguna mención de su pijama amarillo limón. Había logrado apartar el pensamiento de su pequeña extravagancia y le había inculcado a Henry una sensación de agravio que le mantendría ocupado, por el momento. Cuando terminó de vestirse, Wilt había tomado un cuenco de cereales All-Bran, bebido media taza de café y se había metido ya en el embotellamiento de tráfico de la zona de giro. Eva bajó al piso de abajo y se preparó el desayuno y luego comenzó la rutina diaria de lavar los platos y fregar y limpiar el baño y...

—Compromiso con un enfoque integrado —dijo el doctor Mayfield— es un elemento esencial de...

El Comité Conjunto para el mejor desarrollo de las Humanidades estaba reunido. Wilt culebreó en su asiento y deseó ardientemente que no lo estuviese. El artículo del doctor Mayfield “Contenido cerebral y plan de estudios no-académicos” no tenía para él el menor interés y, además, estaba expuesto en frases tan retorcidas y con un ardor tan monótono que a Wilt le costaba muchísimo trabajo mantenerse despierto. Miró por el ventanal las máquinas que estaban excavando para el nuevo bloque de administración. El trabajo que se desarrollaba allí poseía una realidad que estaba en manifiesta contradicción con las peregrinas teorías que el doctor Mayfield estaba exponiendo. Si aquel hombre creía realmente que podía instilar Contenido Cerebral, fuese esto lo que fuese, en Instaladores de Gas Tres, era que estaba loco. Peor aún, su condenado artículo iba a provocar inevitablemente una discusión cuando llegase el turno de preguntas. Wilt miró a su alrededor. Allí estaban todas las diversas facciones, la nueva izquierda, la izquierda, la vieja izquierda, el centro indiferente, la derecha cultural y la derecha reaccionaria.

Wilt se clasificaba con los indiferentes. En años anteriores había pertenecido políticamente a la izquierda y culturalmente a la derecha. En otras palabras, se había opuesto a la bomba, había apoyado el aborto y la abolición de la enseñanza privada y se había opuesto a la pena capital, ganándose así cierta reputación de radical, mientras que, al mismo tiempo, abogaba por una vuelta a la artesanía del carretero, del herrero y del tejedor que había hecho mucho por socavar los esfuerzos del personal docente de la escuela para instilar en sus alumnos una valoración positiva de las posibilidades que proporcionaba la tecnología moderna. El tiempo así como la grosería intransigente de Yeseros

habían cambiado todo esto. Los ideales de Wilt se habían evaporado, siendo sustituidos por la convicción de que el hombre que decía que la pluma era más poderosa que la espada debería haber intentado leer El molino del Floss a Mecánica del motor Tres antes de abrir la boca. En opinión de Wilt, la espada tenía mucho más a su favor.

Mientras el doctor Mayfield seguía perorando, mientras seguía después el turno de preguntas con sus discusiones ideológicas, Wilt examinaba el agujero de la cimentación del nuevo edificio. Constituía, sin duda, un depósito ideal para un cadáver. Y había algo inmensamente satisfactorio en el hecho de saber que Eva, que había sido toda su vida tan insoportable, fuese a soportar una vez muerta el peso de un edificio de hormigón de varias plantas. Además su descubrimiento resultaría prácticamente imposible y su identificación quedaría descartada. Ni siquiera Eva, que presumía de tener una constitución fuerte y una voluntad aún más fuerte, podría conservar su identidad en el fondo de la cimentación del nuevo edificio. El problema sería conseguir, en primer término, meterla en aquel agujero. Los somníferos parecían un elemento preliminar razonable, pero Eva dormía perfectamente y no creía en ninguna clase de pastillas. “No puedo entender por qué no —pensó Wilt lúgubrementemente—. Estando como está dispuesta a creer en casi todo lo demás.

Interrumpió su ensueño el señor Morris, que ponía punto final a la reunión.

—Antes de que se vayan todos ustedes —dijo— hay un tema más que quiero mencionar. El jefe del Departamento de Ingeniería nos ha pedido que demos una serie de conferencias de una hora a los Bomberos Aprendices del Curso de Bocadillos. La materia será este año Problemas de la Sociedad Contemporánea. He hecho una lista de temas y de profesores que pueden desarrollarlos.

El señor Morris repartió los temas al azar. A Major Millfield le adjudicó Medios y Sistemas de Comunicación y Democracia Participatoria, asunto del que nada sabía y que le interesaba aún menos. A Peter Braintree le correspondió El nuevo brutalismo en arquitectura, sus orígenes y características sociales, y Wilt acabó recibiendo Violencia y desintegración de la vida familiar. Pensó que, en términos generales, había tenido bastante suerte. El tema se correspondía con sus preocupaciones del momento. El señor Morris estaba, evidentemente, de acuerdo.

—Me pareció que le gustaría abordar el asunto después del pequeño incidente de ayer con Impresores Tres —dijo, cuando salían.

Wilt sonrió lánguidamente y fue a dar Ajustadores y Torneros Dos. Les dio a leer Shame y se pasó la hora tomando notas para su conferencia. Oía a lo lejos el estruendo de las máquinas perforadoras. Y se imaginaba a Eva en el fondo de

uno de aquellos agujeros mientras vertían el hormigón. Con su pijama amarillo limón. Era un pensamiento agradable, y le ayudaba a preparar sus notas. Escribió un título: “Asesinato de esposas: disminución de su incidencia tras la introducción de las leyes del divorcio”.

Sí, podría hablar de aquello a Bomberos Aprendices.

4

— Me revientan las fiestas — dijo Wilt la noche del jueves —, y si hay algo que es aún peor que las fiestas, son las fiestas universitarias, y las fiestas de botella son las peores de todas. Llevas una botella de borgoña decente y acabas bebiendo el matarratas de otro.

— No es una fiesta — dijo Eva —, es una barbacoa.

— Aquí dice “Vente, vente y vente con Sally y Gaskell el jueves 9 noche. Trae tu propia ambrosía o prueba fortuna con el ponche de los Pringsheim”. Si ambrosía no significa agua de sentina argelina, me gustaría saber lo que significa.

— Yo creía que era eso que toma la gente para ponerse calentorra — dijo Eva.

Wilt la miró con repugnancia.

— Has aprendido unas cuantas expresiones muy selectas desde que te relacionas con esa gente. Ponerse calentorra. No sé quién te ha metido a ti...

— Tú no, desde luego. Eso seguro — dijo Eva y se dirigió al baño.

Wilt se incorporó en la cama y examinó la tarjeta. Aquella animalada tenía la forma de una... ¿De qué demonios tenía forma? En fin, era rosa y se abría y dentro había todas aquellas palabras ambiguas. Vente y Vente y Vente. Como alguien le tocara a él, le iban a oír. ¿Y lo del Ponche Pringsheim? ¿Cómo sería aquello? Un grupo de catedráticos fumando porros y hablando de sistemas de manipulación de datos de carácter teórico o de la influencia del hegelianismo prePopper en el panorama dialéctico contemporáneo, o algo igualmente ininteligible, y utilizando joder y coño de vez en cuando para demostrar que eran humanos, a pesar de todo.

— Y tú, ¿qué haces? — le preguntarían.

— Bueno, yo, en realidad, estoy dando clases en la Escuela de Artes y Oficios.

— ¿En la Escuela de Artes y Oficios? Es terriblemente interesante — mirando por encima del hombro hacia objetivos más estimulantes, y Henry acabaría la velada con alguna mujer horrorosa que estaba convencida de que las Escuelas de Artes y Oficios cumplían una función real y que se daba una importancia excesiva a las tareas de tipo intelectual y que había que orientar a la gente de modo que estuviese socialmente coordinada y que eso era lo que estaban haciendo las Escuelas de Artes y Oficios, ¿no?

Wilt sabía muy bien lo que estaban haciendo las Escuelas de Artes y Oficios. Pagando a gente como él 3.500 libras al año por mantener tranquilos durante una hora a los instaladores de gas.

— ¿Y qué coño me pondré? — preguntó.

— Tienes una camisa mejicana que compraste en la Costa del Sol el año pasado — dijo Eva desde el cuarto de baño —. No has tenido oportunidad de ponértela desde entonces.

— Y no pienso ponérmela ahora — murmuró Wilt, revolviendo en un cajón en busca de algo indescriptible que demostrase su independencia.

Al final se puso una camisa a rayas con unos vaqueros.

— ¿No pensarás ir así? — le dijo Eva, saliendo del baño básicamente desnuda.

Tenía la cara embadurnada de polvo blanco y los labios color carmín.

— Vaya por Dios — comentó —. Martes de carnaval con anemia perniciosa.

Eva le apartó de un empujón y siguió.

— Voy de Gran Gatsby — proclamó —, y si tú tuvieses un poco de imaginación se te ocurriría algo mejor que ponerte una camisa a rayas y unos vaqueros.

— Da la casualidad que el Gran Gatsby era un hombre.

— Bravo por él — dijo Eva, y se puso el pijama amarillo limón.

Wilt cerró los ojos y se quitó la camisa. Cuando salieron de casa llevaba una camisa roja con vaqueros, mientras que Eva, a pesar de que era una noche calurosa, insistió en ponerse el impermeable nuevo y el sombrero de paño.

— La verdad es que podríamos ir andando — dijo Wilt.

Fueron en coche. Eva no estaba dispuesta a bajar por la Avenida Parkview con sombrero de paño, impermeable de cinturón y un pijama amarillo. De camino pararon en una licorería donde Wilt compró una botella de tinto de Chipre.

—No creas que voy a probar esa basura —dijo—, y será mejor que cojas las llaves del coche ahora. Si resulta tan horroroso como creo que va a ser, me volveré temprano a casa andando.

Lo era. Peor. Wilt con la camisa roja y los vaqueros desentonaba mucho.

—Querida Eva —dijo Sally, cuando la encontraron por fin, hablando con un hombre que llevaba un taparrabos hecho con un paño de cocina que anunciaba quesos irlandeses—, estás preciosa. Los años veinte te sientan bien. Y así que éste es Henry. —Henry no se sentía Henry en absoluto—. En traje de época también. Henry, éste es Rafael.

El hombre del taparrabos examinó los vaqueros de Henry.

—Vuelven los cincuenta —dijo lánguidamente—. Supongo que tenía que suceder.

Wilt, mirando fijamente una forma de queso, intentó sonreír.

—Sírvete tú mismo, Henry —dijo Sally, y se llevó a Eva a conocer a las mujeres más libres y liberadas que estaban sencillamente muriéndose de ganas de conocer a nena globos.

Wilt pasó al jardín y puso la botella en la mesa y buscó un sacacorchos. No había ninguno. Por último examinó un gran cubo que tenía un cucharón. Media naranja y trozos de melocotón machucado flotaban en un líquido púrpura. Se sirvió en un vaso de papel y lo probó. Sabía, tal como había supuesto, a sidra con alcohol metílico y zumo de naranja. Miró a su alrededor contemplando el jardín. En un rincón cocinaba un hombre que llevaba gorro de cocinero y un suspensorio masculino. Estaba quemando salchichas en una parrilla sobre un fuego de carbón. En otro rincón del jardín había una docena de personas tumbadas formando un círculo, oyendo las cintas de Watergate. Había parejas dispersas hablando afanosamente y una serie de individuos de pie, solos, con aire desdeñoso y distante. Wilt se reconoció como uno más de ellos y eligió a la chica menos atractiva basándose en la teoría de que sería capaz de meterse en la boca del lobo y volver a salir ileso. Acabaría emparejado con ella de todos modos.

—Hola —saludó, dándose cuenta de que incurría en un tono americano al que ya había sucumbido Eva.

La chica le miró imperturbable y se alejó.

—Qué encanto —dijo Wilt, y terminó lo que le quedaba en el vaso.

Diez minutos y dos vasos después estaba hablando de Lectura Rápida con un hombre gordo y bajito que parecía profundamente interesado en el tema.

Eva estaba en la cocina cortando pan francés mientras Sally estaba allí a su lado con un vaso en la mano hablando de Levi-Strauss con un etíope que acababa de regresar de Nueva Guinea.

—Siempre he pensado que L-S se equivocaba en lo que se refiere al problema de las mujeres —decía Sally, estudiando lánguidamente el trasero de Eva—, quiero decir que menosprecia la similitud básica...

De pronto dejó de hablar y miró por la ventana.

—Perdona un momento —dijo, y corrió a librar al Dr. Scheimacher de las garras de Henry Wilt.

—Ernest es tan afable —dijo cuando volvió—, que nadie sospecharía que obtuvo el premio Nobel de espermología.

Wilt se quedó plantado en medio del jardín y terminó su tercer vaso de ponche. Se sirvió el cuarto y fue a escuchar las cintas de Watergate. Llegó a tiempo de oír el final.

—Captas mucho mejor la personalidad de Tricky Dick, cuadrafónicamente —decía uno al disolverse el grupo.

—Con los niños muy dotados hay que establecer una relación especial. Roger y yo hemos descubierto que Tonio responde mejor a un enfoque estructural.

—Es todo pura filfa. Considera, por ejemplo, lo que dice sobre los quasars...

—La verdad es que no puedo ver qué tiene de malo la sodomía...

—Me da igual lo que piense Marcuse de la tolerancia. Lo que yo digo es que...

—A menos dos-cincuenta de nitrógeno...

—Bach tiene sus momentos, creo yo, pero tiene también sus limitaciones...

—Hemos cogido esa casa en St. Trop...

—Yo aún sigo creyendo que Kaldor tenía la solución...

Wilt terminó su cuarto vaso y se puso a buscar a Eva. Ya estaba hartó. Le detuvo el grito del hombre del gorro de cocinero:

— ¡Ya están las hamburguesas! ¡A por ellas!

Wilt se acercó tambaleante. Se sirvió dos salchichas, una hamburguesa quemada y una masa de ensalada de col fresca en un plato de papel. No parecía haber cuchillos ni tenedores.

— El pobre Henry parece tan solo... — dijo Sally —. Voy a trasvasarle.

Salió y cogió a Wilt del brazo.

— Qué suerte la tuya, tener a Eva. Es la nena más nenita.

— Tiene treinta y cinco años — dijo beodamente Henry —, treinta y cinco nada menos.

— Es maravilloso encontrar un hombre que dice lo que piensa — dijo Sally, cogiendo un trozo de hamburguesa del plato de Henry —. Gaskell es que nunca dice nada de una forma clara y directa. A mí me encanta la gente realista.

Y tras decir esto se sentó en la hierba y tiró de Henry, obligándole a sentarse con ella.

— Yo creo que es terriblemente importante para dos personas decirse la verdad — continuó, partiendo otro trozo de hamburguesa y poniéndoselo en la boca a Henry.

Luego se lamió los dedos lentamente y le miró con ojos muy abiertos. Wilt, incómodo, masticó el trozo de hamburguesa y lo tragó por fin. Sabía a carne quemada con un regusto de Lancôme. O un aroma.

— ¿Por qué dos? — preguntó él, enjuagándose la boca con ensalada de col fresca.

— ¿Por qué dos qué?

— Por qué dos personas — dijo Wilt —. ¿Por qué es tan importante para dos personas decirse la verdad?

— Bueno, quiero decir que...

— ¿Por qué no tres? ¿O cuatro? ¿O un centenar?

— Un centenar de personas no pueden tener una relación. No una relación íntima — dijo Sally —, una relación significativa.

— Yo no conozco muchas dos que puedan tenerlas tampoco — dijo Wilt.

Sally hundió los dedos en la ensalada de col fresca de Henry.

— Oh, pues claro que sí. Tú y Eva tenéis una relación real entre vosotros.

— No muy a menudo — dijo Wilt.

Sally se echó a reír.

— Oh, nene, tú eres un nene verdad.

Y se levantó y fue a por dos vasos más.

Wilt examinó dubitativo su vaso. Estaba ya muy borracho.

— Si yo soy un nene de verdad, ¿qué clase de nena eres tú, nena? — preguntó, esforzándose por instilar en el último nena algo más que una sombra de desprecio.

Sally se le arrimó culebreante y le cuchicheó al oído:

— Soy una nena cuerpo — le dijo.

— Eso ya lo veo — dijo Wilt —, Tienes un cuerpo muy bonito.

— Es la cosa más bonita que me han dicho en mi vida — dijo Sally.

— En ese caso — dijo Wilt, cogiendo una salchicha ennegrecida — debes de haber tenido una niñez muy triste.

— De hecho lo fue, sí — dijo Sally, quitándole la salchicha de los dedos a Henry —. Por eso necesito ahora tanto amor.

Y se metió en la boca la mayor parte de la salchicha, la fue sacando luego muy despacio y le arrancó la punta de un mordisco. Wilt terminó la ensalada de col fresca, acompañándola con Ponche Pringsheim.

— ¿Verdad que son todos horribles? — dijo Sally, mientras llegaban gritos y risas del rincón del jardín donde estaba la parrilla.

Wilt alzó la vista.

— De hecho lo son, sí — dijo —. ¿Quién es el payaso ese del suspensorio?

— Ese es Gaskell. ¡Es tan infantil! Le gusta jugar con cosas. Allá en los Estados Unidos le encanta, sencillamente, montarse en las locomotoras de los trenes y va a los rodeos y las navidades pasadas insistió en vestirse de Santa Claus y

bajar a Watts a llevarles regalos a los niños negros de un orfanato. No le dejaron, por supuesto.

— Si fue con el suspensorio, no me sorprende lo más mínimo — dijo Wilt.

Sally se echó a reír.

— Tú debes de ser Aries — dijo —, no te importa decir lo que sea.

Y se puso de pie y levantó a Wilt.

— Voy a enseñarte la habitación de los juguetes que tiene — le explicó —. Es tan chistosa...

Wilt posó el plato y entraron en la casa. Eva estaba en la cocina pelando naranjas para una macedonia y hablando de ritos de circuncisión con el etíope, que le cortaba plátanos en rodajas. En el salón había varias parejas bailando vigorosamente, espalda con espalda, al ritmo de un LP de la Quinta de Beethoven puesto a 78 revoluciones.

— ¡Dios mío! — suspiró Wilt, mientras Sally cogía una botella de vodka de un aparador.

Subieron al piso de arriba y siguieron luego un pasillo hasta un pequeño dormitorio lleno de juguetes. Había un tren eléctrico instalado en el suelo, un punch de boxeo, un oso de felpa enorme, un caballo de balancín, un casco de bombero y una muñeca hinchada tamaño natural que parecía una mujer auténtica.

— Esa es Judy — dijo Sally —. Tiene un coño de verdad. Gaskell es un maníaco del plástico.

Wilt pestañeó.

— Aquí están — prosiguió Sally — los juguetes de Gaskell. Nene pubertad.

Wilt contempló la habitación revuelta y movió la cabeza.

— Parece que estuviese compensando una infancia perdida.

— Oh, Henry, qué perceptivo eres — dijo Sally, desenroscando el tapón de la botella de vodka.

— Qué coño voy a ser perceptivo, es algo evidente.

— Oh, claro que lo eres. Lo que pasa es que eres terriblemente modesto, eso es lo que pasa. Modesto y tímido y varonil.

Y bebió un trago de la botella y se la pasó a Wilt. El bebió imprudentemente un trago y tuvo problemas para tragarlo. Sally cerró la puerta con pestillo y se sentó en la cama. Alzó una mano y atrajo a Wilt hacia sí.

— Jódeme, nene Henry — dijo, y se alzó la falda —. Móntame, querido. Dale hasta gastármelo.

— Eso — dijo Wilt — iba a ser un poco difícil.

— Oh. ¿Por qué?

— Bueno, por una parte sería imposible; y, en realidad, ¿por qué hacerlo?

Sally se detuvo y le miró fijamente. Ya no sonreía.

— ¿Quieres una razón? ¿Una razón para joder?

— Sí — dijo Wilt —. Sí que la quiero.

— Razón es traición. Siente libremente.

Tiró de él hacia sí y le besó. Wilt no se sentía en absoluto libre.

— No seas tímido, nene.

— ¿Tímido? — dijo Wilt, tendiéndose de costado —. ¿Tímido yo?

— Claro que lo eres. Está bien, ya sé que la tienes pequeña. Eva me lo dijo.

— ¿Pequeña? ¿Qué quieres decir con eso de que la tengo pequeña? — gritó furioso Wilt.

Sally le miró sonriendo.

— Da igual. Da igual. Qué importa. Sólo tú y yo y...

— Pues claro que importa — farfulló Wilt —. ¿Así que mi mujer dice que la tengo pequeña? Ya le enseñaré yo a esa zorra estúpida quién la tiene pequeña. Voy a enseñarle

— Enséñame a mí, nene Henry. Enséñame a mí. A mí me gustan pequeñas. Anda, no te hagas de rogar.

— No es cierto — masculló Wilt.

— Demuéstralo, querido — dijo Sally, culebreando contra él.

—No lo haré —replicó Wilt, levantándose.

Sally dejó de culebrear y le miró.

—Lo que pasa es que tienes miedo —dijo—. Te da miedo ser libre.

—¿Libre? ¿Libre? —gritó Wilt, intentando abrir la puerta—. ¿Estar encerrado en una habitación con la mujer de otro hombre es libertad? Debes de estar de broma.

Sally se bajó la falda y se incorporó.

—¿No lo harás?

—No —dijo Wilt.

—¿Eres un nene esclavitud? Puedes confesármelo. Estoy acostumbrada a nenes esclavitud. Y Gaskell es ...

—Por supuesto que no —dijo Wilt—. Y no me interesa lo más mínimo lo que sea Gaskell.

—Tú quieres que te la chupe, ¿es eso? ¿Quieres que te la chupe?

Y se apartó de la cama y se acercó a él. Wilt la miraba con ojos desorbitados.

—No me toques —gritó, pues se vio de pronto como un gran pirulí—. No quiero saber nada de ti.

—¿Por qué no? ¿Porque la tienes pequeña? ¿Es ese el motivo?

Wilt retrocedió y se apoyó en la puerta.

—No, no es eso.

—¿Porque no tienes el valor de seguir tus instintos? ¿Porque eres psíquicamente virgen? ¿Porque no eres un hombre? ¿Porque no puedes tomar a una mujer que piensa?

—¿Que piensa? —gritó Wilt, azuzado por la acusación de que no era hombre—. ¿Que piensa? ¿Tú piensas? ¿Tú sabes algo? Preferiría hacerlo con esa muñeca mecánica de plástico antes que contigo. Tiene más atractivo sexual en el dedo menique que tú en todo tu cuerpo podrido. Yo, cuando quiero una puta, la pago.

—Pero qué dices tú, mierdecita —chilló Sally, y se lanzó sobre él.

Wilt la esquivó lanzándose a un lado y tropezó con el punch de boxeo. Luego tropezó con un motor de juguete y salió lanzado hacia el centro de la habitación. Cuando se desplomó en el suelo, Sally cogió la muñeca y avanzó hacia él.

En la cocina, Eva había terminado la macedonia y había preparado el café. Era una fiesta encantadora. El señor Osewa le había explicado cómo era su trabajo de funcionario de subdesarrollo de cuestiones culturales en la UNESCO y le había explicado también lo gratificante que le resultaba. El doctor Scheimacher la había besado dos veces en la nuca, al pasar, y el hombre del taparrabos de quesos irlandeses se había apretado contra ella con mayor firmeza de lo absolutamente necesario para coger la salsa de tomate. Y a su alrededor, por doquier, había gente terriblemente inteligente, toda la mar de abierta y franca. Era tan refinado todo.

Se sirvió otro trago y miró a su alrededor, buscando a Henry. No se le veía por ninguna parte.

—¿Has visto a Henry? —preguntó a Sally cuando ésta entró en la cocina con una botella de vodka y un poco sofocada.

—La última vez que le vi estaba sentado con una muñequita muy elegante —dijo Sally, sirviéndose una cucharada de macedonia—. Oh, Eva, querida, eres absolutamente una nena Cordon Bleu.

Eva se ruborizó.

—Espero que esté pasándolo bien. Henry no es que sea demasiado simpático en las fiestas.

—Nena Eva, sé sincera. Henry no es demasiado simpático y punto.

—Es sólo que... —empezó Eva, pero Sally le dio un beso.

—Eres demasiado buena para él —dijo—. Tenemos que encontrarte alguien realmente maravilloso.

Mientras Eva tomaba su bebida, Sally buscó a un joven con una fronda de pelo cayéndole por la frente, que estaba echado en un sofá con una chica, fumando y mirando al techo.

—Christopher, precioso —dijo—. Voy a robarte un momento. Quiero que atiendas a alguien por mí. Entra en la cocina y camélame a la mujer de los globos grandes y el horrendo pijama amarillo.

—Oh Dios. ¿Por qué yo?

—Querido, ya sabes que eres completamente irresistible. Eres el más sexy. Hazlo por mí, nene, por mí.

Christopher se levantó del sofá, entró en la cocina y Sally se echó junto a la chica.

—Christopher es un sueño —dijo.

—Es un gigoló —dijo la chica del sofá—. Un puto.

—Querida —dijo Sally—, ya es hora de que nosotras las mujeres los tengamos.

En la cocina, Eva dejó de servir café. Se sentía deliciosamente borracha.

—No debes hacerlo —dijo muy apurada.

—¿Por qué no?

—Estoy casada.

—Me gusta. Me gusta.

—Sí, pero...

—No hay peros, querida.

—Oh.

Arriba, en la habitación de los juguetes, Wilt, que se recuperaba lentamente de los ataques combinados a su organismo del Ponche Pringsheim, el vodka, su anfitriona ninfomaniaca y la esquina del aparador contra el cual había caído, tenía la sensación de que pasaba algo terrible. No era sólo que la habitación diera vueltas, que tuviera un chichón en el cogote o que estuviera desnudo. Era más bien la sensación de que algo con todas las cualidades menos atractivas de una ratonera o una prensa de tornillo, o una almeja hambrienta, se hubiera adosado implacablemente a lo que él siempre había considerado hasta entonces la más íntima de sus partes. Wilt abrió los ojos y se encontró mirando fijamente un rostro sonriente, aunque un poco hinchado. Cerró los ojos de nuevo, esperó

contra toda esperanza, los abrió de nuevo, se encontró con que la cara seguía allí, e hizo una tentativa de incorporarse.

Fue una tentativa muy imprudente. Judy, la muñeca de plástico, inflada a mayor presión de la normal, se resistía.

Wilt cayó de espaldas al suelo, con un graznido. Judy le siguió. Su nariz chocó con la de Henry, sus pechos con el tórax de Henry. Con una maldición, se puso de costado y estudió el problema. Incorporarse quedaba descartado. Provocaría una castración. Tendría que intentar alguna otra cosa. Hizo girar más la muñeca y se colocó encima, pero comprobó que al pesar sobre ella aumentaba la presión sobre lo que quedaba de su pene y que si quería contraer gangrena, aquél era el mejor medio de lograrlo. Así que se giró precipitadamente y tanteó buscando una válvula. Tenía que haber alguna en alguna parte, si pudiera encontrarla... Pero si la había, estaba bien escondida; y, tal como iban las cosas, no podía perder mucho tiempo buscándola. Tanteó el suelo a su alrededor, buscando algo que poder utilizar como una daga, algo afilado; y, por último, arrancó un trozo de vía de tren y lo hundió en la espalda de su asaltante. Hubo un chirrido de plástico, pero la sonrisa hinchada de Judy siguió intacta y sus indeseadas atenciones tan implacables como siempre. La acuchilló una y otra vez, pero sin resultado. Wilt soltó la daga improvisada y consideró otros medios. Estaba poniéndose ya frenético, consciente de una nueva amenaza. No era ya que estuviese sujeto a la elevada presión aérea de la muñeca. Crecían sus propias presiones internas. El Ponche Pringsheim y el vodka empezaban a producir sus efectos. Con la desesperada idea de que si no se libraba pronto de ella estallaría, Wilt agarró la cabeza de Judy, la inclinó hacia un lado y hundió los dientes en su cuello. O, mejor, lo habría hecho si la atmósfera por centímetro cuadrado de la muñeca se lo hubiese permitido. Así que en vez de morder, salió bruscamente rebotado y se pasó los dos minutos siguientes intentando localizar el diente falso que había perdido en el intento.

Tras localizarlo y colocárselo de nuevo, se apoderó de él el pánico. Tenía que librarse de aquella muñeca. Tenía que hacerlo. Habría una navaja de afeitar en el cuarto de baño, o unas tijeras. Pero, ¿dónde demonios estaba el cuarto de baño? Daba igual, estuviera donde estuviera lo encontraría, qué demonios. Con cuidado, con muchísimo cuidado, dio vuelta a la muñeca, poniéndola boca arriba y luego se colocó sobre ella. Después, fue subiendo poco a poco las rodillas, hasta quedar a horcajadas sobre ella. Lo único que necesitaba ya era algo en que apoyarse para ponerse de pie. Se estiró, y se agarró al borde de una silla con una mano mientras con la otra alzaba del suelo la cabeza de Judy. Unos instantes después, estaba de pie. Apretando contra sí la muñeca, se dirigió a la puerta y la abrió. Atisbó por el pasillo. ¿Y si le veía alguien? Al diablo con eso. A Wilt ya no le importaba lo que la gente pensara de él. ¿Hacia dónde quedaría

el cuarto de baño? Giró hacia la derecha y, atisbando frenético por encima del hombro de Judy, enfiló pasillo abajo.

Abajo, Eva estaba pasándolo maravillosamente. Primero Christopher, luego el hombre del taparrabos de los quesos irlandeses, y, por último, el doctor Scheimacher, habían hecho todos tanteos e insinuaciones y habían sido rechazados. Era un cambio tan grande respecto a la falta de interés de Henry... Demostraba que aún seguía siendo atractiva. El doctor Scheimacher había dicho que era un interesante ejemplo de esteatopigia latente... Christopher intentó besarle los pechos y el hombre del taparrabos le había hecho una propuesta de lo más extraordinario. Y Eva había pasado por todo esto manteniéndose enteramente virtuosa. Su enorme vivacidad, su insistencia en bailar y, sobre todo, su costumbre de decir en tono un algo estrepitoso "Oh, no seas tan calentorro", en los momentos en que ellos mostraban más ardor, había tenido un efecto notablemente disuasorio. Ahora estaba sentada en el suelo del salón mientras Sally y Gaskell y el hombre barbudo del Instituto de Investigaciones Ecológicas discutían sobre la intervención de papeles sexualmente intercambiables en una sociedad demográficamente restrictiva. Se sentía extrañamente emocionada. La Avenida Parkview y Mavis Mottram y su propio trabajo en el Centro Comunitario Armonía parecían pertenecer a otro mundo. Había sido aceptada por gente que volaba a California o a Tokio a dar conferencias y a reuniones en la cumbre tan despreocupadamente como tomaba ella el autobús para ir al centro. El doctor Scheimacher había comentado que tenía que tomar el avión para Nueva Delhi por la mañana, y Christopher acababa de regresar de una misión fotográfica en Trinidad. Sobre todo, había una aureola de importancia que envolvía cuanto estaban haciendo, un hechizo del que carecía por completo el trabajo de Henry en la escuela. Ay, si pudiera conseguir que Henry hiciera algo interesante y aventurero. Pero Henry era tan prosaico... Había cometido un error casándose con él. Sí, no cabía duda. A él, lo único que le interesaba eran los libros, pero la vida no podía encontrarse en los libros. Como decía Sally, la vida era para vivirla. La vida era gente y experiencia y diversión. Henry nunca sería capaz de comprenderlo.

Wilt podía ver muy poco en el cuarto de baño. No podía ver, desde luego, modo alguno de librarse de la muñeca. Su intento de cortarle el cuello a aquel artefacto bestial con una cuchilla había concluido en un fracaso, debido fundamentalmente al hecho de que la cuchilla en cuestión era una Wilkinson de hoja compacta. Tras fracasar con la cuchilla había probado con champú como lubricante pero, aparte de que, incluso a sus ojos displicentes, parecía como si

hubiese excitado a la muñeca hasta niveles claramente frenéticos de anhelo sexual, el champú no había servido de nada. Por último había vuelto a iniciar una búsqueda de la válvula. Aquel artilugio condenado tenía alguna por alguna parte, si pudiese encontrarla... Con este propósito atisbó en el espejo de la puerta del armarito de las medicinas, pero el espejo era demasiado pequeño. Había uno grande encima del lavabo. Wilt bajó la tapa del inodoro y se subió laboriosamente encima. De ese modo podía tener una visión amplia de la espalda de la muñeca. Cuando estaba tanteándola se oyeron pasos en el pasillo. Wilt dejó de tantear y se quedó inmóvil allí sobre la tapa del inodoro. Alguien intentó abrir la puerta y comprobó que estaba cerrada. Los pasos retrocedieron y Wilt lanzó un suspiro de alivio. Bueno, ahora, por fin podría encontrar la válvula.

Y en aquel momento se produjo el desastre. El pie izquierdo de Wilt pisó en el champú que había goteado en la tapa del inodoro, se deslizó hacia un lado y Wilt, la muñeca y la puerta del armarito de las medicinas a la que el primero intentó sujetarse se mantuvieron un instante en el aire. Mientras caía en la bañera seguido de la cortina de la ducha y su soporte, Wilt lanzó un último grito desesperado. Hubo luego un pop que recordaba los de los corchos de las botellas de champú y Judy, respondiendo a la presión de los setenta kilos de Wilt cayendo desde algo más de un metro de altura a plomo en la bañera, le expulsó. Pero a Wilt le daba igual ya. Estaba desmayado en todos los sentidos. Tenía sólo una vaga conciencia de gritos en el pasillo, de alguien que echaba abajo la puerta, de rostros que asomaban a mirarle y de risas histéricas. Cuando volvió en sí estaba echado en la cama de la habitación de los juguetes. Se levantó y se vistió y bajó por la escalera arrastrándose y salió por la puerta principal. Eran las tres de la madrugada.

Eva estaba sentada en el borde de la cama, llorando.

— ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo hacer una cosa así? —decía—. Delante de toda aquella gente.

— Nena Eva, los hombres son así. Créeme —la consoló Sally.

— Pero con una muñeca...

— Eso es simbólico de la actitud del cerdo machista hacia las mujeres... Sólo somos para ellos artefactos de joder. Objetivación. Ahora ya sabes lo que Henry siente por ti.

— Es horrible —dijo Eva.

— Claro que es horrible. La dominación masculina nos degrada a meros objetos.

— Pero Henry nunca había hecho nada parecido —gimió Eva.

— Bien, pues ya lo ha hecho.

— No voy a volver con él. No podría soportarlo. Me siento tan avergonzada...

— Tienes que olvidarlo, querida. No tienes que irte a ninguna parte. Sally se cuidará de ti. Tú échate y duerme un poquitín.

Eva se echó, pero dormir era imposible. La imagen de Henry tirado en el suelo del cuarto de baño, desnudo, encima de aquella muñeca, no se borraba de su pensamiento. Habían tenido que echar la puerta abajo y el doctor Scheimacher se había cortado en una mano con una botella rota intentando sacar a Henry del cuarto de baño... Oh, todo era demasiado horroroso. No podría volver a mirar a la gente a la cara. Aquello se divulgaría inevitablemente y pasarían a conocerla como la esposa del hombre que se refocilaba con... Con un nuevo paroxismo de vergüenza y horror, Eva enterró la cabeza en la almohada y se echó a llorar.

— Eso hizo que la fiesta acabase explosivamente, no hay duda —dijo Gaskell—. Un tipo se pone a joder con una muñeca en el cuarto de baño y todo el mundo se vuelve loco.

Echó un vistazo a su alrededor tras decir esto y contempló el caos del cuarto de estar.

— Si alguien piensa que voy a empezar a recoger y a limpiar esto ahora, está listo. Yo me voy a la cama.

— Pero no despiertes a Eva. Está histérica —dijo Sally.

— Vaya, muy bien. Ahora tenemos una mujer compulsiva, obsesiva y maníaca con histeria en casa.

— Y vendrá con nosotros mañana en el barco.

— ¿Cómo dices?

— Me oíste perfectamente. Vendrá con nosotros en el barco.

— Oye, un momento...

— No estoy discutiéndolo contigo, G. Te lo estoy comunicando. Viene con nosotros.

— Pero Dios santo, ¿por qué?

— Porque no voy a dejarla aquí con ese asqueroso marido que tiene. Porque tú no quieres pagarme una asistenta y porque me gusta.

— Así que no quiero pagarte una asistenta. Es lo que me faltaba por oír.

— Oh, no, nada de eso —dijo Sally—, aún no has oído ni la mitad. Quizá no sepas que te has casado con una mujer liberada. Ningún cerdo machista va a imponerme a mí...

— Yo no intento imponerte nada —dijo Gaskell—. Lo único que yo digo es que no quiero tener que...

— No estoy hablando de ti. Hablo de ese asqueroso de Wilt. ¿Tú crees que se metió él mismo en esa muñeca? Piénsalo bien, nene G, piénsalo bien.

Gaskell se sentó en el sofá y la miró fijamente.

— Estás loca. ¿Por qué querías hacer una cosa así?

— Porque cuando yo libero a alguien lo libero de verdad. Y se acabó.

— Liberar a alguien con... —meneó la cabeza—. No tiene ningún sentido.

Sally se sirvió un vaso.

— Lo malo que tienes tú, G, es que hablas mucho pero no haces nada. Todo es cháchara y más cháchara. “Mi esposa es una mujer liberada. Mi esposa es libre.”. Suena muy bien, sí, pero cuando a tu mujer se le ocurre hacer algo, no quieres saber nada.

—Sí, claro, cuando se te ocurre hacer algo ¿quién coño es el que tiene que arreglar las cosas después? Yo. ¿Dónde está entonces la mujer liberada? ¿Quién te sacó de aquel lío en que te metiste en Omaha? ¿Quién tuvo que pagar a los polis aquella vez en Houston ... ?

—Tú, tú, tú. ¿Y por qué te casaste conmigo, eh? ¿por qué?

Gaskell se limpió las gafas con el borde de su gorro de cocinero.

—No sé —dijo—. No sé por qué, la verdad.

—Porque te gustan las emociones fuertes, nene, y yo te las proporciono. Sin mí te habrías muerto de aburrimiento. Conmigo, en cambio, disfrutas. Experimentas emociones fuertes. Grandes impactos emotivos.

—En los dientes.

Gaskell se levantó pesadamente y se dirigió a la escalera. Era en momentos como aquél en los que se preguntaba por qué se habría casado.

La vuelta a casa andando fue un verdadero calvario para Wilt. Su dolor no era ya físico. Era el calvario de la humillación, el odio y el desprecio a sí mismo. Había quedado como un imbécil, un pervertido y un mamarracho ante gente a la que despreciaba. Los Pringsheim y su círculo representaban lo que él más odiaba, eran falsos, engreídos, pretenciosos, un circo de payasos intelectuales cuyas sandeces no tenían siquiera el mérito de la suya, que al menos había sido real. Las de ellos eran sólo una parodia de goce. Se reían para oírse reír y exhibían una sensualidad que nada tenía que ver con los sentimientos ni siquiera con los instintos, que procedía de una imaginación mezquina y de una lujuria mimética. Copulo ergo sum. Y aquella zorra, Sally, le había acusado de no tener el valor de seguir sus instintos, como si el instinto consistiese en eyacular en el cuerpo químicamente esterilizado de una mujer a la que había visto por primera vez quince minutos antes. Y Wilt había reaccionado instintivamente, apartándose de una concupiscencia relacionada con el poder y la arrogancia y con un desprecio insoportable hacia él, que presuponía que lo que él era, lo poco que era, consistía en una mera extensión de su pene, y que la máxima expresión de sus pensamientos, sentimientos, esperanzas y ambiciones sólo podía alcanzarla entre las piernas de una elegante pelandusca. Y eso era estar liberado.

“Siente libremente”, había dicho ella y le había enganchado a aquella jodida muñeca. Wilt rechinó los dientes bajo una farola.

¿Y Eva? ¿Qué género de infierno le prepararía ahora? Si le había resultado insoportable vivir con ella antes de aquello, ahora su vida iba a ser tortura auténtica, sin adulteración. ¿Cómo iba a convencerla de que no estaba jodiendo con aquella muñeca, que él no había hecho aquello por voluntad propia, que había sido Sally la culpable de todo? No habría modo de convencerla. Y aún en el caso de que por algún milagro aceptase su versión de los hechos, eso no cambiaría mucho las cosas.

“¿Qué clase de hombre eres tú que dejas que una mujer te haga una cosa así?”, le diría. Y nada podría responder a eso. ¿Qué clase de hombre era? Wilt no tenía ni idea. Un hombrecillo insignificante al que le sucedían las cosas y para quien la vida era una sucesión de humillaciones. Los impresores le atizaban un puñetazo en las narices y luego le echaban la culpa a él. Se dejaba intimidar por su esposa y permitía que las esposas de otros le convirtiesen en el hazmerreír de todos. Wilt caminaba por aquellas calles de zona residencial pasando ante viviendas semiindependientes y jardincitos con la sensación creciente de haber tomado una resolución firme. Ya estaba harto de ser la colilla de las circunstancias. De ahora en adelante las cosas sucederían según sus deseos. Dejaría de ser la víctima de todas las desdichas. Sería su instigador. Que Eva intentase algo y ya vería. La derribaría de un puñetazo a la muy zorra.

Wilt se detuvo. Era muy fácil decirlo, sí. Aquella maldita mujer tenía un arma que no dudaría en utilizar. Derribarla de un puñetazo, ¿eh? Un cuerno. Si alguien acababa en el suelo sería Wilt, y además ella explicaría su aventura con la muñeca a todos los que les conocían. El cuento no tardaría en llegar a la Escuela. Wilt se estremeció ante la idea en la oscuridad de la Avenida Parkview. Sería el final de su carrera. Cruzó la verja de entrada del número 34 y abrió la puerta de su casa con la sensación de que estaba sentenciado si no emprendía una acción drástica en un futuro inmediato.

Una hora después, en la cama, aún seguía despierto, despierto del todo y debatiéndose con el problema de Eva, el de su propio carácter y el de cómo cambiarlo y convertirlo en algo que él mismo pudiese respetar. ¿Y qué es lo que él respetaba? Wilt apretó los puños bajo las sábanas.

—La decisión —murmuró—. La capacidad de actuar sin vacilación. El valor.

Una extraña letanía de antiguas virtudes. Pero, ¿cómo adquirirlas ya? ¿Cómo habían convertido durante la guerra a hombres como él en comandos y en asesinos profesionales? Entrenándolos. Wilt consideró allí en la cama, a oscuras, de qué modos podría entrenarse y adiestrarse para convertirse en lo que claramente no era. Cuando se quedó dormido, había decidido ya intentar lo imposible.

A las siete sonó el despertador. Wilt se levantó y entró en el cuarto de baño y se miró detenidamente en el espejo. Era un hombre implacable, duro, un hombre sin sentimientos. Implacable, metódico, frío y racional. Un hombre que no cometía errores. Bajó a la cocina y comió su All-Bran y bebió su taza de café. Así que Eva no estaba en casa. Se había quedado a pasar la noche en casa de los Pringsheim. En fin, mejor. Eso hacía más fáciles las cosas. Salvo por el hecho de que había sido ella quien se había quedado con las llaves del coche y con éste. No iba a acercarse allí a por él, desde luego. Bajó andando hasta la zona de giro y cogió el autobús y fue en autobús hasta la escuela. Tenía Albañiles Uno en el aula 456. Cuando llegó estaban hablando de un incidente que había tenido uno de ellos.

— Y aparece aquel estudiantillo todo vestido como un camarero y va y me dice, “¿Haces el favor?” me dice “¿Quieres hacer el favor de quitarte de micamino?” Así por las buenas y lo único que yo estaba haciendo era mirar los libros que había en el escaparate...

— ¿Los libros? — dijo escépticamente Wilt —. ¿A las once de la noche y estabas mirando libros? No me lo creo.

— Revistas y novelas del Oeste — dijo el albañil —. Era en una chatarrería de la calle Finch.

— Tienen revistas de tías — explicó otro.

Wilt asintió. Eso parecía ya más razonable.

— Así que yo voy y le digo “¿Hacer el favor de qué?” — continuó el albañil —, y él va y dice “Si haces el favor de quitarte de mi camino”. De su camino. Como si aquella jodida calle fuese suya.

— Bueno, ¿y qué dijiste tú? — preguntó Wilt.

— ¿Decir? No dije nada. No tenía ganas de desperdiciar palabras con él.

— ¿Qué hiciste entonces?

— Pues le aticé una patada y al suelo. Le di una buena soba para que aprendiera. Y luego me largué. Un estudiantillo chulo que no se atreverá a decirle a nadie que se quite de su camino por una temporada.

La clase asintió aprobatoriamente.

— Esos estudiantes son todos iguales — dijo otro albañil—. Se creen que porque tienen dinero y van a la universidad pueden ponerse a darte órdenes. Se merecen todos un buen repaso. Les sienta muy bien.

Wilt consideró las implicaciones de la violencia callejera como parte de una formación intelectual. Después de su experiencia de la noche anterior se sentía inclinado a decir que había algo positivo en ella. Le hubiese gustado darles un buen repaso a la mitad de los que estaban en la fiesta de los Pringsheim.

— ¿Así que a ninguno os parece que haya nada de malo en pegarle a un estudiante si se interpone en vuestro camino? — les preguntó.

— ¿Malo? — dijeron los albañiles al unísono—. ¿Qué tiene de malo darles un repaso? Ni que un estudiante fuese una vieja o algo así. Siempre puede defenderse, ¿no?

Se pasaron el resto de la clase hablando de la violencia en el mundo moderno. Los albañiles parecían pensar que en términos generales era una cosa buena.

— Bueno, ¿para qué vas a salir el sábado por la noche y emborracharte si no puedes armar también un poco de jaleo? Uno tiene que dar salida a la agresión de alguna manera, ¿no? — dijo un albañil insólitamente coherente—. Quiero decir que es algo natural, ¿no?

— Así que tú crees que el hombre es un animal agresivo por naturaleza — preguntó Wilt.

— Pues claro. Ahí está la historia y todas esas guerras. A los únicos que no les gusta la violencia es a los maricas.

Wilt se llevó esta visión de las cosas a la sala de profesores en su período libre y cogió una taza de café de la máquina automática. Se le unió Peter Braintree.

— ¿Qué tal fue la fiesta? — preguntó Braintree.

— No fue — dijo Wilt, reticente.

— ¿Eva lo pasó bien?

— No sabría decirlo. Esta mañana cuando me levanté ella no había vuelto aún a casa

— ¿Que no había vuelto a casa?

— Eso fue lo que dije — confirmó Wilt.

— Pero, ¿y no llamaste por teléfono para enterarte de lo que le había pasado?

— No — dijo Wilt.

— ¿Por qué no?

— Porque podría quedar en ridículo si llamase y me dijese que se había largado con el embajador abisinio, ¿no crees?

— ¿El embajador abisinio? ¿Estaba en la fiesta?

— No sé y no quiero saberlo. La última vez que la vi estaba dándole palique el negrazo ese de Etiopía. Tiene algo que ver con la ONU. Ella estaba haciendo macedonia y él le cortaba los plátanos en rodajas.

— No me parece una actividad demasiado comprometedora, la verdad — dijo Braintree.

— No, creo que no lo es. Sólo que tú no estabas allí y no sabes qué clase de fiesta era — dijo rápidamente Wilt, llegando a la conclusión de que era imprescindible dar una versión corregida y revisada de los acontecimientos de la noche —. Una cuadrilla de juveniles de mediana edad haciendo cada uno su cosa.

— Parece bastante espantoso por lo que dices, sí. Y tú crees que Eva...

— Creo que Eva se emborrachó y alguien le dio un porro y se desmayó — dijo Wilt —, eso es lo que creo. Probablemente esté durmiéndola en el retrete del piso de abajo.

— A mí eso no me parece propio de Eva — dijo Braintree.

Wilt bebió su café y consideró la estrategia a seguir. Si el cuento de su aventura con aquella muñeca condenada iba a acabar sabiéndose, quizá fuese mejor que lo contara él primero a su manera. Por otra parte...

— ¿Y qué andabas haciendo tú mientras pasaba todo esto? — preguntó Braintree.

— Bueno — dijo Wilt —, yo, en realidad...

Dudaba. Bien pensado quizá fuese mejor no mencionar en absoluto lo de la muñeca. Si Eva mantenía la boca cerrada...

— Yo me emborraché también un poquillo... — dijo.

— Eso me parece ya más razonable — dijo Braintree —. Y supongo que intentaste también ligar con otra mujer.

— Si quieres saber la verdad, amigo — dijo Wilt —, fue otra mujer la que intentó ligar conmigo. La señora Pringsheim.

— ¿La señora Pringsheim intentó ligar contigo?

— Bueno, fuimos a la planta de arriba a ver los juguetes de su marido...

— ¿Los juguetes de su marido? Creí que me habías dicho que era bioquímico.

— Es bioquímico. Lo que pasa es que le gusta jugar con juguetes. Trenes eléctricos y osos de felpa y cosas así. Ella dice que es un caso de desarrollo interrumpido. Pero ella le quiere de todos modos. Es una esposa muy leal.

— ¿Y qué pasó entonces?

— Aparte de que ella cerró la puerta y se me espatarró en la cama y me pidió que la jodiera y me amenazó con hacerme un trabajo de boca, no pasó nada — dijo Wilt.

Peter Braintree le miró escéptico.

— ¿Nada? — dijo, al fin —. ¿Nada? ¿Pero qué hiciste tú?

— Me equivoqué — dijo Wilt.

— Es una palabra nueva para expresarlo — dijo Braintree —. Te vas al piso de arriba con la señora Pringsheim y te equivocas mientras ella se espatarra en la cama; ¿y quieres saber por qué Eva no ha venido a casa? Probablemente en este momento esté en el despacho de algún abogado cumplimentando una solicitud de divorcio.

— Pero te aseguro que no me tiré a la zorra esa — dijo Wilt —. Le dije que se fuera a que le lustrara otro su perlita.

— ¿Y a eso le llamas equivocarse? ¿Lustrar su perlita? ¿Dónde demonios aprendiste semejante expresión?

— Carne Uno — dijo Wilt, y se levantó y se sirvió otra taza de café en la máquina.

Cuando volvió a sentarse, ya había decidido cuál sería su versión.

— Después de eso, no tengo idea de lo que pasó — dijo, cuando Braintree insistió en que le explicara el siguiente episodio —. Me desmayé. Debió de ser el vodka.

—¿Así que te desmayaste en una habitación cerrada con una mujer desnuda? ¿Fue eso lo que pasó? —dijo Braintree.

Daba la impresión de no creer una palabra de toda la historia.

—Exactamente —dijo Wilt.

—¿Y cuándo recobraste el conocimiento?

—Iba caminando hacia casa —dijo Wilt—. No tengo ni idea de lo que pasó en el intermedio.

—Sí, claro, estoy seguro de que eso nos lo explicará Eva —dijo Braintree—. Ella seguro que lo sabe.

Y se levantó y se fue y Wilt se quedó solo considerando su próxima maniobra. Lo primero que tenía que hacer era cerciorarse de que Eva no contaba nada. Fue al teléfono del pasillo y marcó el número de su casa. Nadie contestó. Luego fue al aula 187 y perdió una hora con Torneros y Ajustadores. Probó a llamar por teléfono varias veces durante el día para ver si localizaba a Eva en casa pero nadie contestaba.

“Lo más seguro es que haya pasado el día con Mavis Mottram llorándole en el hombro y explicándole lo cerdo que soy —se dijo—. Seguro que estará esperándome cuando llegue a casa.”

Pero no estaba esperándole. En vez de ella había una nota en la mesa de la cocina, y un paquete. Wilt leyó la nota.

“Me voy con Sally y Gaskell a pensar las cosas. Lo que hiciste anoche fue horrible. Nunca te lo perdonaré. No te olvides de comprar la comida del perro. Eva. P.D. Sally dice que la próxima vez que quieras una mamada, le pidas a Judy que te la haga.”

Wilt miró el paquete. Sin abrirlo sabía cuál era el contenido: aquella muñeca infernal. En un súbito acceso de cólera, Wilt la agarró y la tiró contra el fregadero. Dos platos grandes y uno pequeño cayeron del escurridor y se estrellaron contra el suelo haciéndose añicos.

—Zorra maldita —dijo Wilt, incluyendo a Eva, Judy y a Sally Pringsheim en el ámbito de su cólera.

Luego, se sentó a la mesa y examinó otra vez la nota. “Me voy... a pensar las cosas.”. Una mierda. ¿Pensar? Aquella vaca tonta no era capaz de pensar. Se dedicaría a decir memeces y bobadas y sensiblerías sobre los defectos que él tenía y lograría alcanzar un verdadero éxtasis de autocompasión. Wilt se la imaginaba en aquel momento parloteando sobre aquel maldito director de

bancocon el que decía siempre que debería haberse casado en vez de atarse a un hombre que era incapaz de conseguir un ascenso en la Escuela y que se dedicaba a joder con muñecas hinchables en los cuartos de baño de otras personas. Y luego aquella zorra asquerosa, aquella Sally Pringsheim, incitándola. Wilt volvió a leer la posdata: "Sally dice que la próxima vez que quieras una mamada ... ". Santo cielo. Como si él hubiera querido que se la chupase. Pero allí estaba. Un nuevo mito en formación, como lo de que se había enamorado de Betty Crabtree, cuando lo único que había hecho había sido llevarla a casa en coche una noche después de una clase nocturna. La vida doméstica de Wilt estaba salpicada de estos mitos, armas del arsenal de Eva, que ésta esgrimía cuando lo exigía la ocasión, blandiéndolas sobre su cabeza. Y ahora Eva tenía a su disposición el factor disuasorio definitivo, la muñeca y Sally Pringsheim y su mamada. El equilibrio de la recriminación, que había sido el factor básico de su relación, se había alterado espectacularmente. Era preciso un acto desesperado de invención por parte de Wilt para restaurarlo.

"No te olvides de comprar la comida del perro.". Bueno, por lo menos le había dejado el coche. Estaba allí, en el cobertizo. Wilt salió, se acercó hasta el supermercado y compró tres latas de comida para el perro, un curry de los de hervir-la-bolsa, y una botella de ginebra. Iba a emborracharse. Volvió a casa y se sentó en la cocina viendo cómo Clem devoraba su comida mientras hervía la bolsa. Se sirvió un vaso de ginebra sola, lo coronó con lima y empezó a dar vueltas. Siempre con la conciencia de que estaba allí aquel paquete, junto a la fregadera, esperando a que lo abriese. Porque, inevitablemente, lo abriría. Por pura curiosidad. Lo sabía él y lo sabían ellos, dondequiera que estuviesen, y Eva volvería a casa el domingo por la noche; y lo primero que haría sería preguntar por la muñeca y si lo había pasado bien con ella. Wilt se sirvió más ginebra y consideró la posible utilidad de la muñeca. Tenía que haber un modo de utilizarla para cambiar las tornas con Eva.

Al terminar la segunda ginebra, ya había empezado a formular un plan. Incluía a la muñeca, a uno de aquellos agujeros de los pilares del solar del nuevo edificio de la escuela y a una magnífica prueba de su fortaleza de carácter. Una cosa era fantasear sobre la posibilidad de asesinar a su mujer y otra muy distinta llevar a la práctica el proyecto. Y, entre ambas, se extendía una zona de inseguridad. Cuando terminó la tercera ginebra, Wilt estaba decidido a llevar a la práctica su plan. Al menos demostraría que era capaz de realizar un asesinato.

Se levantó y desenvolvió la muñeca. En su diálogo interior, Eva le decía lo que pasaría si Mavis Mottram llegaba a enterarse de su repugnante conducta en casa de los Pringsheim. "Sería el hazmerreír de todo el barrio —decía—, nunca conseguirías que esto se olvidase."

¿No lo conseguiría? Wilt sonrió beodamente y subió al piso de arriba. Por una vez, Eva se equivocaba. Quizás él no pudiese conseguir que se olvidara aquello, pero de lo que no cabía duda era de que la señora Eva Wilt no estaría allí presente para disfrutar con ello. No viviría para verlo.

Arriba, en el dormitorio, echó las cortinas y colocó la muñeca en la cama y buscó la válvula que le había eludido la noche anterior. La encontró y luego bajó al garaje y subió con una bomba de pedal. A los cinco minutos, Judy estaba en buena forma. Estaba tumbada en la cama y le sonreía. Wilt achicó los ojos y la miró torvamente. Tenía que admitir que allí en la semioscuridad, resultaba odiosamente real. Una Eva de plástico, con tetas de masilla. Lo único que faltaba era vestirla. Revolvió en varios cajones buscando un sostén y una blusa. Decidió que no necesitaba sostén, sacó una falda vieja y unos leotardos de malla. En una caja de cartón del armario encontró una de las pelucas de Eva. Eva había pasado por una fase de pelucas. Por último, unos zapatos. Cuando terminó, la réplica de Eva Wilt yacía en la cama sonriendo fijamente al techo.

— Esta es mi chica — dijo Wilt.

Bajó a la cocina a ver cómo iba el curry de hervir-en-la-bolsa. Estaba quemándose-en-la-bolsa. Wilt apagó el fuego y entró en el retrete y se sentó en el inodoro a pensar en su próximo movimiento. Utilizaría la muñeca para hacer ensayos, de forma que cuando llegase el día, estaría acostumbrado a todo el proceso del asesinato y actuaría sin vacilación, como un autómatas. Asesinato por reflejos condicionados. Asesinato por hábito. Además, así podría saber lo que podría tardar en cada etapa del proceso. Y Eva estaría fuera con los Pringsheim durante el fin de semana, lo cual también ayudaría. Quedaría así establecida una pauta de desapariciones súbitas. Ya lo provocaría él de algún modo para que lo hiciera muchas veces. Y luego la visita al médico.

“Es que no sé qué me pasa que no puedo dormir, doctor. Mi mujer no hace más que largarse y dejarme y no consigo acostumbrarme a dormir solo.”. Una receta de somníferos. Luego, por la noche, “Ya te preparo yo el Ovaltine, querida. Pareces cansada. Ya te lo subiré yo a la cama, querida, no te preocupes”. Gratitud seguida de ronquidos. Luego, bajarla al coche... cuanto más temprano, mejor... hacia las diez y media... hasta la escuela y al agujero. Quizá dentro de una bolsa de plástico... No, no, una bolsa de plástico no. “Tengo entendido que compró usted recientemente una bolsa de plástico grande, señor. ¿No le importaría enseñárnosla?” No, mejor limitarse a tirarla por el agujero, que tendrían que rellenar de hormigón a la mañana siguiente. Y, por último, el desconcierto. Iría a casa de los Pringsheim. “¿Dónde está Eva? Sí, tenéis que saberlo.” “No, no lo sabemos.” “No me engañéis. Siempre está aquí metida.” “No te engañamos. No la hemos visto.” Luego, iría a la policía.

Sin motivos, sin pistas e ilocalizable. Y sería la prueba de que era un hombre capaz de actuar. O de que no lo era. ¿Y si se desmoronaba con la tensión y lo confesaba todo? También eso sería una especie de vindicación. Sabría qué clase de hombre era de un modo u otro; y, al menos, habría actuado, por una vez en su vida. Y quince años de presidio serían casi lo mismo que quince, más, veinte años, en la escuela, enfrentándose a aquellos majaderos que le despreciaban y hablando de Piggy y del Señor de las Moscas. Además, siempre podría esgrimir el libro como circunstancia atenuante en el juicio.

“Señoría, miembros del jurado, les ruego que se pongan en el lugar del acusado. Durante doce años ha tenido que enfrentarse a la perspectiva sobrecogedora de tener que leer este espantoso libro a clases de jóvenes hostiles y aburridos. Ha tenido que soportar un calvario de repeticiones, de náuseas y de repugnancia ante esa visión apestosamente romántica que tiene el señor Golding de la naturaleza humana. Sí, ya oigo que dicen ustedes que el señor Golding no es un romántico, que su visión de la naturaleza humana tal como él la expresó en su retrato de un grupo de jóvenes perdidos en una isla desierta es precisamente lo contrario del romanticismo y que el sentimentalismo del que le acuso y que testimonia la aparición de mi cliente ante este tribunal, no se halla en El señor de las moscas, sino en su predecesor, Isla de coral. Pero, señoría, señores del jurado, existe lo que podríamos llamar un romanticismo invertido, el romanticismo de la desilusión, del pesimismo y del nihilismo. Supongamos, por un momento, que mi cliente se hubiera pasado doce años leyendo no la obra del señor Golding sino Isla de coral a grupos de aprendices. ¿Es razonable suponer que se habría visto impulsado a recurrir al remedio desesperado de asesinar a su esposa? No. Cien veces no. El libro del señor Ballantyne le habría proporcionado la inspiración, la autodisciplina, el optimismo y la fe en la capacidad del hombre necesarios para salir a flote de la situación más desesperada por medio de su propio ingenio ...”

Quizá no fuera una idea demasiado buena llevar tal argumentación demasiado lejos. El acusado Wilt había desplegado, después de todo, bastante ingenio para salir a flote de una situación desesperada. Aun así, era un pensamiento agradable. Wilt terminó sus asuntos en el retrete y echó un vistazo a su alrededor buscando el papel higiénico. Pero no había. Aquel maldito rollo se había terminado. Buscó en el bolsillo del pantalón y encontró la nota de Eva y la usó. Luego, tiró de la cadena, espolvoreó un poco de Harpic para expresar su opinión sobre la nota y sobre Eva, volvió a la cocina y se sirvió otra ginebra.

Pasó el resto de la velada sentado frente a la tele, con un pedazo de pan y queso y una lata de melocotones hasta que llegó la hora de realizar el primer ensayo. Salió a la puerta principal y miró la calle arriba y abajo. Era ya casi de noche y no se veía a nadie. Dejó abierta la puerta principal, subió al piso de arriba, bajó

la muñeca y la metió en el asiento trasero del coche. Tuvo que empujarla y apretarla un poco para conseguir que entrara, pero la puerta se cerró por fin. Wilt se colocó al volante y salió a la Avenida Parkview y bajó hasta la zona de giro. Cuando llegó al aparcamiento de la parte posterior de la escuela, eran exactamente las diez y media. Paró el coche y se quedó sentado allí tras el volante unos minutos mirando a su alrededor. Ni un alma a la vista, ni una luz encendida. No podía haber nadie. La escuela cerraba a las nueve.

6

Sally estaba tumbada, desnuda, en la cubierta del pequeño yate de motor con camarote, los pechos prietos apuntando al cielo y las piernas abiertas. A su lado estaba Eva tendida boca abajo y mirando al río.

—Oh, Dios santo. Esto es divino —murmuró Sally—. Es que yo tengo esta cosa profunda con el paisaje campestre...

—Tú tienes esa cosa profunda y punto —dijo Gaskell guiando el yate erráticamente, hacia una esclusa.

Llevaba gorra de capitán y gafas de sol.

— Nene tópico — dijo Sally.

— Vamos hacia una esclusa — dijo Eva nerviosa — . Hay unos hombres allá.

— ¿Hombres? Olvídate de los hombres, querida. Sólo estamos tú y yo y G. Y G no es un hombre, ¿verdad que no, nene G?

— Tengo mis momentos — dijo Gaskell.

— Pero son tan raros, tan extraordinariamente raros... — dijo Sally — . Qué importa; de todos modos, estamos aquí al estilo idílico, navegando río abajo en pleno período estival.

— ¿No deberíamos haber limpiado un poco la casa antes de irnos? — preguntó Eva.

— El secreto de las fiestas es no limpiar después sino largarse. Ya lo limpiaremos todo cuando volvamos.

Eva se levantó y se metió en el camarote. Estaban muy cerca de la esclusa y no estaba dispuesta a que la vieran desnuda los dos viejos que estaban sentados en el banco.

— Dios santo, Sally, no podrías hacer algo con tu amiga del alma... No puedo ya más con tanta teta — dijo Gaskell.

— Ay, nene G, si quisiera agobiarte, si te las pusiera encima, te pasaría como al gato de Cheshire.

— ¿El gato de Cheshire?

— Desaparecerías con una sonrisa, querido niño, el feto primero. Ella es sin lugar a dudas gargantuescamente uterina.

— Ella es, sin lugar a dudas, gargantuescamente aburrida.

— Tiempo, querido, tiempo al tiempo. Tienes que acentuar lo liberado, eliminar lo negativo y no meterte con el señor que está en medio.

— No meterme con la señora que está en medio. Eso de señora es una palabra muy operativa — dijo Gaskell metiendo la embarcación en la esclusa.

— Pero esa es precisamente la cuestión.

— ¿El qué? — dijo Gaskell.

— Lo de meterse con la señora que está en medio. Quiero decir que en el caso de nosotros y Eva, es una cosa múltiple. Ella hace las faenas de la casa. Nene

Gaskell puede jugar a capitán de barco y darse un hartón de tetas, y la dulce Sally puede minotaurearle su mente laberíntica.

—¿Mente? —dijo Gaskell—. Las sustancias ricas en enlaces no saturados no tienen mente. Y, hablando de cretinos, ¿qué me dices del señor que está en medio?

—Tiene a Judy y puede jugar con ella. Probablemente esté ahora jodiéndola y mañana por la noche se siente a ver Kojak con ella. Quién sabe, es posible que hasta acabe mandándola por las tardes a las clases de arreglo floral de MavisContracuntal Mottram. Quiero decir que casan muy bien los dos. Ya viste lo unidos que estaban anoche.

—Sí, de eso no hay duda —dijo Gaskell, y cerró las puertas de la esclusa.

Mientras el barco seguía navegando río abajo, los dos viejos que estaban sentados en el banco miraban a Sally. Esta se quitó las gafas de sol y los miró a su vez furiosa.

—Cuidado, no vaya a estallarles la próstata, ancianos —dijo con rudeza—. ¿Es que no han visto nunca un culo?

—¿Habla usted conmigo? —dijo uno de los viejos.

—No iba a hablar conmigo.

—Entonces le diré —dijo el hombre— que he visto antes uno como el suyo. Una vez.

—Una vez me parece bien —dijo Sally—. ¿Dónde?

—En una vaca vieja que acababa de soltar a su ternero —dijo el hombre, y escupió en un limpio macizo de geranios.

Eva estaba sentada en el camarote y se preguntaba de qué estarían hablando. Oía el vaivén del agua y el canturreo del motor y pensaba en Henry. No era propio de él hacer una cosa como aquella. No lo era, desde luego. Y delante de toda aquella gente. Tenía que estar borracho. Era tan humillante... En fin, que sufriese. Sally decía que había que hacer sufrir a los hombres. Formaba parte del proceso para liberarte de ellos. Tenías que demostrarles que no les necesitabas y la psique masculina sólo entendía las cosas a base de violencia. Por eso ella era tan dura con Gaskell. Los hombres eran como los animales. Tenías que demostrarles quién era el amo.

Eva se acercó a la cocina y limpió la fregadera de acero inoxidable. Henry se daría cuenta de lo importante que era ella ahora, al echarla de menos, al tener que hacer él todo lo de la casa y la comida; y cuando volviese iba a echarle un buen rapapolvo por lo de la muñeca, iba a decirle cuatro cosas. En fin, no era una cosa natural. Quizás Henry tuviera que ir a ver a un psiquiatra. Sally decía, además, que Henry le había hecho una proposición horrorosa. Lo que únicamente demostraba que no podías fiarte de nadie. Y Henry precisamente... Nunca se habría imaginado que Henry pensase hacer una cosa así. Pero Sally había sido tan dulce y tan comprensiva. Sally sabía muy bien lo que sentían las mujeres y ni siquiera se había enfadado con Henry.

—Lo único que pasa es que es un nene esfínter —había dicho—. Y eso es sintomático de una sociedad machista dominada por los varones. Nunca he conocido a un cerdo machista que no dijese: “Vete a tomar por el culo” y quisiera decir exactamente eso.

—Henry siempre anda diciendo eso —había admitido Eva—. A la más mínima va y lo suelta.

—Ves, ves, nena Eva. ¿Qué te decía yo? Es degradación semántica de tipo anal.

—Ay, qué asco —dijo Eva, y desde luego que era un asco.

Continuó limpiando y frotando hasta que salieron de la esclusa y siguieron río abajo hacia aguas abiertas, hacia donde el río se ensanchaba. Entonces, subió a cubierta y se sentó a contemplar el campo, liso y vacío, a la luz del crepúsculo. Era todo muy romántico y muy emocionante, muy distinto de lo que había conocido hasta entonces. Aquello era vivir como había soñado siempre ella quepodría merecer la pena vivir. Una vida rica y alegre y plena. Eva Wilt suspiró. A pesar de todo, estaba en paz con el mundo.

En el aparcamiento de detrás de la escuela, Henry Wilt no estaba en paz con nada. Estaba, por el contrario, en guerra con aquella réplica de Eva. Mientras daba vueltas beodamente alrededor del coche y forcejeaba luego con Judy para sacarla del mismo, tenía clara conciencia de que hasta una muñeca hinchable poseía voluntad propia cuando llegaba la hora de intentar sacarla de un coche pequeño. Los brazos y las piernas de Judy se enganchaban en todas partes. Si Eva se comportaba del mismo modo la noche de su traslado final, le iba a costar un trabajo endiablado sacarla del vehículo. Tendría que atarla, hacer con ella una especie de fardo o de paquete. Esa sería la mejor forma, desde luego. Por fin, tirando de las piernas, consiguió sacar la muñeca y posarla en el suelo. Luego tuvo que meterse de nuevo en el coche a buscar la peluca. La encontró debajo del asiento y tras arreglarle la falda a Judy para que no resultase tan

reveladora, le puso la peluca en la cabeza. Echó un vistazo a su alrededor por el aparcamiento, escrutó las barracas de las obras y el edificio principal, pero no había nadie a la vista. Todo despejado. Cogió la muñeca, se la metió debajo del brazo y se dirigió hacia el nuevo edificio en construcción. A mitad de camino, se dio cuenta de que no estaba haciéndolo correctamente. Eva drogada y dormida pesaría muchísimo más y no podría llevarla debajo del brazo. Wilt se detuvo y se echó la muñeca a la espalda y siguió su camino serpenteando erráticamente, en parte porque, debido a la ginebra, no podía evitarlo, y, en parte, porque añadía verosimilitud a la tarea. Con Eva al hombro, tendría que serpentear un poco, inevitablemente. Llegó a la valla y apoyó la muñeca en ella. Y se le cayó otra vez la peluca. Tanteó entre el barro y consiguió encontrarla. Luego se acercó a la verja. Estaba cerrada. Estaría. Tendría que recordarlo. Los detalles como aquél eran importantes. Intentó saltar la verja, pero no podía. Necesitaba algo con qué ayudarse. Una bicicleta. Solía haber algunas junto a la entrada principal. Metiéndose la peluca en el bolsillo, Wilt rodeó las barracas y pasó por delante de la cantina y, cuando iba a cruzar por la yerba, siguiendo por la zona del laboratorio de idiomas, brotó de la oscuridad una figura humana y le iluminó la cara la luz de una linterna. El vigilante.

— ¿Dónde pretende ir usted, dígame? — preguntó el vigilante.

Wilt se detuvo.

— Yo... sólo vine a recoger unas notas en la sala de profesores.

— Ah, es usted, señor Wilt — dijo el vigilante—. Debería saber usted ya que no pueden entrar a estas horas de la noche. Cerramos a las nueve y media.

— Perdóneme usted. Se me había olvidado — dijo Wilt.

El vigilante suspiró y dijo:

— Bueno, dado que es usted y sólo por esta vez...

Y abrió la puerta del edificio de Estudios Generales.

— Pero tendrá que subir andando. A estas horas de la noche, no funcionan los ascensores. Le esperaré aquí abajo.

Wilt subió tambaleante los cinco tramos de escalera, muy despacio, llegó a la sala de profesores y se dirigió a su armario. Sacó un puñado de papeles y un ejemplar de Bleak House que llevaba varios meses pensando llevarse a casa sin hacerlo. Luego se metió los papeles de notas en el bolsillo y encontró la peluca. Ya que estaba allí, podía coger una goma elástica. Podría sujetarle a Judy la peluca a la cabeza con ella. Encontró algunas en una caja en el aparador de

útiles de escritorio, se metió las notas en el otro bolsillo y bajó la escalera. — Muchísimas gracias — dijo al vigilante —. Siento mucho haberle molestado.

Y enfiló tambaleante hacia la esquina, camino de donde estaban las bicicletas.

— Borracho como un tritón — dijo el vigilante, y volvió a meterse en su oficina.

Wilt le vio encender la pipa y luego dirigió su atención a las bicis. Estaban todas encadenadas, las condenadas. Tendría que llevar una hasta el otro lado. Metió el libro en el cesto de la bici, la alzó y la llevó al hombro hasta la valla. Luego, se subió en ella, saltó la valla y tanteó en la oscuridad buscando la muñeca. La encontró al fin y se pasó cinco minutos intentando sujetar la peluca mientras le enganchaba la goma elástica bajo la barbilla. La goma se soltaba continuamente.

— Bueno, éste por lo menos ser un problema que no tendré con Eva — murmuró una vez que dejó bien asegurada la peluca.

Convencido de que no se desprendería ya, avanzó cautamente bordeando montones de grava, hormigoneras, sacos y varillas met licas, cuando comprendió de pronto que corría el grave peligro de caerse en uno de aquellos agujeros. Posó la muñeca y hurgó en el bolsillo buscando la linterna, la encontró e iluminó el suelo. A unos metros había una tabla grande y cuadrada de contrachapado. Caminó hasta ella y la alzó. El agujero estaba debajo, un agujero magnífico, grande, de buen tamaño. Eva cabría allí perfectamente. Iluminó el agujero con la linterna. Debía de tener unos diez metros de profundidad. Echó la tabla a un lado y volvió a buscar la muñeca. Había vuelto a caérsele la peluca.

— Cojones — exclamó Wilt, y buscó en el bolsillo otra goma elástica.

Cinco minutos después, Judy tenía firmemente asegurada la peluca, con cuatro gomas, enganchadas bajo la barbilla. No se le caería más. Ahora, lo único que tenía que hacer era arrastrar a la muñeca hasta el agujero para comprobar si cabía. Wilt vaciló en este momento. Empezaba a tener dudas sobre la viabilidad de todo el plan. Habían surgido demasiadas contingencias inesperadas y eso no le gustaba. Por otro lado, el hecho de estar solo allí en mitad de la noche le producía una gran emoción. Quizá fuera mejor irse ya a casa. No, tenía que pasar por todo el proceso. Metería la muñeca en el agujero para comprobar si cabía. Luego, la deshincharía y se iría a casa y repetiría el proceso hasta saberse adiestrado ya en la tarea de matar por modelo interpuesto. Guardaría la muñeca en el maletero del coche. Eva nunca lo abriría. Y, en el futuro, sólo la hincharía cuando llegara al aparcamiento. Así, Eva no tendría ni idea de sus planes. Ni idea. Wilt sonrió para sí ante la simplicidad de su proyecto. Luego, cogió a Judy y la colocó en el agujero, los pies primero. Judy se deslizó por el agujero sin problemas mientras Wilt se inclinaba hacia adelante. Perfecto. Y, de pronto, resbaló en aquel terreno cenagoso. Con un esfuerzo desesperado que le

exigió soltar a la muñeca, se echó a un lado y se agarró a la tabla de contrachapado. Se incorporó cautamente, maldiciendo. Tenía los pantalones llenos de barro y le temblaban las manos.

— Casi me caigo yo — murmuró, y miró alrededor, buscando a Judy.

Pero Judy había desaparecido. Wilt cogió la linterna e iluminó el agujero. Estaba allá abajo, a medio camino, ligeramente encajada en los lados, y, por una vez, no se le había caído la peluca. Wilt la contempló desesperado, preguntándose qué demonios podía hacer. Debía de estar lo menos a siete metros de profundidad. Quizás a cinco. De cualquier modo, era mucha profundidad y, desde luego, demasiada para que él pudiera alcanzarla. Pero estaba aún demasiado cerca, por otra parte, de la boca del agujero por lo que laverían claramente los obreros por la mañana. Wilt apagó la linterna y volvió a tapar el agujero con la tabla. De ese modo no habría peligro de que fuese él también a hacer compañía a la muñeca. Se incorporó luego, e intentó dar con algún medio de sacarla de allí.

¿Una cuerda con un gancho al extremo? No tenía cuerda ni gancho. Cuerda podría encontrar, pero lo del gancho era ya otro asunto. ¿Buscar la cuerda y atarla en algún sitio y bajar deslizándose por ella y subir luego con la muñeca? Claro que no. Ya sería trabajo suficiente bajar por la cuerda con ambas manos, así que pensar en tener que subir luego sólo con una mano, sujetando con la otra la muñeca, era pura locura. De ese modo, acabaría también él en el fondo del agujero; y si había algo que tenía muy claro, era que no quería que le descubrieran al fondo del agujero de un pilote, a diez metros de profundidad, el lunes por la mañana, abrazado a una muñeca de plástico con coño, vestida con la ropa de su mujer. Sería el desastre definitivo. Wilt se imaginó la escena en el despacho del director cuando intentara explicar cómo había acabado metido allí... Y además, podrían no verle, siquiera, ni oír sus gritos. Aquellos malditos camiones de hormigón hacían un ruido infernal y no estaba dispuesto, desde luego, a arriesgarse a que le enterrasen bajo... Mierda. Hablaban de justicia poética. No, lo único que podía hacer era dejar aquella maldita muñeca allá en el fondo del agujero y rezar para que no la viese nadie antes de verter el hormigón. En fin, por lo menos así, comprobaría si era un método razonable para librarse de Eva. Alguna ventaja debería tener el asunto. Todo tiene su lado bueno...

Wilt se apartó del agujero y miró en torno suyo buscando algo que le sirviera para hacer caer a Judy hasta el fondo. Probó a tirarle un puñado de tierra, pero Judy sólo se bamboleó un poco y siguió allí encajada. Necesitaba algo más pesado. Se acercó hasta un montón de arena, cogió un poco en un saco de plástico y lo vertió por el agujero. Pero, aparte de añadir una dimensión extra

de realismo macabro a la peluca de la señora Wilt, no sirvió absolutamente para nada. Quizá si tiraba un ladrillo podría hacer explotar la muñeca. Buscó y acabó cogiendo un gran trozo de tierra. Aquello serviría. La dejó caer por el agujero. Sonó un golpe, hubo un repiqueteo de grava y luego otro golpe. Wilt iluminó el agujero con la linterna. Judy había llegado al fondo del agujero y allí se había asentado en una postura grotesca con las piernas alzadas y un brazo estirado hacia él, como en ademán de súplica. Wilt cogió otro terrón grande de arcilla y lo tiró por el agujero. Esta vez, la peluca cayó hacia un lado y la cabeza quedó inclinada. Wilt renunció a seguir. Ya no podía hacer más. Volvió a tapar el agujero con la tabla y volvió a la valla.

Allí se encontró con más problemas. La bicicleta estaba del otro lado. Cogió un tablón entonces, lo apoyó contra la valla y se subió en él. Ahora, transportar otra vez la bicicleta al cobertizo. Maldita bicicleta. Podía quedarse donde estaba. Ya estaba harto de todo aquel asunto. No era siquiera capaz de deshacerse de una muñeca de plástico. Era ridículo pensar que pudiera planear, cometer y ocultar un asesinato auténtico con alguna esperanza de éxito. Tenía que estar loco para haber pensado en algo semejante. La culpa de todo la tenía la maldita ginebra.

— Eso, eso, échale la culpa a la ginebra — murmuró Wilt, mientras entraba de nuevo torpemente en el coche —. Esa idea se te ocurrió hace meses.

Se acomodó por fin detrás del volante y allí se quedó inmóvil en la oscuridad un rato, preguntándose por qué demonios habría empezado a entregarse a aquellas fantasías de asesinar a Eva. Era una locura. Una completa locura, e igualde demencial era imaginar que pudiera adiestrarse para llegar a ser todo un criminal frío e implacable. ¿De dónde habría surgido aquella idea? ¿Qué sentido tenía todo aquello? De acuerdo, Eva era una vaca idiota, que le hacía la vida imposible, riñéndole continuamente y entregándose al misticismo oriental con un entusiasmo frenético, calculado para sacar de quicio al más sobrio de los maridos; pero, ¿por qué aquella obsesión suya con el asesinato? ¿Por qué aquella necesidad de demostrar su virilidad con la violencia? ¿De dónde procedía todo aquello? Allí, en mitad del aparcamiento, Henry Wilt, sobrio y con la cabeza despejada de pronto, comprendió el efecto extraordinario que había ejercido en él aquel período de diez años de Artes Liberales. Durante diez años, Yeseros Dos y Carne Uno habían sido expuestos a la cultura en la forma de Wilt y El señor de las moscas; y, durante el mismo número de años, el propio Wilt se había visto expuesto a la barbarie, a la exagerada disposición a entregarse a la violencia de Yeseros Dos y Carne Uno. Allí estaba la génesis de todo: allí, y en la irrealidad de la literatura que se había visto forzado a asimilar. Wilt había sido durante diez años el conducto por el cual viajaban creaciones de la fantasía, Nostromo, Jack y Piggy, Shane, criaturas que actuaban y cuya

actuación tenía sus efectos. Y durante todo el tiempo se veía a sí mismo, reflejado en los ojos de aquellos personajes, como un individuo pasivo e ineficaz que sólo reaccionaba a los dictados de las circunstancias. Wilt movió la cabeza. Y de todo aquello y de los traumas de los dos últimos días había nacido aquel acte gratuit, aquel semicrimen, el asesinato simbólico de Eva Wilt.

Puso el coche en marcha y salió del aparcamiento. Iría a ver a los Braintree. Estarían aún levantados, se alegrarían de verle y, además, necesitaba hablar con alguien. Detrás de él, en el solar del edificio en construcción, sus notas sobre la violencia y la disolución de la vida familiar volaban erráticas, arrastradas por el viento nocturno y se quedaban pegadas en el barro.

7

—La naturaleza es tan libidinosa —decía Sally, enfilando una linterna por la portilla hacia los juncos—. Por ejemplo, los juncos. En fin, son, sin lugar a dudas, falos arquetípicos. ¿No lo crees, G?

—¿Los juncos? —preguntó Gaskell, contemplando desesperado una carta náutica—. A mí los juncos no me dicen nada.

—Los mapas tampoco, por lo que parece.

—Las cartas, nena, las cartas.

—¿Qué más da una palabra que otra?

—Da, claro que da, y mucho. O estamos en Frogwater Reach o en Fen Broad. ¿En dónde?

—Yo prefiero Fen Broad, la verdad. Me gusta más. Eva, querida, ¿por qué no preparas otra cafetera? Quiero quedarme toda la noche despierta y ver salir el sol entre los juncos.

—Bueno, pues yo no —dijo Gaskell—. Ya tuve bastante anoche. Aquel chiflado con la muñeca en el baño y Scheimacher cortándose con los cristales. Ya estuvo bien para un día. Voy a tumbarme en la litera.

— En cubierta — protestó Sally —. Vas a tumbarte en cubierta, G. Eva y yo dormiremos aquí abajo. Tres seríamos multitud.

— ¿Tres? Con la tetuda somos lo menos cinco. Está bien. Dormir en cubierta. Tendremos que madrugar para salir de este maldito banco de arena.

— ¿Acaso nos ha hecho encallar el famoso capitán Pringsheim, nene?

— Es culpa de estas malditas cartas. Si dieran, al menos, indicación exacta de la profundidad...

— Si tú supieras dónde estamos, seguramente descubrirías que la dan. De nada vale saber que hay tres metros...

— Brazas, querida, brazas.

— Tres brazas en Frogwater Reach, si estamos en realidad en Fen Broad.

— Bueno, estemos donde estemos, será mejor que empieces a rezar para que haya marea y nos saque de aquí — dijo Gaskell.

— ¿Y si no la hay?

— Entonces, tendremos que pensar en otra cosa. Puede que pase alguien y nos remolque.

— Oh, santo cielo, G, eres tan habilidoso... — dijo Sally —. En fin, ¿por qué no podríamos habernos quedado en aguas abiertas? No, tú tenías que subir navegando por este arroyo y meterte en un banco de cieno. Y todo ¿por qué? Por los patos, los malditos patos.

— Aves zancudas, nena, aves zancudas. Nada de simples patos.

— Bueno, aves zancudas, está bien. Quieres fotografiarlas y nos dejas empantanados donde nadie en su sano juicio metería un barco. ¿Quién te crees que va a subir hasta aquí? ¿Juan Sebastián Gaviota?

Eva preparaba café en la cocina. Llevaba el bikini rojo de plástico brillante que le había prestado Sally. Le quedaba muy pequeño, así que se sentía bastante incómoda y apretada, pero al menos era mejor que andar desnuda, pese a que Sally dijera que la desnudez era un símbolo de liberación y que pensara en las indias del Amazonas. Debería haber llevado consigo sus cosas, pero Sally había insistido en salir de inmediato, así que lo único que tenía era aquel pijama amarillolimón y el bikini. Realmente, Sally era tan autori... autori-lo-que-fuese... Bueno, mandona, digamos.

—Plástico de doble uso, nena, te sirve de delantal —le había dicho—. Y G tiene esa afición loca al plástico, ¿verdad, G?

—Biodegradablemente sí.

—¿Biodegradablemente? —preguntó Eva, con la esperanza de que la iniciaran en algún aspecto nuevo de la liberación de las mujeres.

—Botellas de plástico que se desintegran en vez de quedarse por ahí enteritas formando una ciénaga ecológica —dijo Sally, abriendo la portilla y tirando a la orilla un paquete de puros vacío—. Esa es la obra maestra de G. Eso y la reciclabilidad. Reciclabilidad infinita.

—Eso, sí —afirmó Gaskell—. Hemos alcanzado la obsolescencia intrínseca en el campo automotriz, donde estaba pasada de moda. Así que lo que ahora necesitamos es licuación biodegradable intrínseca en los elementos efímeros.

Eva escuchaba sin entender nada, pero con la sensación de que estaba en pleno centro de un mundo intelectual que quedaba muy por encima del de Henry y sus amigos, que hablaban de nuevos cursos de graduados y de sus alumnos, tan tediosamente.

—Nosotros tenemos un montón de estiércol al fondo del jardín —dijo, cuando comprendió al fin de qué estaban hablando—. Yo echo allí las mondas de las patatas y todas esas cosas.

Gaskell alzó los ojos hacia el techo del camarote. Corrección: hacia el techo de cubierta.

—Hablando de cachivaches —dijo Sally, recorriendo con mano cariñosa el trasero de Eva—, ¿cómo le irá a Henry con Judy?

Eva se estremeció. Aún la torturaba la imagen de Henry y la muñeca tirados en el cuarto de baño.

—No puedo entender lo que le pasó —dijo, y miró con desaprobación a Gaskell al verle reírse—. Quiero decir que, en fin, que no es un marido que me haya sido infiel ni nada parecido. Y hay muchos maridos que lo son. Patrick Mottram siempre anda yéndose por ahí a buscar aventuras con otras mujeres; y, en ese sentido, Henry ha sido muy bueno. Quizá sea un parado y con poco empuje; pero, desde luego, nadie puede acusarle de ser un trotacalles ni un mujeriego.

—Oh claro, sí —intervino Gaskell—. Así que se ha conseguido su nidito sexual. Se me estremece el corazón pensando en él.

—No entiendo por qué tienes que decir que le pasa algo raro porque sea fiel —dijo Eva.

—G no quiere decir eso, ¿verdad, G? —dijo Sally—. Lo que quiere decir es que ha de haber auténtica libertad en un matrimonio. No tiene que haber dominio, ni celos, ni posesión. ¿Verdad, G?

—Verdad —confirmó Gaskell.

—La prueba del verdadero amor es cuando puedes ver a tu mujer haciéndolo con otro y seguir queriéndola —continuó Sally.

—Yo no podría jamás ver a Henry... —dijo Eva—. jamás.

—Entonces es que no le quieres. Estás insegura. No confías en él.

—¿Confiar en él? —dijo Eva—. Si Henry se fuera a la cama con otra mujer, no entiendo cómo iba a poder confiar en él. Quiero decir que si es eso lo que él quiere hacer, ¿por qué se casó conmigo?

—Esa —apuntó Gaskell— es la pregunta de sesenta y cuatro mil dólares.

Y cogió el saco de dormir y salió a cubierta. Tras él, Eva se había puesto a llorar.

—Vamos, vamos, Eva —dijo Sally, rodeándola con un brazo—. G sólo estaba bromeando, no lo decía en serio.

—No se trata de eso —protestó Eva—. Es sólo que ya no entiendo nada. Todo es tan complicado...

—Dios santo, tienes un aspecto horroroso —dijo Peter Braintree al ver a Wilt plantado a la puerta.

—También me siento horrorosamente —dijo Wilt—. Es por la ginebra.

—¿Quieres decir que Eva no ha vuelto? —preguntó Braintree, precediéndole pasillo adelante, hacia la cocina.

—No estaba en casa cuando llegué, desde luego. Encontré sólo una nota que decía que se iba con los Pringsheim a pensar las cosas.

—¿A pensar las cosas? ¿Eva? ¿Qué cosas?

—Bueno... —empezó Wilt, y lo pensó mejor—. Ese asunto de Sally, supongo. Dice que jamás me lo perdonará.

—Pero tú no hiciste nada con Sally. Eso fue lo que me dijiste.

—Yo ya sé que no hice nada. Ahí está la cuestión. Si hubiera hecho lo que esa zorra ninfomaniaca quería, no existiría ahora todo este maldito problema.

—No comprendo, Henry. En fin, si hubieras hecho lo que ella quería, Eva tendría motivo para protestar. No entiendo cómo puede enfadarse porque no lo hicieras.

—Sally debe de haberle dicho que hice algo —dijo Wilt, decidido a no mencionar el incidente del baño con la muñeca.

—¿Te refieres a lo del trabajo de boca que dijiste?

—No sé a lo que me refiero. ¿Y qué quiere decir eso de trabajo de boca, en realidad?

Peter Braintree parecía desconcertado.

—No estoy demasiado seguro —dijo—. Pero, evidentemente, es algo que no quería que hiciera su marido. Si yo llegara a casa y le dijera a Betty que había hecho un trabajo de boca, sabe Dios lo que pensaría.

—De cualquier modo, no era yo quien iba a hacerlo —dijo Wilt—. Era ella quien me lo iba a hacer a mí.

—Quizá sea una mamada —apuntó Braintree, poniendo la tetera al fuego—. Al menos es lo que me parece que tiene que ser.

—Pues a mí no me suena a que sea eso —dijo Wilt, con un escalofrío—. Tal como lo decía ella, parecía un ejercicio de raspado de pintura o algo así, con un soplete. Tendrías que haber visto la cara que puso al decirlo.

Se sentó a la mesa de la cocina, abatido.

Braintree le miraba con curiosidad.

—Da la impresión de que hayas estado en la guerra —dijo.

Wilt se miró los pantalones. Los tenía llenos de barro y tenía trozos de barro pegados a las rodillas.

—Sí... bueno... es que tuve un pinchazo cuando venía hacia acá —explicó, sin convicción—. Tuve que cambiar la rueda y me arrodillé. Estaba un poco bebido.

Peter Braintree gruñó dubitativo. No le parecía muy convincente. Estaba claro que el pobre Henry había empinado el codo un poquito.

—Lávate en la fregadera si quieres.

En aquel instante, entró en la cocina Betty Braintree.

—No pude evitar oír lo que dijiste de Eva —dijo—. Perdona, Henry. Pero yo no me preocuparía demasiado. Volverá, ya lo verás.

—Yo no estaría tan seguro —murmuró Wilt lúgubrementemente—. Y de todos modos, no estoy tan seguro de querer que vuelva.

—Oh, vamos, Eva es muy buena —dijo Betty—. Tiene esos prontos, se entusiasma con cualquier cosa, pero no le dura mucho. Es que es así. Tiene ese carácter. Es tan fácil de engañar, es tan infeliz....

—Creo que eso es precisamente lo que a Henry le preocupa —intervino Braintree—. Lo de que sea tan fácil de engañar.

—Oh, vamos. Eva no es de esa clase de mujeres.

Wilt se sentó también a la mesa y se puso a tomar el café.

—Yo no pondría la mano en el fuego por ella, estando con la compañía que está —murmuró lúgubrementemente—. ¿Os acordáis de lo que ocurrió cuando tuvo aquella fase de dieta macrobiótica? El doctor Mannix me explicó que fue lo más parecido a un caso de escorbuto que había visto él desde el ferrocarril de Birmania. Y luego el episodio del trampolín. Fue a la clase aquella para mantenerse en forma y se compró aquel jodido trampolín. Bueno, ya sabéis que por culpa de aquel maldito artilugio, la señora Portway acabó en el hospital.

—Ya me enteré de que hubo un accidente, pero Eva nunca me explicó concretamente lo sucedido —dijo Betty.

—No me extraña. Fue un verdadero milagro que no la denunciaran —dijo Wilt—. Hizo salir a la señora Portway por el tejado del invernadero. Todo el jardín se llenó de cristales. Y encima, la señora Portway nunca había disfrutado de buena salud, así que...

—¿No era aquella mujer que tenía artritis reumática?

Wilt asintió lánguidamente.

—Y las cicatrices en la cara como de un duelo —dijo—. Eso fue de nuestro invernadero, de los cristales.

—La verdad es que un invernadero no es un buen lugar para instalar un trampolín, desde luego —confirmó Braintree—. Además no era un invernadero grande, ¿verdad?

— Bueno, gracias a Dios tampoco era grande el trampolín — dijo Wilt—. Si no, la habría puesto en órbita.

— En fin, todo eso lo único que demuestra es una cosa — dijo Betty, mirando el lado positivo de las cosas—. Que Eva puede hacer locuras, pero que rectifica en seguida, las supera en seguida.

— La señora Portway no lo superó tan fácilmente — dijo Wilt, que no necesitaba que le confortasen—. Estuvo seis semanas en el hospital. Los injertos no prendieron. No ha vuelto desde entonces por nuestra casa.

— Ya verás, Eva se hartará de esos Pringsheim en una o dos semanas. Sólo son una moda más.

— Una moda con muchísimas ventajas, si he de serte sincero — dijo Wilt—. Dinero, posición social y promiscuidad sexual. Yo no puedo darle ninguna de esas cosas, y, además, todo adornado por un montón de palabrería intelectual sobre la liberación de las mujeres y la violencia y la intolerancia de la tolerancia y la revolución de los sexos y que no eres plenamente maduro si no eres ambidextro. Suficiente para vomitar. Y es precisamente el tipo de paparruchas que más encandilan a Eva. En fin, estoy seguro de que Eva sería capaz de comprar areques podridos si algún payaso bien situado en la escala social le dijese que son una comida refinadísima. ¡No hay cosa más crédula y boba que ella!

— Lo que pasa es que Eva tiene demasiada energía — dijo Betty—. Deberías convencerla para que cogiera un trabajo que la ocupara todo el día.

— ¿Un trabajo de todo el día? — dijo Wilt—. Ha tenido más trabajos de jornada completa que yo comidas calientes. En fin, la verdad es que eso no es decir mucho en estos tiempos. Lo único que tengo yo siempre es una cena fría y una nota diciendo que se ha ido a cerámica o a meditación trascendental o a alguna otra sandez por el estilo. Y, además, la idea que tiene Eva del trabajo es apoderarse de la fábrica. ¿Recordáis Potters, aquella empresa de ingeniería que quebró hace un par de años, después de una huelga? Bueno, pues si queréis saber la verdad, aquello fue culpa de Eva. Consiguió un trabajo con una empresa de asesoramiento para hacer un estudio de cronometraje u organización del trabajo y la mandaron a la fábrica esa y la noticia siguiente fue que los obreros iniciaron una huelga...

Henry siguió hablando otra hora, hasta que los Braintree le dijeron que se quedara a pasar la noche. Wilt dijo que no.

— Tengo cosas que hacer mañana por la mañana.

— ¿Qué cosas?

— Pues mira, primero, dar de comer al perro.

— Bah, siempre puedes acercarte en el coche y hacerlo. Clem no se va a morir de hambre por eso.

Pero Wilt estaba demasiado sumergido en la lástima que sentía de sí mismo para dejarse convencer, y además estaba aún preocupado por aquella maldita muñeca. Quizá fuera conveniente acercarse de nuevo hasta allí e intentar sacarla de aquel agujero. Fue hasta casa en el coche y se echó a dormir en un amasijo de sábanas y mantas. No había hecho la cama por la mañana.

— Pobre Henry —comentó Betty, cuando ella y Peter subieron al dormitorio— Tenía un aspecto horrible.

— Dijo que había tenido un pinchazo y había tenido que cambiar la rueda.

— No, no me refería a la ropa. Lo que me preocupa es su expresión, la cara que tenía. ¿No crees que está al borde de una crisis nerviosa?

Peter Braintree movió la cabeza.

— Tú tendrías la misma cara si tuvieras Instaladores de Gas Tres y Yeseros Dos todos los días de tu vida durante diez años y luego tu mujer se fugara de casa —le dijo.

— ¿Por qué no le dan algo mejor?

— ¿Por qué? Porque la escuela quiere convertirse en un politécnico y no hacen más que iniciar cursos nuevos y contratar gente con doctorados de filosofía para darlos; pero luego no se matriculan estudiantes y los amontonan con especialistas como el doctor Fitzpatrick, que sabe todo lo que hay que saber sobre el trabajo infantil que se hacía en cuatro fábricas de algodón de Manchester en 1837 y prácticamente nada más. Si se le pone al frente de una clase de aprendices es como desencadenar el infierno. Tal como están las cosas, yo tengo que ir a sus clases de nivel A una vez a la semana y decirles que se callen. Por otra parte, Henry parece muy manso, pero sabe cómo tratar a unos camorristas. Es demasiado bueno en su trabajo. Ese es su problema; y, además, no es un lameculos, y eso en la escuela es como el beso de la muerte. Si no lames culos, no vas a ninguna parte.

—¿Sabes qué te digo? —dijo Betty—: que el dar clases en esa escuela te ha habituado a unas expresiones espantosas.

—Ha introducido cambios horribles en mi visión del mundo, lo de las expresiones no tiene importancia —dijo Braintree—. Es suficiente para empujar a un hombre a la bebida.

—Desde luego, en el caso de Henry parece haber sucedido exactamente eso. Olía queapestaba a ginebra.

—Lo superará.

Pero Wilt no lo superaba. Despertó por la mañana, con la sensación de que le faltaba algo, que no era precisamente Eva. Aquella maldita muñeca. Se quedó echado en la cama, intentando idear algún medio de recuperar aquel chisme antes de que llegaran los obreros a trabajar el lunes por la mañana, pero, aparte de verter una lata de gasolina por el agujero y prenderle fuego, que parecía, bien pensado, el mejor medio de atraer la atención hacia el hecho de que había metido en aquel agujero una muñeca de plástico vestida con la ropa de su mujer, no se le ocurría nada práctico. Tendría que confiar en la suerte.

Cuando llegaron los periódicos del domingo, se levantó de la cama y bajó a leerlos mientras se tomaba sus cereales del desayuno. Luego, dio de comer al perro y deambuló por la casa en pijama, bajó a comer a la Ferry Path Inn, durmió por la tarde y vio la tele hasta que se terminó el programa. Luego hizo la cama y se acostó y pasó una noche inquieta, preguntándose dónde estaría Eva, qué estaría haciendo y por qué, puesto que había dedicado tantas horas infructuosas a especular sobre modos de librarse de ella criminalmente, estaría ahora tan preocupado por el hecho de que se hubiera ido por voluntad propia.

“Quiero decir que si yo no quería que esto sucediese, ¿por qué tenía que andar ideando medios de matarla? —pensó, hacia las dos de la madrugada—. La gente cuerda no sale a pasear con un perro labrador y se dedica a elaborar planes para asesinar a su esposa cuando uno puede divorciarse tranquilamente de ella.” Era probable que hubiera alguna extraña razón psicológica que lo explicara. Al propio Wilt se le ocurrieron varias, más bien demasiadas, en realidad, para poder decidir cuál era la más probable. En cualquier caso, una explicación psicológica exigía un nivel de conocimiento del propio yo, que Wilt, que no estaba seguro ni mucho menos de tener un yo que conocer, creía que le estaba negado. Diez años de Yeseros Dos y de Exposición a la Barbarie le habían dado, al menos, penetración para saber que toda pregunta tenía una respuesta y que era igual que dices la que dices, siempre que la dices convincentemente. En el siglo XIV habrían dicho que el diablo le ponía tales

pensamientos en la cabeza; ahora, en el mundo posfreudiano, sería un complejo, o, para estar realmente al día, un desequilibrio químico. Cien años después, esgrimirían alguna explicación completamente distinta. Con la idea consoladora de que las verdades de una época eran los absurdos de otra, y que no importaba mucho lo que pensases siempre que hicieras lo que había que hacer, y según su punto de vista él lo hacía, Wilt se quedó al fin dormido.

Al sonar el despertador a las siete se levantó y para las ocho y media ya había estacionado el coche en el aparcamiento de detrás de la escuela. Pasó caminando por delante del solar donde ya trabajaban los obreros. Luego subió a la sala de profesores y miró por la ventana. La tabla seguía en su sitio, tapando el agujero, pero ya no estaba allí la máquina perforadora, la habían retirado, ya habían acabado con ella, no había duda.

A las nueve menos cinco, cogió veinticinco ejemplares de Shane del aparador y los llevó a Mecánica de Motor 3. Shane era el soporífero ideal. Mantendría tranquilos a aquellos animales, mientras él observaba sentado lo que pasaba allá abajo. El aula 593 del edificio de Ingeniería le proporcionaba una visión de tribuna central. Wilt repasó la lista y entregó ejemplares del libro y les explicó a los alumnos que debían leerlo. Lo dijo con bastante más vigor del habitual, incluso en un lunes por la mañana, y la clase se concentró en la tarea de considerar la situación de los colonos, mientras Wilt miraba por la ventana, absorto en un drama más inmediato.

Había llegado a la obra un camión con un tambor giratorio lleno de hormigón líquido y retrocedía lentamente hacia la tabla de contrachapado. Se detuvo al fin y hubo una angustiosa espera mientras el conductor bajaba de la cabina y encendía un cigarrillo. Otro hombre, evidentemente el capataz, salió de un barracón de madera y se acercó hasta el camión y luego se reunió alrededor del agujero todo un grupo. Wilt se levantó de la mesa y se acercó a la ventana. ¿Por qué demonios no empezaban ya? Al fin, el conductor volvió a la cabina y los hombres retiraron la tabla de contrachapado. El capataz hizo una señal al conductor del camión. Se colocó en su sitio el tobogán del hormigón. Otra señal. El tambor comenzó a inclinarse. El hormigón salía ya. Wilt observó cómo empezaba a descender por el tobogán y justo en ese preciso momento, el encargado miró por el agujero. Lo mismo hicieron los otros obreros. Al instante siguiente, se desató el infierno. Hubo señales frenéticas y gritos del capataz. Wilt veía por la ventana las bocas abiertas y las gesticulaciones, pero el hormigón seguía cayendo. Wilt cerró los ojos con un escalofrío. Habían encontrado la maldita muñeca.

Fuera, en la obra, reinaba una atmósfera preñada de incompreensión.

—¿Pero qué pasa? Estoy vertiéndolo lo más deprisa que puedo —gritó el conductor del camión, interpretando mal las señas frenéticas del capataz.

Tiró aún más de la palanca y el hormigón afluyó en mayor cantidad. Al instante siguiente, se dio cuenta de que había cometido algún error. El capataz forcejeaba en la puerta de la cabina, dando gritos.

—Quietos, por amor de Dios, quietos —gritaba—. ¡Hay una mujer en el agujero!

—¿Una qué? —dijo el conductor, parando el motor.

—Una mujer, y mira lo que has hecho, demonios. Te dije que pararas. Te dije que dejaras de verter y tú seguiste. Le has echado encima veinte toneladas de hormigón líquido.

El conductor bajó de la cabina y rodeó su vehículo y se acercó al tobogán, donde aún se deslizaban vacilantes hacia el agujero los últimos restos de hormigón.

—¿Una mujer? —preguntó—. ¿Qué? ¿En ese agujero? ¿Y qué hace ahí abajo?

El capataz le miró diabólicamente.

—¿Que qué hace? —gritó—. ¿Qué crees tú que podría estar haciendo? ¿Qué puede estar haciendo si acabas de echarle encima veinte toneladas de hormigón líquido? Ahogándose, qué coño va a estar haciendo...

El conductor se rascó la cabeza.

—Bueno, yo es que no sabía que estaba allá abajo. ¿Cómo iba a saberlo? Tendrías que habérmelo dicho.

—¿Habértelo dicho? —aulló el capataz—. Yo te lo dije. Te dije que pararas. Y no me hiciste caso.

—Creí que querías que lo vertiese más de prisa. No podía oír lo que me decías.

—Pues yo creo que cualquier otro habría podido oírlo —gritó el capataz.

Desde luego, sí había podido Wilt, en el aula 593. Wilt que veía por el ventanal, con ojos desorbitados, cómo cundía el pánico. Mecánica de Motor Tres había perdido todo interés por Shane. Todos los alumnos se habían amontonado junto al ventanal, y estaban mirando.

—¿Estás completamente seguro? —preguntó el conductor.

—¿Seguro? Pues claro que estoy seguro —gritó el capataz—. Pregúntale a Barney.

El otro obrero, que evidentemente era Barney, asintió.

—Estaba allá abajo, sí, seguro. La vi perfectamente. Estaba toda encogida. Tenía una mano alzada y también las piernas alzadas...

—Dios santo —exclamó el conductor, visiblemente horrorizado—. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Era una cuestión que había estado inquietando a Wilt. Llamar a la policía, probablemente. El capataz confirmó su opinión.

—Llamar a la policía, que venga una ambulancia, que vengan los bomberos con una bomba. Hay que conseguir una bomba, Dios santo.

—Una bomba no sirve de nada —dijo el conductor—. Nunca conseguiríamos sacar ese hormigón de ahí con una bomba. Imposible. Además, daría lo mismo. Ya debe de estar muerta. Ha debido de morir aplastada. Con veinte toneladas encima... ¿Pero por qué no dijo nada?

—¿Y de qué hubiera servido? —preguntó el capataz ásperamente—. Tú habrías seguido vertiendo igualmente.

—Pero bueno, ¿y cómo demonios se metería ahí adentro? —dijo el conductor para cambiar de tema.

—¿Cómo coño voy a saberlo? Debió de caerse...

—Sí, y luego colocar encima la tabla de contrachapado para tapar bien el agujero... —dijo Barney, que tenía, claramente, una mentalidad práctica—. Ha sido asesinada.

—Eso lo sabemos todos —gruñó el capataz—. Santo cielo, yo le dije que se detuviera, todos me oísteis. Todo el mundo en un kilómetro a la redonda debió de haberme oído, menos Chris. El no, él no, claro, él tenía que seguir...

—La asesinaron antes de meterla en ese agujero —dijo Barney—. Si sólo se hubiera caído, esa tabla de contrachapado no estaría ahí tapando el agujero.

El capataz se enjugó la cara con un pañuelo y contempló la tabla cuadrada.

—Sí, claro, desde luego —murmuró—. Nadie puede decir que no tomáramos las precauciones adecuadas... Tienes razón. Debieron de asesinarla. ¡Oh, santo cielo!

—Un crimen sexual, seguro —dijo Barney—. La violaron, y la estrangularon. Eso o la mujer de alguien. No olvidéis lo que os digo. Estaba toda apretujada. Y aquella mano... nunca olvidaré esa mano, ni aunque viva cien años.

El capataz le miraba lívido. Parecía incapaz de expresar sus sentimientos. Lo mismo le pasaba a Wilt. Volvió a la mesa y se sentó con la cabeza entre las manos, mientras la clase miraba por el ventanal e intentaba enterarse de lo que se decía. Por fin, sonaron sirenas al oeste, cuyo sonido fue intensificándose. Llegó al fin un coche de la policía, irrumpieron en el aparcamiento cuatro vehículos debomberos y a continuación una ambulancia. A medida que iban reuniéndose más y más hombres uniformados en torno a lo que había sido en tiempos un agujero en el suelo, se hizo evidente que meter allí abajo la muñeca había sido bastante más fácil de lo que resultaría sacarla.

—Ese hormigón empieza a fraguar a los veinte minutos —explicó el conductor cuando se propuso por enésima vez utilizar una bomba.

Un inspector de policía y el jefe de bomberos se asomaron al agujero.

—¿Está usted seguro de que vio el cuerpo de una mujer allá abajo? —preguntó el inspector—. ¿Está usted completamente seguro de ello?

—¿Seguro? —gruñó el capataz—. Pues claro que estoy seguro. No pensará usted que... Explícaselo, Barney. También él lo VIO.

Barney se lo explicó al inspector aún más gráficamente de lo que lo había hecho antes.

—Tenía el pelo así, sabe, y luego aquella mano estirada hacia arriba, como si estuviera pidiendo ayuda. Y aquellos dedos... Le aseguro que era algo horroroso. No parecía natural.

—No, desde luego, no debía de parecerlo —dijo comprensivo el inspector—. ¿Y dice usted que había una tabla tapando el agujero cuando llegó usted por la mañana?

El capataz gesticuló silencioso y Barney les mostró la tabla.

—Si yo incluso estuve de pie sobre ella —corroboró—. Pues claro que estaba aquí, Dios santo, claro que sí.

—El asunto es el siguiente: ¿cómo vamos a hacer para sacarla de ahí? —dijo el jefe de bomberos.

Fue una cuestión que se le planteó al director de la empresa constructora cuando llegó al fin al escenario de los hechos.

—Eso sabe Dios —dijo—. No hay ningún medio fácil de sacar ahora ese hormigón. Tendríamos que usar una perforadora para bajar hasta unos diez metros de profundidad.

Una hora después, no se hallaban más próximos a una solución del problema. Cuando los de Mecánica de Motor se alejaron arrastrando los pies de aquella situación fascinante para acudir a Dibujo Técnico, Wilt recogió los ejemplares sin leer de Shane y se dirigió hacia la sala de profesores en un estado de conmoción absoluta. El único consuelo que se le ocurría era que tardarían al menos dos o tres días en excavar hasta llegar al fondo del agujero y descubrir que lo que tenía todas las apariencias de ser el cuerpo de una mujer asesinada era, en realidad, una muñeca hinchable. O lo había sido. Wilt más bien dudaba de que estuviera hinchada ya. Había habido algo horriblemente incontrolable en aquel hormigón líquido.

— Ahora me lo dice. Primero estábamos en Frogwater Beach...

— Reach — dijo Gaskell.

— Bueno, lo que sea. Luego estamos en Fen Broad. ¿Dónde estamos ahora, santo Dios?

— En un banco de lodo — informó Gaskell.

Había algo horriblemente incontrolable en el banco de lodo en el que había quedado encallado el yate. Para aumentar sus problemas, el motor se había estropeado. Gaskell decía que tenía rota la biela motriz.

— ¿Es grave eso? — preguntó Sally.

— Significa sólo que tendrán que remolcarnos hasta un embarcadero.

— ¿Y quién va a remolcarnos?

— Supongo que cualquier barco que pase — dijo Gaskell.

Sally miró por la borda hacia los juncos.

— ¿Un barco que pase? — dijo —. Llevamos aquí toda la noche y la mitad de la mañana, y hasta ahora no ha pasado nadie; y si pasase, ni siquiera le veríamos con estos malditos juncos.

— Creí que te gustaban mucho los juncos.

— Eso era ayer — masculló Sally —. Hoy lo único que significan para mí es que resultamos invisibles para cualquiera que esté a más de quince metros de distancia. Y ahora has jodido el motor. Ya te dije que no lo forzaras tanto.

— ¿Cómo iba a saber yo que se le iba a romper una biela? — protestó Gaskell —. Yo lo único que intentaba era salir de este banco de lodo. Explícame cómo voy a poder salir de aquí sin forzar un poco el motor.

— Podías haberte bajado a empujar.

Gaskell atisbó por la borda.

— Sí, claro, podría haberme bajado y haberme ahogado — dijo.

— Así el barco tendría menos peso — dijo Sally —. Hemos de hacer sacrificios todos y, además, tú dijiste que nos arrastraría la marea.

— Sí, claro, pero me equivoqué. No hay más que agua dulce por esta parte. La marea no llega tan lejos.

Eva trajinaba por el camarote. No había mucho espacio para trajinar, pero el que había lo utilizaba concienzudamente. Hizo las literas y guardó la ropa de cama en los cajones que había debajo y ahuecó los cojines y vació los ceniceros. Barrió el suelo, limpió la mesa y los cristales de las ventanas y quitó el polvo de

las estanterías y, en términos generales, lo dejó todo lo más limpio y ordenado posible. Y mientras tanto, tenía las ideas cada vez más confusas y desordenadas, de forma que cuando terminó y todos los objetos visibles estaban en su lugar correspondiente y todo el camarote convenientemente aseado y ordenado, ella estaba absolutamente confusa y vacilante y dubitativa respecto a casi todo.

Los Pringsheim eran muy refinados y muy ricos y muy intelectuales, y decían cosas inteligentes constantemente; pero siempre andaban peleándose y atacándose por cualquier cosa y, a decir verdad, eran gente muy poco práctica, y no sabían ni una palabra de higiene. Gaskell iba al lavabo y después no se lavaba las manos. Y sólo Dios sabía cuándo se habría afeitado por última vez. Y aquello de que dejaran la casa de Rossiter Grove sin limpiar ni recoger nada después de la fiesta...; cómo había quedado aquel salón, todo lleno de vasos y copas. Esto a Eva le había impresionado mucho. Ella jamás había dejado su casa así, tan revuelta. Se lo había dicho a Sally, pero Sally había contestado cómo podía ser tan poco espontánea; y que, de todos modos, era una casa que alquilaban por el verano, y que era típico de un sistema social dominado por el varón esperar que una mujer estableciese una relación contractual basada en la servidumbre doméstica femenina. Eva intentó seguir sus razonamientos y se quedó sintiéndose culpable porque no podía y porque era, evidentemente, una cosa hortera y poco intelectual enorgullecerse del trabajo doméstico y de la casa y ella incurría en ambos fallos.

Y luego, estaba aquello que Henry había hecho con aquella muñeca. Era tan impropio de Henry hacer algo semejante... que cuanto más lo pensaba más impropio de él le parecía. Tenía que estar borracho, pero aun así... ¿Cómo es que estaba desnudo? ¿Y dónde habría encontrado aquella muñeca? Se lo había preguntado a Sally y se había quedado horrorizada al enterarse de que a Gaskell le enloquecía el plástico y que sencillamente le encantaba jugar con Judy y que los hombres eran así; y, en fin, las únicas relaciones significativas eran las que se establecían entre mujeres, porque las mujeres no necesitaban demostrar su virilidad mediante un actoabierto de violencia extrasexual, ¿verdad? Para entonces, Eva ya estaba perdida en un laberinto de palabras que no entendía pero que le parecían importantes; y, en fin, a continuación habían tenido otra sesión de Terapia Táctil.

Y esa era otra cosa respecto a la que Eva no sabía muy bien qué pensar, lo de la Terapia Táctil. Sally había dicho que aún se sentía inhibida y que estar inhibida era indicio de inmadurez sensitiva y emotiva. Eva luchaba con sus sentimientos contradictorios respecto a la cuestión. Por una parte, no quería ser inmadura emotiva y sensitivamente, y si la repugnancia que sentía al entregarse desnuda en brazos de otra mujer era algo que había que dominar, y según el punto de

vista de Eva cuanto peor sabía una medicina más seguro era que fuera eficaz, no había duda, pues, de que tenía que mejorar a toda marcha su norma de conducta psicosexual. Por otra parte, no estaba en modo alguno convencida de que la Terapia Táctil fuera del todo buena. Tenía que aplicar una cuantía considerable de fuerza de voluntad para superar las objeciones que hacia ella sentía, y aun así había un fondo de duda respecto a que fuese verdaderamente propio y adecuado el dejarse tocar de un modo tan sensitivo. Era todo muy desconcertante, y para remate estaba tomando la pastilla. Había puesto firmes objeciones y había indicado que Henry y ella siempre habían querido tener niños y que no habían podido tenerlos, pero Sally había insistido.

—Nena Eva —le había dicho—, con Gaskell una no sabe nunca. A veces, se pasa meses sin molestarse en hacer nada y luego, zas, de pronto se dispara. Y entonces, no discrimina absolutamente en ningún sentido.

—Pero tú me dijiste, creo, que teníais una relación muy buena entre vosotros —dijo Eva.

—Oh sí, claro, pero de Pascuas a Ramos. Los científicos subliman. Y G no vive más que para el plástico. Y no estaría bien que volvieras con Henry llevando en tu óvulo genes de G, ¿no crees?

—Claro que no —dijo Eva, horrorizada ante la idea, y decidió tomar la pastilla después del desayuno, antes de pasar a la cocina a fregar los platos.

Era todo tan distinto de la meditación trascendental y de la cerámica...

En cubierta, Sally y Gaskell seguían peleándose.

—¿Qué demonios estás haciéndole a la globos esa sin cerebro? —preguntó Gaskell.

—TT, Terapia Táctil, Contacto Corporal, Liberación Táctil —dijo Sally—. Padece de carencia sensual.

—Padece también de carencia mental. He conocido muchas personas tontas en mi vida, pero ésta se lleva la palma. Me refería en concreto a esas píldoras que toma con el desayuno.

Sally sonrió.

—Ah, esas píldoras —dijo.

—Sí, esas. ¿Estás reventándole el poco cerebro que tiene o algo por el estilo? — preguntó Gaskell—. Ya hemos tenido bastantes problemas sin necesidad de que Moby Dick haga un viaje.

—Son anticonceptivos orales, nene, la vieja y simple píldora de siempre.

—¿Anticonceptivos orales? ¿Y para qué demonios? Yo no sería capaz de tocarla ni con una varilla estimuladora esterilizada.

—Gaskell, querido, qué ingenuo eres. Por autenticidad, por pura autenticidad. Hace mi relación con ella mucho más real, ¿entiendes? Es como ponerle un condón a un consolador.

Gaskell la miró boquiabierto.

—Dios mío, no querrás decir que...

—Todavía no, John Silver el Largo, aún está en el saco; pero uno de estos días, cuando esté un poco más emancipada... —sonrió lánguidamente, mirando a los juncos—. Quizá no venga nada mal el que estemos aquí encallados. Nos proporciona tiempo, un tiempo muy oportuno y tú, mientras, puedes mirar a tus patos...

—Aves zancudas —corrigió Gaskell—, y nos van a cobrar una factura increíble, además, en el Marina si no devolvemos el barco a tiempo.

—¿Factura? —dijo Sally—. Tú estás loco. ¿No creerás que vamos a pagar por este cascarón?

—Pero tú lo alquilaste en el embarcadero. Bueno, no irás a decirme que sencillamente lo cogiste —dijo Gaskell—. ¡Eso sería robo, demonios!

Sally soltó una carcajada.

—Sinceramente, G, eres tan moralista... quiero decir, tan incoherente. Robas libros en la biblioteca y productos químicos del laboratorio; pero cuando se trata de barcos te pones a dar voces.

—Lo de los libros es distinto —dijo ardorosamente Gaskell.

—Sí —dijo Sally—. Por los libros no se va a la cárcel. Esa es la diferencia. Pero si quieres pensar que robé el barco, allá tú, piénsalo.

Gaskell sacó un pañuelo y se limpió las gafas.

—¿Quieres decir que no lo robaste? —preguntó al fin.

—Lo tomé prestado.

— ¿Prestado? ¿A quién se lo tomaste prestado?

— Schei.

— ¿Scheimacher?

— Eso es. Dijo que podíamos cogerlo siempre que quisiéramos. Así que lo hemos cogido.

— ¿Y él lo sabe?

Sally lanzó un suspiro.

— Mira, él está en la India, ¿no? Preparando esperma al curry... ¿qué más da que lo sepa o no? Cuando vuelva, nosotros estaremos en la Tierra de los Libres

— Mierda —dijo cansinamente Gaskell—. El día menos pensado nos vas a meter en un lío...

— Querido Gaskell, a veces me aburres con tanta preocupación.

— Déjame decirte algo. Tú me aburres a mí con tu maldita actitud hacia la propiedad ajena.

— La propiedad es un robo.

— Oh, sí, claro. A ver si convences de eso a la policía cuando te agarre. En este país, a la policía no le entusiasma precisamente el robo.

A la policía no le entusiasmaba tampoco demasiado el cuerpo bien nutrido de una mujer aparentemente asesinada y enterrada a diez metros bajo veinte toneladas de hormigón de fraguado rápido. Lo de bien nutrido lo había aportado Barney.

— Tenía los pechos muy grandes, además —explicó, en la séptima versión de lo que había visto—. Y luego la mano, así, levantada...

— Sí, eso de la mano lo sabemos muy bien ya —dijo el inspector Flint—. Ya hemos hablado antes de todo eso. Pero esta es la primera vez que menciona usted lo de los pechos.

— Es que lo que más me chocó fue lo de la mano —dijo Barney—. Quiero decir que en una situación como esa uno no piensa en los pechos.

El inspector se volvió al capataz.

— ¿Se fijó usted en los pechos de la difunta? —inquirió.

Pero el capataz se limitó a mover la cabeza. Ya no podía hablar.

— Así que tenemos una mujer bien alimentada... ¿qué edad le echaría usted?

Barney se rascó la barbilla meditabundo.

— Vieja no era — dijo al fin —. Desde luego que no, vieja no.

— ¿Veintitantos?

— Pudiera ser.

— ¿Treinta y tantos?

Barney se encogió de hombros. Había algo que estaba intentando recordar. Algo que le había parecido raro en el momento.

— Pero cuarenta y tantos no, ¿verdad?

— No — dijo Barney —. Más joven.

Lo dijo con cierta vacilación.

— No es que concrete usted mucho — dijo el inspector Flint.

— Es que no puedo evitarlo — dijo quejumbrosamente Barney —. Cuando ves a una mujer allí metida en aquel agujero, con el hormigón cayéndole encima, no le preguntas la edad.

— Claro, claro. Ya comprendo, pero si pudiera usted recordar. ¿Había algo raro.. en ella...?

— ¿Raro? Bueno, estaba aquella mano que...

El inspector Flint suspiró.

— Quiero decir algo fuera de lo normal en su apariencia. El pelo, por ejemplo. ¿De qué color era?

Barney recordó al fin.

— Sabía que había algo — dijo, triunfal —. El pelo. Lo tenía todo torcido.

— Bueno, es natural, ¿no? Una mujer a la que tiran por un agujero de nueve metros de profundidad, es lógico que se despeine y que se le revuelva el pelo.

— No, no es eso. Es que el pelo estaba como torcido y aplanado. Como si le hubieran pegado.

— Probablemente le hubieran pegado. Si es verdad lo que dice usted de que la tabla estaba colocada en su sitio, no cabe duda de que no se metió allá abajo por voluntad propia. Pero aun así, ¿sigue sin poder darnos usted una indicación concreta de su edad?

— Bueno —dijo Barney—, partes de ella parecían jóvenes y partes no. Eso es lo único que puedo decirle.

— ¿Qué partes? —preguntó el inspector, esperando que Barney no empezara de nuevo con lo de la mano.

— Bueno, las piernas no correspondían exactamente a las tetas, no sé si me entiende —el inspector Flint no le entendía—. Eran como muy flacas, digamos, y estaban así como torcidas para arriba.

— ¿Pero cuáles? ¿Las piernas o las tetas?

— Las tetas, por supuesto —dijo Barney—. Ya le he dicho que tenía unas tetas así muy vistosas, grandotas...

— Estamos considerando este caso como un asesinato —explicó el inspector Flint al director diez minutos después.

El director estaba sentado a su mesa-escritorio y pensaba desesperadamente en la publicidad adversa.

— ¿Están ustedes completamente seguros de que no podría ser un accidente?

— Los indicios, hasta el momento, no sugieren, desde luego, muerte accidental —dijo el inspector—. Pero sólo estaremos absolutamente seguros de ese punto cuando consigamos sacar el cadáver y me temo que eso llevará bastante tiempo.

— ¿Bastante tiempo? —se sobresaltó el director—. ¿Quiere decir usted que no podrán sacarlo esta mañana?

El inspector Flint movió la cabeza.

— Completamente descartado, caballero —dijo—. Estamos considerando dos métodos para llegar al cadáver y ambos llevarán varios días. Uno es perforar el hormigón y el otro es practicar otro pozo junto al original e intentar llegar por un lado.

— Dios santo —dijo el director, mirando al calendario—. Pero eso significa que estarán ustedes ahí excavando durante varios días.

—Me temo que no se podrá evitar. El que la metió ahí hizo un buen trabajo, desde luego. De todos modos, procuraremos molestar lo menos posible.

El director podía ver desde la ventana cuatro coches de policía, un camión de bomberos y un furgón azul muy grande.

—Esto es verdaderamente una desgracia —murmuró.

—El asesinato siempre lo es —dijo el inspector, levantándose—. Por su propia naturaleza. De momento, lo que haremos será clausurar el lugar y, por supuesto, le agradeceremos su colaboración.

—Pida usted lo que necesite —dijo el director, con un suspiro.

En la sala de profesores, la presencia de tantos hombres uniformados atisbando por uno de los agujeros de los pilares de la obra provocaba reacciones contradictorias. Lo mismo la docena de policías que andaban peinando los alrededores, parándose de cuando en cuando a recoger cosas y a guardarlas meticulosamente en sobres. Pero lo que constituyó el remate definitivo de todo lo anterior fue la llegada de un vehículo tipo caravana azul oscuro.

—Ese es el vehículo de la brigada móvil de lo criminal —explicó Peter Fenwick—. Al parecer, un loco enterró a una mujer en el agujero de uno de los pilares.

La Nueva Izquierda, que había estado reunida en un rincón analizando las probables implicaciones de la presencia de tantos cerdos fascistas paramilitares, lanzó un suspiro quejumbroso, pero continuó expresando sus dudas.

—Lo digo en serio —dijo Fenwick—. Le pregunté a uno de ellos qué estaban haciendo. Creí que se trataba de una amenaza de bomba o algo por el estilo.

El doctor Cox, jefe del Departamento de Ciencias, lo confirmó. Su despacho daba directamente sobre el agujero.

—Es un espectáculo horroroso —murmuró—. Cada vez que alzo la vista no hago más que pensar en lo que debe de haber sufrido esa pobre mujer.

—¿Y qué será eso que están metiendo en los sobres? —preguntó el doctor Mayfield.

—Pistas —dijo el doctor Board, con evidente satisfacción—. Cabellos. Trozos de piel, manchas de sangre. Los triviales detritus rutinarios del crimen violento.

El doctor Cox salió apresuradamente de la estancia y el doctor Mayfield parecía nervioso.

—Qué repugnante —dijo—. ¿No es posible que hayan cometido un error? Quiero decir, ¿por qué iba a querer nadie asesinar aquí a una mujer?

El doctor Board bebió un sorbo de café, y le miró melancólico.

—Pues se me ocurren numerosas razones —dijo, muy satisfecho—. Hay por lo menos una docena de mujeres en mi clase nocturna a las que yo mataría muy contento a puñetazos y luego las tiraría por un agujero. Sylvia Swansbeck, por ejemplo.

—El que lo hizo debía de saber que iban a verter el hormigón hoy —dijo Fenwick—. A mí me parece que lo ha hecho alguien de dentro.

—Puede que haya sido uno de nuestros alumnos de menos conciencia social —sugirió el doctor Board—, no creo que hayan tenido tiempo de comprobar si falta alguien entre el personal.

—Lo más probable es que se compruebe que no tiene nada que ver con la escuela —dijo el doctor Mayfield—. Eso ha debido de ser algún loco...

—Bueno, un momento, lo cortés no quita lo valiente —interrumpió el doctor Board—. No cabe duda de que hubo un elemento de premeditación. El asesino, fuese quien fuese... lo planeó todo con mucha meticulosidad. Lo que yo no entiendo es por qué no le echó tierra encima a esa desdichada mujer para que no pudieran verla. Es probable que lo intentase y que alguien apareciera antes de que le diese tiempo a terminar de hacerlo. Uno de esos pequeños accidentes del destino.

Wilt estaba sentado en un rincón de la sala de profesores, dando sorbos de café, consciente de que era el único que no miraba por la ventana. ¿Qué diablos iba a hacer? Lo más razonable sería acudir a la policía y explicar que había intentado librarse de una muñeca hinchable que le habían dado. Pero, ¿quién iba a creerle? ¿Si no había pasado más que eso, por qué la había vestido y le había puesto una peluca? ¿Y por qué la había dejado hinchada? ¿Por qué no se había limitado a tirarla sin más? Estaba sopesando los pros y los contras del asunto cuando el jefe del departamento de ingeniería entró y comunicó a todos que la policía se proponía practicar otro agujero junto al primero en vez de perforar el hormigón.

—Es muy probable que consigan ver trozos de ella saliendo por un lado —explicó—. Al parecer, tenía un brazo alzado así en el aire, y al caerle todo

ese hormigón encima es muy probable que ese brazo se haya aplastado contra un lado del agujero. Es un procedimiento mucho más rápido.

— He de decir que no entiendo qué necesidad hay de tanta prisa — dijo el doctor Board—. Yo creía que quedaría muy bien conservada en todo ese hormigón. Como momificada, en fin.

Wilt más bien lo dudaba, allí en su rincón. Con veinte toneladas de hormigón encima, hasta Judy, que había sido una muñeca extremadamente testaruda, era poco probable que hubiera soportado la presión. No cabía duda alguna de que habría estallado y, en tal caso, la policía no encontraría más que el brazo de plástico vacío de una muñeca. Difícilmente se molestarían en extraer una muñeca de plástico reventada.

— Y otra cosa — continuó el jefe del departamento de ingeniería—. Si el brazo sobresale, podrán tomarle las huellas dactilares.

Wilt sonrió. Eso era algo que no iban a encontrarle a Judy, huellas dactilares. Terminó el café más animado y salió a dar Secretarias de Primera. Las encontró ávidas de noticias del asesinato.

— ¿Cree usted que fue un asesinato sexual? — le preguntó una rubita pequeña de primera fila a Wilt cuando éste les entregaba ejemplares de Esta isla ahora.

Había descubierto que el capítulo sobre los problemas de la adolescencia resultaba muy sugerente para las secretarias de primera. Trataba del sexo y la violencia y estaba doce años atrasado, pero así era como estaban también, en realidad, las secretarias de primera. Aquel día no había ninguna necesidad del libro.

— Yo no creo que haya sido un asesinato — dijo Wilt, ocupando su lugar en la mesa.

— Oh, pues claro que sí. Vieron el cuerpo de una mujer allí abajo — insistió la rubita.

— Bueno, ellos creyeron ver allí abajo algo que parecía un cuerpo — dijo Wilt—. Eso no significa que lo fuese. Muchas veces la imaginación engaña a las personas.

— Pues la policía no piensa eso — dijo una chica alta, cuyo padre era algo del ayuntamiento—. Tienen que estar seguros para tomarse tantas molestias. Hubo un asesinato en nuestro campo de golf y lo único que encontraron fue trocitos del cadáver recortados, que los habían tirado en el obstáculo de agua del hoyo quince. Llevaban allí seis meses. A alguien se le escapó la pelota en un ángulo

desviado y fue a parar a aquella charca. Lo primero que sacaron fue un pie. Estaba todo fofo y verde...

Una chica muy pálida de Wilstanton se desmayó en la tercera fila. Cuando Wilt consiguió hacerla volver en sí para llevarla a la enfermería, la clase había pasado a abordar el asunto de Crippen, Haigh y Christie. Cuando Wilt regresó, las encontró hablando de baños de ácido.

—Y lo único que encontraron de ella fue la dentadura postiza y cálculos biliares.

—Usted parece saber muchísimo de asesinatos —le dijo Wilt a la chica alta.

—Es que papá juega al bridge con el jefe de policía. Viene a cenar y nos cuenta unas historias estupendas. Dice que deberían reimplantar la horca.

—Estoy seguro de que lo dice, sí —comentó hoscamente Wilt.

Era típico de las secretarias de primera que conociesen a jefes de policía partidarios del restablecimiento de la pena de muerte. Toda su conversación giraba en torno a papá y mamá y los caballos.

—En realidad, la horca no duele —dijo la chica alta— Sir Frank dice que un buen verdugo puede sacar a un hombre de la celda de condenados y dejarle en la trampilla de la horca con la cuerda al cuello y tirar de la palanca en veinte segundos.

—¿Y por qué limitar el privilegio a los hombres? —preguntó Wilt con amargura.

La clase le contempló con ojos de reproche.

—La última mujer a la que ahorcaron fue Ruth Ellis —dijo la rubia de la primera fila.

—Pero con las mujeres es diferente —apuntó la chica alta.

—¿Por qué? —preguntó imprudentemente Wilt.

—Bueno, es más lento.

—¿Más lento?

—A la señora Thompson tuvieron que atarla a una silla —aportó voluntariamente la rubia—. Se comportó de una forma horrible.

—He de decir que sus juicios me parecen extraños —dijo Wilt—. No hay duda de que el comportamiento de una mujer que asesina a su marido es horroroso. Pero el hecho de que luche y se defienda cuando van a ejecutarla no me parece horroroso ni mucho menos. Yo creo que...

—No es sólo eso —interrumpió la chica alta, que no estaba dispuesta a dejar que la desviarán del asunto.

—¿Qué es entonces? —dijo Wilt.

—Es que con las mujeres es más lento. Tienen que ponerles bragas impermeables.

Wilt la miró con repugnancia.

—¿El qué Impermeables? —preguntó, sin pensarlo.

—Bragas impermeables —dijo la chica alta.

—Dios santo —exclamó Wilt.

—Es que cuando llegan al final de la cuerda, se les salen los intestinos —prosiguió la chica alta, administrando el golpe de gracia.

Wilt la miró estrábico y salió tambaleante del aula.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó la chica—. Ni que hubiese dicho yo una animalada.

Ya en el pasillo, Wilt se apoyó en la pared. Estaba mareado, sentía náuseas. Aquellas malditas chicas eran peores que los instaladores de gas. Por lo menos, los instaladores de gas no entraban en detalles anatómicos tan desagradables; y, además, las secretarias procedían todas de familias teóricamente respetables. Cuando se sintió lo bastante repuesto para enfrentarse de nuevo a ellas, había transcurrido ya la hora. Wilt regresó bovinamente al aula y recogió los libros.

—¿El nombre de Wilt significa algo para usted? Henry Wilt —preguntó el inspector.

—¿Wilt? —dijo el subdirector, al que habían encomendado la tarea de tratar con la policía, mientras el director dedicaba su tiempo más provechosamente a intentar paliar la publicidad adversa generada por todo aquel inoportuno asunto—. Sí, claro. Es uno de nuestros profesores de Humanidades. ¿Por qué? ¿Hay...?

—Si no tiene usted inconveniente, caballero, me gustaría hablar un momento con él. En privado.

—Pero Wilt es un hombre completamente inofensivo —dijo el subdirector—. Estoy seguro de que no podría ayudarle a usted en nada.

—Quizá no; pero de todos modos...

—No pretenderá usted sugerir que Henry Wilt tenga nada que ver con... —el subdirector se interrumpió y examinó la expresión del inspector. Era amenazadoramente neutra.

—Preferiría no entrar en detalles —dijo el inspector Flint—. Y es mejor que no hagamos juicios precipitados.

El subdirector descolgó el teléfono.

—¿Quiere usted que él vaya... hasta esa... furgoneta? —preguntó.

El inspector Flint meneó la cabeza.

—Nos gusta pasar desapercibidos en la medida de lo posible. Si pudiese disponer de un despacho vacío.

—Hay uno en la puerta de al lado. Puede utilizarlo.

Wilt estaba comiendo en la cantina con Peter Braintree cuando bajó la secretaria del subdirector con un recado.

—¿No puede esperar? —preguntó Wilt.

—Dijo que era urgentísimo.

—Probablemente habrá llegado ya tu ascenso —dijo alegremente Braintree. Wilt tragó lo que le quedaba de su segundo plato y se levantó.

—Lo dudo —dijo.

Salió melancólicamente de la cantina y subió la escalera. Tenía la horrible sospecha de que no era para un ascenso precisamente para lo que quería verle el subdirector.

—Bueno, señor —comenzó el inspector una vez que estuvieron sentados en el despacho—, me llamo Flint, inspector Flint, DIC, y usted es el señor Wilt, ¿no? Señor Henry Wilt...

—Sí —dijo Wilt.

—Bueno, señor Wilt, como quizás haya deducido usted, estamos investigando el posible asesinato de una mujer cuyo cadáver se cree que fue depositado en el fondo de uno de los agujeros de los cimientos del nuevo edificio. Supongo que está enterado usted del asunto. —Wilt asintió—. Y nos interesa todo lo que pueda ayudarnos. ¿Tendría la bondad de examinar estas notas?

Y le entregó a Wilt un papel. Estaba encabezado con este título: «Notas sobre la violencia y la disolución de la vida familiar», y debajo había una serie de apartados.

1. Creciente uso de la violencia en la vida pública para alcanzar fines políticos.

a. Atentados; b. Asaltos; c. Raptos; d. Asesinatos.

2. Ineficacia de los métodos policiales para combatir la violencia.

a. Enfoque negativo. La policía sólo puede combatir el delito después de que se ha producido.

b. Utilización de la violencia por la propia policía.

c. Bajo nivel de inteligencia del policía medio.

d. Creciente uso de métodos perfeccionados como tácticas desviatorias por parte de los delincuentes.

3. Influencia de los medios de información. La televisión introduce en el hogar técnicas del crimen.

Había más. Mucho más. Wilt examinó la lista con una sensación de condena irremediable.

—¿Reconoce usted la letra? —preguntó el inspector.

—La reconozco —confirmó Wilt lacónicamente, adoptando, un poco prematuramente un tono de inculpado.

—¿Admite que escribió usted estas notas?

El inspector estiró la mano y las cogió otra vez.

— Sí.

— ¿Expresan su opinión sobre los métodos policiales?

Wilt se dominó.

— Son apuntes que hice para una conferencia que tenía que dar a los aprendices de bomberos del curso de emparedamiento —explicó—. Eran sólo notas preliminares. Hay que ampliarlas, claro...

— ¿Pero no niega usted que las escribió?

— Por supuesto que no. Acabo de decirle que las escribí yo, ¿no?

El inspector asintió y cogió un libro.

— ¿Y esto es suyo también?

Wilt contempló un ejemplar de Bleak House.

— Ahí lo dice, ¿no?

El inspector abrió el libro.

— Lo dice, sí —dijo aparentando asombro—, lo dice.

Wilt le miró fijamente. No tenía objeto fingir más. Lo mejor era ir rápidamente al grano. Habían encontrado aquel maldito libro en el cesto de la bicicleta y las notas debían de habersele caído del bolsillo en la obra.

— Mire, inspector —dijo—, puedo explicárselo todo. En realidad es muy simple. Yo entré en esa obra...

El inspector se levantó.

— Señor Wilt, si está usted dispuesto a hacer una declaración, creo que debo advertirle que...

Wilt bajó hasta el cuartel general de la brigada de homicidios e hizo una declaración en presencia de la estenógrafa de la policía. Su traslado al furgón azul y el hecho de que no saliera de nuevo fueron advertidos con interés por miembros del personal docente que estaban dando clases en el bloque de ciencias, por los estudiantes que estaban en la cantina y por veinticinco profesores colegas suyos, desde los ventanales de la Sala de Profesores.

9

— Maldito trasto — dijo Gaskell, arrodillándose, pringándose, junto al motor del yate —, yo creí que hasta en esta monarquía pretecnológica sabrían montar un motor decente. Este cacharro debió de servir para el Arca de Noé.

— Arca, arca barca de la parca — dijo Sally —, que decapita la bufonada de la cabeza coronada. Eva es una reginófila.

— ¿Una qué?

— Reginófila. Monárquica. No lo olvides. Ella es la Abeja Reina, así que no seas antibritánico. No queremos que deje de trabajar lo mismo que el motor. Quizá no sea la biela.

— Si pudiese desmontar esto podría decírtelo — dijo Gaskell.

— ¿Y eso de qué valdría? ¿Te proporcionaría otra? — dijo Sally, y entró en el camarote donde Eva se preguntaba qué irían a hacer para cenar —. El marinerito aún sigue trajinando con el motor. Dice que es la biela de conexión.

— ¿La biela de conexión? — repitió Eva.

— La que conecta, nena, sí.

— ¿Pero qué conecta?

— El hueso del muslo se conecta con el hueso de la rodilla, biela de conexión se conecta con el pistón y como todo el mundo sabe el pistón es un símbolo fálico. El sustituto del sexo para el macho mecanizado. El Síndrome del Motor Fuera Borda. Sólo que éste lo tiene dentro, no le cuelgan los huevos por fuera. De veras, Gaskell es tan regresivo...

— Yo no sé, desde luego — dijo Eva.

Sally se echó en la litera y encendió un puro.

— Eso es lo que me encanta de ti, Eva. Tú no sabes. La ignorancia es una bendición, nena. Yo perdí la mía a los catorce años.

Eva meneó la cabeza.

— Ay los hombres — exclamó desaprobatoriamente.

— Tenía edad para ser mi abuelo — dijo Sally —. Bueno, era mi abuelo.

— Oh, no. Qué horror.

— En realidad no lo era — dijo Sally riéndose —. Era un pintor. Con barba. Y la bata le olía a pintura y tenía aquel estudio y quiso pintarme desnuda. Yo era tan pura entonces... Me hizo echarme en el sofá y me colocaba las piernas. No hacía más que colocarme las piernas y luego retrocedía y se quedaba mirándome y me pintaba. Y luego un día cuando yo estaba allí tumbada él se me echó encima y me dobló las piernas hacia atrás y me besó y luego cuando me di cuenta se me había puesto encima y tenía la bata alzada...

Eva escuchaba fascinada. Podía visualizarlo con toda claridad, hasta el olor a pintura del estudio y los pinceles. Sally había vivido una vida tan emocionante, tan llena de acontecimientos y tan romántica, de un modo terrible, en cierta forma. Eva intentó recordar cómo era ella a los catorce años y recordó que ni siquiera salía con chicos por entonces, y allí estaba Sally en el sofá de un artista famoso, en su estudio.

— Pero fue una violación — dijo por fin —. ¿Por qué no se lo dijiste a la policía?

— ¿La policía? No comprendes. Yo estaba en aquel colegio tan selecto. Me habrían mandado a casa. Era un colegio progresista y todo eso pero yo no podía salir del internado, ir a que me pintara un artista y mis padres nunca me lo habrían perdonado. Eran tan estrictos...

Sally suspiró, abrumada por los rigores de aquella infancia suya totalmente ficticia.

—Supongo que ahora podrás entender —continuó luego— por qué tengo tanto miedo a que los hombres me hagan daño. Cuando has sido violada sabes muy bien lo que significa la agresión fálica.

—Supongo que sí —dijo Eva, con ciertas dudas respecto a lo que pudiese significar aquello de la agresión fálica.

—Ves el mundo de otra manera, además. Como dice G, nada es bueno y nada es malo. Las cosas son, sencillamente.

—Yo fui una vez a una conferencia sobre budismo —observó Eva— y eso fue precisamente lo que dijo el señor Podgett. Dijo...

—El zen es una cosa absurda. Es como estarse sentado esperando. Una cosa pasiva. Tienes que hacer que las cosas ocurran. Si te pasas la vida sentada esperando, cuando te das cuenta estás ya muerta. Te han pisoteado. Tienes que procurar que las cosas vayan como quieres tú y no a gusto de los demás.

—Eso es ser muy poco sociable —dijo Eva—. Quiero decir que si sólo hiciésemos siempre lo que queremos no sería muy agradable para los demás.

—Los demás son el infierno —dijo Sally—. Eso dijo Sartre y él debía de saberlo. Hacer lo que quieres es bueno y no hay que plantearse más rollos morales. Como dice G, el paradigma son las ratas. ¿Crees tú que las ratas andan preguntándose lo que es bueno para los demás?

—Pues no, no creo que lo hagan —dijo Eva.

—Justamente. Las ratas no son morales. En ningún sentido. Actúan y se acabó. No se torturan pensando.

—¿Tú crees que las ratas pueden pensar? —preguntó Eva, completamente absorbida ya por la sicología de los roedores y sus problemas.

—Por supuesto que no. Las ratas sólo son. Con las ratas no hay Schadenfreude.

—¿Qué es Schadenfreude?

—Primo segundo de Weitschmerz —dijo Sally apagando el puro en el cenicero—. Así que podemos hacer todo lo que queramos siempre que lo queramos. Ese es el mensaje. Sólo es la gente como G la que tiene que saber qué coño es lo que pasa exactamente y cómo funcionan las cosas.

—¿Qué quieres decir? —dijo Eva.

—Que tienen que saber cómo funciona todo. Los científicos. Lawrence tenía razón. G es todo cabeza y sin cuerpo.

—Henry es un poco así —dijo Eva—. Siempre está leyendo o hablando de libros. Ya le he dicho yo que no sabe cómo es el mundo real.

En el cuartel general móvil de la brigada de homicidios, Wilt estaba aprendiendo. Estaba sentado enfrente del inspector Flint, cuyo rostro reflejaba un escepticismo creciente.

—Bueno, volvamos otra vez a ese asunto —comenzó el inspector—. Dice usted que lo que aquellos hombres vieron al fondo del agujero era, en realidad, una muñeca de goma hinchable con una vagina.

—Lo de la vagina es accesorio —dijo Wilt, provocando reservas de incoherencia.

—Puede ser —admitió el inspector—. La mayoría de las muñecas no las tienen pero está bien, dejaremos eso a un lado. El punto al que yo pretendo llegares que está usted completamente seguro de que no hay ahí abajo ningún ser humano real.

—Completamente —dijo Wilt—, y si lo hubiese es muy dudoso que estuviese todavía vivo.

El inspector le miró hoscamente.

—No necesito que me indique usted eso —dijo—. Si existiese la más remota posibilidad de que lo que haya ahí abajo estuviese vivo yo no estaría sentado aquí, ¿no?

—No —dijo Wilt.

—Bien. Pasemos pues al punto siguiente. ¿Cómo es que lo que esos hombres vieron, según ellos, era una mujer y según usted una muñeca? ¿Cómo es posible que llevase ropa, tuviese pelo y, más notable aún, que tuviese la cabeza hundida y una mano estirada hacia arriba, en el aire?

—Es que cayó así —dijo Wilt—. Supongo que el brazo se le enganchó de un lado y quedó levantado así.

—¿Y por qué tenía la cabeza hundida?

—Bueno, le eché encima un montón de tierra —admitió Wilt—, quizá fuese por eso.

—¿Le tiró usted un montón de tierra en la cabeza?

—Eso he dicho, sí —confirmó Wilt.

— Sé que fue eso lo que dijo. Lo que quiero saber es por qué se sintió obligado a tirarle un montón de tierra a la cabeza a una muñeca hinchable que no le había hecho a usted, que yo sepa, daño alguno.

Wilt vaciló. Aquella muñeca maldita le había hecho, en realidad, mucho daño, pero no parecía momento oportuno para abordar ese asunto.

— En realidad no sé —dijo por fin—, pero me pareció que quizá pudiese ayudar.

— ¿Ayudar a qué?

— Ayudar... No sé. Lo hice y nada más. Estaba borracho cuando hice eso.

— Está bien, volveremos a eso dentro de un momento. Aún hay una pregunta sin contestar. Si era una muñeca, ¿por qué llevaba ropa?

Wilt contempló desesperado el interior de aquel vehículo y se encontró con los ojos de la estenógrafa de la policía. Tenían un brillo que no inspiraba confianza. Luego hablaban de lo de la suspensión de la incredulidad.

— No va a creerse usted esto —dijo Wilt.

El inspector le miró y encendió un cigarrillo.

— ¿El qué?

— En realidad la había vestido yo —confesó Wilt con una sonrisa nerviosa.

— ¿La había vestido usted?

— Sí —dijo Wilt.

— ¿Y puede decirme qué se proponía usted cuando la vistió con esas ropas?

— No lo sé exactamente.

El inspector lanzó un suspiro significativo.

— Bien. Volvamos al principio. Tenemos una muñeca con vagina a la que usted vistió y trajo hasta aquí en plena noche y depositó en el fondo de un agujero de diez metros de profundidad y a la que le tiró luego un montón de tierra en la cabeza. ¿Es eso lo que me está diciendo usted?

— Sí —dijo Wilt.

— ¿No preferiría usted ahorrar a todos los implicados en esto mucho tiempo y muchas molestias admitiendo aquí y ahora que lo que en realidad

descansa,esperemos que en paz, debajo de veinte toneladas de hormigón en el fondo de ese pilar es el cadáver de una mujer asesinada?

—No —respondió Wilt—. Desde luego que no.

El inspector Flint volvió a suspirar.

—Usted sabe que vamos al fondo de este asunto —dijo—. Puede costarnos tiempo, y dinero, y también paciencia, bien lo sabe Dios, pero cuando lleguemos ahí abajo...

—Encontrarán ustedes una muñeca hinchable —dijo Wilt.

—¿Con una vagina?

—Con una vagina.

Peter Braintree defendía firmemente en la sala de profesores la inocencia de Wilt.

—Os digo que conozco a Henry desde hace siete años y le conozco bien, y sea lo que sea lo que haya pasado, él no tiene nada que ver con ello.

El señor Morris, jefe del Departamento de Artes Liberales, miraba por la ventana escépticamente.

—Le tienen ahí desde las dos y diez. Son ya cuatro horas —dijo—. No harían eso si no creyesen que tiene alguna relación con la mujer muerta.

—Ellos pueden creer lo que quieran. Conozco a Henry y aunque el pobre quisiera, es incapaz de matar a nadie.

—Le atizó a aquel impresor el jueves. Eso demuestra que es capaz de violencia irracional.

—Otro error. El impresor le pegó a él —dijo Braintree.

—Sí, pero después de que Wilt le llamara subnormal de mierda —indicó el señor Morris—. Si uno entra en Impresores Tres y se pone a llamarle a uno de ellos subnormal de mierda, necesita que le examinen la cabeza. Mataron al pobre Pinkerton, ya sabes. Se gaseó en su coche.

—Hicieron todo lo posible por matar también a Henry, ya que lo dices.

—Por supuesto, ese golpe pudo haberle afectado el cerebro —dijo el señor Morris, con hosca satisfacción—. Un golpe puede provocar extraños cambios en

el carácter de un individuo. Puede pasar de la noche a la mañana de ser un tipejo inofensivo y afable como Wilt a ser un maníaco homicida que, de repente, pierde el control. Cosas más extrañas han pasado.

—Supongo que Henry sería el primero en darte la razón —dijo Braintree—. No puede ser muy agradable estar sentado ahí dentro de ese vehículo y que te interroguen los detectives. Me pregunto qué estarán haciéndole.

—Pues preguntas, nada más. Preguntándole cosas como «¿Cómo se llevaba usted con su mujer?» y «¿Puede usted decirnos todo lo que hizo el sábado por la noche?» Empiezan muy suave y luego van pasando a concretar la cosa y a apretar más.

Peter Braintree se sentó dominado por un silencioso horror. Eva. Se había olvidado por completo de ella; y, en cuanto a la noche del sábado, sabía exactamente lo que Henry le había dicho que había estado haciendo antes de aparecer en casa lleno de barro y con cara de cadáver..

—Lo único que digo —continuó el señor Morris— es que me parece muy raro que encuentren un cadáver al fondo del agujero de un pilote lleno de hormigón y lo primero que pasa después es que meten a Wilt en ese vehículo de la brigada móvil de homicidios para interrogarle. Es muy extraño, desde luego. No me gustaría estar en su pellejo.

Y se levantó y salió de la sala de profesores y Peter Braintree siguió allí sentado preguntándose si debía hacer algo, llamar a un abogado y pedirle que viniera a hablar con Henry. Parecía un poco prematuro y era de suponer que Henry podría pedir él mismo un abogado si quería.

El inspector Flint encendió otro cigarrillo con aire de despreocupada amenaza.

—¿Qué tal se lleva usted con su esposa? —preguntó.

Wilt vaciló.

—Bastante bien —dijo.

—¿Sólo bastante bien? ¿Nada más?

—Nos llevamos bastante bien, sí —dijo Wilt, consciente de haber cometido un error.

—Comprendo. Y supongo que ella puede confirmar lo que dice usted de esa muñeca hinchable...

—¿Confirmarlo?

—El hecho de que tuviera usted la costumbre de vestirla y de tener relaciones con ella.

—Yo no tenía ninguna costumbre de ese tipo —dijo Wilt indignado.

—Yo sólo pregunto. Fue usted el que primero sacó a colación el hecho de que tenía vagina, no yo. Proporcionó usted voluntariamente esa información y yo, como es natural, supu...

—¿Qué supuso usted? —interrumpió Wilt—. No tiene usted ningún derecho a...

—Señor Wilt —dijo el inspector—. Póngase usted en mi lugar. Estoy investigando un caso de presunto asesinato y aparece un hombre y nos cuenta que lo que dos testigos visuales describen como el cuerpo de una mujer bien alimentada, de treinta y pocos años...

—¿Treinta y pocos años? Las muñecas no tienen edad. Si esa maldita muñeca tuviera más de seis meses...

—Por favor, señor Wilt, permítame continuar. Como le iba diciendo, tenemos un caso de asesinato prima facie y usted admite haber colocado al fondo de ese agujero una muñeca con vagina. Ahora bien, si usted estuviera en mi lugar, ¿qué clase de conclusión sacaría de todo esto?

Wilt intentó imaginar alguna interpretación totalmente inocente y fue incapaz.

—¿No sería usted el primero en estar de acuerdo conmigo en que parece un poco extraño?

Wilt asintió. Parecía extraordinariamente raro.

—Bien —continuó el inspector—. Ahora, si aplicamos la mejor interpretación posible, la más favorable, a sus acciones y, en especial a su insistencia en que la muñeca tenía vagina...

—Yo no insistí en eso. Sólo mencioné ese chisme condenado para indicar que era muy real. No sugería con eso que yo tuviera la costumbre de...

Se detuvo; miró al suelo con tristeza.

—Vamos, señor Wilt, no se pare ahora. A veces hablar ayuda mucho.

Wilt le miró frenético. Hablar con el inspector Flint no le estaba ayudando en absoluto.

—Si quiere usted decir implícitamente que mi vida sexual se limitaba a copular con una maldita muñeca hinchable vestida con la ropa de mi esposa...

—Un momento —dijo el inspector, apagando significativamente el cigarrillo—. Bien, hemos dado otro paso adelante. Así que admite usted que eso que está allá abajo, en ese agujero, sea lo que sea, está vestido con ropas de su esposa. ¿Sí o no?

—Sí —convino Wilt, con tristeza.

El inspector Flint se levantó.

—Creo que ya es hora de que vayamos todos y tengamos una pequeña charla con la señora Wilt —dijo—. Quiero saber lo que tiene que decir ella sobre esos extraños hábitos que tiene usted.

—Me temo que va a ser un poco difícil —dijo Wilt.

—¿Difícil?

—Bueno, verás, la cosa es que se ha ido.

—¿Que se ha ido? —preguntó el inspector—. ¿He oído que dice usted que la señora Wilt se ha ido?

—Sí.

—¿Y a dónde se ha ido la señora Wilt?

—Ahí está el problema. No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No, sinceramente, no lo sé —dijo Wilt.

—¿No le dijo a usted a dónde se iba?

—No. Cuando volví a casa ella sencillamente no estaba.

—¿Y no le dejó una nota o algo parecido?

—Sí —dijo Wilt—. En realidad lo hizo, sí.

—Bueno, entonces vamos a su casa a echar un vistazo a esa nota.

— Me temo que no es posible — dijo Wilt—. La tiré.

— ¿Que la tiró? — preguntó el inspector—. ¿La tiró? ¿Cómo?

Wilt miró patéticamente a la estenógrafa de la policía.

— A decir verdad, me limpié el culo con ella.

El inspector Flint le miró diabólicamente.

— ¿Hizo qué?

— Bueno, es que no había papel higiénico en el cuarto de baño, así es que... — se interrumpió.

El inspector estaba encendiendo ya otro cigarrillo. Le temblaban las manos y tenía un brillo remoto en los ojos, de modo que daba la impresión de que acabase de mirar por el borde de un precipicio sobrecogedor.

— Señor Wilt —recomenzó, cuando logró recobrarse—, creo ser un hombre razonablemente tolerante, un hombre paciente y un hombre muy humano. Pero si de veras espera usted que me crea una palabra de esa historia absolutamente ridícula que me cuenta usted, debe de estar loco. Primero me dice que metió esa muñeca en ese agujero. Luego admite que iba vestida con la ropa de su esposa. Y ahora me dice que su mujer se ha ido sin decirle dónde y, por último, para completar la historia, tiene la osadía de decirme que se limpió el culo con la única prueba sólida que podía ratificar su declaración.

— Pero es que es verdad — dijo Wilt.

— ¡Qué coño! — gritó el inspector—. Usted y yo sabemos muy bien dónde está la señora Wilt, y no sirve de nada el que sigamos fingiendo no saberlo. La señora Wilt está al fondo de ese maldito agujero y la metió allí usted.

— ¿Quiere decir con eso que me detiene? — preguntó Wilt, mientras cruzaban la carretera en un grupo compacto, camino del coche celular.

— No — dijo el inspector Flint—. Está sólo ayudando a la policía en las investigaciones. Eso será lo que salga mañana en los medios de comunicación.

— Mi querido Braintree, por supuesto que haremos cuanto podamos — dijo el subdirector—. Wilt siempre ha sido un miembro leal del cuerpo docente de esta institución y no cabe duda alguna de que ha sido todo un lamentable error.

Estoy seguro de que no tiene usted por qué preocuparse. Todo se aclarará muy pronto.

—Espero que tenga usted razón —dijo Braintree—. Pero hay factores que pueden complicar las cosas. Por una parte lo de Eva...

—¿Eva? ¿La señora Wilt? No estará usted sugiriendo ...

—No estoy sugiriendo nada. Lo único que digo es que ... en fin, no está en casa. Abandonó a Henry el viernes pasado.

—La señora Wilt se fue... Bueno, yo apenas la conocía, aunque conocía su reputación, claro. ¿No fue ella la mujer que le rompió la clavícula al señor Lockyer durante una clase de judo hace unos años?

—Fue Eva, sí —dijo Braintree.

—Pues no parece el tipo de mujer que pudiese permitirle a Wilt meterla allá abajo, desde luego...

—No lo es —dijo apresuradamente Braintree—. Si alguien podía resultar asesinado en el hogar de los Wilt, ese alguien era Henry. Yo creo que habría que informar de esto a la policía.

Les interrumpió el director, que entró con un ejemplar del periódico de la tarde.

—Supongo que habrán visto esto —dijo, blandiéndolo melancólicamente—. Es absolutamente sobrecogedor.

Posó el periódico en la mesa e indicó los titulares:

MUJER ASESINADA ENTERRADA EN HORMIGÓN EN ESCUELA DE FORMACIÓN PROFESIONAL. PROFESOR DE LA ESCUELA AYUDA A LA POLICIA.

—Oh, santo Dios —dijo el subdirector—. Oh. Qué desgracia. No podría haber sucedido en un momento peor.

—No debería haber sucedido jamás —masculló el director—. Y eso no es todo. Ya he recibido media docena de llamadas telefónicas de padres que quieren saber si tenemos la costumbre de contratar a asesinos para el cuerpo docente. ¿Quién demonios es ese Wilt?

—Es del Departamento de Humanidades —informó el subdirector—. Lleva diez años aquí.

—Humanidades. Debería haberlo imaginado. O son poetas manqués o son maoístas o son... No sé de dónde demonios los saca Morris. Y ahora, tenemos un asesino. Dios sabe lo que voy a decirles esta noche a los del Comité de Educación. Han convocado una reunión de urgencia para las ocho.

—He de decir que no me parece bien que llamen asesino a Wilt —dijo lealmente Braintree—. No hay nada que indique que haya asesinado a nadie.

El director le miró detenidamente un instante y volvió a los titulares.

—Señor Braintree, cuando alguien está ayudando a la policía en sus investigaciones en un asesinato, quizá no esté demostrando que él sea un asesino, pero no hay duda de que eso es lo que se está sugiriendo.

—Pues desde luego esto no nos va a ayudar a conseguir que se ponga en marcha lo del nuevo título —terció gravemente el subdirector—. Tenemos programada una visita del Comité de Inspección para el viernes.

—Por lo que me dice, la policía tampoco va a ayudar a que se ponga en marcha de una vez el nuevo edificio de administración —dijo el director—. Dicen que tardarán tres días al menos en llegar hasta el fondo de ese agujero y que luego tendrán que taladrar el hormigón para llegar al cadáver. Eso significa que tendrán que poner un pilote nuevo y ya vamos retrasados en el plan de obras y nos han reducido el presupuesto a la mitad... ¿por qué demonios no podía elegir otro sitio para deshacerse de su maldita mujer?

—No creo... —comenzó Braintree.

—No me importa nada lo que crea usted ni lo que deje de creer —dijo el director—. Yo sólo digo lo que cree la policía.

Braintree les dejó debatiéndose aún con el nuevo problema e intentando dar con métodos y medios de contrarrestar la publicidad adversa que el caso había traído ya a la escuela. Bajó al despacho de Humanidades y se encontró al señor Morris en estado de absoluta desesperación. Estaba intentando asignar todas las clases de Wilt al resto de los profesores.

—Pero si él probablemente esté aquí otra vez por la mañana —dijo Braintree.

—Las narices va a estar —dijo el señor Morris—. Cuando se los llevan así, no los sueltan. No olvides lo que digo. La policía puede cometer errores, no digo que no, pero cuando actúan con tanta rapidez es que van sobre seguro. Perdona, pero a mí Wilt siempre me pareció un poco raro.

— ¿Raro? Vengo ahora del despacho del director. ¿Quieres saber lo que piensa del personal de Humanidades?

— No, por Dios — dijo el señor Morris —. No me lo digas.

— En fin, ¿qué es lo que tiene Henry de raro?

— Demasiado dócil y suave para mi gusto. Piensa cómo ha aceptado seguir de profesor auxiliar de segunda todos estos años.

— Pero de eso no tiene la culpa él.

— Pues claro que la tiene. No tenía más que amenazar con dimitir e irse a otro sitio y le habrían dado inmediatamente el ascenso. Es la única forma de conseguirlo aquí. Haciéndoles sentir tu presencia.

— Pues ahora parece haberlo hecho — dijo Braintree —. El director ya le está echando la culpa de desbaratar el programa de edificación y si no conseguimos que el Comité de Inspección apruebe el título conjunto, Henry va a ser el chivo expiatorio. Es una faena. Eva debería haber tenido más sentido y no haberle abandonado así.

El señor Morris adoptó un punto de vista más sombrío.

— Habría mostrado mucho más sentido si se hubiera ido y le hubiera abandonado antes de que al pobre imbécil se le metiera en la cabeza matarla a golpes y tirarla en ese agujero. Y ahora, ¿a quién demonios pongo yo mañana a dar Instaladores de Gas Uno?

10

Wilt estaba sentado con Clem en la cocina del número 34 de la Avenida Parkview, mientras los detectives registraban la casa.

—No encontrarán ustedes nada incriminatorio —le decía al inspector Flint.

—Usted no se preocupe por lo que vayamos a encontrar. Sólo estamos echando un vistazo.

Envío a un detective al piso de arriba a examinar la ropa de la señora Wilt, o lo que quedase de ella.

—Si se hubiera ido, se habría llevado su guardarropa —dijo—. Conozco a las mujeres. Pero si está debajo de veinte toneladas de hormigón, no necesita más que lo puesto, desde luego.

Resultó que el guardarropa de Eva estaba bien surtido. Hasta Wilt tuvo que admitir que no se había llevado gran cosa.

—¿Qué llevaba puesto cuando la vio usted por última vez? —preguntó el inspector.

—Un pijama color limón —dijo Wilt.

—¿Un qué?

—Un pijama color limón —dijo Wilt, engrosando la lista de pruebas acusatorias contra él.

El inspector tomó nota del hecho en su agenda.

—Así que estaba en la cama...

—No —dijo Wilt—. En casa de los Pringsheim.

—¿Los Pringsheim? ¿Y quiénes son los Pringsheim?

—Los americanos que le dije que vivían en Rossiter Grove.

—No me dijo usted nada de ningún americano —dijo el inspector.

— Lo siento. Creí que sí. Es que me estoy haciendo un lío. Eva se fue con ellos.

— ¿Ah, sí? Y supongo que descubriremos que ellos tampoco están en casa...

— Casi seguro — dijo Wilt—. Quiero decir que si ella se fue con ellos es que ellos también han tenido que irse. Y si ella no está con ellos, no sé dónde estará.

— Yo sí — dijo el inspector mirando con desagradable interés la mancha de una sábana que uno de los detectives había encontrado en el cesto de la ropa sucia.

Cuando salieron de la casa, las pruebas acusatorias consistían en la sábana, el cordón de una bata vieja que misteriosamente había ido a parar al desván, una hachuela que Wilt utilizara una vez para abrir una lata de aluminio y una jeringuilla hipodérmica que el veterinario le había proporcionado a Eva para regar con gran precisión los cactus durante su fase de cultivo de plantas de interior. Había también un frasco de pastillas sin etiqueta.

— ¿Cómo demonios voy a saber lo que son? — preguntó Wilt cuando le enseñaron el frasco—. Lo más seguro es que sean aspirinas. De todos modos, está lleno.

— Póngalo con las otras pruebas — dijo el inspector.

Wilt miró la caja.

— Pero, por amor de Dios, ¿qué se cree usted que he hecho con ella? ¿Envenenarla, estrangularla, hacerla pedazos con una hachuela e inyectarle Biofood?

— ¿Qué es Biofood? — preguntó con súbito interés el inspector Flint.

— Una especie de alimento para las plantas — dijo Wilt—. Ese frasco que hay en el alféizar.

El inspector echó también en la caja el frasco de Biofood.

— Sabemos muy bien lo que hizo con ella, señor Wilt — dijo—. Lo que nos interesa ahora es descubrir cómo lo hizo.

Volvieron al coche de la policía y se dirigieron a Rossiter Grove, a casa de los Pringsheim.

— Usted quédese en el coche con el agente, mientras voy a ver si están — dijo el inspector Flint, y se encaminó hacia la puerta principal.

Wilt se quedó allí sentado, observando cómo llamaba al timbre. Llamó otra vez. Martilleó con el picaporte y, por último, dio la vuelta y entró por la cancela, en la que decía «Entrada de vendedores» hasta la puerta de la cocina. Al cabo de un minuto estaba de vuelta trajinando con la radio del coche.

—Dio usted exactamente en el clavo, Wilt —masculló—. Se han ido. La casa es un caos. Parece que haya habido una orgía. Llévenselo.

Los dos detectives sacaron a Wilt como si fuera un fardo; ya nada de “señor” Wilt, sólo Wilt, y consciente del hecho, mientras el inspector llamaba a la comisaría de Fenland y hablaba con lúgubre urgencia de órdenes judiciales y de enviar algo que parecía la Brigada D. Entretanto, Wilt estaba de pie en el camino de entrada del número doce de Rossiter Grove, preguntándose qué diablos le estaba sucediendo. En torno suyo se iba desintegrando el orden y el estado de cosas de que había llegado a depender.

—Iremos por la puerta de atrás —dijo el inspector—. Esto no me da buena espina.

Bajaron por el sendero hasta la puerta de la cocina y rodearon después hasta el jardín posterior. Wilt vio entonces a qué se refería el inspector con lo de caos. El jardín no tenía buen aspecto, desde luego. Había platos de papel esparcidos por el césped o que, arrastrados por el viento, habían cruzado el jardín enganchándose en las madreselvas o en los rosales trepadores, mientras que todo el suelo estaba lleno de vasos de papel, aplastados unos, llenos otros del ponche de los Pringsheim y otros de lluvia. Pero lo que daba al lugar su aire de suciedad macabra eran las hamburguesas. Todo el césped estaba salpicado de hamburguesas manchadas de ensalada de col; Wilt se acordó de Clem.

—El perro vuelve a lamer su vómito —dijo el inspector Flint leyéndole, evidentemente, el pensamiento.

Cruzaron la terraza hasta las ventanas del salón y miraron al interior. Si el aspecto del jardín era desastroso, el del interior era siniestro.

—Rompa un cristal de la ventana de la cocina para poder entrar —dijo el inspector al más alto de los dos detectives.

Al poco rato la ventana del salón se abrió y entraron.

—No hay necesidad de forzar la entrada —dijo el detective—. La puerta de atrás no estaba cerrada con llave y esta ventana no estaba cerrada tampoco. Debieron de irse con muchísima prisa, por lo que parece.

El inspector examinó la estancia y arrugó la nariz. Aún persistía potente en la casa el olor a hierba rancia, ponche agrio y humo de velas.

—Si es que se fueron —comentó lúgubrementes el inspector y lanzó una mirada a Wilt.

—Deben de haberse ido —dijo Wilt que se sentía obligado a hacer algún comentario sobre el entorno—; nadie podría vivir en esta pocilga todo un fin de semana sin...

—¿Vivir? Ha dicho usted “vivir”, ¿verdad? —dijo Flint pisando un trozo de hamburguesa quemada.

—Lo que yo quiero decir...

—No me importa lo que quiera usted decir, Wilt. Veamos lo que pasó aquí.

Entraron en la cocina, donde reinaba el mismo caos, pasaron luego a otra habitación. Todo estaba igual. Colillas apagadas en tazas de café o aplastadas en la alfombra. Trozos de discos detrás del sofá indicaban el fin de la Quinta Sinfonía de Beethoven. Había cojines aplastados contra la pared. Velas consumidas colgaban de botellas flácida y poscoitalmente. Para añadir un toque final a la suciedad alguien había dibujado en la pared un retrato de la princesa Ana con un rotulador rojo. La princesa estaba rodeada de policías con casco y debajo podía leerse: LOS POLIS RODEAN A LA ANA DE LA FAMILIA REAL; PERO, ¿DÓNDE ESTA EL ANO DE LA FAMILIA? LA POLLA HA MUERTO, VIVA EL COÑO. Sentimientos sin duda perfectamente aceptables en los círculos del movimiento de liberación de las mujeres, pero que difícilmente podían situar a gran altura a los Pringsheim en la consideración del inspector Flint.

—Vaya amistades que tiene usted, Wilt —dijo.

—No son amigos míos —dijo Wilt, disgustado—. Esos tipos ni siquiera saben escribir.

Subieron a la planta superior y echaron un vistazo al dormitorio grande. La cama estaba deshecha, había ropas tiradas por el suelo, ropa interior sobre todo, o colgando de cajones abiertos; y sobre el tocador había un frasco de Joy volcado abierto. El dormitorio apestaba a perfume.

—Dios santo —dijo el inspector, mirando belicosamente un suspensorio—. Aquí sólo falta sangre.

La encontraron en el cuarto de baño. El corte que se había hecho en la mano el doctor Scheimacher había salpicado de sangre la bañera y había dejado

manchas oscuras en las baldosas. La puerta rota del cuarto de baño colgaba del gozne inferior y había manchas de sangre en la pintura.

— Lo sabía — dijo el inspector, estudiando su mensaje y el que estaba escrito con lápiz de labios en el espejo del lavabo.

Wilt lo leyó también. Parecía excesivamente personal.

SI WILT QUEDO HECHO UNA BRAGA Y EVA QUISO MAS TOMATE
¿QUIEN FUE EL CERDO MACHISTA?

— Encantador — dijo el inspector Flint, y se volvió hacia Wilt, que tenía la cara del color de las baldosas—. Supongo que no sabe usted nada de esto. ¿No es su letra?

— Claro que no — dijo Wilt.

— ¿Y esto tampoco es suyo? — dijo el inspector, señalando las manchas de sangre del baño; Wilt negó con un gesto—. Y supongo que tampoco eso tiene nada que ver con usted...

Señaló un diafragma clavado a la pared sobre el inodoro. Wilt contempló el aparato con absoluta repugnancia.

— No sé qué decir — murmuró—. Es todo tan horroroso...

— Ya puede decirlo, ya — asintió el inspector, y pasó a cuestiones más prácticas—. En fin, ella no murió aquí.

— ¿Cómo lo puede saber? — preguntó el más joven de los dos detectives.

— No hay sangre suficiente. — El inspector miró dubitativo a su alrededor—. Claro que, por otra parte, un golpe bastante fuerte...

Siguieron el rastro de las manchas de sangre pasillo adelante, hasta la habitación en la que Wilt había sido enchufado a la muñeca.

— No toque nada, por favor — dijo el inspector, abriendo la puerta con la manga—; los muchachos de huellas dactilares tendrán un día de campo aquí.

Se asomó al interior y vio los juguetes.

— Supongo que liquidó usted también a los niños — dijo lúgubrementemente.

— ¿Niños? — dijo Wilt—. No sabía que tuvieran niños.

— En fin, si no lo sabía —dijo el inspector, que era padre de familia—, los pobres mariconcetes ya pueden agradecerlo. No mucho, dado el cariz de todo, pero sí algo.

Wilt se asomó por la puerta y vio el osito de felpa y el caballo de balancín.

— Son de Gaskell —dijo—. Le gusta jugar con esos chismes.

— Creía que había dicho usted que no sabía que tenían niños...

— No los tienen. Gaskell es el doctor Pringsheim. Es bioquímico; y, según su mujer, un caso de desarrollo detenido.

El inspector le contempló pensativo. Lo de detenido se había convertido en algo que exigía consideración cuidadosa.

— Supongo que no está usted dispuesto a hacer una declaración completa... — preguntó, sin gran esperanza.

— No, no lo estoy —dijo Wilt.

— No, si ya me parecía a mí que no lo estaba —dijo el inspector—. Está bien, llévenle a la comisaría. Yo iré más tarde.

Los detectives agarraron a Wilt por los brazos. Aquello fue la última gota.

— ¡Déjenme en paz! —gritó—. No tienen derecho a hacerme esto. No tienen...

— Wilt —gritó el inspector Flint—. Voy a darle una última oportunidad. Si no se va calladito, le acusaré ahora mismo, aquí mismo, del asesinato de su esposa.

Wilt se fue calladito. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

— ¿La hélice? —dijo Sally—. Pero dijiste que era la biela de conexión.

— Pues estaba equivocado —admitió Gaskell—. No engrana. Está roto.

— Rota, G, rota. Está rota.

— De acuerdo. No engrana, así que no puede ser la biela de conexión. Es posible que sea algo que se ha enganchado en el eje de propulsión y lo ha trabado.

— ¿Como qué?

— Hierbas, por ejemplo. Raíces.

— ¿Por qué no bajas y echas un vistazo?

— ¿Con estas gafas? — protestó Gaskell — . No vería nada.

— Tú ya sabes que yo no sé nadar — dijo Sally — . Además, con esta pierna.

— Yo sé nadar — intervino Eva.

— Te ataremos una cuerda al cuerpo. Así no te ahogarás — dijo Gaskell — . No tienes más que meterte por debajo y palpar, a ver si hay algo.

— Sabemos muy bien lo que hay abajo metido — dijo Sally — . Barro.

— Tienes que mirar por el eje de propulsión — dijo Gaskell — . Y si hay algo que lo trabe, sacarlo.

Eva entró en el camarote; se puso el bikini.

— De verdad, Gaskell, a veces me parece que lo haces aposta. Primero es la biela de conexión y ahora la hélice.

— Bueno, tenemos que intentarlo todo. No podemos quedarnos aquí paralizados — dijo Gaskell — . Yo tengo que estar mañana en el laboratorio.

— Eso tendrías que haberlo pensado antes — dijo Sally — . Lo unico que necesitamos ahora es un maldito Albatros.

— Pues si te he de ser sincero, creo que tenemos uno — dijo Gaskell, al ver a Eva que salía del camarote y se ponía un gorro de baño.

— Bueno, ¿dónde está la cuerda? — preguntó Eva.

Gaskell buscó en un cajón y encontró una cuerda. Se la ató a Eva a la cintura y Eva bajó por la borda y se metió en el agua.

— Uy, qué fría está — dijo, entre risas.

— Es por la Corriente del Golfo — dijo Gaskell — . No llega hasta aquí.

Eva nadó unas brazadas e hizo pie.

— Cubre muy poco y hay mucho lodo.

Rodeó la embarcación tirando de la cuerda; tanteó por debajo de la popa.

— No consigo localizar nada — dijo.

— Debe de ser más abajo — dijo Gaskell, mirando hacia ella.

Eva metió la cabeza debajo del agua y localizó el timón.

— Eso es el timón — dijo Gaskell.

— Claro — dijo Eva—. Eso ya lo sé, tonto, no soy tan boba.

Desapareció bajo el barco. Esta vez encontró la hélice, pero no tenía nada enganchado.

— Es sólo el lodo. Nada más — dijo, cuando afloró de nuevo a la superficie—. Toda la embarcación está montada en el lodo.

— Bueno, tenía que ser eso, claro — dijo Gaskell mientras Eva volvió a situarse en la borda, por donde había bajado—. Estamos encallados en un banco de lodo.

Eva buceó de nuevo, pero el eje de propulsión también estaba limpio y despejado.

— Ya te lo dije — se quejó Sally, cuando izaron a bordo a Eva—. La obligaste a hacerlo sólo para poder verla con el bikini de plástico y llena de lodo. Vamos, ven, nena Botticelli, deja que Sally te limpie.

— Oh, Dios santo — dijo Gaskell—. Pene surgiendo de las olas.

Volvió al motor y lo miró, indeciso. Quizás estuviera bloqueado el conducto del combustible. No parecía muy probable, pero tendría que comprobarlo, algo tenía que hacer. No podían quedarse allí encallados eternamente.

Sally limpiaba a Eva con una esponja en la cubierta de proa.

— Ahora, la mitad inferior, cariño — decía soltando la cinta.

— Oh, Sally. No, Sally.

— Labios sabios.

— Oh, Sally, eres terrible.

Gaskell se debatía con la llave de tuercas. Todo aquel asunto de la terapia táctil le estaba afectando. Y el plástico también.

En el salón de sesiones, el director estaba haciendo todo lo posible por calmar a los miembros del Comité de Educación que exigían una investigación minuciosa de la política de contratación del Departamento de Humanidades.

— Permítanme que les explique — decía pacientemente, mirando a su alrededor a los miembros del Comité, que representaba un buen equilibrio de intereses

mercantiles y compromiso social—. La ley de educación de 1944 estableció que debía darse permiso a todos los aprendices en sus lugares de trabajo para que asistieran a clases de formación profesional en escuelas de artes y oficios...

—Todo eso ya lo sabemos —dijo un contratista de obras—. Y sabemos que es una absurda pérdida de tiempo y de dinero público. Este país iría bastante mejor si les dejaran seguir haciendo su trabajo.

—Los cursos a los que asisten —continuó el director antes de que pudiera intervenir alguien con conciencia social— están orientados a sus oficios, con la excepción de una hora obligatoria de Humanidades. Pero lo difícil de las artes liberales es que nadie sabe lo que significa eso.

—Significa artes liberales —dijo la señora Chatterway, que se enorgullecía de ser defensora de la educación progresista, papel en el cual había hecho una aportación sustanciosa al índice de incultura en varias escuelas primarias, muy buenas antes de su intervención—. Significa proporcionar a adolescentes que no tienen medios sociales una base firme de actitudes liberales y de ampliar culturalmente los elementos...

—Significa enseñarles a leer y a escribir —dijo un director de empresa—. No interesan los obreros que no saben leer las instrucciones.

—Significa lo que cada cual decida que significa —se apresuró a declarar el director—. Ahora bien, si uno se enfrenta al problema de tener que encontrar profesores que estén dispuestos a pasarse la vida en aulas llenas de instaladores de gas o yeseros o impresores, que no entienden la razón por la que están allí, y tenerles ocupados con unas cuestiones que, estrictamente hablando, constituyen una materia inexistente, no puede uno permitirse seleccionar y elegir el personal que ha de emplear. He ahí la esencia del problema.

El Comité le miraba dubitativamente.

—¿He de entender que está usted sugiriendo que los profesores de Humanidades no son individuos entregados a su misión y auténticamente creativos, imbuidos con una firme conciencia de su vocación? —preguntó belicosamente la señora Chatterway.

—No —dijo el director—, no estoy diciendo eso, ni mucho menos. Sólo intento explicar que los profesores de Humanidades no son como los demás hombres. O empiezan ya siendo raros, o acaban siéndolo. Es algo que se debe a la naturaleza de su trabajo.

—Pero todos tienen una formación superior —dijo la señora Chatterway—. Todos están titulados.

—Pues claro. Como dice usted, todos tienen título. Todos son profesores cualificados, pero las tensiones a que se ven sometidos dejan su huella. Permítanme expresarlo de este modo. Si cogiesen ustedes a un cirujano de trasplantes cardíacos y le pidieran que se pasara la vida trabajando en la tarea de amputar rabos a perros, difícilmente podrían esperar que saliera ileso e incólume después de diez años de semejante trabajo. La analogía es exacta, créanme, exacta.

—Bueno, yo lo único que puedo decir —protestó el contratista de obras—, es que no todos los profesores de artes liberales acaban asesinando a su esposa y echándola al agujero de un pilote.

—Y yo lo único que puedo decir —dijo el director— es que me sorprende muchísimo que no lo hagan más a menudo.

La reunión se disolvió, indecisa.

Cuando el amanecer irrumpía glaucamente en East Anglia, Wilt estaba sentado en la sala de interrogatorios de la comisaría central de policía, aislado del mundo natural, en un medio totalmente artificial, que incluía una mesa, cuatro sillas, un sargento de detectives y, en el techo, un fluorescente que emitía un leve ronroneo. No había ventanas, sólo paredes verde claro y una puerta por la que entraba y salía gente de cuando en cuando y por la que salió Wilt dos veces, para aliviarse, en compañía de un policía. El inspector Flint se había ido a la cama a medianoche, relevado por el sargento de detectives Yates, quien había empezado de nuevo por el principio.

—¿Qué principio? —preguntó Wilt.

—Por el principio mismo.

—Dios hizo el cielo y la tierra y todos...

—No se haga el gracioso —dijo el sargento Yates, mirándole fijamente—. En este cuarto hay aislamiento acústico —dijo, al fin.

—Ya me he dado cuenta —dijo Wilt.

—Un hombre puede reventar a gritos aquí dentro y en el mundo exterior nadie se enteraría, nadie lo sabría.

—¡Ay, se sabe tan poco! —dijo Wilt—. La sabiduría y el conocimiento son cosas distintas. Alguien fuera podría no enterarse de que...

—Cállese —dijo el sargento Yates.

Wilt suspiró.

—Si me dejaran dormir un poco...

—Ya dormirá usted cuando nos cuente por qué mató a su esposa, dónde la mató y cómo la mató.

—Supongo que no servirá de nada el que le diga que no la maté.

El sargento Yates movió la cabeza.

—No —dijo—. Sabemos que lo hizo. Y usted sabe que lo hizo. Nosotros sabemos dónde está. Vamos a sacarla de allí. Sabemos que usted la metió allí. Eso por lo menos ya lo ha admitido.

—Sigo diciéndoles que lo que metí allí fue una muñeca hinchable.

— ¿Era hinchable la señora Wilt?

— Era porras — dijo Wilt.

— Bien, entonces olvidemos todo ese cuento de la muñeca hinchable.

— ¡Sí, ojalá pudiera! — dijo Wilt—. No sabe lo que voy a alegrarme cuando consigan sacarla de una vez. Habrá estallado, claro, con todo ese hormigón encima; pero podrá aún verse claramente que es una muñeca de plástico hinchable.

El sargento Yates se inclinó sobre la mesa.

— Permítame decirle algo: no crea que cuando saquemos de allí a la señora Wilt, será inidentificable. — Se detuvo y miró fijamente a Wilt—. A menos que la desfigurara usted.

— ¿Desfigurarla? — dijo Wilt, con una risa hueca—. La última vez que la vi no necesitaba que la desfigurase nadie. Tenía una pinta horrible, sí señor. Aquel pijama amarillo limón y la cara toda cubierta de...

Vaciló. Había una expresión curiosa en el rostro del sargento.

— ¿Sangre? — sugirió—. ¿Iba a decir usted “sangre”?

— No — dijo Wilt—. Claro que no. Iba a decir polvos. Polvos blancos y lápiz de labios escarlata. Yo mismo le dije que tenía una pinta horrorosa.

— Pues vaya relaciones que debían de tener ustedes — comentó el sargento—. Yo no tengo por costumbre decirle a mi esposa que está horrorosa, desde luego.

— Bueno, es que quizá su esposa no tenga una pinta horrorosa — dijo Wilt, intentando conciliar a su interlocutor.

— Lo que tenga o no tenga es cuestión mía. Mi esposa queda completamente al margen de esta discusión.

— Qué suerte tiene — dijo Wilt—. Ojalá pudiera decir yo otro tanto de la mía.

A las dos de la madrugada, habían dejado el tema de la apariencia de la señora Wilt y habían pasado a hablar de dientes y de identificar los cadáveres por la dentadura.

— Mire — dijo cansinamente Wilt—, supongo que a usted le fascinan los dientes, pero a estas horas de la madrugada, yo puedo prescindir perfectamente de ellos, ¿comprende?

— ¿Lleva usted piezas postizas, o algo?

— No. No, nada de eso — protestó Wilt, rechazando el plural.

— ¿Y la señora Wilt?

— No — dijo Wilt —, ella siempre fue muy...

— Gracias — dijo el sargento Yates —. Ya sabía yo que al final saldría.

— ¿Saldría qué? — preguntó Wilt, que seguía aún pensando en dientes.

— Ese “fue”. El uso de la forma verbal en pasado... Se le ha escapado. Bien, así que admite usted que está muerta. Sigamos a partir de ahí.

— Yo no he dicho nada de eso. Usted dijo “¿Usaba ella dientes postizos?” y yo dije que no los usaba...

— Usted dijo “ella siempre fue”. Es ese “fue” lo que me interesa. Sería muy distinto que usted hubiera dicho “es”.

— Podría haber parecido distinto — dijo Wilt, reagrupando sus defensas —, pero no hubiera cambiado en absoluto la realidad de los hechos.

— ¿Que son...?

— Que mi esposa probablemente aún está por ahí en algún lugar, vivita y coleando...

— No intente usted escurrirse, Wilt — dijo el sargento —. ¿Qué me dice de ese “probablemente” y de ese “coleando”? Sólo espero, por su bien, que no descubramos que vivía aún cuando le vertieron encima el hormigón. El tribunal no se tomaría muy a bien una cosa así.

— Dudo que alguien lo hiciese — dijo Wilt —. Pero piense usted que cuando dije “probablemente” lo que quería decir era que si le hubieran tenido a usted detenido un día entero y la mitad de una noche y hubieran estado interrogándole a la carrera, también empezaría a preguntarse qué le habría podido pasar a su esposa. Tal vez cruzara su pensamiento la idea de que, pese a todas las pruebas en contra, no estuviera viva. Debería intentar usted ponerse de este lado de la mesa, antes de empezar a criticarme por utilizar términos como “probablemente”. Uno no puede imaginar nada más improbable que el que le acusen de asesinar a su esposa cuando sabe perfectamente que no lo ha hecho.

—Escúcheme, Wilt —dijo el sargento—. No le critico por su forma de hablar. Créame que no. Sólo intento, con la mayor paciencia que me es posible, establecer los hechos con claridad.

—Pues los hechos son estos —dijo Wilt—: Como un imbécil de remate, cometí el error de arrojar una muñeca hinchable al agujero de un pilote, y alguien vertió hormigón en ese agujero, y mi esposa se marchó de casa y...

—Le diré una cosa —le dijo el sargento Yates al inspector Flint cuando éste se reincorporó al servicio a las siete de la mañana—: Es un hueso duro de roer. Si no me hubiera dicho usted que no tenía antecedentes, habría jurado que era un veterano y de los buenos. ¿Está usted seguro de que no hay referencias suyas en los Archivos Centrales?

El inspector Flint negó con un gesto.

—¿Aún no ha empezado a dar voces pidiendo un abogado?

—Ni un gemido. Le aseguro que o está loco de remate o ha pasado antes por eso.

Sí, había pasado. Día tras día, año tras año. Con Instaladores de Gas Uno e Impresores Tres, con Mecánica de Motor y Carne Dos. Se había sentado en aquellas clases contestando a preguntas intrascendentes, discutiendo por qué el enfoque racial que tenía Piggy de la vida era preferible a la brutalidad de Jack, por qué el optimismo de Pangloss era tan insatisfactorio, por qué Orwell no había querido abatir a aquel elefante condenado ni colgar a aquel hombre, y rechazando siempre habilidosamente tentativas verbales de desconcertarle y reducirle al mismo estado en que estaba el pobre Pinkerton cuando se gaseó. Comparado con Albañiles Cuatro, lo del sargento Yates y el inspector Flint era un juego de niños. Si le dejaran dormir un poco, seguiría dando rodeos y más rodeos al mismo tema tan tranquilo, eternamente.

—Una vez, creí haberle cogido —explicaba el sargento a Flint en su charla en el pasillo—. Le había cogido por los dientes.

—¿Le había cogido por los dientes? —preguntó el inspector.

—Sí, acababa de explicarle que podemos identificar siempre los cadáveres por la dentadura y estuvo a punto de admitir que estaba muerta. Y luego, volvió a escabullirse.

—¿Los dientes, eh? Muy interesante. Tendré que proseguir el interrogatorio por ahí. Tal vez sea su punto débil.

—Pues que tenga suerte —dijo el sargento—. Yo me voy a la cama.

—¿Dientes? —dijo Wilt—. No iremos a empezar otra vez con eso, ¿verdad? Creí que ese tema ya estaba agotado. El último tipo que estuvo conmigo quería saber si Eva los tenía en pasado. Le dije que sí y...

—Wilt —cortó el inspector Flint—, a mí no me interesa si la señora Wilt tenía o no tenía dientes. Supongo que debía de tenerlos. Lo que quiero saber es si los tiene aún. En presente.

—Pues imagino que debe de tenerlos —dijo Wilt con paciencia—. Pero será mejor que se lo pregunte a ella cuando la encuentre, claro.

—¿Y estará en condiciones de decírnoslo cuando la encontremos?

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa? Yo lo único que puedo decir es que si, por alguna razón, absolutamente inexplicable, ha perdido toda la dentadura, costará un riñón. Será algo espantoso. Ella tiene la manía de limpiar las cosas y de meter trozos de hilo dental por el retrete. No imagina la cantidad de veces que pensé que tenía lombrices, por ese motivo.

El inspector Flint suspiró. Por mucho éxito que el sargento Yates hubiera tenido con los dientes, él no era capaz de sacarle lo más mínimo, desde luego. Pasó a otras cuestiones.

—Veamos otra vez qué fue lo que pasó en la fiesta de los Pringsheim —dijo.

—No, por favor —dijo Wilt, que había conseguido eludir hasta entonces toda mención de sus contratiempos con la muñeca en el cuarto de baño—. Ya se lo he dicho cinco veces; esto no hay quien lo aguante. Además, fue una fiesta asquerosa. Un montón de intelectuales a la moda, presumiendo de sus mezquinos egos.

—¿Se considera usted un individuo introvertido, Wilt? ¿Se considera una persona solitaria?

Wilt consideró seriamente la cuestión. Era más interesante que lo de los dientes, desde luego.

—Hombre, yo no iría tan lejos —dijo al fin—. Soy bastante tranquilo y callado, pero también soy sociable. Tendría que lidiar usted con las clases que doy yo.

—Pero a usted no le gustan las fiestas, ¿verdad?

—No, no me gustan las fiestas como la de los Pringsheim, desde luego que no.

— ¿Le escandaliza a usted su conducta sexual? ¿Le repugna acaso?

— ¿Su conducta sexual? No sé por qué elige usted eso en concreto. Me repugna todo lo referente a ellos. Toda esa basura de movimiento de liberación de la mujer, que para alguien como la señora Pringsheim significa sólo el que ella pueda andar por ahí comportándose como una zorra en celo mientras su marido se pasa el día trabajando como un esclavo con el tubo de ensayo y llega a casa y tiene que hacerse la cena, lavar los platos y, en fin, suerte tendrá si le quedan fuerzas para meneársela antes de dormirse. Ahora, claro está, si hablamos del verdadero movimiento de liberación de la mujer, eso es otro asunto. Yo no tengo nada contra...

— Dejemos las cosas ahí —dijo el inspector—. Ha dicho usted dos cosas que me interesan. Una, lo de las esposas que se comportan como zorras en celo. Otra, ese asunto de que usted se la menea.

— ¿Yo? —dijo indignado Wilt—. Yo no hablaba de mí.

— ¿De veras?

— No, en serio.

— Así que usted no se masturba...

— Mire usted, inspector, está metiéndose en sectores de mi vida privada que no le conciernen. Si quiere saber cosas sobre la masturbación, lea el informe Kinsey, no me pregunte a mí.

El inspector Flint se contuvo a duras penas. Probó otra vía.

— Así que cuando la señora Pringsheim se tumbó en la cama y le pidió que tuviera un intercambio sexual con ella...

— Lo que me dijo fue joder —corrigió Wilt.

— ¿Y usted dijo que no?

— Eso mismo —dijo Wilt.

— ¿Y no es un poco extraño eso?

— ¿El qué, el que ella se tumbara allí o el que yo le dijera que no?

— El que usted dijera que no.

Wilt le miró incrédulo.

—¿Extraño? —dijo—. ¿Extraño? Vamos a ver, una mujer entra aquí y se tumba en esta mesa, se levanta las faldas y le dice «Anda, jódeme, querido». ¿Daría usted un salto encima de ella gritando «¡Viva, allá voy!»? ¿Es eso lo que entiende usted por normal?

—Santo cielo, Wilt —farfulló el inspector—, está usted en la cuerda floja... No abuse de mi paciencia...

—¡Es que dice usted cada cosa! —dijo Wilt—. En fin, lo que es evidente es que su idea de lo que es una conducta extraña y de lo que no lo es a mí me resulta absurda.

El inspector Flint se levantó y salió de la sala de interrogatorios.

—¡Voy a matarle, mataré a ese cabrón, por Dios santo que lo haré! —gritó el inspector Flint al sargento de guardia.

Tras él, en la sala de interrogatorios, Wilt apoyó la cabeza en la mesa y se quedó dormido.

En la escuela, la ausencia de Wilt se estaba haciendo sentir en más de un sentido. El señor Morris había tenido que dar Instaladores de Gas Uno a las nueve de la mañana; había salido al cabo de una hora con la sensación de comprender mucho mejor la súbita incursión de Wilt en el homicidio. El subdirector combatía con las oleadas de reporteros de sucesos, ávidos de más detalles sobre el hombre que estaba ayudando a la policía en sus investigaciones de un crimen particularmente macabro y periodísticamente sensacional. Y el director había empezado a lamentar sus críticas al Departamento de Humanidades ante el Comité de Educación. La señora Chatterway había telefoneado para comunicar que consideraba sus comentarios de un gusto pésimo e insinuó incluso la posibilidad de solicitar una investigación sobre la política que se seguía en el Departamento de Humanidades. Pero lo que más le preocupaba era la inminente reunión del Comité de Títulos.

—La visita de los representantes del Consejo Nacional de Títulos Académicos será el viernes —decía el doctor Mayfield, jefe del Departamento de Sociología al comité de cursos—. Es muy poco probable que aprueben nuestras propuestas de título conjunto en las circunstancias actuales.

—Si fueran juiciosos, no la aprobarían en ninguna circunstancia —intervino el doctor Board—. Estudios urbanos y poesía medieval; vaya título. Ya sé que el

eclecticismo académico es la moda de los últimos tiempos, pero Helen Waddell y Lewis Muniford no son ni por lo más remoto compañeros de lecho conyugal. Además, un título así carece de contenido académico.

El doctor Mayfield se encrespó. Lo del contenido académico era su punto fuerte.

—No entiendo cómo puede usted decir eso —dijo—. El curso se ha estructurado para cubrir las necesidades de los estudiantes en lo que respecta al enfoque temático.

—Esas pobres criaturas ignorantes que logremos apartar de las universidades para seguir ese curso no conocerían un enfoque temático aunque lo vieran —dijo el doctor Board—. Y puestos a decir la verdad, yo tampoco.

—Todos tenemos nuestras limitaciones —observó suavemente el doctor Mayfield.

—Eso es, eso es —dijo el doctor Board—, y, dadas las circunstancias, deberíamos reconocerlas, en vez de inventar insensatos títulos conjuntos para estudiantes que, según indican sus notas, ya son bastante insensatos sin apoyos adicionales. Bien sabe Dios que soy decidido partidario de la igualdad de oportunidades en la enseñanza, pero...

—El asunto es —terció el doctor Cox, jefe del Departamento de Ciencias— que el objetivo de la visita no es ese curso de títulos conjuntos en cuanto tal. Según tengo entendido, el título en principio ha sido aprobado. Vienen a ver los servicios que proporciona la escuela, y es muy poco probable que les impresione favorablemente la presencia de tantos detectives de la Brigada de Homicidios. Ese furgón azul resulta más bien siniestro.

—De todos modos, con la difunta señora Wilt estructurada ahí en los cimientos... —comentó el doctor Board.

—Estoy haciendo todo lo posible por conseguir que la policía la retire de...

—¿Del programa de estudios? —preguntó el doctor Board.

—Del recinto —dijo el doctor Mayfield—. Por desgracia, parece ser que han encontrado un obstáculo.

—¿Un obstáculo?

—Han encontrado un lecho de piedra a los cuatro metros.

El doctor Board sonrió.

—Uno se pregunta por qué había tanta necesidad de pilotes de diez metros de profundidad si a los cuatro hay un lecho de piedra —murmuró.

—Yo sólo puedo decirle lo que dice la policía —dijo el doctor Mayfield—. Sin embargo, han prometido hacer todo lo posible para no estar ya aquí el viernes. En fin, ahora me gustaría repasar de nuevo con ustedes todos los preparativos. La visita empezará a las once, con una inspección de la biblioteca. Luego, nos dividiremos en grupos para hablar de las bibliotecas de cada sección y de los complementos didácticos con referencia especial a nuestra capacidad de seguir a los estudiantes uno por uno.

—Yo no había supuesto que fuese una cuestión que necesitara subrayarse —dijo el señor Board—. Con los pocos alumnos que conseguiremos, es casi seguro que tengamos la mejor proporción profesor-estudiantes de todo el país.

—Si adoptamos ese enfoque, el comité tendrá la impresión de que no nos tomamos el título con suficiente interés. Tenemos que mostrar un frente unido —dijo el doctor Mayfield—. A estas alturas no podemos permitirnos que haya divisiones entre nosotros. Este título podría significar para la escuela el nivel politécnico...

Había divisiones también entre los hombres que hacían la perforación en la obra. El capataz seguía en casa con sedantes, víctima de agotamiento nervioso provocado por su participación en la cimentación de una mujer asesinada; Barney supervisaba las operaciones.

—Tenía aquella mano puesta así, mire... —le decía al sargento que estaba de servicio.

—¿Hacia qué lado?

—Hacia la derecha —dijo Barney.

—Entonces perforaremos por la izquierda. De ese modo si sobresale la mano por ese lado no se la cortaremos.

Hicieron, pues, la perforación por la izquierda y cortaron las líneas del tendido eléctrico dejando la cantina sin corriente.

—Olvídense de esa mano maldita —dijo el sargento—; bajaremos por la derecha, y ojalá tengamos suerte. Basta con que no cortemos por la mitad a esa maldita zorra.

Perforaron por la derecha y encontraron un lecho de piedra a los cuatro metros.

—Esto nos retrasará muchísimo —dijo Barney—. Quién iba a pensar que hubiera piedra ahí abajo.

—Y quién iba a pensar que un loco incorporase a su señora a los cimientos de la escuela de formación complementaria en que trabajaba —dijo el sargento.

—Qué horror, sí —dijo Barney.

Entretanto, el personal docente estaba como siempre, dividido en facciones. Peter Braintree dirigía a los que creían que Wilt era inocente, a quienes se unió la Nueva Izquierda, en base a que todo el que tuviese conflictos con la policía tenía que tener razón. Major Millfield reaccionó correspondientemente, acaudillando a la Derecha contra Wilt, suponiendo automáticamente que todo aquel al que apoyara la Izquierda no podía tener la razón de su parte y que, de cualquier modo, la policía sabía muy bien lo que se hacía. Se planteó el problema en la reunión del sindicato, convocada para discutir la propuesta de subida anual de salarios. Major Millfield propuso una moción de apoyo del sindicato a la campaña para la reinstauración de la pena de muerte. Bill Trent contraatacó, proponiendo una moción de solidaridad con el hermano Wilt. Peter Braintree propuso la creación de un fondo para ayudar a Wilt a pagar los gastos de su defensa. El doctor Lomax, jefe del Departamento de Comercio, rechazó la propuesta e indicó que Wilt, al descuartizar a su esposa, había desacreditado y deshonorado a la profesión. Braintree dijo que Wilt no había descuartizado a nadie y que ni siquiera la policía había insinuado que lo hubiese hecho, y que existía algo llamado ley contra la calumnia. El doctor Lomax retiró su comentario. Major Millfield insistió en que había buenas razones para pensar que Wilt había asesinado a su esposa y que, de cualquier modo, en Rusia no existía el habeas corpus. Bill Trent dijo entonces que tampoco existía la pena de muerte. Major Millfield dijo “tonterías”. Al final, tras una prolongada discusión, se aprobó la moción presentada por Millfield por un voto global del Departamento de Abastecimiento, saliendo derrotada la propuesta de Braintree y la moción de la Nueva Izquierda, pasando luego la asamblea a debatir un aumento salarial del cuarenta y cinco por ciento para poner a los profesores de las escuelas de formación profesional a la misma altura que otras profesiones de categoría similar. Después, Peter Braintree bajó hasta la comisaría de policía a ver si Henry quería algo.

—¿Puedo verle? —preguntó al sargento de guardia.

—Me temo que no, señor —dijo el sargento—, el señor Wilt sigue ayudándonos en nuestras investigaciones.

— ¿Pero no puedo hacer nada por él? ¿No necesita nada?

— El señor Wilt está bien atendido — dijo el sargento, pensando para sí que Wilt necesitaba que le examinaran la cabeza.

— ¿Pero no va a tener un abogado?

— Cuando el señor Wilt pida un abogado, se le permitirá ver uno — dijo el sargento—. Y le aseguro que hasta el momento no lo ha pedido.

Y no lo había pedido, no. Le habían permitido dormir tres horas, tras lo cual, a las doce, salió de su celda e ingirió un desayuno muy sustancioso en la cantina de la policía. Luego volvió a la sala de interrogatorios, demacrado y sin afeitarse, y con mayor sensación de irrealidad.

— Vamos a ver, Henry — comentó el inspector Flint afeitando un poquito más el tono oficial, con la esperanza de que Wilt reaccionara —, lo de la sangre.

— ¿Qué sangre? — dijo Wilt echando un vistazo a aquella estancia aséptica.

— La sangre de las paredes del cuarto de baño de la casa de los Pringsheim. La sangre que había en el descansillo. ¿Tiene idea de cómo llegó allí? ¿Tiene alguna idea?

— Ninguna — dijo Wilt—. Lo único que se me ocurre es que alguien debió de sangrar.

— Eso es — confirmó el inspector—. ¿Quién?

— A mí que me registren — dijo Wilt.

— Eso hemos hecho, sí, ¿y sabe lo que hemos encontrado?

Wilt negó con un gesto.

— ¿Ni idea?

— Ni idea — dijo Wilt.

— Manchas de sangre en unos pantalones grises que había en su armario — dijo el inspector—. Manchas de sangre, Henry, manchas de sangre.

— No me sorprende — exclamó Wilt—. Quiero decir que si mira usted con minuciosidad suficiente encontraría manchas de sangre en el guardarropa de

cualquiera. El problema es que yo no llevaba pantalones grises la noche de la fiesta. Llevaba vaqueros.

— ¿Llevaba usted vaqueros? ¿Está usted completamente seguro?

— Sí.

— ¿Así que las manchas de sangre de la pared del cuarto de baño y las manchas de sangre de los pantalones grises no tienen nada que ver entre sí?

— Inspector — dijo Wilt —, no es que yo quiera enseñarle su oficio, pero cuentan ustedes con una rama técnica especializada en comparar manchas de sangre. Así que le sugiero que utilice sus servicios para determinar...

— Wilt — cortó el inspector —, Wilt, cuando necesite sus consejos sobre cómo debe hacerse una investigación de asesinato no sólo se los pediré, sino que dimitiré del cuerpo.

— Bien, ¿y qué? — dijo Wilt.

— ¿Y qué qué?

— ¿Se corresponden? ¿Son iguales las manchas de sangre?

El inspector le miró hoscamente.

— ¿Y si le dijese que sí? — preguntó.

Wilt se encogió de hombros.

— No estoy en situación de discutir — dijo —. Si usted dice que coinciden, tendré que aceptarlo.

— Pues no coinciden — dijo el inspector Flint —, pero eso no demuestra nada — continuó antes de que Wilt pudiera saborear su satisfacción —. Nada en absoluto. Han desaparecido tres personas. Tenemos a la señora Wilt al fondo de ese agujero... No, no lo diga, Wilt, no lo diga. Tenemos al doctor Pringsheim y tenemos a esa jodida señora Pringsheim.

— Me gusta eso, sí — dijo Wilt, valorativamente —, desde luego que sí.

— ¿Qué es lo que le gusta?

— Lo de la jodida señora Pringsheim. Muy apropiado.

— Cualquier día, Wilt — dijo suavemente el inspector —, irá usted demasiado lejos y...

— ¿Perderá usted la paciencia, inspector?

El inspector bajó la cabeza y encendió un cigarrillo.

— ¿Sabe una cosa, inspector? — dijo Wilt que empezaba a pensar que dominaba la situación—. Fuma usted demasiado. Esos cigarrillos tienen que sentarle mal. Debería intentar usted...

— Wilt — dijo el inspector —, llevo veinticinco años de servicio y nunca jamás he recurrido a la violencia física interrogando a un sospechoso; pero llega un momento, un momento y un lugar y un sospechoso en que a pesar de toda la buena voluntad del mundo...

Se levantó y salió. Wilt se retrepó en su asiento y alzó la vista hacia la luz fluorescente. Deseó que dejara de emitir aquel zumbido. Le ponía nervioso.

12

En Eel Stretch (Gaskell se había equivocado interpretando el mapa y no estaban ni en Frogwater Reach ni en Fen Broad) la situación estaba destrozándoles los nervios a todos. Los intentos de Gaskell para arreglar el motor habían tenido el efecto contrario. La parte baja de proa se había inundado de combustible y resultaba difícil caminar por cubierta sin resbalar.

— Jesús, G, cualquiera que te viera pensaría que estamos en una plataforma petrolífera — dijo Sally.

— Fue ese maldito conducto de combustible — dijo Gaskell —; no podía encajarlo otra vez en su sitio.

— ¿Y por qué intentaste poner el motor en marcha con él desconectado?

— Para ver si estaba bloqueado.

— Bueno, pues ahora ya lo sabes. ¿Qué vas a hacer, dime? ¿Seguir ahí con los brazos cruzados hasta que se nos acabe la comida? Tienes que pensar algo.

— ¿Por qué yo? ¿Por qué no piensas algo también tú?

— Si fueras un hombre de verdad...

— Vete a la mierda —dijo Gaskell—. La voz de la mujer liberada. Se ponen mal las cosas y de repente tengo que ser un hombre. ¿Y qué te pasa a ti, mujer-hombre? Si quieres que salgamos de aquí, sácanos tú. No me pidas que sea un hombre, un supermacho, en las situaciones apuradas. Ya se me ha olvidado cómo es eso.

— Ha de haber algún medio de conseguir ayuda —dijo Sally.

— Seguro que sí, claro. No tienes más que subir ahí y echar un vistazo. Sólo hay juncos por todas partes.

Sally se subió encima del camarote y escudriñó el horizonte. Estaba a unos diez metros de distancia y consistía en una extensión interminable de juncos.

— Veo a lo lejos lo que parece la torre de una iglesia —informó.

Gaskell subió también y se puso a su lado.

— Es la torre de una iglesia, sí. ¿Y qué?

— Que si hiciéramos señales luminosas o algo, podría vernos alguien, ¿no?

— Muy inteligente. En un lugar tan densamente poblado como la torre de una iglesia seguramente habrá alguien esperando a que nosotros hagamos señales luminosas.

— ¿No podríamos quemar algo? —dijo Sally—. Tal vez alguien viera el humo y...

— ¿Estás loca? Si te pones a hacer fuego aquí con todo ese combustible flotando alrededor, desde luego que verán algo, sí. Verán estallar el yate y a nosotros saltando por los aires.

— Podíamos llenar una lata de gasolina y echarla al agua antes de prenderle fuego.

—¿Y prender fuego a todos esos juncos? ¿Pero qué demonios quieres? ¿Un jodido holocausto?

—Nene G, es que no ayudas nada...

—Utilizo el cerebro y nada más —dijo Gaskell—. Si siguen ocurriéndosete esas ideas tan inteligentes acabarás metiéndonos en un lío peor del que ya estamos metidos.

—No veo por qué —protestó Sally.

—Yo te diré por qué —dijo Gaskell—. Porque fuiste y robaste este maldito Hesperus. Por eso.

—Yo no lo robé. Yo...

—Cuéntaselo a la policía, anda. Cuéntaselo y verás. Ponte a pegarles fuego a los juncos esos y ya verás cómo caen sobre nosotros haciendo preguntas. De quién es este barco, y cómo cogemos así tranquilamente el barco de otro... Así que será mejor que salgamos de aquí sin publicidad.

Empezó a llover.

—Vaya, lo que nos hacía falta. Ahora la lluvia —dijo Gaskell.

Sally bajó al camarote donde estaba Eva limpiando después del almuerzo.

—Dios del cielo, G no tiene arreglo. Primero nos mete en este banco de cieno, luego escacharra el motor, lo jode bien jodido y ahora dice que no sabe qué podemos hacer.

—¿Y por qué no va a pedir ayuda? —preguntó Eva.

—¿Cómo? ¿Nadando? G no sería capaz de nadar ni de aquí a ahí para salvar la vida.

—Podría coger el colchón neumático y salir a río abierto remando en él —dijo Eva—. No tendría que nadar.

—¿El colchón neumático? ¿De veras dijiste colchón neumático? ¿Qué colchón neumático?

—El que hay en el cajón de los salvavidas. Sólo hay que hincharlo y ya está...

— Eres la más práctica de los tres, querida — dijo Sally, y salió rápidamente — G, Eva ha encontrado un medio de que puedas ir a pedir ayuda. Hay un colchón neumático en el cajón de los salvavidas.

Y hurgó en el cajón y sacó el colchón neumático.

— Si crees que voy a ir algún sitio en ese maldito artilugio estás lista — dijo Gaskell.

— ¿Pero qué le pasa?

— ¿Con este tiempo? ¿Has intentado controlar alguna vez un trasto de estos? Ya es bastante malo en un día de sol sin viento. En un día como hoy acabaría metido entre los juncos y, además, esta lluvia me empaña las gafas.

— Está bien, entonces esperaremos a que amaine la tormenta. Pero al menos ya sabemos cómo salir de aquí.

Y volvió al camarote y cerró la puerta. Fuera, Gaskell, acucillado junto al motor, jugueteaba con la llave de tuercas. Si pudiera volver a poner en marcha aquel cacharro...

— Los hombres — dijo Sally despectivamente — dicen que son el sexo fuerte, pero cuando se presentan problemas somos nosotras, las mujeres, las que tenemos que resolverlos.

— Henry tampoco tiene espíritu práctico — dijo Eva —. Todo lo que sabe hacer es cambiar los plomos. Espero que no esté preocupado por mí.

— Estará pasándolo bomba — dijo Sally.

— Henry no. No sabe.

— Seguro que está tirándose a Judy.

Eva negó con un gesto.

— Estaba borracho y nada más. Nunca había hecho una cosa así.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

— Mujer, es mi marido.

— Las narices tu marido. Sólo te utiliza para que le laves los platos y le hagas la comida y limpies la casa. ¿Qué te da él? Contéstame, nada.

Eva se debatía torpemente con sus pensamientos. Henry no le daba muchas cosas, desde luego. Por lo menos no le daba nada que pudiese expresar con palabras.

— El me necesita — dijo por fin.

— Así que él te necesita. ¿Quién necesita que le necesiten? Esa es la retórica del feudalismo femenino. Les salvas la vida y tienes que estarles agradecida por dejarte salvársela. Olvida a Henry. Es un pelmazo.

Eva se encrespó. Quizás Henry no fuese gran cosa, pero no le gustaba que le insultaran.

— Pues no es que Gaskell sea gran cosa, la verdad — dijo y se metió en la cocina.

Sally se tumbó en la litera y contempló la página central de un Playboy.

— Pero Gaskell tiene pasta — dijo.

— ¿Pasta?

— Dinero, querida. El material que hace girar el mundo. ¿Crees que me he casado con él por lo guapo que es? Oh, no. Sé oler un millón de dólares cuando pasa a mi lado, sí, y me gusta el dinero.

— Yo nunca me casaría con un hombre por su dinero — dijo Eva recatadamente—. Tendría que estar enamorada de él. De veras.

— Veo que has visto demasiadas películas. ¿De veras crees que Gaskell estaba enamorado de mí?

— No sé. Supongo que debía de estarlo.

Sally soltó una carcajada.

— Eva, querida, qué infeliz eres. Deja que te explique algo de Gaskell. G es un loco del plástico. Sería capaz de joderse a un chimpancé si se lo vistes de plástico.

— Qué cosas dices. Eso es imposible — dijo Eva—. No podría. No lo creo.

— ¿Por qué te crees que te he hecho tomar a ti la píldora? Andas por ahí con ese bikini y Gaskell te mira y se le cae la baba... si no estuviese yo aquí, te habría violado.

— Le habría sido difícil — dijo Eva—. Hice un curso de judo.

— Bueno, pues lo hubiese intentado. Lo cierto es que las muñecas de plástico le vuelven loco. ¿Por qué crees que tenía aquella muñeca?

— No podía entenderlo.

— Claro. Pues ya lo sabes — dijo Sally.

— Pero aún no entiendo qué tiene que ver eso con el hecho de que te casaras con él — insistió Eva.

— Pues déjame contarte un pequeño secreto. A Gaskell me lo remitió...

— ¿Remitió?

— ... el doctor Freeborn. Gaskell tenía ese pequeño problema y se lo consultó al doctor Freeborn y el doctor Freeborn me lo envió a mí.

Eva la miró desconcertada.

— Pero... ¿qué tenías que hacer tú?

— Yo era una sustituta.

— ¿Una sustituta?

— Como una asesora sexual — explicó Sally —. El doctor Freeborn me enviaba clientes y yo les ayudaba.

— A mí no me gustaría un trabajo de ese tipo — dijo Eva —; no podría soportar tener que hablar de cosas de sexo con hombres. ¿A ti no te daba apuro?

— Te acostumbras; y hay peores medios de ganarse la vida. En fin, me vino Gaskell con aquel problema y yo le endecé, literalmente, y, en fin, nos casamos. Un acuerdo financiero. Venía con dinero en efectivo en el rabo.

— ¿Quieres decir que tú ... ?

— Quiero decir que yo tengo a Gaskell y Gaskell tiene el plástico. Es un matrimonio, de doble alcance.

Eva asimiló con dificultad esta información. Había algo en aquello que le parecía inadmisibile.

— ¿Y no dijeron nada sus padres? — preguntó —. Quiero decir, ¿les explicó él lo de que estabas ayudándole y todo eso?

—¿Decir? ¿Qué podían decir ellos? G les explicó que me había conocido en la escuela de verano y al viejo Pringsheim se le salían los ojos de su cabezota grasienta. Nena, aquel hombrecillo gordo sí que tenía proyección fálica. ¿Aceptarme? Aquel hombre podía aceptar cualquier cosa. Me aceptó a mí, sí. La buena mamá Pringsheim no. Bufó y resopló, pero Sally se agarró a la pasta y no la soltó. G y yo nos volvimos a California y G se licenció en plásticos y desde entonces somos biodegradables.

—Me alegro de que Henry no sea así —dijo Eva—. No podría vivir con un hombre raro.

—G no es raro, querida. Sólo es un loco del plástico.

—Si eso no es ser raro que venga Dios y lo vea —dijo Eva.

Sally encendió un cigarrillo.

—A los hombres siempre hay algo que les encandila —dijo—. Son manipulables. Lo único que tienes que hacer es encontrarlo. Si lo sabré yo...

—Henry no es así. Si lo fuese, yo lo sabría.

—¿Y qué me dices de la muñeca? ¿A que no esperabas eso de él? ¿Y vas a decirme que es un gran amante?

—Llevamos doce años de matrimonio. Es natural que no lo hagamos con tanta frecuencia como antes. Estamos muy ocupados.

—Un cuerno ocupados. ¿Qué hace Henry mientras tú andas trajinando en la casa?

—Da clases en la escuela. Se pasa allí todo el día y vuelve cansado a casa.

—Clases, clases. ¿Qué clase de clases? Ahora me dirás que no te la pega.

—No comprendo lo que quieres decir —dijo Eva.

—Que tiene apaños fuera de casa. Que se tira a la secretaria encima de la mesa del despacho.

—Henry no tiene secretaria.

—Ojo, con las alumnas entonces. Seguro que se las tira. Lo sé. Lo he visto. He andado demasiado tiempo por colegios y escuelas. A mí no me engañan.

—Estoy segura de que Henry nunca...

— Eso es lo que dicen todos y luego, bingo, el divorcio, las jovencitas; y lo único que a ti te queda es la menopausia y atisbar por las persianas al hombre de la casa de al lado y esperar a que venga el vendedor de productos de limpieza.

— Tal como lo pintas, es espantoso — dijo Eva —. Espantoso, sí.

— Lo es, tetas Eva. Lo es. Tienes que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Tienes que conseguir liberarte de Henry. Corta y comparte el pastel, nenita. Si no estarás condenada al dominio del macho.

Eva se sentó en la litera y pensó en el futuro. No parecía reservarle gran cosa. No tendrían hijos ya, y tampoco tendrían demasiado dinero. Seguirían viviendo en la Avenida Parkview y pagando la hipoteca y quizás Henry encontrase otra mujer y ¿qué haría ella entonces? Y, aunque no la encontrase, la vida se le estaba escapando de las manos.

— Ojalá supiese qué hacer — dijo.

Sally se levantó y la abrazó.

— ¿Por qué no te vienes a los Estados Unidos con nosotros en noviembre? — preguntó —. Podríamos pasarlo muy bien.

— Oh, no podría hacer una cosa así — dijo Eva —. No sería justo que le hiciese a Henry una cosa así.

No inquietaban tales escrúpulos al inspector Flint. La resistencia de Wilt, pese al intensísimo interrogatorio, sólo indicaba que era más duro de lo que parecía.

— Llevamos ya treinta y seis horas interrogándole — comunicó a la asamblea de la brigada de homicidios en la sala de información de la comisaría — y no hemos conseguido sacarle nada. Así que va a ser una tarea larga y dura. Y, la verdad, tengo mis dudas de que logremos algo.

— Ya dije yo que iba a ser un hueso duro de roer — dijo el sargento Yates.

— De eso no hay duda — dijo Flint —. Por eso tenemos que conseguir pruebas concretas y bien cimentadas.

Se oyó una risilla que se apagó en seguida. El inspector Flint no estaba para bromas.

— Pruebas, pruebas firmes. Eso es lo único que puede obligarle a confesar. Es la única forma de poder llevarle ante el juez.

— Pero si ya las tenemos — dijo Yates —. En el fondo de...

— Sé muy bien dónde está; gracias, sargento. A lo que me refiero es a pruebas de asesinato múltiple. Sabemos dónde está la señora Wilt. Pero no dónde están el señor y la señora Pringsheim. Ahora bien, lo que yo sospecho es que los asesinó a los tres y que los otros dos están...

Se detuvo y abrió el expediente que tenía delante y buscó en él «Notas sobre la violencia y la disolución de la vida familiar». Las examinó un momento y movió la cabeza.

— No — murmuró —, eso no es posible.

— ¿Qué es lo que no es posible, señor? — preguntó el sargento Yates —. Todo es posible con ese cabrón.

Pero el inspector Flint no podía aceptarlo. La idea era demasiado espantosa.

— Lo que yo les decía — continuó — era que lo que necesitamos ahora son pruebas firmes. Lo que tenemos hasta el momento es puramente circunstancial. Quiero más pruebas sobre los Pringsheim. Quiero saber lo que pasó en esa fiesta, quién estuvo allí y por qué pasó; y, al paso que vamos con Wilt, no le sacaremos nada de nada. Snell, usted vaya al departamento de bioquímica de la universidad y recoja toda la información que pueda sobre el doctor Pringsheim. Entérese de si fue a la fiesta alguno de sus colegas. Interróguelos. Haga una lista de sus amistades, sus aficiones, sus aventuras amorosas, si las tenía. Averigüe si existe alguna relación entre él y la señora Wilt que pudo proporcionar un motivo. Jackson, usted vaya a Rossiter Grove a ver lo que puede descubrir allí sobre la señora Pringsheim...

Cuando la reunión se disolvió, los detectives se habían desparramado por toda la ciudad para elaborar un informe completo sobre los Pringsheim. Incluso establecieron contacto con la embajada de los Estados Unidos para ver qué sabían allí de la pareja. Se había iniciado en serio la investigación de asesinato.

El inspector Flint volvió a su despacho con el sargento Yates y cerró la puerta.

— No quise decirlo ahí dentro, Yates — dijo —, esto es confidencial, pero tengo la terrible sospecha de que ya sé por qué está tan fresco y tan tranquilo el tío ese. ¿Ha visto usted alguna vez a un asesino que haya aguantado treinta y seis horas de interrogatorio y esté fresco como un pepino sabiendo que hemos localizado el cuerpo de la víctima?

El sargento Yates negó con un gesto.

—He visto tipos de mucho temple a lo largo de los años, y sobre todo después de la abolición de la pena de muerte, pero la verdad es que éste se lleva la palma. Yo la verdad es que creo que es un sicópata redomado.

Flint rechazó la idea.

—Los sicópatas se desmoronan en seguida —dijo—. Confiesan crímenes que no han cometido o confiesan crímenes que sí han cometido, pero confiesan. Pero este Wilt no. Este me dice tan tranquilo cómo he de llevar la investigación. Mire, eche un vistazo a esto.

Abrió el expediente y sacó las notas de Wilt.

—¿Nota usted algo raro? —le preguntó.

El sargento leyó las notas detenidamente por dos veces.

—Bueno, no parece tener muy buena opinión de nuestros métodos —dijo por fin—. Y no me gusta mucho esto que dice del bajo nivel de inteligencia del policía medio.

—¿Y qué me dice usted del punto Dos D? —dijo el inspector—. Uso creciente de métodos perfeccionados como tácticas desviatorias por parte de los delincuentes. Tácticas desviatorias. ¿No le sugiere nada eso, sargento Yates?

—¿Quiere usted decir que puede estar desviando nuestra atención del crimen auténtico hacia otra cosa?

El inspector Flint asintió.

—Lo que quiero decir es esto: apostarí a que cuando lleguemos al fondo del agujero de ese maldito pilote nos encontraremos con una muñeca hinchable con vagina. Eso es lo que pienso.

—Pero eso es demencial.

—¿Demencial? Diabólico —dijo el inspector—. Está sentado ahí tan tranquilo porque sabe que nos ha hecho seguir una pista falsa.

El sargento Yates se sentó, desconcertado.

—¿Pero por qué? ¿Por qué atraer la atención hacia un crimen? ¿Por qué no permanecer en la sombra y actuar con normalidad?

—¿Y qué? ¿Informar de la desaparición de la señora Wilt? Olvida usted a los Pringsheim. Una esposa desaparece y no hay problema. Pero dos de sus amigos desaparecen también y dejan su casa hecha un caos y con manchas de sangre.

Eso hay que explicarlo, no hay más remedio. Así que entonces prepara una pista falsa y...

—Pero eso no le ayuda —objetó el sargento—. Desenterramos la muñeca de plástico. ¿Y qué? Eso no significa que se acabe la investigación.

—Puede que no, pero le da una semana de margen para que los otros cadáveres se desintegren.

—¿Cree usted que habrá utilizado un baño de ácido como Haigh? —preguntó el sargento—. ¡Qué horror!

—Sí, claro que es horrible. ¿Pero es que acaso cree usted que el asesinato es algo bonito? En fin, a Haigh le cogieron porque aquel maricón, el muy memo, les dijo dónde podían localizar los restos. Si hubiese tenido la boca cerrada una semana más no habrían encontrado nada de nada. Habría desaparecido todo. Además, no sabemos lo que utilizó Wilt. Yo sólo sé que es un intelectual, un tipo listo y que cree que lo tiene todo muy bien montado. Primero le cogemos para interrogarle, puede incluso que volvamos a ponerle después bajo custodia; y después de haber hecho eso, vamos y desenterramos una muñeca hinchable de plástico. Haremos el ridículo más espantoso apareciendo ante el tribunal con una muñeca de plástico como prueba de asesinato. Seremos el hazmerreír del mundo entero. Así que se sobreseerá la causa y ¿qué pasará cuando le cojamos por segunda vez para interrogarle sobre los asesinatos reales? Que los de la brigada de derechos civiles nos clavarán los dientes en el cuello como vampiros.

—Supongo que eso también explica por qué el tipo no se pone a dar voces pidiendo un abogado —dijo Yates.

—Pues claro. ¿Para qué quiere un abogado ahora? Pero cójale por segunda vez y verá como cae sobre nosotros un regimiento de abogados para que le soltemos. Se pondrán a chillar, a hablar de los métodos brutales de la policía. Gritarán tanto que no podrá oír siquiera la propia voz. Sus malditos abogados se correrán una juerga a costa nuestra. Primero encontramos una muñeca de plástico y luego no podemos encontrar los cadáveres. Saldrá libre de todo cargo.

—Por muy listo que sea ese tipejo, tiene que ser un loco —dijo el sargento.

—O un maldito genio —admitió Flint con amargura—. Dios mío, menudo caso.

Y aplastó un cigarrillo en el cenicero, con resentimiento.

—¿Qué quiere usted que haga? ¿Le doy otra pasada?

—No, eso lo haré yo. Usted vaya a la escuela y oblíguelos a decirle lo que piensan realmente de Wilt. Procure descubrir todo lo posible sobre ese desgraciado. Tiene que haber en su pasado algo que nos sea útil.

Y, tras decir esto al sargento Yates, el inspector Flint bajó por el pasillo hasta la sala de interrogatorios. Wilt estaba sentado a la mesa tomando notas, en la parte de atrás de un impreso de declaración. Ahora que empezaba a sentirse en la comisaría de policía, si no como en casa, por lo menos más a gusto, no hacía más que pensar en la desaparición de Eva. Tenía que admitir que le habían preocupado un poco, desde luego, aquellas manchas de sangre en el cuarto de baño de los Pringsheim. Para pasar el tiempo, había intentado formular sobre el papel sus pensamientos; aún estaba en ello, cuando entró el inspector Flint, cerrando de un portazo.

—Vaya, es usted un tipo listo, ¿eh, Wilt? —dijo, sentándose y quitándole el papel—. Sabe leer y escribir y tiene una inteligencia lógica, racional, y tiene imaginación. Bien, bien, veamos qué ha escrito aquí. ¿Quién es Ethel?

—Hermana de Eva —dijo Wilt—. Está casada con un hortelano de Luton. Eva va a veces allí a pasarse una semana.

—¿Y «sangre en el cuarto de baño»?

—Sólo me preguntaba cómo habría podido llegar allí.

—¿Y «muestras de una salida precipitada»?

—No hacía más que formular sobre el papel lo que me sugería el estado de la casa de los Pringsheim —dijo Wilt.

—Intenta usted ayudarnos, ¿verdad, Wilt?

—Estoy aquí para ayudarles en sus investigaciones. Ese es el término oficial, ¿no?

—Puede que sea el término oficial, Wilt. Aunque en su caso, no se corresponde con los hechos.

—No creo que lo haga con frecuencia —dijo Wilt—. Es una de esas expresiones que cubren multitud de pecados.

—Y de crímenes.

—Y que además suele destruir la reputación de un hombre —dijo Wilt—. Supongo que se dará cuenta de las consecuencias que tendrá para la mía el que

me retengan ustedes de este modo. Ya es bastante problema para mí saber que pasaré el resto de mi vida teniendo que soportar que me señalen como el hombre que vistió a una muñeca de plástico con coño con las ropas de su esposa y la tiró al agujero de un pilote, sin necesidad de que todos piensen además que soy un asesino.

— En el sitio en que va a pasar el resto de su vida, a nadie le importará lo que haya hecho usted con esa muñeca de plástico — dijo el inspector.

Wilt sopesó el comentario.

— Vaya, así que por fin la han encontrado — dijo con avidez—. Eso está bien. Entonces, ya puedo irme.

— Siéntese y cállese — masculló el inspector—. No se va a ir a ningún sitio; y cuando lo haga, será en una furgoneta negra. Aún no hemos terminado con usted. En realidad, no he hecho más que empezar.

— Vaya, otra vez a empezar — dijo Wilt—. Ya sabía yo que querría usted empezar por el principio otra vez. Ustedes, amigos, tienen causas primarias en el cerebro. Causa y efecto, causa y efecto. ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina, el protoplasma o el demiurgo? Supongo que esta vez será lo que dijo Eva cuando nos estábamos vistiendo para ir a la fiesta.

— Esta vez — dijo el inspector — quiero que me diga usted exactamente por qué tiró la muñeca al agujero.

— Vaya, esa es una pregunta interesante — comentó Wilt, y se detuvo.

No le parecía aconsejable intentar explicarle al inspector Flint, dadas las circunstancias, en qué pensaba exactamente cuando dejó caer la muñeca por el agujero. El inspector no parecía ser la clase de individuo capaz de entender fácilmente el que un marido pudiera tener fantasías de asesinar a su mujer sin llevarlas realmente a la práctica. Sería mejor esperar a que Eva apareciese en carne y hueso antes de aventurarse por aquel terreno desconocido de lo totalmente irracional. Estando Eva presente, era muy probable que Flint llegase a comprenderle. Sin ella, era casi seguro que no.

— Digamos que quería librarme de aquel maldito trasto — dijo.

— No me diga una cosa así, por favor — dijo Flint—. Estoy seguro de que tenía usted un motivo secreto para tirarla allí.

Wilt asintió.

— Estoy de acuerdo con eso — dijo.

El inspector Flint asintió animadoramente.

— Estaba seguro de ello; en fin, ¿cuál era el motivo?

Wilt sopesó cuidadosamente sus palabras. Se estaba adentrando en aguas profundas.

— Pues digamos que se trataba de una especie de ensayo.

— ¿Un ensayo? ¿Qué clase de ensayo?

Wilt meditó un momento.

— Una palabra interesante. “Ensayo” — dijo —. Viene de...

— No me importa de dónde venga — cortó el inspector —. No me importa el origen, lo que quiero conocer es el fin.

— Parece un poco fúnebre eso de fin, si se pone uno a pensarlo — dijo Wilt, prosiguiendo con la campaña de desgaste semántico.

El inspector Flint cayó de inmediato en la trampa.

— ¿Fúnebre? ¿Qué es lo que le parece fúnebre?

— Lo que ha dicho usted — dijo Wilt tranquilo —. Lo del fin.

— Por amor de Dios — gritó el inspector —. ¿Es que no es capaz de seguir el hilo de la conversación? ¿Por qué tiene que desviarse continuamente? Me decía que estaba ensayando algo y quiero saber de qué se trataba.

— Una idea, una simple idea — dijo Wilt —. Uno de esos vuelos efímeros de la imaginación que cruzan como mariposas el paisaje estival de la mente empujados por las brisas de la asociación que caen como súbitos chaparrones... Vaya, eso me gusta mucho.

— A mí no — dijo el inspector, mirándole furioso —. Lo que yo quiero saber es lo que usted estaba ensayando. Eso es lo que a mí me gustaría saber.

— Ya se lo he dicho. Una idea.

— ¿Qué clase de idea?

— Sólo una idea — dijo Wilt —. Una simple...

—Dios nos asista, Wilt —gritó el inspector—. Si empieza otra vez con esas malditas mariposas, le juro que romperé el hábito inquebrantable de toda la vida y le retuerzo el cuello.

—Pero si ni siquiera iba a mencionar las mariposas esta vez —dijo Wilt en tono de reproche—. Sólo iba a decirle que la idea se me había ocurrido por un libro...

—¿Un libro? —masculló el inspector Flint—. ¿Qué clase de libro? ¿Un libro de poesía o un relato policíaco?

—Un relato policíaco —dijo Wilt, agradeciendo la sugerencia.

—Comprendo —dijo el inspector—. Así que iba a escribir usted una novela policíaca. Bien, bien, ahora explíqueme el argumento. Tenemos un profesor de la escuela que tiene una esposa a la que odia y decide asesinarla...

—Siga, siga —dijo Wilt—, lo está usted haciendo muy bien, hasta el momento.

—Sí, claro, me lo imaginaba —dijo encantado Flint—. Bien, este profesor piensa que es un tipo muy listo y que puede engañar a la policía. No tiene muy buena opinión de la policía. Así que tira una muñeca de plástico por un agujero que ha de rellenarse de hormigón, con la esperanza de que la policía pierda el tiempo sacándola de allí, mientras que ha enterrado a su esposa en otro sitio. Por cierto, ¿dónde enterró usted a la señora Wilt, Henry? Aclaremos esto de una vez por todas. ¿Dónde la metió? Dígamelo. Se sentirá mejor cuando me lo diga.

—No la metí en ningún sitio. Se lo he dicho ya mil veces. ¿Cuántas veces tengo que decirle que no sé dónde está?

—Le diré algo, Wilt —dijo el inspector, cuando logró recuperarse lo suficiente como para hablar—. He conocido algunos tipos con temple en mi vida; pero tengo que quitarme el sombrero ante usted. Es usted el cabrón más templado y con más sangre fría que me he echado a la cara en toda mi carrera.

Wilt movió la cabeza.

—Sabe —dijo—, lo siento por usted, inspector, de veras que sí. Es incapaz de reconocer la verdad cuando le está mirando a la cara.

El inspector Flint se levantó y salió de la sala de interrogatorios.

—Entre usted —le dijo al primer detective que encontró—. Entre en esa sala de interrogatorios y póngase a hacerle preguntas a ese cabrón y no pare hasta que confiese.

— ¿Qué tipo de preguntas?

— De cualquier tipo. Cualquiera. Pregúntele una y otra vez por qué echó la muñeca hinchable de plástico en el agujero. Nada más que eso. Pregúntele eso una y otra vez y otra y otra. Voy a acabar con ese cabrón.

Y bajó a su despacho y se dejó caer en su silla e intentó pensar.

13

En la escuela, el sargento Yates se sentaba en aquel momento en el despacho del señor Morris.

— Lamento tener que molestarle otra vez — dijo —, pero necesitamos algunos datos más sobre ese tal Wilt.

El jefe del Departamento de Humanidades alzó la vista del horario de clases con una expresión hosca. Estaba sosteniendo una lucha desesperada intentando encontrar a alguien para Albañiles Cuatro. Price no podía ser porque tenía Mecánica Dos y Williams no podía ser de ninguna manera. Se había ido ya a casa el día anterior enfermo del estómago y amenazaba con repetir la operación si alguien osaba mencionarle otra vez Albañiles Cuatro. Así pues, quedaba sólo

el propio señor Morris y estaba dispuesto a permitir que le molestase el sargento Yates cuanto gustase si ello significaba que no tenía que lidiar con aquellos malditos albañiles.

—Si puedo ayudarle en algo... —dijo, con una afabilidad que contrastaba curiosamente con la expresión hosca de su rostro—. ¿Qué detalles querría usted conocer?

—Sólo quiero que me dé usted una impresión general del individuo —dijo el sargento—. ¿Había en él algo raro?

—¿Raro?

El señor Morris se quedó un momento pensativo. Aparte de mostrarse dispuesto a dar las clases más espantosas de la Escuela año tras año sin una sola queja, él no veía en Wilt nada raro.

—Supongo que podríamos considerar un poco raro lo que llegaba a ser una reacción fóbica a El señor de las moscas, pero la verdad es que a mí nunca me preocupó mucho...

—Aguarde un momento, señor —dijo el sargento, atareado con su cuadernito—. Dijo usted «reacción fóbica», ¿verdad?

—Bueno, lo que quería decir era...

—¿A las moscas, señor?

—A El señor de las moscas. Es un libro —dijo el señor Morris, nada seguro ya de que hubiera sido razonable mencionar aquel hecho; los policías no solían ser sensibles a los matices del gusto literario que constituían para el señor Morris la definición de la inteligencia—. Espero no haber dicho algo impropio.

—Nada de eso, señor. Son precisamente estos pequeños detalles los que nos ayudan a formarnos una imagen de la mentalidad del criminal.

El señor Morris suspiró.

—Desde luego, nunca habría pensado, cuando el señor Wilt vino a vernos, recién salido de la universidad, que acabaría así.

—Claro, señor. Ahora, dígame, ¿dijo el señor Wilt alguna vez algo despectivo de su esposa?

—¿Despectivo? No, que va. Pero, en fin, no tenía por qué decirlo. Eva hablaba por sí sola.

Miró con tristeza por el ventanal hacia la máquina perforadora.

— Entonces, según su opinión, la señora Wilt no era una mujer muy agradable...

El señor Morris movió la cabeza.

— Era una mujer horrible — dijo.

El sargento Yates lamió el extremo de su bolígrafo.

— ¿Dijo usted «horrible», señor?

— Me temo que sí. La tuve una vez en unas clases nocturnas, un curso introductorio de arte dramático.

— ¿Ha dicho usted introductorio, señor? — dijo el sargento, y lo anotó.

— Sí, aunque habría sido más adecuado decir visceral, en el caso de la señora Wilt. Se lanzaba a los papeles con excesivo vigor, demasiado para que resultara convincente. Su Desdémona, en mi Otelo, fue algo que es muy probable que no logre olvidar en la vida.

— Así que, según su opinión, era una mujer muy impetuosa, ¿no es cierto?

— Digámoslo de este modo — dijo el señor Morris —: Si Shakespeare hubiera escrito la obra tal como la interpretó la señora Wilt, el estrangulado habría sido Otelo.

— Comprendo, señor — dijo el sargento —. Deduzco, pues, de lo que me dice, que a la señora Wilt no le gustaban los negros.

— No tengo ni idea de lo que pudiera pensar ella del problema racial — dijo el señor Morris —, me refiero a la fuerza física que demostró la señora Wilt.

— ¿Era una mujer vigorosa, señor?

— Mucho — dijo el señor Morris lúgubrementemente.

El sargento Yates parecía desconcertado.

— Parece extraño que una mujer así se dejara asesinar por el señor Wilt sin oponer más resistencia — dijo pensativo.

— A mí me parece increíble — convino el señor Morris —. Y, lo que es más, indica un valor fanático por parte de Henry que éste nunca me permitió sospechar que poseyera, por su conducta en este departamento. Lo único que se me ocurre pensar es que debía de estar fuera de sí en ese momento.

El sargento Yates se agarró a esto.

— ¿Entonces, su opinión meditada es que no estaba en su sano juicio cuando la mató?

— ¿En su sano juicio? Yo no puedo admitir que nadie en su sano juicio mate a su esposa y arroje el cadáver...

— Lo que quiero decir, señor —dijo el sargento—, es si cree usted que el señor Wilt es un lunático.

El señor Morris vaciló. Había un buen número de miembros de su departamento a los que él habría catalogado como desequilibrados mentales, pero no le gustaba nada proclamar tal hecho. Aunque, por otra parte, podría ayudar al pobre Wilt.

— Sí, supongo que sí —dijo al fin, pues, en el fondo, era un hombre bueno—. Completamente loco. Entre nosotros, sargento, cualquier persona que esté dispuesta a dar clases a estos energúmenos que tenemos aquí, no puede estar cuerda del todo. Y la semana pasada, sin ir más lejos, Wilt tuvo un altercado con uno de los impresores, que le pegó un puñetazo. Puede que esto tuviera algo que ver con su comportamiento posterior. Supongo que considerará todo esto que le cuento estrictamente confidencial. No me gustaría que...

— No se preocupe usted, señor —dijo el sargento Yates—. En fin, no quiero entretenerle más.

Y volvió a la comisaría e informó de sus averiguaciones al inspector Flint.

— Está como una cabra —proclamó—. Eso es lo que cree. Está absolutamente seguro de ello.

— Pues, en tal caso, no tenía ningún derecho a emplear a ese tío —dijo Flint—. Debería haber echado a ese animal.

— ¿Echarle? ¿De la escuela? Ya sabe usted que no pueden echar a los profesores. Tienen que hacer algo realmente grave para que puedan darles la patada.

— Como por ejemplo asesinar a tres personas, imagino. En fin, por lo que a mí respecta, pueden volver a admitir otra vez a ese cabrón.

— ¿Quiere decir usted que aún no ha confesado?

— ¿Confesar? Está contraatacando. Me ha dejado absolutamente hecho polvo, y ahora Bolton dice que quiere que le releven. Que no puede soportar más la tensión.

El sargento Yates se rascó la cabeza.

—No entiendo cómo puede hacerlo —dijo—. Da la impresión de que sea inocente el tío. Me pregunto cuándo empezará a pedir un abogado.

—Nunca —sentenció Flint—. ¿Para qué necesita él un abogado? Si hubiera aquí un abogado asesorándole, ya le habría sacado yo la verdad hace horas.

Cuando cayó la noche sobre Eel Stretch, el viento pasó a adquirir la intensidad de ventarrón de fuerza ocho. La lluvia martilleaba el techo del camarote, golpeaban las olas contra el casco y la embarcación, escorando hacia estribor, se asentaba cada vez con más firmeza en el cieno. Dentro del camarote reinaba una atmósfera densa de humo y de resentimiento. Gaskell había abierto una botella de vodka y estaba emborrachándose. Jugaban al scrabble para pasar el rato.

—Mi idea del infierno —comentó Gaskell— es estar aquí encerrado con un par de tortilleras.

—¿Qué es una tortillera? —dijo Eva.

Gaskell la miró fijamente.

—¿No lo sabes?

—Supongo que una mujer que hace tortillas.

—Ay, eres igual que el oso Yogui —dijo Gaskell—. Nunca he visto cosa más infeliz. Una tortillera es...

—Olvidalo, G —cortó Sally— ¿A quién le toca jugar ahora?

—A mí, a mí —dijo Eva—. I... M... P, es decir, Imp.

—O... T... E... N... T... E, es decir Gaskell —dijo Sally.

Gaskell bebió otro trago de vodka.

—¿A qué clase de juego estamos jugando? ¿Al scrabble o al juego de la verdad?

—Te toca a ti —dijo Sally.

Gaskell puso C... O... N... S... O... L... A... D... O con la R.

—¿Qué tal eso?

Eva lo miró críticamente.

— No vale utilizar adjetivos — dijo — . Va en contra de las reglas del juego.

— Eva, tetuda mía, un consolador no es un adjetivo. Es un sustantivo, una cosa, una cosa impropia. Un sustituto del pene.

— ¿Un qué?

— No importa lo que sea — dijo Sally — . Te toca a ti.

Eva estudió sus letras. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer tan a menudo y, además, aún quería saber lo que era una tortillera. Y un sustituto del pene. Al final, puso A... M... O... en la R.

— Es una cosa maravillosa eso del amor — confesó Gaskell, y formó consolador con la A de amor.

— No puedes ponerlo dos veces — protestó Eva — . Ya lo pusiste.

— Es que éste es distinto — dijo Gaskell — . Este tiene patillas.

— ¿Y qué diferencia hay?

— Eso pregúntaselo a Sally. Ella es la que tiene envidia de pene.

— Eres un mierda — dijo Sally, y puso M... A... R... I... C... A en la M — . Es decir tú.

— Lo que dije. Un scrabble de la verdad — dijo Gaskell — . ¿Por qué no formamos de una vez un grupo de encuentro? Y que resplandezca la verdad en todo su esplendor.

Eva utilizó la F para hacer Fiel. Gaskell siguió con Buscona y Sally puso Loco.

— Magnífico — dijo Gaskell — . I Ching alfabético.

— Qué ingenioso es el muchacho — dijo Sally.

— Vete al cuerno — dijo Gaskell, poniéndole a Eva una mano en el muslo.

— Quítame las manos de encima — dijo Eva, dándole un empujón.

Formó Pecado en la E. Gaskell formó Machorra con la M.

— Y no me salgas ahora con que es un adjetivo.

— Bueno, desde luego, no es una palabra que yo haya oído — dijo Eva.

Gaskell la miró fijamente y luego soltó una carcajada estruendosa.

—Era lo que me quedaba por oír —dijo—. Supongo que creerás que cunnilingus es una medicina para el catarro. Cómo puedes ser tan tonta...

—Si quieres ver a alguien más tonto aún, vete a mirarte al espejo —dijo Sally.

—Sí, claro. Por eso me casé con una maldita puta lesbiana que anda por ahí robándoles a los demás las mujeres, los barcos y las cosas. Claro que soy tonto de remate. Pero aquí tetas me gana. Es tan hipócrita la condenada, que pretende no ser tortillera...

—Yo no sé lo que es una tortillera —dijo Eva.

—Pues déjame que te informe, gorda. Una tortillera es una lesbiana.

—¿Estás llamándome lesbiana a mí? —gritó Eva.

—Sí —dijo Gaskell.

Eva le abofeteó con fuerza. Las gafas de Gaskell salieron por el aire y Gaskell se quedó sentado en el suelo.

—Oyeme, G... —comenzó Sally, pero Gaskell había conseguido ponerse otra vez de pie.

—Está bien, zorra gorda —dijo—. Si quieres saber la verdad, vas a saberla. En primer lugar, te crees que tu marido Henry se quedó enganchado a aquella muñeca por iniciativa propia. Pues bien, permíteme que te diga...

—Gaskell, haz el favor de cerrar la boca —gritó Sally.

—Sí, que te crees tú eso. Ya estoy harto de ti y de tus jugarretas. Te saqué de una casa de putas...

—Eso no es cierto. Era una clínica para pervertidos enfermos como tú.

Eva no escuchaba. Miraba fijamente a Gaskell. El la había llamado lesbiana y le había dicho que Henry no se había enganchado a aquella muñeca por voluntad propia.

—¡Explícame eso de Henry! —gritó—. ¿Cómo se quedó enganchado en aquella muñeca?

Gaskell señaló a Sally.

—Fue ella. El pobre idiota no sabía...

—¿Fuiste tú quien lo hizo? —le dijo Eva a Sally—. ¿Fuiste tú?

— Es que él intentó abusar de mí, Eva, intentó...

— No lo creo — gritó Eva — . Henry no es de esa manera.

— Pues te aseguro que sí. El...

— ¿Y tú le dejaste enganchado en aquella muñeca? — chilló Eva y se lanzó por encima de la mesa a por Sally.

Hubo un crujido y la mesa se derrumbó. Gaskell salió lanzado contra la litera y Sally salió corriendo del camarote. Eva se levantó y se dirigió hacia la puerta. La habían engañado, burlado y ridiculizado. Y Henry había sido humillado. Iba a matar a aquella zorra de Sally. Salió del camarote y se encaminó hacia la parte baja de popa. Sally era una sombra oscura al fondo. Eva rodeó el motor y se lanzó a por ella. Pero resbaló en la cubierta mojada y Sally corrió a refugiarse al camarote. Una vez en el interior, cerró rápidamente la puerta y corrió el cerrojo. Eva Wilt se levantó y se quedó allí plantada con la lluvia cayéndole por la cara, y mientras estaba allí plantada desaparecieron y se esfumaron de pronto todas las ilusiones que la habían sostenido a lo largo de la semana. Se vio a sí misma como una mujer gorda y tonta que había dejado a su marido para perseguir una elegancia que era falsa y vulgar y que se basaba en la cháchara fácil y en el dinero. Y Gaskell la había llamado lesbiana. Toda la repugnancia que le producía ahora el saber lo que había significado la Terapia Táctil la inundó de pronto. Se acercó tambaleante a la borda y se sentó en un cajón.

Y poco a poco aquel desprecio hacia sí misma fue convirtiéndose de nuevo en cólera y en un odio frío hacia los Pringsheim. Iban a ver lo que era bueno. Lamentarían haberla conocido. Se levantó y abrió el cajón, sacó los chalecos salvavidas y los tiró por la borda. Luego, hinchó el colchón neumático, lo echó al agua y se subió a él. Se dejó arrastrar por la corriente echada en él. Se balanceaba alarmantemente, pero a Eva no le daba miedo. Estaba vengándose de los Pringsheim y no le preocupaba ya lo que pudiera pasarle a ella. Avanzó remando entre pequeñas olas, empujando delante los chalecos salvavidas. Le soplaba el viento por detrás y el colchón neumático avanzaba despacio. Al cabo de unos cinco minutos, había doblado el recodo de los juncos y había perdido de vista el yate. Ante ella, en la oscuridad, en algún punto, habría agua abierta, el sitio donde habían visto los botes y, más allá, tierra.

Luego, el viento empezó a empujarla de través hacia los juncos. Cesó la lluvia y Eva se quedó tendida y jadeante sobre el colchón neumático. Sería más cómodo librarse de los chalecos salvavidas. Estaba lo suficientemente lejos del yate como para que no pudiesen recuperarlos. Los empujó entre los juncos y luego vaciló. Quizá debiera quedarse al menos uno para ella. Desenganchó, pues, un

chaleco del paquete, y consiguió ponérselo. Luego, se tumbó boca abajo en el colchón neumático otra vez y bajó en él por el canal que se iba ensanchando.

Sally estaba apoyada en la puerta del camarote y miraba a Gaskell con desprecio.

— Eres un imbécil — le decía —. Tenías que abrir esa boca. Bien, dime, ¿qué piensas hacer ahora?

— En primer lugar, divorciarme de ti — dijo Gaskell.

— Te sacaré todo el dinero que tienes.

— Tienes pocas posibilidades. No conseguirás apenas nada — dijo Gaskell, bebiendo otro trago de vodka.

— Antes te mato — aulló Sally.

Gaskell sonrió.

— ¿Morir yo? Si alguien va a morir aquí, eres tú. Nena tetas quiere sangre.

— Ya se aplacará.

— ¿Crees tú? Si estás tan segura, prueba a abrir la puerta. Vamos, ábrela.

Sally se apartó de la puerta y se sentó.

— Esta vez te has metido en un buen lío — dijo Gaskell —. Tenías que elegir a una campeona.

— Gaskell, tranquilízala — dijo Sally.

— Ni hablar. Preferiría jugar a la gallina ciega con un rinoceronte.

Y se tumbó en la litera y sonrió muy feliz. Luego, añadió:

— Sabes que hay algo realmente irónico en todo esto. Tenías que ir y liberar a una Neanderthal. Liberación de las mujeres para paleolíticas. Ella Tarzán, tú Jane. Te has comprado una pieza de zoo.

— Muy divertido — dijo Sally —. ¿Y cuál es tu papel?

— Yo no. Da gracias de que ella no tuviera un arma.

Y se metió la almohada debajo de la cabeza y se puso a dormir.

Sally se quedó allí sentada, mirándole la espalda venenosamente. Estaba asustada. Eva había reaccionado de un modo tan violento que había destruido la confianza de Sally en sí misma. Gaskell tenía razón. Había habido algo primigenio en la conducta de Eva Wilt. Sally se estremeció al pensar en aquella forma oscura que avanzaba hacia ella en la parte baja de popa. Se levantó y entró en la cocina y cogió un cuchillo largo y afilado. Luego, volvió al camarote y comprobó el cierre de la puerta y se echó en su litera e intentó dormir. Pero no llegaba el sueño. Se oían ruidos fuera. Golpeaban las olas contra el casco de la embarcación. Soplaban el viento. ¡Dios santo, qué lío! Sally apretó el cuchillo y pensó en Gaskell y en lo que había dicho del divorcio.

Peter Braintree estaba sentado en el despacho del señor Gosdyke, abogado, discutiendo el problema.

—Lleva allí desde el lunes y estamos a jueves. Yo creo que no tienen ningún derecho a retenerle allí tanto tiempo sin que vea a un abogado.

—Si él no pide uno y si la policía quiere interrogarle y él está dispuesto a contestar a sus preguntas y no quiere utilizar sus derechos legales, no veo que yo pueda hacer nada al respecto —dijo el señor Gosdyke.

—¿Pero está usted seguro de que la situación es esa? —preguntó Braintree.

—Que yo sepa, esa es realmente la situación. El señor Wilt no ha solicitado mi presencia. Hablé con el inspector que se encarga del caso, ya se lo he dicho a usted, y parece que no hay duda de que el señor Wilt, por alguna razón extraordinaria, está dispuesto a ayudar a la policía en sus investigaciones mientras ésta considere necesaria su presencia en la comisaría. En fin, si un individuo se niega a hacer uso de sus derechos, la culpa de su situación recae exclusivamente sobre él.

—¿Pero está usted absolutamente seguro de que Henry no ha querido verle a usted? En fin, la policía puede estar engañándole.

El señor Gosdyke movió la cabeza.

—Hace muchos años que conozco al inspector Flint —dijo— y no es el tipo de individuo que niega sus derechos a un sospechoso. No, señor Braintree, lo siento. Me gustaría ser más útil en este caso, pero, francamente, dadas las circunstancias, nada puedo hacer. Esa predilección que el señor Wilt siente por la compañía de los funcionarios de policía me resulta totalmente incomprensible, pero, de cualquier modo, me impide intervenir.

— ¿No cree usted que le estén aplicando el tercer grado o algo por el estilo?

— ¿El tercer grado? Mi querido amigo. Ha visto usted demasiadas películas antiguas en la tele. La policía no utiliza métodos violentos en este país.

— Han sido bastante brutales con algunos de nuestros estudiantes que han participado en manifestaciones — señaló Braintree.

— Ah, pero los estudiantes son otro asunto completamente distinto, y los estudiantes que van a las manifestaciones reciben lo que se merecen. Una cosa es la provocación política y otra los asesinos domésticos del tipo de su amigo el señor Wilt, que pertenecen a una categoría completamente distinta. Puedo decirle honradamente que en todos los años que llevo ejerciendo la profesión de abogado, aún no me he encontrado con ningún caso en el que la policía no tratase a un asesino doméstico con el mayor tacto y hasta con cierta simpatía. Después de todo, los policías son casi todos hombres casados y, en cualquier caso, el señor Wilt tiene un título, y eso siempre ayuda. Si es usted un profesional y, pese a lo que puedan decir algunos, los profesores de las escuelas de formación profesional son miembros de una profesión aunque sólo sea maquinalmente, puede usted estar tranquilo y seguro de que la policía no le hará objeto de un trato vejatorio. El señor Wilt está completamente seguro.

Y Wilt se sentía seguro, desde luego. Estaba sentado en la sala de interrogatorios y contemplaba con interés al inspector Flint.

— ¿Motivo? Vaya, mire, esa es una pregunta interesante — decía —. Si me hubiera preguntado usted por qué me casé con Eva me habría resultado difícil explicármelo a mí mismo. Yo era joven entonces y...

— Wilt — dijo el inspector —, no le pregunté por qué se casó usted con su esposa. Le pregunté por qué decidió asesinarla.

— Yo no decidí asesinarla.

— ¿Fue un acto espontáneo? ¿Un impulso momentáneo que no pudo dominar? ¿Un acto de locura que lamenta ahora?

— No fue ninguna de esas cosas. En primer lugar, no fue un acto. Fue mera fantasía.

— Pero usted admite que pasó por su cabeza esa idea, ¿verdad?

— Inspector — dijo Wilt —, si yo siguiese todos los impulsos que pasan por mi cabeza, estaría convicto de violación infantil, homosexualidad, robo, agresión y asesinato masivo hace mucho tiempo.

— ¿Pasan por su cabeza todos esos impulsos?

— Pues en un momento u otro, sí — confesó Wilt.

— Tiene usted una mentalidad la mar de rara.

— Sí, y es algo que comparto con la inmensa mayoría de la humanidad. Me atrevería a decir que hasta usted en sus esporádicos momentos contemplativos ha...— Wilt —dijo el inspector—, yo no tengo esporádicos momentos contemplativos. O al menos, no los tenía hasta que le conocí a usted. Pero en fin, lo cierto es que admite usted que pensó en matar a su esposa...

— Dije que me había pasado la idea por la cabeza, sobre todo cuando tenía que llevar el perro a pasear. En realidad, es un juego al que me entrego. Sólo eso.

— ¿Un juego? Coge usted el perro, sale a dar un paseo con él y se dedica a pensar en formas y modos de matar a la señora Wilt. Y a eso le llama un juego. Yo a eso le llamo premeditación.

— No está mal enfocado — dijo Wilt con una sonrisa —. Lo de la meditación. Eva se pone en la postura del loto en el cuarto de estar, en la alfombra, y se entrega a bellos pensamientos. Yo saco a ese maldito perro a dar una vuelta y me entrego a pensamientos horribles mientras Clem defeca en el borde herboso de Grenville Gardens. Y el resultado final es exactamente el mismo en ambos casos. Eva se levanta y prepara la cena y lava los platos y yo llego a casa y veo la tele o leo y me voy a la cama. Nada se ha alterado en realidad.

— Ahora sí — dijo el inspector —. Su esposa ha desaparecido de la faz de la tierra junto con un joven e inteligente científico y con su esposa, y usted está ahí sentado esperando que le acusen de su asesinato, del de todos ellos.

— Que en realidad no he cometido — dijo Wilt—. En fin, esas cosas pasan. El dedo móvil escribe, y una vez escrito...

— Mierda el dedo móvil. ¿Dónde están? ¿Dónde los metió? Me lo va a decir.

Wilt suspiró.

— Ojalá pudiera hacerlo — dijo —. Ojalá. En fin, han encontrado ustedes esa muñeca de plástico...

— Nada de eso. Ni mucho menos. Aún estamos perforando sólida roca. No llegaremos a sacar lo que hay allí abajo por lo menos hasta mañana, como muy pronto.

— Espero con ansia que lo hagan — dijo Wilt—. Supongo que entonces me dejarán marcharme.

— Ni lo sueñe. Volverá aquí de nuevo el lunes.

— ¿Sin ninguna prueba de que haya habido asesinato? ¿Sin un cadáver? No puede hacerlo.

El inspector Flint sonrió.

— Wilt —dijo—, tengo noticias que comunicarle. Ha de saber usted que no necesitamos cadáver. Podemos retenerle como sospechoso, podemos llevarle a juicio y podemos declararle culpable sin cadáver. Puede que sea usted muy listo, pero no conoce las leyes.

— En fin, pues he de decir que tienen ustedes un trabajo la mar de fácil. No tienen más que salir a la calle, agarrar a alguien que sea absolutamente inocente, que pase por allí, meterle aquí y acusarle de asesinato sin ninguna prueba...

— ¿Pruebas? Tenemos pruebas de sobra. Tenemos un cuarto de baño salpicado de sangre por todas partes, con la puerta derribada. Tenemos una casa vacía que es un absoluto caos y tenemos algo en el fondo de ese agujero y todavía cree que no tenemos pruebas suficientes... está equivocado.

— Pues los equivocados somos dos —dijo Wilt.

— Y le diré otra cosa, Wilt. El problema de los cabrones como usted es que son demasiado listos. El problema es que se pasan de listos, se delatan. En fin, si yo estuviera en su pellejo, habría hecho dos cosas. ¿Sabe cuáles?

— No —dijo Wilt—, no lo sé.

— Hubiera limpiado el cuarto de baño, en primer lugar; y en segundo, no me hubiera acercado a ese agujero de la obra. No hubiera intentado dejar una pista falsa con notas ni asegurarme de que me viera el vigilante ni aparecer en casa del señor Braintree a media noche todo lleno de barro. Me hubiera quedado sentado en mi casita y no habría dicho nada.

— Pero yo no sabía nada de esas malditas manchas de sangre del cuarto de baño; y si no hubiera sido por aquella asquerosa muñeca, no habría tenido que acercarme a aquel agujero. Me habría ido a la cama. En vez de lo cual me emborraché y actué como un imbécil.

— Déjeme decirle algo más, Wilt —dijo el inspector—. Usted es un jodido imbécil de mierda muy listo, eso sí, pero imbécil de todos modos. Y necesita usted que le revisen la cabeza.

—Significaría un cambio —admitió Wilt.

—¿El qué?

—El que me revisaran la cabeza en vez de tener que estar aquí sentado soportando que me insulten.

El inspector Flint le miró pensativo.

—¿Lo dice en serio? —preguntó.

—¿Si digo en serio el qué?

—¿Lo de que le revisen la cabeza? ¿Estaría usted dispuesto a pasar por el examen de un psiquiatra cualificado?

—¿Por qué no? —dijo Wilt—. Cualquier cosa ayuda a pasar el rato.

—Una cosa completamente voluntaria, ¿comprende? Nadie le fuerza a hacerlo, pero si usted quiere...

—Escuche, inspector, si el que yo vea a un psiquiatra le ayuda a usted a convencerse de que no he asesinado a mi esposa, lo haré con mucho gusto. Puede someterme usted también a la prueba del detector de mentiras. Pueden atiborrarme de drogas de la verdad, pueden...

—No hay ninguna necesidad de recurrir a nada de eso —dijo Flint, poniéndose de pie—. Bastará y sobraré con un buen psiquiatra. Y si usted cree que va a poder librarse declarándose culpable pero loco, no se haga ilusiones. Esos tipos saben cuándo se trata de locura simulada.

El inspector se dirigió hacia la puerta y cuando llegó a ella se detuvo. Volvió otra vez y se apoyó en la mesa.

—Dígame, Wilt —dijo—. Dígame sólo una cosa. ¿Cómo puede estarse ahí sentado tan tranquilo? Ha desaparecido su mujer, tenemos pruebas de que ha habido un asesinato, tenemos una réplica de ella, si hemos de creerle a usted, enterrada bajo nueve metros de hormigón y usted inmutable. ¿Cómo lo consigue?

—Inspector —dijo Wilt—. Si se hubiera pasado usted diez años dando clase a los instaladores de gas y le hubieran hecho tantas preguntas terribles durante esos diez años como a mí me han hecho, lo sabría. Además, usted no conoce a Eva. Cuando la conozca, comprenderá por qué no estoy preocupado. Eva es perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Quizá no sea muy inteligente, pero dispone de un buen equipo de supervivencia incorporado.

—Dios mío, Wilt, sí, con usted a su lado doce años ha tenido que tenerlo, sí.

—Pues claro, ya verá como le cae bien Eva cuando la conozca. Verá lo bien que se lleva con ella. Tienen los dos una mentalidad literal y una obsesión por las cosas triviales. Pueden escoger uno de esos montoncitos de tierra que forman los gusanos y convertirlo en el Everest.

—¿La tierra y los gusanos? Wilt, me da usted asco —dijo el inspector, y abandonó la estancia.

Wilt se levantó y se puso a pasear por la sala de interrogatorios. Estaba cansado ya de estar sentado. Por otra parte, estaba muy satisfecho de su actuación. Se había superado y le enorgullecía el que reaccionase tan bien ante lo que la mayoría de la gente consideraría una situación aterradora. Para Wilt, sin embargo, era algo muy distinto, era un desafío, el primer reto auténtico que había tenido que afrontar desde hacía mucho. Los instaladores de gas y los yeseros le habían desafiado en tiempos, pero había aprendido a lidiar con ellos. Les estimulabas, les dejabas hablar, hacer preguntas, les desviabas, les mantenías enmarcha, aceptabas sus pistas falsas y les facilitabas unas cuantas de tu cosecha propia, pero sobre todo tenías que negarte a aceptar sus concepciones previas. Siempre que afirmaban algo con absoluta convicción como verdad absoluta en sí misma, como que la barbarie comenzaba en Calais, lo único que tenías que hacer era decir que sí y señalar luego que la mitad de los grandes hombres de la historia inglesa habían sido extranjeros, como Marconi o Lord Beaverbrook y que hasta la madre de Churchill era yanqui o explicabas que los galeses eran los ingleses primitivos y que los vikingos y los daneses... y a partir de ahí, les desviabas hacia los médicos hindúes del Servicio de Salud Pública y el control de la natalidad y cualquier otro tema concebible que les mantuviera tranquilos y silenciosos y desconcertados, intentando desesperadamente dar con un argumento definitivo que demostrase que te equivocabas.

El inspector Flint no era muy distinto. Era más obsesivo, pero sus tácticas eran idénticas. Y, además, había asido el extremo equivocado del palo con ánimo de venganza y a Wilt le divertía mucho verle intentando adjudicarle un crimen que no había cometido. Le hacía sentirse casi importante y, desde luego, le hacía sentirse mucho más un hombre de verdad de lo que se había sentido en mucho, en muchísimo tiempo. El era inocente, de eso no cabía la menor duda. En un mundo donde todo lo demás era dudoso e incierto, y movía al escepticismo, el hecho de su inocencia era algo cierto y seguro. Por primera vez en su vida adulta, Wilt sabía que tenía toda la razón, y esta certeza le daba una fuerza que nunca había imaginado que poseyese. Y, además, no había duda alguna para él de que Eva aparecería al final, sana y salva, y bastante mansa, además, tras

comprender a lo que la había conducido su impetuosidad. Le estaba bien, por enviarle aquella muñeca repugnante. Lamentaría aquello hasta el fin de sus días. Sí, si alguien habría de salir malparado de aquel asunto, ese alguien sería la buena de Eva, por su carácter mandón y por su actuación precipitada. Mal lo iba a pasar explicándoselo a Mavis Mottram y a los vecinos, sí. Wilt sonrió recreándose en la idea. Y hasta en la Escuela tendrían que tratarle de una forma distinta en el futuro, con un respeto nuevo. Wilt conocía demasiado bien la mentalidad liberal para no suponer que cuando volviese sería poco menos que un mártir. Y un héroe. Se retorcerían interiormente para convencerse de que no le habían considerado culpable en ningún momento. Conseguiría el ascenso, además. No por ser un buen profesor sino porque ellos necesitarían salvaguardar sus frágiles conciencias. Sí, tendrían que prepararle una fiesta de bienvenida.

14

En la Escuela no se planteaba siquiera lo de la fiesta de bienvenida, al menos pensando en Henry Wilt. La inminencia de la visita de las autoridades del Consejo Nacional de Títulos el viernes, coincidiendo, como al parecer lo haría, con la resurrección de la difunta señora Wilt, estaba provocando algo que bordeaba el pánico. El consejo de cursos estaba reunido en sesión casi permanente y los memorándums circulaban y se sucedían con rapidez tal que era imposible leer uno antes de que llegara el siguiente.

—¿No podemos aplazar la visita? —preguntaba el doctor Cox—. No puedo estar con ellos en mi despacho hablando de bibliografías mientras enfrente van sacando a trozos a la señora Wilt.

—He pedido a la policía que intenten pasar lo más desapercibidos que puedan —dijo el doctor Mayfield.

—Con una notable falta de éxito, hasta el momento —dijo el doctor Board—. No podrían llamar más la atención ni proponiéndoselo ex profeso. Ahora mismo, por ejemplo, hay diez agentes mirando por ese maldito agujero.

El subdirector pulsó una nota más alegre.

—Imagino que les alegrará enterarse de que hemos conseguido reparar la avería de la instalación de luz de la cantina —explicó a los presentes—, así que podremos disfrutar de una buena comida.

—Ojalá se me abra el apetito —dijo el doctor Cox—. Los disgustos de los últimos días no me han hecho ningún bien a ese respecto, y cuando pienso en la pobre señora Wilt...

—Procure no pensar en ella —dijo el subdirector.

Pero el doctor Cox movió la cabeza:

—Intente usted no pensar en ella con esa maldita perforadora plantada en la ventana de su despacho todo el día.

—Por cierto —dijo el doctor Board—, aún no puedo comprender cómo el tipo que maneja ese sacacorchos mecánico no se electrocutó al cortar el cable eléctrico.

—Considerando los problemas que nos afligen, no me parece esa una cuestión importante, por el momento —dijo el doctor Mayfield—. Lo que tenemos que subrayar ante los miembros del comité, es que este título corresponde a un curso integrado con una subestructura básica cimentada temáticamente sobre una concomitancia de factores culturales y sociológicos, en modo alguno dispares a nivel no superficial y con un sólido porcentaje de contenido académico para proporcionar a los estudiantes una intelectual y cerebral...

—¿Hemorragia? —sugirió el doctor Board.

El doctor Mayfield le miró malévolamente.

—No me parece que sea momento de impertinencias —dijo, furioso—. O apoyamos el título conjunto, o no lo apoyamos. Además, sólo tenemos hasta mañana para estructurar nuestro enfoque táctico con el comité inspector. En fin, ¿cuál va a ser?

—¿Cuál va a ser el qué? —preguntó el doctor Board—. ¿Qué tiene que ver nuestro apoyo o nuestra falta de él con estructurar, a falta de palabras mejores, nuestro supuesto enfoque táctico ante un comité que, dado que viene desde Londres a nosotros, y no viceversa, más bien nos enfocará él a nosotros que nosotros a él?

—Señor subdirector —dijo el doctor Mayfield—, he de protestar enérgicamente. La actitud del doctor Board en esta última etapa es absolutamente inconcebible. Si el doctor Board...

—...pudiese aunque sólo fuera empezar a entender una décima parte de la jerga que el doctor Mayfield parece considerar idioma inglés, podría hallarse en mejor posición para expresar su opinión —Interrumpió el doctor Board—. Pero, dada la situación, “inconcebible” es un término que puede aplicarse con más fundamento a la sintaxis del doctor Mayfield que a mi actitud. Yo he sostenido siempre...

—Caballeros —Intervino el subdirector—, creo que en este preciso momento sería mejor que evitásemos disputas interdepartamentales y nos atuviésemos a los asuntos prácticos que nos preocupan.

Hubo un silencio, que el doctor Cox rompió al fin.

—¿Cree usted que podríamos convencer a la policía para que coloquen una mampara alrededor del agujero? —preguntó.

—Se lo propondré, desde luego —dijo el doctor Mayfield.

Pasaron luego al asunto de la recepción del comité inspector. —Ya he dispuesto lo necesario para que haya bebidas abundantes antes del almuerzo —dijo el subdirector—; y en todo caso el almuerzo se demorará prudentemente para que ellos puedan hallarse en el estado de ánimo adecuado para que las sesiones de la tarde se acorten y se realicen, a ser posible, más despreocupadamente.

—Siempre que el Departamento de Aprovisionamiento no nos sirva “sapo al agujero” —dijo el doctor Board.

La asamblea se disolvió con una atmósfera general de acritud.

Lo mismo sucedió con la entrevista del señor Morris con el encargado de la sección de sucesos del Sunday Post.

—Claro que no le dije a la policía que mi política era contratar a maníacos homicidas —gritaba el señor Morris al periodista—. Y, en cualquier caso, lo que dije era, a mi entender, una revelación estrictamente confidencial.

—Pero ¿dijo usted que cree que Wilt está loco y que muchos de los profesores de artes liberales están chiflados?

El señor Morris miró con desprecio al periodista.

—Para ser exactos, lo que yo dije fue que algunos están...

—¿Mal de la cabeza? —propuso el periodista.

—No, mal de la cabeza no —gritó el señor Morris—. Sólo, bueno, digamos, un poco desequilibrados.

—Eso no es lo que la policía dijo que había dicho usted. Dijeron...

—A mi no me importa lo que la policía dice que he dicho. Yo sé lo que dije y lo que no dije, y si está usted insinuando...

—Yo no estoy insinuando nada. Usted declaró que la mitad del cuerpo docente están chiflados y yo lo que intento es verificarlo.

—¿Verificarlo? —bramó el señor Morris—. Me atribuye usted palabras que jamás he pronunciado y llama a eso verificarlo.

— ¿Lo dijo usted o no? Eso es lo que le pregunto. En fin, si expresa usted una opinión sobre su personal...

— Señor MacArthur, lo que piense yo de mi personal es cosa mía. No tiene absolutamente nada que ver con usted ni con el periodicucho al que usted representa.

— Pues el domingo por la mañana habrá tres millones de personas interesadas en leer su opinión — dijo el señor MacArthur —, y no me sorprendería nada que ese tal Wilt le demandase a usted, si es que algún día logra salir de la comisaría.

— ¿Demandarme? ¿Por qué diablos iba a demandarme a mí?

— Bueno, en primer lugar, por llamarle maníaco homicida. Ese titular a toda plana de JEFE DEL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES CALIFICA A PROFESOR DE MANIACO HOMICIDA podría costarle a usted lo menos cincuenta mil. Desde luego, no creo que menos.

El señor Morris se vio sumido en la pobreza.

— Ni siquiera un periódico como el suyo debería publicar eso — masculló —. En fin, creo que Wilt les demandará también a ustedes.

— Bueno, es algo a lo que ya estamos acostumbrados. En nuestro caso, es algo habitual. Lo tenemos previsto. Pero, claro, si usted cooperase un poco más...

Y dejó colgando en el aire la sugerencia, para que el señor Morris la asimilase.

— ¿Qué quiere saber usted? — preguntó, afligido.

— ¿No habrá alguna historia jugosa relacionada con las drogas que pueda contarnos? — preguntó el señor MacArthur —. Ya sabe a lo que me refiero. ORGIAS AMOROSAS DE PROFESORES. Eso siempre impresiona al público. Adolescentes haciéndolo y todo eso. Denos una buena historia de ese tipo y le libraremos del asunto de Wilt.

— ¡Fuera de mi despacho! — gritó el señor Morris.

El señor MacArthur se levantó.

— Lamentará esto — dijo y bajó a la cantina de los estudiantes para ver si podía enterarse de algún asunto sucio sobre el señor Morris.

— Nada de pruebas — dijo con firmeza Wilt —. Son engañosas.

—¿Usted cree? —preguntó el doctor Pittman, asesor psiquiatra del hospital de Fenland y profesor de psicología criminal en la universidad.

Además era plagiocefálico, el pobre.

—Siempre me ha parecido evidente —dijo Wilt—. Usted me enseña una mancha de tinta y yo pienso que parece mi abuela tirada en un charco de sangre. ¿Cree usted sinceramente que voy a ser tan tonto como para decírselo? Tendría que ser un imbécil para hacerlo, así que le diré que veo una mariposa posada en un geranio. Y siempre es igual. Pienso en lo que parece y digo algo completamente distinto. ¿De qué le sirve eso a usted?

—De todas formas, siempre es posible deducir algo de las respuestas que me dé —apuntó el doctor Pittman.

—Bueno, en realidad no necesita usted una mancha de tinta para hacer deducciones, ¿verdad? —dijo Wilt—. Puede deducir cosas simplemente examinando la forma de la cabeza de la gente.

El doctor Pittman se limpió las gafas con expresión hosca. Las cabezas no eran cosas de las que le gustase sacar conclusiones.

—Señor Wilt —dijo—, estoy aquí a petición suya para testificar sobre su salud mental y, en concreto, para exponer mi opinión sobre si le considero o no capaz de asesinar a su esposa y deshacerse de su cadáver de una forma particularmente repugnante y cruel. No permitir, que lo que diga usted influya en mis conclusiones finales objetivas.

Wilt le miraba perplejo.

—He de decir que no se concede mucho espacio de maniobra. Dado que hemos prescindido de instrumentos mecánicos como las pruebas psicológicas, yo creía que contaría usted únicamente con lo que yo le dijera. A menos, claro está, que tenga intención de interpretar las protuberancias de mi cabeza. ¿No es ese un sistema algo anticuado?

—Señor Wilt —dijo el doctor Pittman—, el hecho de que tenga usted claramente una vena sádica y disfrute llamando la atención hacia las dolencias físicas de otras personas en modo alguno me predispone a deducir que sea usted capaz de asesinar...

—Es usted muy honrado —admitió Wilt—, aunque la verdad es que yo consideraría a cualquiera capaz de asesinar, dadas las circunstancias justas, o, para ser exactos, injustas.

El doctor Pittman ahogó el impulso de decir que lo que decía era justo. En vez de eso, sonrió prognatamente,

— ¿Diría usted que se considera un hombre racional, Henry?

Wilt frunció el ceño.

— Llámeme usted señor Wilt, si no le importa. Quizá no se trate de una consulta de pago, pero prefiero cierto formalismo.

La sonrisa del doctor Pittman se esfumó.

— No ha contestado usted a mi pregunta.

— No, no diría que soy un hombre racional — dijo Wilt.

— ¿Diría usted, entonces, irracional, quizá?

— Ni lo uno ni lo otro totalmente. Diría sólo que soy un hombre.

— ¿Y un hombre no es ni lo uno ni lo otro?

— Doctor Pittman, esa es su especialidad, no la mía; aunque, en mi opinión, el hombre es capaz de razonar pero no de actuar dentro de límites absolutamente racionales. El hombre es un animal, un animal desarrollado, aunque puestos a pensarlo, todos los animales están desarrollados, si hemos de creer a Darwin. Digamos que el hombre es un animal domesticado, con elementos de salvajismo...

— ¿Y qué clase de animal es usted, señor Wilt? — preguntó el doctor—. ¿Un animal domesticado o un animal salvaje?

— Volvemos otra vez a lo mismo. Esas categorías duales maravillosamente simples que parecen obsesionar a la mentalidad moderna. O eso o lo otro. No, no estoy totalmente domesticado. Pregunte a mi mujer. Ella le dará una opinión sobre el asunto.

— ¿En qué sentido no está domesticado?

— Tiro pedos en la cama, doctor Pittman. Me gusta tirar pedos en la cama. Es el toque de trompeta del mono antropoide que hay en mí que afirma su imperativo territorial de la única forma posible.

— ¿De la única forma posible?

— Usted no conoce a Eva — dijo Wilt—. Cuando la conozca, comprenderá que la afirmación es su fuerte y no el mío.

— ¿Se siente usted dominado por la señora Wilt?

— Estoy dominado por la señora Wilt.

— ¿Ella le intimida? ¿Asume el papel dominante?

— No es que asuma el papel dominante; es dominante, doctor Pittman. Eva es así. No tiene que asumir nada. Es así y se acabó.

— ¿Es qué?

— Ahí está el asunto —dijo Wilt—. ¿Qué día es hoy? Pierde uno la noción del tiempo en este lugar.

— Jueves.

— Bueno, pues si hoy es jueves, Eva es Bernard Leach.

— ¿Bernard Leach?

— El ceramista, doctor Pittman, el famoso ceramista —dijo Wilt—. En fin, mañana, será Margot Fonteyn y el sábado jugaremos al bridge con los Mottram, así que Eva será Omar Sharif. El domingo, será Elizabeth Taylor o Edria O'Brien, según lo que me reserven los “suplementos en color”, y por la tarde iremos a dar una vuelta en coche y entonces será Eva Wilt. Es prácticamente el único momento de la semana en que estoy con ella, y eso porque voy conduciendo y ella no tiene más que hacer que estarse allí sentada y ponerme verde.

— Empiezo a comprender el asunto —dijo el doctor Pittman—. A la señora Wilt le gustaba... le gusta interpretar papeles. Lo cual genera una relación inestable en la que no podía usted establecer un papel claro y afirmativo como marido...

— Doctor Pittman —dijo Wilt—, un giróscopo puede, en realidad debe girar. Pero al hacerlo, logra una estabilidad que resulta prácticamente inimitable. Ahora bien, si comprende usted el principio del giróscopo, quizá también pueda entender usted por qué en realidad nuestro matrimonio no carece de estabilidad. Puede ser bastante incómodo volver a casa y enfrentarse a una atmósfera centrífuga, pero no es, ni mucho menos, una situación inestable.

— Pero me acaba de decir que la señora Wilt no asumía un papel dominante. Ahora me dice que es una personalidad enérgica.

— Eva no es enérgica. Es una energía en sí misma, una fuerza. Hay una diferencia. Y en cuanto a su personalidad, tiene tantas y tan variadas que

resulta difícil mantenerse a la altura de todas. Digamos sólo que se lanza a cada cosa con una urgencia y una impaciencia que no siempre puede calificarse de adecuada. ¿Recuerda usted aquella serie de películas de la Garbo que pasaron por la tele hace unos años? Pues bien, después de ver la película, Eva fue la Dama de las Camelias durante tres días; convirtió lo de morir de tuberculosis en algo así como el baile de San Vito. Una especie de tuberculosis galopante.

—Empiezo a hacerme idea —dijo el doctor Pittman, anotando que Wilt era un embustero patológico con tendencias sadomasoquistas.

—Me alegro de que alguien se la haga —dijo Wilt—. El inspector Flint cree que la asesiné y que también asesiné a los Pringsheim en una especie de orgía de sangre y que luego me deshice de los cadáveres de alguna forma diabólica. Mencionó el ácido. Me parece una locura. ¿De dónde demonios iba yo a sacar cantidad suficiente de ácido nítrico para disolver tres cadáveres y uno de ellos, para colmo, con tantos kilos de más? Quiero decir que no merece la pena ni plantárselo siquiera.

—No, claro, desde luego —dijo el doctor Pittman.

—De todas formas, ¿tengo yo aspecto de asesino? —continuó animosamente Wilt—. Claro que no. Ahora bien, si me hubiera dicho que Eva había degollado a esos dos animales, cosa que, en mi opinión, alguien debería haber hecho hace tiempo, lo habría tomado en serio. Que Dios se apiade de los pobres tipos que estén presentes cuando a Eva se le meta en la cabeza que es Lizzie Borden.

El doctor Pittman le miró predatoriamente.

—¿Acaso sugiere que su esposa haya podido asesinar al doctor y a la señora Pringsheim? —preguntó—. ¿Es eso lo que quiere decir?

—No —dijo Wilt—. No quiero decir eso. Lo que digo es que cuando Eva hace una cosa, la hace con toda el alma. Cuando limpia la casa, la limpia. Déjeme contarle lo del Harpic. Eva tiene esa manía con los gérmenes...

—Señor Wilt —dijo rápidamente el doctor Pittman—. No me interesa lo que la señora Wilt haga con el Harpic. He venido aquí para intentar comprenderle a usted. Dígame, ¿tiene por costumbre copular con una muñeca de plástico? ¿Es para usted una práctica regular?

—¿Regular? —dijo Wilt—. ¿Quiere decir usted una práctica normal o una práctica recurrente? Porque, claro, su idea de lo que constituye una práctica normal puede diferir de la mía...

—Quiero decir si lo hace usted a menudo —Interrumpió el doctor Pittman.

—¿Que si lo hago? —dijo Wilt—. No lo hago nunca.

—Pero yo tenía entendido que usted había subrayado especialmente el hecho de que esa muñeca tenía vagina...

—¿Subrayado? No tuve que subrayar tal hecho. La animalada es claramente visible.

—¿Le parecen animaladas las vaginas? —dijo el doctor Pittman cercando a su presa en el territorio más familiar de las aberraciones sexuales.

—Fuera de contexto, sí —dijo Wilt esquivándole—, y si son de plástico, aunque no estén fuera de contexto, siguen pareciéndome nauseabundas.

El doctor Pittman no estaba seguro de qué debía pensar cuando terminó la entrevista. Se levantó pesadamente y se dirigió hacia la puerta.

—Se olvida usted el sombrero, doctor —dijo Wilt, entregándoselo—. Perdone la pregunta, pero dígame, ¿se los hacen a usted a la medida?

—¿Sí? —dijo el inspector Flint cuando el doctor Pittman entró en su despacho—. ¿Cuál es el veredicto?

—¿Veredicto? A ese hombre deberían encerrarle para siempre.

—¿Quiere decir que es un maníaco homicida?

—Quiero decir que sea cual sea la forma que haya utilizado para matarla, la señora Wilt debe dar gracias por estar muerta. Doce años casada con ese hombre... Dios santo, aterra pensarlo...

—Bueno, eso no nos ayuda gran cosa —dijo el inspector, cuando el psiquiatra salió del despacho, tras expresar la opinión de que, si bien Wilt tenía una mentalidad de liebre intelectual, no podía decir sinceramente que fuese un maníaco homicida.

—En fin, habrá que ver lo que sacamos mañana de ese agujero.

Lo que apareció el viernes no sólo lo vieron el inspector Flint, el sargento Yates, otros doce policías, Barney y media docena de obreros, sino varios centenares de alumnos de la Escuela que estaban en las escaleras del edificio de ciencias, la mayoría del cuerpo docente y los ocho miembros del Comité de Inspección del

Consejo Nacional de Títulos, que tuvieron una visión panorámica especialmente buena desde los ventanales del falso vestíbulo de hotel que utilizaba el departamento de aprovisionamiento para adiestrar a los camareros y para agasajar a invitados distinguidos. El doctor Mayfield hacía cuanto estaba en su mano por desviar la atención de los miembros del Comité de lo que se veía por el ventanal.

—Hemos estructurado el curso fundamental para acentuar el interés de los estudiantes —le decía al profesor Baxendale, que dirigía el Comité, pero el profesor no estaba dispuesto a dejarse distraer. Su interés estaba acentuado por lo que estaba siendo desestructurado de los fundamentos del nuevo edificio administrativo.

—Es absolutamente sobrecogedor —murmuró el profesor Baxendale, cuando Judy asomó por el agujero.

En contra de las esperanzas y las suposiciones de Wilt, la muñeca no había estallado. El hormigón líquido la había envuelto demasiado bien, y si en vida se había parecido en algunos aspectos a una auténtica mujer, en la muerte poseía todos los atributos de una auténtica muerta. Como cadáver de una mujer asesinada era absolutamente convincente. El hormigón había aplastado y fijado la peluca en la cabeza, en un ángulo extraño. Tenía la ropa pegada y cimentada al cuerpo, mientras que las piernas quedaban claramente forzadas casi hasta la mutilación; y aquel brazo estirado, que como había predicho Barney parecía pedir desesperadamente socorro, resultaba de lo más conmovedor. Las piernas no colaboraban; además, el hormigón le había proporcionado una entidad y una estatura que eran más o menos las de Eva Wilt.

—Supongo que eso es lo que llaman rigor mortis —dijo el doctor Board, mientras el doctor Mayfield intentaba desesperadamente reorientar la conversación hacia el nuevo título.

—Cielo santo —murmuró el profesor Baxendale.

Pese a los esfuerzos de Barney y sus hombres, Judy había logrado desasirse y caer otra vez al fondo.

—Hay que ver cuánto debió de sufrir —murmuró el profesor Baxendale—. ¿Se ha fijado usted en esa mano?

Si, el doctor Mayfield se había fijado en la mano. Se estremeció. El doctor Board, que estaba detrás de él, dijo con una risilla:

—Hay una divinidad que moldea nuestro destino, nuestro final y, a veces, más que moldearlo, se limita a desbastarlo toscamente —dijo alegremente—. Wilt

por lo menos se ha ahorrado el coste de la lápida. Bastará con que la planten allí con unas letras que digan «Aquí yace Eva Wilt, nacida el tal del tal, asesinada el sábado pasado». Un monumento en vida, y ahora un monumento muerta.

—Permítame decirle, Board —dijo el doctor Mayfield—, que su sentido del humor me parece singularmente inoportuno.

—En fin, no podrán incinerarla nunca, desde luego —prosiguió el doctor Board—. Y el empresario de pompas fúnebres que sea capaz de meterla en un ataúd será un genio. Claro que supongo que siempre podrán utilizar un martillo neumático.

El doctor Cox se desmayó, en un rincón.

—Creo que tomaré otro whisky, si no le importa —dijo débilmente el profesor Baxendale.

El doctor Mayfield le sirvió un whisky doble. Cuando se volvió de nuevo hacia el ventanal, Judy asomaba por el agujero.

—El inconveniente de embalsamar —dijo el doctor Board—, es que sale carísimo. No es que diga yo que ese chisme que hay ahí fuera guarde una similitud perfecta con Eva Wilt según yo la recuerdo...

—Por amor de Dios, ¿es que no se va a callar? —masculló el doctor Mayfield; pero el doctor Board no estaba dispuesto a permitir que le hicieran callarse.

—Dejando las piernas a un lado, también parece tener algo raro en los pechos. Sé que los pechos de la señora Wilt eran grandes, pero ahora dan la impresión de estar hinchados. Quizá se deba a los gases. Los gases de la putrefacción, sabe, esos gases podrían ser los causantes de que...

Cuando fueron a almorzar, todos habían perdido ya el apetito, y casi todos estaban borrachos.

El inspector Flint fue menos afortunado. A él no le gustaba asistir a exhumaciones, en ningún caso, y menos cuando el cadáver en cuyo beneficio actuase el inspector mostraba tan notorio interés por volver al lugar del que le sacaban. Además, el inspector no estaba seguro de que se tratara de un cadáver. Parecía un cadáver, y sin lugar a dudas se comportaba como si lo fuera, aunque debía de tratarse de un cadáver muy pesado; y, sin embargo, había algo en sus rodillas que sugería que no todo era anatómicamente como debería ser. Parecían tener articulaciones dobles y una cierta falta de consistencia donde las piernas sobresalían en ángulos rectos que parecía indicar que la señora Wilt no

sólo había perdido la vida sino también las rótulas. Era esta deformidad característica lo que hacía tan difícil y tan desagradable la tarea de Barney. Cuando el cuerpo cayó por cuarta vez al agujero, Barney bajó personalmente a ayudar desde abajo.

— Si la dejáis caer — gritó desde las profundidades —, habrá dos cadáveres aquí abajo; así que mucho cuidado con esa cuerda. Voy a atársela al cuello.

El inspector Flint atisbó por el agujero.

— No hará usted tal cosa — gritó —. No queremos que resulte decapitada. La necesitamos entera, de una pieza.

— Sí, es toda una pieza — fue la respuesta apagada de Barney.

— No tendrá que preocuparse por eso.

— ¿No puede atar la cuerda a otro sitio?

— Podría, sí — admitió Barney —. Pero no lo haré. Una pierna puede desprenderse con más facilidad que la cabeza. Y no quiero estar aquí abajo cuando caiga.

— De acuerdo — dijo el inspector —. Espero que sepa bien lo que hace; nada más.

— Le diré algo. El tipo que la echó aquí abajo sabía bien lo que hacía, de eso no hay duda.

Pero esta quinta tentativa fracasó, como las cuatro anteriores, y Judy volvió a las profundidades, quedando asentada pesadamente sobre los pies de Barney.

— Id a por esa maldita grúa — gritó —. No puedo soportar más esto.

— Tampoco yo — murmuró el inspector, que aún no estaba seguro de lo que era lo que estaban desenterrando; una muñeca disfrazada para que pareciera la señora Wilt, o la señora Wilt disfrazada para parecer algo que un escultor chiflado hubiera olvidado a medio acabar. Las pocas dudas que pudiera albergar sobre la cordura de Wilt se habían disipado por lo que estaba presenciando. Un hombre capaz de llegar a los espantosos extremos a que había llegado Wilt para lograr que su esposa o una muñeca de plástico con vagina resultasen inaccesibles y quedasen horrorosamente mutiladas, tenía que estar loco.

El sargento Yates expresó los pensamientos del inspector con estas palabras:

— Ahora no me dirá que ese cabrón no está mal de la cabeza — dijo, mientras la grúa se colocaba en posición y bajaban la cuerda para atarla al cuello de Judy.

— Está bien, sáquenla ya — gritó Barney.

En el comedor, sólo el doctor Board disfrutaba del almuerzo. Los ocho miembros del Comité del Consejo Nacional de Títulos no hacían lo mismo. Tenían los ojos fijos en la escena que se desarrollaba abajo.

— Creo que podría decirse que ella está in statue pupillari — dijo el doctor Board, sirviéndose un poco más de merengue de limón—. En cuyo caso, nosotros nos hallamos in loco parentis. No es una idea agradable, caballeros. No es que fuera nunca una alumna muy inteligente. Yo la tuve una vez en una clase nocturna de literatura francesa. No sé lo que sacó ella de *Las flores del mal*, pero recuerdo que pensé que Baudelaire...

— Doctor Board — dijo beodamente el doctor Mayfield—. Para ser un hombre supuestamente cultivado, carece por completo de sensibilidad.

— Cosa que comparto con la difunta señora Wilt, a lo que parece — dijo el doctor Board, mirando por el ventanal—. Y ya que hemos tocado el tema, parece que la cosa está en marcha. Sí, no hay duda.

Hasta el doctor Cox, recién revivido y animado por los demás a tomar un poco de carnero, miró por el ventanal. Cuando la grúa alzó lentamente a Judy haciéndola visible, el consejo de cursos y el comité inspector se levantaron y se acercaron a mirar. No era un espectáculo muy edificante. Cerca ya del final del agujero, a Judy se le enganchó la pierna izquierda en un entrante mientras el brazo extendido se hundió en la tierra.

— Aguantadla — gritó Barney con voz imprecisa; pero era demasiado tarde.

Nervioso por la naturaleza de su carga, o en la errónea creencia de que le habían dicho que la levantara más, el operario de la grúa tiró de Judy hacia arriba. Hubo un rechinar terrible al apretarse el lazo y, al instante siguiente, la cabeza de hormigón de Judy, coronada con la peluca de Eva Wilt, pareció a punto de cumplir la predicción del inspector Flint de que sería decapitada. Dadas las circunstancias, el inspector no tenía por qué haberse preocupado. Al seguir la cabeza subiendo y estar el cuerpo firmemente enganchado en el agujero, el cuello de Judy respondió magníficamente a la situación: se estiró.

— Dios santo — dijo frenéticamente el profesor Baxendale—. ¿es que esto no va a acabar nunca?

El doctor Board estudiaba el fenómeno con creciente interés.

—No parece razonable —dijo—. ¿No crees que podríamos tirarles así del cuello a nuestros estudiantes, eh, Mayfield?

Pero el doctor Mayfield no contestó. Cuando Judy adquirió la configuración de un avestruz que hubiera enterrado despistadamente la cabeza en un cubo de cemento, supo que el título conjunto no se aprobaría.

—He de reconocer, en honor de la señora Wilt —dijo el doctor Board—, que sabe aguantar. Nadie podrá decir que tiene el cuello rígido. Delgado, puede. Empiezo a entender lo que se proponía Modigliani.

—Cállese, por amor de Dios —gritó histéricamente el doctor Cox—. Creo que voy a perder la cabeza.

—Que es más de lo que puede decirse de la señora Wilt —dijo implacable el doctor Board.

Le interrumpió otro horroroso chirrido: el cuerpo de Judy al fin había cedido en su lucha con el agujero. Se lanzó hacia arriba con una lluvia de tierra para reanudar una relación más íntima con su cabeza; quedó colgando desnuda, rosada y, ahora que habían quedado eliminadas ropa y hormigón, parecía notablemente real, al extremo de la cuerda, a unos siete metros por encima del suelo.

—He de decir —dijo el doctor Board, fijándose detenidamente en la vulva— que nunca había sentido demasiada simpatía por la necrofilia hasta ahora; pero empiezo a comprender que tiene sus encantos. Por supuesto, sólo es interés histórico, pero en tiempos de la reina Isabel era uno de los gajes de los verdugos...

—Board —chilló el doctor Mayfield—. He conocido cerdos en mi vida. Pero...

El doctor Board se sirvió un poco más de café.

—Creo que el término utilizado en la jerga es «probar el fiambre».

Bajo la grúa, el inspector Flint se limpiaba la cara de barro y miraba hacia arriba; miraba aquel espantoso objeto que se columpiaba sobre él. Ya se había dado cuenta de que sólo era una muñeca. Y también comprendía por qué había querido Wilt enterrar aquella animalada.

—Bájenla. Bájenla, por amor de Dios —aullaba, mientras los fotógrafos de prensa le rodeaban.

El operario que dirigía la grúa había perdido el control. Cerró los ojos, pulsó una palanca equivocada y Judy empezó a subir.

—Párela, párela; es una condenada prueba —chillaba el inspector.

Pero ya era demasiado tarde.

Cuando la cuerda se enrolló toda en la polea, Judy la siguió. La gorra de cemento se desintegró, la cabeza se deslizó entre los rodillos y el cuerpo empezó a hincharse. Las piernas fueron lo primero afectado.

—Me había preguntado muchas veces cómo sería la elephantiasis —dijo el doctor Board—. Creo que Shelley tenía una fobia con ella.

También la tenía el doctor Cox, desde luego. Farfullaba en un rincón y el subdirector le instaba a serenarse y controlarse.

—Plásticamente perfecta —observó el doctor Board, entre las exclamaciones de horror sofocado, cuando Judy, ahora claramente preñada de doce meses, proseguía su transformación—. Período Alto Minoico, ¿no cree usted, Mayfield?

Pero el doctor Mayfield ya no podía hablar. Miraba fija y delirantemente una vagina en rápida expansión de unos treinta y cinco centímetros de longitud y veinte de anchura. Hubo un pop y aquel chisme se transformó en un pene, un enorme pene que crecía y crecía. El doctor Mayfield creyó estar enloqueciendo realmente. Sí, sabía que estaba volviéndose loco.

—Vaya, vaya, qué curioso —dijo el doctor Board—. Tenía noticias de casos de operaciones de cambio de sexo en hombres, pero...

—¿Qué dice? —gritó el doctor Mayfield—. ¿Cómo puede soportar seguir ahí con tanta tranquilidad hablando de...?

Se oyó un estruendo. Judy había llegado al límite de su resistencia. También el doctor Mayfield. Lo primero que desapareció fue el pene. Lo segundo, el doctor Mayfield. Cuando Judy se deshinchó, el doctor Mayfield se lanzó hacia el doctor Board, y cayó al suelo farfullando.

El doctor Board ignoró a su colega.

— ¿Quién iba a pensar que ese saco viejo tuviera tanto aire dentro? — murmuró, terminándose el café.

Mientras el subdirector se llevaba fuera al doctor Mayfield, el doctor Board se volvió al profesor Baxendale.

— Le pido disculpas por Mayfield — dijo —. Me temo que ese título conjunto ha sido demasiado para él; y, a decir verdad, a mí Mayfield siempre me pareció básicamente desequilibrado. Un caso de demencia post-Cox, diría yo.

El inspector Flint volvió en el coche a la comisaría en un estado que bordeaba la locura.

— Hemos quedado como imbéciles — le decía al sargento Yates —. Ya vio usted cómo se reían. Ya oyó lo que decían, los muy cabrones.

Estaba particularmente enfurecido con los fotógrafos de prensa, que le habían pedido que posara con los flácidos restos de la muñeca de plástico.

— Hemos quedado en ridículo delante de todo el mundo. Santo cielo, esto va a pagarlo alguien.

Salió del coche como una exhalación y se adentró por el pasillo camino de la sala de interrogatorios.

— Bueno, Wilt — gritó —. Ya ha tenido su diversión, y una diversión bastante repugnante, por cierto. Así que vamos a dejarnos de sandeces y a llegar al fondo del asunto.

Wilt examinó el trozo de plástico roto.

— Parece mejor así, si he de serle sincero — comentó —. Más natural, no sé si me entiende...

— También usted parecerá muy natural si no contesta mis preguntas — gritó el inspector —. ¿Dónde está?

— ¿Dónde está quién? — dijo Wilt.

— La maldita señora Wilt. ¿Dónde la metió usted?

— Ya se lo dije, inspector. No la metí en ningún sitio.

— Pues yo le digo a usted que sí. Ahora, o me dice por las buenas dónde está o se lo saco a golpes.

— Puede pegarme si quiere — dijo Wilt — . Pero no sacará nada en limpio.

— Oh, sí que lo sacaré — dijo el inspector, y se quitó la chaqueta.

— Exijo ver a un abogado — dijo rápidamente Wilt.

El inspector Flint volvió a ponerse la chaqueta.

— Estaba esperando oírsele decir. Henry Wilt, le acuso a usted ahora mismo de...

16

Eva saludó el amanecer de un nuevo día hinchando por décima vez el colchón neumático entre los juncos. O tenía un escape o la válvula tenía un fallo. Fuese lo que fuese, le había impedido avanzar más, haciéndolo con lentitud excesiva y obligándola a refugiarse en los juncos, fuera del canal. Allí, encajada entre los tallos, había pasado una noche embarrada, bajándose del colchón para hincharlo y volviendo a subir para limpiarse el cieno y los hierbajos que se le pegaban mientras lo hinchaba. Y, entretanto, había perdido la parte inferior del pijama amarillo limón y la parte de arriba se le había roto, de forma que, al amanecer, más que el ama de casa obsesiva de la Avenida Parkview 34, parecía una finalista de la sección de pesos pesados del campeonato femenino de lucha

en el barro. Además, tenía mucho frío y se alegró cuando el sol salió, trayendo consigo la promesa de un cálido día estival. Lo único que tenía que hacer ya era abrirse paso hasta tierra o agua abierta y encontrar a alguien que... En ese momento, Eva comprendió que su aspecto podría causar cierto embarazo. El pijama amarillo limón había sido lo bastante exótico como para forzarla a no bajar caminando por la calle con él puesto. Y desde luego no quería que la vieran en público sólo con la mitad del pijama. Por otra parte, no podía quedarse todo el día entre los juncos. Se lanzó, pues, al agua, arrastrando tras de sí el colchón neumático, medio nadando, pero sobre todo caminando entre barro y agua. Salió al fin de los juncos a agua abierta y se encontró con que al fondo se veía una casa, un jardín que descendía hasta el borde del agua, y una iglesia. Parecía quedar bastante lejos, pero no había ninguna embarcación a la vista. Tendría que cruzar nadando y rezar para que la mujer que viviera allí fuera comprensiva y, sobre todo, grande. Lo bastante grande para prestarle ropa. Fue en este punto cuando Eva descubrió que se había dejado el bolso entre los juncos. Recordaba que por la noche lo tenía, pero se le debía de haber caído del colchón neumático cuando lo estaba hinchando. En fin, ya no podía volver a buscarlo. Tenía que seguir sin él y llamar a Henry por teléfono y decirle que viniera en el coche a recogerla. Y además podía traerle algo de ropa. Sí, esa era la mejor solución.

Eva Wilt se subió al colchón y comenzó a remar con las manos. Hacia la mitad del trayecto, el colchón neumático se deshinchó por onceava vez. Eva lo abandonó y siguió avanzando con el chaleco salvavidas. Pero el chaleco le obstaculizaba el avance, así que al fin se libró también de él. Siguió dando zancadas e intentó desprenderse del maldito chaleco, cosa que logró tras una breve pugna, en la cual se desintegró lo que quedaba del pijama amarillo limón; así que cuando llegó a la orilla, Eva Wilt no sólo estaba exhausta, sino también completamente desnuda. Se arrastró hasta la protección de un sauce y se tendió jadeante bajo él, en el suelo. Cuando se hubo recuperado, se incorporó y miró a su alrededor. Se encontraba al fondo del jardín, la casa quedaba a unos cien metros de distancia, loma arriba. Era una casa muy grande, para los criterios de Eva, y no se trataba de una casa en la que ella se pudiera sentir cómoda, en el mejor de los casos. Por una parte, parecía tener un patio con establos al fondo; y para Eva, cuyo conocimiento de casas de campo grandes se limitaba a lo que había visto en la tele, aquello sugería criados, aristocracia y unos formalismos sociales que harían que su aparición desnuda allí resultase grotesca. Por otra parte, todo el lugar parecía en una decadencia patente. El jardín estaba sin cuidar y lleno de malas hierbas; setos ornamentales que en otros tiempos se habían podado en formas de aves y animales, habían adquirido ahora formas extrañas y vagamente monstruosas; había aros oxidados medio ocultos entre la hierba de un campo de croquet casi olvidado; una red de tenis se extendía

fláccida entre dos postes, y un invernadero abandonado lucía unos cuantos paños de cristal cubierto de hiedra. Por último, había un desvencijado embarcadero y una barca de remos. La finca tenía, en conjunto, un aire imponente y siniestro que no mejoraba por la presencia de aquella pequeña iglesia oculta entre árboles que había a la izquierda y el olvidado camposanto que había al otro lado de una verja de hierro oxidada y vieja.

Eva miró desde el sauce llorón bajo el cual estaba y se disponía ya a abandonar su cobijo cuando se abrieron las puertaventanas y salió a la terraza un hombre con unos prismáticos que enfocó hacia Eel Stretch. Vestía aquel hombre una sotana negra y cuello eclesiástico. Eva volvió a refugiarse tras el árbol y consideró lo embarazoso de su situación y de su desnudez. Todo era sumamente turbador. Por nada del mundo se acercaría a la casa, a la vicaría, desnuda como estaba. La Avenida Parkview no la había preparado para situaciones de aquel género.

Rossiter Grove tampoco había preparado a Gaskell para la situación en que se halló cuando Sally le despertó diciéndole:

—Nene Noé, el cielo ya está seco, ha llegado el momento de salir de la jaula.

Gaskell abrió la puerta del camarote y salió; y se encontró con que Eva se había ido ya y se había llevado el colchón neumático y los chalecos salvavidas.

—¿Quieres decir que la dejaste fuera toda la noche? —dijo—. Ahora sí que estamos metidos en un atolladero. No tenemos remos, ni chalecos salvavidas, nada de nada.

—¿Cómo iba yo a imaginar que haría una locura como ésta de llevárselo todo? —protestó Sally.

—La dejaste fuera bajo la lluvia toda la noche; algo tenía que hacer. Puede haber muerto congelada. O ahogada.

—Intentó matarme. ¿Crees que iba a dejarla entrar conociendo sus intenciones? Claro que la culpa de todo la tienes tú por ponerte a explicar lo de la muñeca.

—Cuéntale eso a los policías cuando encuentren su cadáver flotando río abajo. Explícales por qué dejó nuestra embarcación en plena tormenta.

—¡Tú lo que quieres es asustarme! —dijo Sally—. Yo no la obligué a irse ni a nada.

— Lo único que te digo es que si le ha pasado algo, todo resultará muy extraño. Y ahora, explícame cómo vamos a salir de aquí. Si crees que voy a echarme a nadar sin chaleco salvavidas, estás muy confundida. No soy ningún Spitz.

— Héroe mío — dijo Sally.

Gaskell entró en el camarote y buscó en el armario que había junto a la cocina.

— Y otra cosa. Tenemos un problema de alimentos. Y de agua. No nos queda gran cosa, la verdad.

— Tú nos metiste en este lío. Discurre la forma de salir de él — dijo Sally.

Gaskell se sentó en la litera, intentando dar con un medio de salir de allí. Tenía que haber alguna forma de indicar a la gente que se encontraban allí y que tenían problemas. Tenía que haber gente relativamente cerca. En realidad, la tierra firme tenía que quedar justo al otro lado de los juncos. Salió y se subió al techo del camarote; pero, aparte de la torre de la iglesia a lo lejos, nada podía ver más allá de los juncos. Tal vez si cogían un trozo de tela o una prenda de ropa y la movían, les viera alguien. Bajó pues al camarote y cogió la funda de una almohada y se pasó veinte minutos agitándola al viento y gritando. Luego, volvió al camarote y sacó el mapa y lo examinó, en un vano intento de descubrir dónde se hallaban. Estaba doblando el mapa ya cuando localizó las fichas del scrabble, que estaban aún sobre la mesa. Letras individuales. Si tuviera algo que pudiese flotar en el aire con letras, con aquellas letras. Como, por ejemplo, una cometa. Gaskell consideró posibles métodos para fabricar una cometa, pero desistió. Quizá lo mejor, después de todo, fuera hacer señales de humo. Cogió una lata vacía de la cocina y la llenó de petróleo junto al motor y empapó en él un pañuelo y subió otra vez al techo del camarote. Prendió fuego al pañuelo e intentó prender fuego al petróleo, pero cuando al fin ardió hacía muy poco humo y la lata se calentó demasiado y no podía aguantarla. La tiró al agua de una patada; se apagó con un zumbido.

— Nene genio — dijo Sally — . Eres el más grande.

— Sí, ya lo sé, si se te ocurre algo práctico, házmelo saber.

— Prueba a nadar.

— Prueba a ahogarte — contestó Gaskell.

— Podrías hacer una balsa o algo.

— Podría hacer pedazos este barco de Scheimacher. Es lo que nos hace falta.

— Una vez, vi una película en la que esos gauchos o romanos o algo así llegaban a un río y querían cruzarlo y utilizaban vejigas de cerdo — dijo Sally.

— Sí, claro, como disponemos de tantos cerdos... —dijo Gaskell.

— Podrías utilizar las bolsas de basura de la cocina —dijo Sally.

Gaskell cogió una bolsa de plástico, la hinchó, ató el extremo de la misma con cuerda. Luego, la apretó. La bolsa se deshinchó.

Gaskell se sentó, abatido. Tenía que haber alguna forma simple de llamar la atención; desde luego él no estaba dispuesto a lanzarse a nadar por aquel agua oscura agarrado a una bolsa de basura hinchada. Jugueteó con las fichas de scrabble y pensó una vez más en cometas. O globos. Globos.

— ¿Dónde tienes tus condones? —preguntó de repente.

— Jesús, en un momento como este tienes una erección —dijo Sally—. Olvídate del sexo. Piensa en alguna forma de salir de aquí.

— Ya la tengo —dijo Gaskell—. Quiero esos condones.

— ¿Piensas bajar flotando río abajo sobre un montón de condones?

— Globos —dijo Gaskell—. Los hinchamos y pintamos en ellos letras y los lanzamos flotando al aire.

— Nene genio —dijo Sally, y entró en el lavabo. Salió con una bolsa de esponja—. Aquí están. Por un momento, pensé que me querías a mí.

— Los días de vino y rosas —dijo Gaskell— se acabaron. Recuérdame que tengo que pedir el divorcio.

Abrió un paquete e hinchó un anticonceptivo haciendo luego un nudo en el extremo.

— ¿Basándote en qué?

— Por ejemplo, en que eres lesbiana —dijo Gaskell alzando el condón—. Eso y la cleptomanía, y esa costumbre que tienes de poner a otros hombres en muñecas y atarlos. Elige lo que quieras y yo lo utilizaré. Eres ninfomaniaca, por ejemplo.

— No te atreverías. A tu familia le encantaría el escándalo.

— Pues ya lo verás, ya —dijo Gaskell, hinchando otro condón.

— Perverso.

— Marimacho.

Sally achicó los ojos. Empezaba a pensar que él decía en serio aquello del divorcio; si Gaskell se divorciaba de ella en Inglaterra, ¿qué pensión de divorcio conseguiría? Insignificante. No había hijos, y ella tenía idea de que los tribunales ingleses eran bastante tacaños en cuestión de dinero. También lo era Gaskell y también su familia. Ricos y tacaños. Le miró fijamente.

— ¿Dónde tienes el barniz de uñas? —preguntó Gaskell cuando terminó, dejando que diecisiete anticonceptivos llenasen el camarote.

— Muérete — dijo Sally.

Y salió fuera, a pensar.

Contempló el agua oscura y pensó en ratas y en muerte y en ser pobre otra vez, y liberada. El paradigma de las ratas. El mundo era un lugar asqueroso. La gente, objetos que había que utilizar y desechar. Era la filosofía del propio Gaskell; y ahora Gaskell la desechara a ella. Y un resbalón en aquella cubierta aceitosa podría resolver sus problemas. Bastaba con que Gaskell resbalase, cayese y se ahogase; y ella sería libre y rica y nadie lo sabría jamás. Un accidente. Muerte natural. Pero Gaskell sabía nadar y no podía haber ningún error. Si lo intentaba una vez y fallaba, no podría volverlo a intentar. El estaría en guardia. Tenía que ser algo seguro y tenía que parecer natural.

Gaskell salió del camarote a cubierta con los anticonceptivos. Los había atado todos y había pintado en cada uno una sola letra con barniz de uñas, de modo que, en conjunto, decían SOCORRO SOS SOCORRO. Subió al techo del camarote y los lanzó al aire. Se alejaron flotando un momento y luego la brisa ligera se apoderó de ellos y descendieron de lado hacia el agua. Gaskell los recogió con la cuerda y lo intentó de nuevo. Y otra vez acabaron flotando en el agua.

— Esperaré a que haya un poco más de viento —dijo, y ató la cuerda a la barandilla, donde quedaron balanceándose suavemente.

Luego, entró en el camarote y se echó en la litera.

— ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Sally.

— Dormir. Despiértame cuando haya viento.

Se quitó las gafas y se tapó con una manta.

Sally se sentó fuera, en un cajón, y empezó a pensar en la idea de ahogarlo. En la cama.

— Señor Gosdyke — dijo el inspector Flint —, usted y yo tenemos relación desde hace muchos años y estoy dispuesto a ser franco con usted: no lo sé.

— Pero usted le ha acusado de asesinato — dijo el señor Gosdyke.

— El lunes tendrá que comparecer ante el juez. Entretanto, seguiré interrogándole.

— Pero no hay duda de que el hecho de que él admitiese haber enterrado a una muñeca de tamaño natural...

— Vestida con las ropas de su esposa, Gosdyke. Con las ropas de su esposa. No olvide usted eso.

— Aun así, me parece insuficiente. ¿Puede estar usted absolutamente seguro de que se ha cometido un asesinato?

— Tres personas han desaparecido de la faz de la tierra sin dejar rastro. Han dejado atrás dos coches, una casa llena de vasos sucios y de los restos de una fiesta... Debería haber visto usted esa casa... un cuarto de baño y un descansillo llenos de sangre...

— Pudieron irse en el coche de otra persona.

— Pudieron, pero no lo hicieron. Al doctor Pringsheim no le gustaba ir en el coche de otro. Lo sabemos por sus colegas del Departamento de Bioquímica. No soportaba, además, a los conductores británicos. No me pregunte usted por qué tenía esa manía, porque no lo sé.

— ¿Trenes? ¿Autobuses? ¿Aviones?

— Hemos comprobado una y otra vez. Nadie que responda a su descripción utilizó ninguna forma de transporte público o privado para salir de la ciudad. Y si me dice usted que se pudieron ir en bicicleta, le contestaré que tampoco es posible. La bicicleta del doctor Pringsheim está en el garaje. No, de eso ya puede olvidarse usted. No se fueron a parte alguna. Murieron. Y el señor Wilt el Listo lo sabe.

— Yo aún no comprendo cómo puede estar usted tan seguro — dijo el señor Gosdyke.

El inspector Flint encendió un cigarrillo.

— Basta examinar sus actos, los actos que él mismo admite, para ver lo que significan — dijo —. Coge una muñeca de plástico de tamaño natural...

— ¿De dónde la coge?

— Dice que se la dio su esposa. Lo de menos es de dónde la sacó.

— El dice que vio ese chisme por primera vez en casa de los Pringsheim.

— Quizá sea cierto. Estoy dispuesto a admitirlo. Cogiésela de donde la cogiese, no hay duda de que la vistió para que pareciera la señora Wilt. La mete en aquel agujero de las obras de la escuela, un agujero que sabe que van a rellenar con hormigón. Se asegura de que le vea el vigilante cuando sabe que la escuela está cerrada. Deja una bici llena de huellas dactilares con un libro suyo en el cesto. Deja un reguero de notas que llevan hasta el agujero. Aparece en casa de la señora Braintree a media noche lleno de barro y dice que ha tenido un pinchazo cuando no es cierto. ¿Va a decirme usted a mí que no se proponía nada con todo esto?

— El dice que lo único que hizo fue intentar librarse de la muñeca.

— Y a mí me contó que estaba ensayando el asesinato de su esposa. Eso lo ha admitido.

— Sí, pero sólo como una fantasía. Lo que me ha contestado a mí es que quería librarse de esa muñeca — Insistió el señor Gosdyke.

— Entonces, ¿por qué la ropa, por qué hincharla y por qué dejarla en una posición que era seguro que la localizasen al ir a verter el hormigón. ¿Por qué no la tapó con tierra si no quería que la vieran? ¿Por qué no quemar sin más ese maldito trasto o dejarlo en una cuneta? No tiene sentido el asunto a menos que se considere un plan deliberado para desviar la atención del verdadero crimen.

El inspector hizo una pausa y luego continuó:

— En fin, según mi opinión, en esa fiesta sucedió algo que no sabemos. Quizá Wilt encontrara a su mujer en la cama con el doctor Pringsheim y los matara a los dos. Y apareciese la señora Pringsheim y la matara también.

— ¿Cómo? — dijo el señor Gosdyke — . No encontraron ustedes tanta sangre.

— La estranguló. Estranguló a su propia esposa. A Pringsheim lo mató a golpes. Luego, oculta los cadáveres en algún sitio, se va a casa y deja la pista falsa de la muñeca. El domingo, se deshace de los auténticos cadáveres...

— ¿Y dónde los mete?

— Eso sólo Dios lo sabe, pero yo acabaré descubriéndolo. Lo único que sé es que un hombre capaz de idear un plan como este tiene que haber pensado en algún lugar diabólico para ocultar las auténticas víctimas. No me sorprendería que hubiera pasado el domingo utilizando ilegalmente el crematorio. Hiciera lo que hiciera, puede estar usted seguro de que lo hizo a conciencia.

Pero el señor Gosdyke seguía sin dejarse convencer.

— Ojalá supiera por qué está usted tan seguro — dijo.

— Señor Gosdyke — dijo cansinamente el inspector —, ha pasado usted dos horas con su cliente. Yo me he pasado casi toda la semana con él, y si he sacado algo en limpio de la experiencia, es esto: ese tipo que hay ahí dentro sabe lo que se hace. Cualquier hombre normal en su situación estaría preocupado y alarmado y asustado. Cualquier inocente que se vea en la situación de que su esposa ha desaparecido y de que hay las pruebas que hay, que hemos encontrado, de asesinato, habría sufrido una crisis nerviosa. Pero Wilt no. Oh, no. El está ahí sentado tan tranquilo y me dice a mí cómo tengo que llevar la investigación. En fin, si de algo me convence eso, es de que ese cabrón es absolutamente culpable. Fue él quien lo hizo y estoy seguro de ello. Y lo que es más: voy a demostrarlo.

— Pues a mí me parece que está algo preocupado — dijo el señor Gosdyke.

— Tiene buenas razones para estarlo — dijo el inspector —. Porque el lunes por la mañana le sacaré la verdad aunque tenga que matarle yo a él.

— Inspector — dijo el señor Gosdyke, levantándose —, debo advertirle que he aconsejado a mi cliente que no diga ni una palabra más; y si aparece ante el juez con un rasguño...

— Debería conocerme usted mejor ya, señor Gosdyke. No soy tan tonto; y si su cliente tiene alguna señal el lunes por la mañana, no será por nada que le hayamos hecho ni yo ni mis hombres. Eso se lo aseguro.

El señor Gosdyke salió de la comisaría de policía bastante desconcertado. Tenía que admitir que la historia de Wilt no era muy convincente. El señor Gosdyke no tenía gran experiencia de trato con asesinos, pero tenía la aguda sospecha de que los hombres que confesaban abiertamente que habían albergado fantasías de asesinar a sus esposas, acababan admitiendo que lo habían hecho realmente. Y su intento de conseguir que Wilt admitiera que había metido la muñeca en aquel agujero como una especie de broma que gastaba a sus colegas de la Escuela, no había logrado el menor éxito. Wilt se había negado a mentir y el señor Gosdyke no estaba acostumbrado a clientes que insistían en decir la verdad.

El inspector Flint volvió a la sala de interrogatorios y miró a Wilt. Luego, arrimó una silla a la mesa y se sentó.

—Henry —dijo con una afabilidad que no sentía—. Usted y yo vamos a tener una pequeña charla.

—¿Qué? ¿Otra? —dijo Wilt—. El señor Gosdyke me ha aconsejado que no hable.

—Siempre lo hace —dijo dulcemente el inspector— con clientes que sabe que son culpables. Bien, ¿charlamos?

—La verdad es que no tengo inconveniente. No soy culpable y conversar ayuda a pasar el tiempo.

Era sábado y, como todos los demás días de la semana, la pequeña iglesia de Waterswick estaba vacía. Y, como todos los demás días de la semana, el vicario, el reverendo St. John Froude, estaba borracho. Las dos cosas iban juntas, la falta de fieles y la borrachera del vicario. Era una antigua tradición que se remontaba a los tiempos del contrabando en que el coñac para el párroco había sido la única razón de que aquel pueblecito aislado tuviera un vicario. Y, como a tantas tradiciones inglesas, le costaba morir. Las autoridades eclesiásticas procuraban que Waterswick tuviera párrocos de una mentalidad adecuada, párrocos cuyos desconcertantes entusiasmos tendían a hacerles impropios para parroquias más respetables. Y ellos, para consolarse por la soledad y el aislamiento y la falta de interés por las cosas espirituales de sus feligreses, se tornaban alcohólicos. El reverendo St. John Froude continuaba la tradición. Cumplía con sus deberes con el mismo fervor fundamentalista anglocatólico que le había hecho tan impopular en Esher y dirigía una mirada alcohólica a las actividades de sus escasos feligreses que, ahora que el coñac no tenía tanta demanda, se contentaban con esporádicos cargamentos de ilegales inmigrantes hindúes.

Aquella mañana, tras concluir el desayuno a base de ponche de leche y huevo y café irlandés, mientras consideraba las iniquidades de sus colegas más egregios, tal como se relataban en el periódico del domingo anterior, le sobresaltó ver algo que se balanceaba por encima de los juncos en Eel Stretch. Parecían globitos pequeños, unos globos muy raros en forma de salchichas que se alzaban levemente y desaparecían luego. El reverendo St. John Froude se estremeció, cerró los ojos, volvió a abrirlos y pensó en las virtudes de la abstinencia. Si tenía razón, y no sabía si deseaba o no tenerla, alguien estaba profanando la mañana con una manada de anticonceptivos, anticonceptivos hinchados, que se bamboleaban erráticamente donde, dada la naturaleza de las cosas, nunca jamás se había bamboleado ningún anticonceptivo. Esperaba al

menos que se tratara de una manada. Estaba tan acostumbrado a ver cosas dobles cuando en realidad eran únicas que no podía estar seguro de si lo que parecía una manada de anticonceptivos hinchados sería sólo uno, o incluso ninguno.

Salió tambaleante hacia el despacho a por los prismáticos y luego salió a la terraza. El fenómeno ya había desaparecido. El reverendo St. John Froude movió la cabeza lúgubrementemente. Las cosas, y en particular su hígado, tenían que andar muy mal para producirle semejantes alucinaciones por la mañana tan temprano. Volvió a la casa e intentó centrar su atención en el caso aquel del archidiácono de Ongar que se había sometido a una operación de cambio de sexo y luego se había fugado con el sacristán. Había allí tema para un sermón, sólo tenía que dar con el texto adecuado.

Eva Wilt observaba desde el fondo del jardín la retirada del párroco, preguntándose qué hacer. No tenía ninguna intención de subir hasta la casa y presentarse, en las condiciones en que se hallaba. Necesitaba ropa, o, al menos, algo con que cubrirse. Buscó a su alrededor algo que pudiera servirle provisionalmente para cubrirse y al fin se decidió por unas ramas de hiedra de la verja del cementerio. Sin perder de vista la vicaría, salió de su escondite bajo el sauce y se acercó a la verja y cruzó el portón y entró en el cementerio. Arrancó una rama de hiedra y colocándosela delante, más bien con torpeza, se acercó subrepticamente al sendero cubierto de maleza que conducía a la iglesia. Durante casi todo el camino, los árboles la ocultaban de la casa, pero una o dos veces tuvo que agacharse y saltar de tumba en tumba, perfectamente visible desde la vicaría. Cuando llegó al porche de la iglesia, jadeaba, y su sensación de impropiedad se había multiplicado por diez. Si la perspectiva de aparecer desnuda en la casa la ofendía por razones de decoro social, el entrar en la iglesia en cueros le parecía sacrílego. Se detuvo en el pórtico e intentó con todas sus fuerzas obligarse a entrar. Tenía que haber sobrepellices para el coro en la sacristía, y con una prenda así cubriéndola podría subir hasta la casa. ¿O no? Eva no estaba segura del significado de las sobrepellices y quizás el vicario pudiera enfadarse. Oh, Dios, era todo tan desconcertante. Por último, abrió la puerta de la iglesia y entró. La iglesia estaba húmeda y vacía; hacía frío dentro. Apretando la rama de hiedra contra sí, cruzó el templo hasta la puerta de la sacristía e intentó abrirla. Estaba cerrada. Se quedó allí tiritando, concentrándose en pensar. Por último, salió otra vez y se quedó quieta al sol, intentando calentarse.

En la sala de profesores de la escuela, discurseaba el doctor Board.

—Considerándolo todo, creo que hemos salido del asunto bastante aceptablemente —dijo—. El director siempre ha dicho que quería poner esta Escuela en el mapa y con la ayuda del amigo Wilt hemos de admitir que lo ha conseguido. El eco periodístico ha sido prodigioso, sin duda. No me sorprendería nada que el número de alumnos aumentase hasta alcanzar cifras prodigiosas.

—El Comité no aprobó nuestras propuestas —señaló el señor Morris—. Así que difícilmente se puede afirmar que su visita haya sido un éxito.

—Personalmente, creo que el billete de tren les resultó muy barato —dijo el doctor Board—. No todos los días se presenta la ocasión de asistir a una exhumación y una ejecución al mismo tiempo. Una suele preceder a la otra y, desde luego, la experiencia de ver lo que a todos los propósitos era una mujer convertirse en cuestión de segundos en hombre, un cambio de sexo instantáneo, fue, para utilizar una expresión moderna, algo explosivo.

—Hablando del pobre Mayfield —intervino el jefe del Departamento de Geografía—, tengo entendido que sigue aún en el hospital de enfermos mentales.

—¿Recluido? —preguntó esperanzado el doctor Board.

—Deprimido. Además padece agotamiento.

—No me sorprende. Una persona capaz de usar el idioma... de abusar del idioma, más bien, del modo que él lo hace, acaba teniendo problemas. Estructura como un verbo, por ejemplo.

—El había puesto grandes esperanzas en ese título conjunto, y el hecho de que lo hayan denegado...

—Muy razonablemente, además —dijo el doctor Board—. No logro entender qué valor pedagógico puede tener amontonar a estudiantes de segunda fila con ideas de quinta sobre temas tan diversos como la poesía medieval y los estudios urbanos. Mucho mejor, dejarles pasar el rato viendo cómo la policía desentierra el supuesto cadáver de una mujer empanado en hormigón, le estira el cuello, le arranca toda la ropa, lo ahorca y, por último, lo comprime hasta que explota. En fin, eso es lo que yo llamo una verdadera experiencia educativa. Combina arqueología y criminología, zoología y física, anatomía y teoría económica; y, al mismo tiempo, fija maravillosamente la atención de los estudiantes. Si hemos de tener cursos de títulos conjuntos, que sean de este género. Prácticos, además. Estoy pensando encargar una de esas muñecas.

— Aún no se ha resuelto el asunto de la desaparición de la señora Wilt — dijo el señor Morris.

— Oh, Eva, la buena Eva — dijo el doctor Board —. Después de ver tanto de lo que suponía que era ella, si alguna vez vuelvo a tener el placer de verla, tendré que tratarla con la mayor cortesía. Creo que llamaré Eva a mi muñeca.

— Pero la policía parece creer aún que está muerta.

— Una mujer como esa no puede morir nunca — dijo el doctor Board —. Puede estallar, pero su recuerdo permanece indeleble.

En su despacho, el reverendo St. John Froude compartía la opinión del doctor Board. El recuerdo de aquella señora grande y aparentemente desnuda que había vislumbrado saliendo del sauce del fondo del jardín como una ninfa repugnantemente agigantada y escurrirse por el cementerio, no era cosa que se olvidara fácilmente. El producirse esta visión, siguiendo a la aparición de los anticonceptivos hinchados, daba paso a la sospecha de que había estado exagerando un poco las cosas en el terreno del alcohol. Abandonando el sermón que había estado preparando sobre el archidiácono apóstata de Ongar (había pensado en «Por sus frutos los conoceréis» como título), se levantó y miró por la ventana en dirección a la iglesia; estaba preguntándose si debería bajar y averiguar si allí había o no una señora grande y gorda desnuda, cuando atrajo su atención algo entre los juncos, al otro lado del agua. Allí estaban de nuevo, aquellos chismes infernales. Esta vez no podía haber duda alguna al respecto. Los veía mucho más claramente que la primera vez y resultaban mucho más lúgubres y amenazadores. El sol estaba más alto y la niebla se alzaba sobre Eel Stretch, de forma que los anticonceptivos tenían un brillo luminoso, una inmaterialidad que era casi espiritual en sus implicaciones. Peor aún, parecían tener algo escrito. El mensaje era claro, aunque incomprensible. Decía CORROSO. El reverendo St. John Froude bajó los prismáticos y agarró la botella de whisky y consideró el significado de CORROSO ectoplasmáticamente pintado en el cielo. Cuando había acabado espasmódicamente el tercer vaso y había decidido que el espiritismo quizá tuviera algo de cierto, aunque casi siempre, vete a saber la causa, establecías contacto con un indio piel roja que hacía de intérprete del oscuro mensaje de alguna tía difunta, lo cual podría explicar la pronunciación incorrecta de algunas palabras... Entretanto el viento había cambiado por completo la disposición de las letras. Esta vez, cuando miró, el mensaje decía RROCOSO. El vicario se estremeció. ¿Qué querría decir aquello?

— Los pecados del espíritu —dijo, en tono de reproche a su cuarto vaso de whisky antes de consultar el oráculo una vez más.

ROSCORO se vio, seguido de CORROSO, a lo que siguió RRCSOCO, que todavía era peor. El reverendo St. John Froude dejó los prismáticos y la botella de whisky a un lado y se arrodilló para pedir a Dios que le librase de aquello, o si no, que le guiase al menos en una interpretación del mensaje. Pero cada vez que se levantaba para ver si se le habían concedido sus deseos, la combinación de letras seguía siendo tan absurda como antes o claramente amenazadora. Por último, decidido a descubrir personalmente el verdadero carácter de aquel hecho, se puso la sotana y bajó haciendo eses por el sendero hacia el embarcadero.

— Lamentarán este día —mascullaba, mientras se subía en la barca y agarraba los remos.

El reverendo St. John Froude tenía unos puntos de vista muy firmes sobre los anticonceptivos. Era uno de los dogmas de su anglocatolicismo.

En el yate, Gaskell dormía profundamente. Sally hacía sus preparativos, mientras tanto. Se desnudó y se puso el bikini de plástico. Sacó un pañuelo de seda del bolso y lo puso en la mesa y trajo una jarra de la cocina y, asomándose por la borda, la llenó de agua. Por último, entró en el lavabo y se maquilló ante el espejo. Cuando salió, llevaba pestañas postizas, los labios rojo intenso y el maquillaje pastel oscurecía su pubis pálido. Llevaba gorro de baño. Cruzó la puerta y alzó un brazo y sacó la cadera.

— Nene Gaskell —llamó.

Gaskell abrió los ojos y la miró.

— ¿Qué demonios pasa?

— ¿Te gusta, nene?

Gaskell se puso las gafas. Le gustaba, muy a su pesar.

— Crees que vas a engatusarme, ¿verdad? Pues estás muy equivocada...

Sally sonrió.

— Ahorra fuerzas. Me excitas, nene. Eres tan biodegradable... Y avanzó hacia él y se sentó a su lado en la litera.

— ¿Qué te propones?

—Quiero hacerlo, nene pervertido. Te mereces algo bueno. —Y le acarició suavemente—. Como en los viejos tiempos. ¿No te acuerdas?

Gaskell recordó y se sintió débil. Sally se inclinó hacia adelante, apretándole contra la litera.

—Sally la sustituta —dijo ella y le desabrochó la camisa.

Gaskell se resistía.

—Si crees...

—No hay que pensar, hay que hacer —dijo Sally, desabrochándole los pantalones—. Erección, sólo erección.

—Oh Dios —dijo Gaskell.

El perfume, el plástico, el rostro embadurnado como una máscara y las manos despertaban antiguas fantasías. Gaskell estaba tendido en posición supina en la litera, mirando a Sally fijamente mientras le desvestía. Siguió quieto incluso cuando le dio la vuelta y le puso boca abajo y le colocó las manos a la espalda, sin ofrecer resistencia.

—Nene esclavo —dijo ella, con suavidad, cogiendo el pañuelo de seda.

—No, Sally, no —dijo él débilmente.

Sally sonrió malignamente y le ató las manos, enrollándole cuidadosamente la seda entre las muñecas antes de apretar. Cuando terminó, Gaskell gimió:

—Me estás haciendo daño.

Sally le dio la vuelta.

—Te encanta —dijo ella, y le besó.

Luego, Sally volvió a sentarse y empezó a masturbarle suavemente.

—¡Más duro, nene, durísimo! Venga, súbete al cielo.

—Oh, Sally.

—Este es mi nene. Y ahora el impermeable.

—No hay ninguna necesidad. Me gusta más sin.

—Pero yo quiero, G. Lo necesito para demostrar que me amaste hasta que la muerte nos separó.

Y se inclinó y lo hizo girar.

Gaskell alzó la vista hacia ella. Notaba algo raro.

—Y ahora, el gorro.

Se inclinó y cogió el gorro de baño.

—¿El gorro? —dijo Gaskell—. ¿Por qué el gorro? No quiero ponérmelo.

—Oh, querido, claro que sí, ya verás. Con él, pareces una chica —le puso el gorro en la cabeza—. Y ahora entrarás en Sally.

Y se quitó el bikini y se agachó hacia él. Gaskell gemía y la miraba. Estaba encantadora. Hacía muchísimo tiempo que no estaba tan bien. Pero, aun así, Gaskell seguía teniendo miedo. En los ojos de Sally había un brillo que nunca había visto antes.

—Desátame —suplicó—. Estás haciéndome daño en el brazo.

Pero Sally se limitó a sonreír y a girar.

—Cuando hayas terminado, nene G. Cuando lo hayas hecho. —Movié las caderas—. Vamos, holgazán, rápido.

Gaskell se estremeció.

—¿Se acabó?

El asintió.

—Se acabó —dijo, con un suspiro.

—Definitivamente, nene, definitivamente —dijo Sally—. Eso fue, sí. El último de todos.

—¿El último de todos?

—Sí, has venido y te has ido. Estás al borde de la Laguna Estigia ya.

—¿Estigia?

—Estigia, sí, la Laguna Estigia. Lo único que falta es esto.

Y se inclinó para coger la jarra de agua cenagosa. Gaskell volvió la cabeza y miró la jarra.

—¿Para qué es eso?

—Para ti, nene. Leche de cieno. —Y subió más por su cuerpo; se le sentó en el pecho—. Abre la boca.

Gaskell Pringsheim la miró furioso. Comenzó a debatirse.

—Estás loca. Estás chiflada.

—Tú ahora estáte quieto y verás como no sufres. Pronto terminará todo, cariño. Muerte natural por agotamiento. En la cama. Estás haciendo historia.

—Zorra, zorra asesina.

—Soy Cerbero —dijo Sally y le vertió el agua en la boca.

Luego, posó la jarra y le colocó el gorro sobre la cara.

El reverendo St. John Froude remaba con sorprendente firmeza para ser un hombre con media botella de whisky en el cuerpo y tanta cólera en el pecho; y su cólera aumentaba a medida que se acercaba a los anticonceptivos. No era sólo que le hubiesen dado un susto absolutamente innecesario haciéndole temer por el estado de su hígado ante la visión de tales objetos (ahora que estaba cerca de ellos se daba cuenta de que eran reales), sino que además era un firme partidario de la doctrina de la no intervención sexual. Dios, según su punto de vista, había creado un mundo perfecto y se debía creer en lo que el Génesis decía; y desde entonces el mundo no había hecho más que decaer. Y había que creer al Génesis, porque si no el resto de la Biblia no tenía sentido alguno. Partiendo de esta premisa fundamentalista, el reverendo St. John Froude había avanzado erráticamente a través de Blake, Hawker, Leavis y una serie de teólogos oscurantistas, hasta llegar a convencerse de que los milagros de la ciencia moderna eran obra del demonio, de que la salvación se basaba en evitar todo progreso material que se hubiese producido a partir del Renacimiento (y aun alguno de los anteriores), y que la naturaleza era infinitamente menos feroz endientes y garras que el hombre moderno mecanizado. Estaba convencido, en suma, de que el fin del mundo era inminente en la forma de un holocausto nuclear y que su deber como cristiano era anunciar tal hecho. Sus sermones sobre el tema habían sido de un fervor tan vívidamente horrendo como para llevarle a su exilio de Waterswick. Ahora, mientras remaba por el canal hacia Eel Stretch, fulminaba en silencio los métodos anticonceptivos, el aborto y los males de la promiscuidad sexual. Eran todos síntomas y causas y síntomas causales del caos moral a que había llegado la vida en el mundo. Y, por último, estaban los excursionistas. El reverendo St. John Froude los despreciaba. Ensuciaban el pequeño edén de su parroquia con sus barcos, sus transistores y su desvergonzado gozar el presente. Y los excursionistas que eran capaces de

profanar el panorama que se divisaba desde la ventana de su despacho con anticonceptivos hinchados y mensajes incoherentes, esos ya eran pura abominación. Cuando llegó al punto desde el que se divisaba el yate, ya no estaba para bromas. Remó furioso hasta él, ató el borde a la barandilla del yate y, alzándose la sotana sobre las rodillas, subió a bordo.

En el camarote, Sally contemplaba el gorro de baño. Se hinchaba y se deshinchaba, se expandía y volvía a hundirse contra el rostro de Gaskell; Sally sonreía satisfecha. Era la mujer más liberada del mundo, la más liberada de todas. Gaskell agonizaba y ella sería libre y tendría un millón de dólares en el bote. Y nadie lo sabría nunca. Cuando estuviera muerto, le quitaría el gorro, le desataría y echaría el cadáver al agua. Gaskell Pringsheim habría muerto de muerte natural, ahogado. Y, en aquel momento, la puerta del camarote se abrió, Sally alzó la vista y contempló la silueta del reverendo St. John Froude a la entrada.

—Qué demonios... —masculló, levantándose de un salto y dejando a Gaskell.

El reverendo St. John Froude vaciló. Había ido allí a decir lo que tenía que decir y lo diría, pero había interrumpido a una mujer muy desnuda con una horrible mascarilla en la cara en el acto de practicar el coito con un hombre que, por lo que una ojeada rápida le permitía deducir, carecía de cara.

—Yo... —comenzó, y se detuvo.

El hombre que estaba echado en la litera, se había vuelto, cayendo al suelo, donde se debatía de un modo extraño. El reverendo St. John Froude le miraba perplejo. Aquel hombre no sólo carecía de rostro, sino que tenía las manos atadas a la espalda.

—Dios santo —exclamó el vicario, asombrado ante la escena; y alzó la vista hacia la mujer desnuda, pidiendo algún tipo de explicación.

La mujer desnuda le miraba diabólicamente y tenía en la mano un gran cuchillo de cocina. El reverendo St. John Froude retrocedió tambaleante mientras la mujer avanzaba hacia él sujetando el cuchillo con ambas manos. Era evidente que estaba loca. Lo mismo que el hombre que había en el suelo, que rodaba y rodaba sin cesar y volvía la cabeza a un lado y a otro. Al fin se soltó el gorro de baño, pero el reverendo St. John Froude estaba demasiado ocupado en la tarea de saltar por la borda y volver a su barca para darse cuenta. Se agachó cuando aquella terrible mujer se lanzó hacia él y empezó a alejarse remando, por completo olvidada su misión original. Sally se quedó en cubierta, insultándole; tras ella apareció una forma humana en la puerta del camarote. El vicario se

alegró al comprobar que ahora el hombre tenía rostro. No un rostro agradable, pero rostro al fin y al cabo; se acercaba a la mujer por detrás, con alguna intención malévol. Al instante, se puso en claro cuál era su intención. Se lanzó sobre la mujer, el cuchillo cayó al suelo de cubierta, la mujer se aferró a la barandilla de la borda y luego se deslizó hacia el agua. El reverendo St. John Froude no esperó más. Se alejó remando enérgicamente. Fuese cual fuese la sobrecogedora orgía de perversión sexual que había interrumpido, no quería saber nada de aquello ni de pintadas mujeres con cuchillos que le llamaban hijo de puta y mamón entre otras cosas; no despertaban sus simpatías cuando el objeto de sus pasiones obscenas las empujaba al agua. En cualquier caso, eran norteamericanos. Y el reverendo St. John Froude no estaba para perder el tiempo con norteamericanos. Ejemplificaban todo lo que a él le parecía ofensivo en el mundo moderno. Imbuido de una repugnancia aún mayor hacia el presente y de un deseo ardiente de llegar al whisky, remó hacia el embarcadero y amarró la barca.

A su espalda, en el yate, Gaskell había dejado ya de gritar. El sacerdote le había salvado la vida, ignoraba sus súplicas de ayuda y Sally estaba de pie junto al yate, con el agua a la cintura. En fin, podía seguir allí. Volvió al camarote, se puso de espaldas para poder cerrar la puerta con las manos atadas y buscó algo con que poder cortar el pañuelo de seda con que le había atado. Todavía estaba muy asustado.

— Bien — dijo el inspector Flint —. ¿Qué hizo después?

— Me levanté y leí los periódicos del domingo.

— ¿Y luego?

— Tomé un plato de cereales All-Bran y bebí un poco de té.

— ¿Té? ¿Está usted seguro de que era té? La última vez dijo usted café.

— ¿Qué vez?

— La última vez que me lo contó.

— Tomé té.

— ¿Y luego qué?

— Le di el desayuno a Clem.

— ¿Qué exactamente?

— Chappie.

— La última vez dijo usted Bonzo.

— Esta vez digo Chappie.

— Aclárese de una vez. ¿Cuál?

— ¿Qué coño más da cuál fuese?

— A mí sí me da.

— Chappie.

— Y después de darle de comer al perro...

— Me afeité.

— La última vez dijo que se había dado un baño.

— Me bañé y luego me afeité. Sólo intentaba ahorrar tiempo.

— Olvídense del tiempo, Wilt. Tenemos todo el tiempo del mundo.

— ¿Qué hora es?

— Cállese. ¿Qué hizo luego?

— Oh, por amor de Dios, qué importa. ¿Qué sentido tiene volver una y otra vez sobre las mismas cosas?

— Cállese.

— Bueno — dijo Wilt — . Lo haré.

— ¿Qué hizo usted después de afeitarse?

Wilt le miró fijamente sin decir nada.

— ¿Qué hizo después de afeitarse?

Pero Wilt seguía en silencio. Por fin, el inspector Flint salió de la sala de interrogatorios y mandó llamar al sargento Yates.

— Se ha cerrado en banda — dijo, cansinamente — . ¿Qué hacemos ahora?

— ¿Por qué no probamos con un poco de persuasión física?

Flint rechazó la propuesta con un cabeceo.

—Gosdyke le ha visto. Si aparece el lunes en el juzgado con un simple rasguño se nos echará encima acusándonos de malos tratos. Ha de haber otro medio. Debe de tener un punto débil en alguna parte. Pero, maldita sea, soy incapaz de encontrárselo. ¿Cómo lo conseguirá?

—¿El qué?

—No parar de hablar y no decir nada. Ni una sola cosa útil. Ese tipo tiene más opiniones sobre cada tema que hay bajo el sol llameante que pelos tengo yo en la cabeza.

—Si le mantenemos despierto otras cuarenta y ocho horas, se desmoronará, estoy seguro.

—Sí, pero también yo me desmoronaría —dijo Flint—. Tendríamos que aparecer en el juzgado el lunes los dos con camisas de fuerza.

Wilt, en la sala de interrogatorios, apoyó la cabeza en la mesa. Volverían al cabo de un momento con más preguntas, pero unos instantes de sueño eran mejor que nada. Dormir. Ay, si le dejaran dormir. ¿Qué había dicho Flint? “En cuanto firme usted una confesión, podrá dormir cuanto quiera.” Wilt consideró el comentario y sus posibilidades. Una confesión. Pero tendría que ser lo bastante plausible para mantenerles ocupados mientras descansaba él un poco; y, al mismo tiempo, tan imposible que la rechazase el tribunal. Una táctica dilatoria para dar tiempo a Eva a volver y demostrar que era inocente. Sería como dar a Instaladores de Gas Dos Shane para que leyese mientras él se sentaba a pensar en cómo podía deshacerse de Eva. Tenía que idear algo complicado que les mantuviera entregados a una actividad frenética. ¿Cómo los había matado? ¿A golpes en el cuarto de baño? No había sangre suficiente. Eso hasta Flint lo admitía. ¿Cómo, pues? ¿Qué forma agradable y suave de morir podría haber elegido? El pobre amigo Pinkerton había elegido una muerte pacífica cuando introdujo un tubo por el escape de su coche... Eso era, sí; pero, ¿por qué? Tenía que haber un motivo. ¿Eva estaba haciéndolo con el doctor Pringsheim? ¿Con aquel memo? No, eso era inconcebible. Eva no habría mirado ni dos veces a Gaskell. Pero Flint no tenía por qué saberlo. ¿Y qué decir de la zorra de Sally? ¿Estaban haciéndolo los tres juntos? En fin, eso al menos explicaría por qué les había matado a los tres y aportaría el tipo de motivación que podía entender Flint. Y, además, correspondía con aquel tipo de fiestas. Así que él cogió aquel tubo... ¿qué tubo? No hacía falta ningún tubo. Estaba en el garaje, se habían refugiado allí para aislarse de todos los demás. No, eso no resultaría. Tenía que ser el cuarto de baño. ¿Y si Eva y Gaskell estuvieran haciéndolo en el cuarto de baño? Eso era mejor. El había derribado la puerta en un ataque de celos. Mucho

mejor. Luego, les había estrangulado. Y luego, había aparecido Sally y la había matado a ella también. Eso explicaba la sangre. Había habido una lucha. El no había querido matarla, pero ella se había caído en el baño. Hasta ahora está bien. Pero, ¿dónde había metido los cadáveres? Tenía que ser algo bueno. Flint no se tragaría cualquier cosa, como que los había tirado al río. Algún sitio que hiciese parecer razonable lo de la muñeca en el agujero. Flint estaba absolutamente convencido de que lo de la muñeca había sido una táctica desviatoria: eso significaba que el tiempo era un factor importante en la desaparición de los cadáveres.

Wilt se levantó y pidió permiso para ir al retrete. Como siempre, le acompañó un agente que se quedó al otro lado de la puerta.

— ¿Pero por qué tiene que hacerlo? — preguntó Wilt—. No voy a ahorcarme con la cadena.

— Es para asegurarme de que no se la menea — dijo el agente con aspereza.

Wilt se sentó. Meneársela. Qué expresión tan extraña. Pelar la salchicha. Salchicha. Esto le hizo recordar Carne Uno. ¿Carne Uno? Fue un momento de inspiración. Wilt se levantó y tiró de la cadena. Carne Uno les mantendría ocupados mucho tiempo. Volvió a la estancia verde claro donde la luz ronroneaba. Flint estaba esperándole.

— ¿Hablará usted de una vez? — preguntó.

Wilt negó con un gesto. Para que la confesión resultara convincente, tendrían que arrancársela. Tendría que vacilar, empezar a decir algo, interrumpirse, empezar de nuevo, suplicar a Flint que no le torturara más, volver a empezar. No quería precipitarse. En fin, aquello ayudaría a mantenerle despierto.

— ¿Va a empezar usted otra vez por el principio? — preguntó.

El inspector Flint esbozó una sonrisa espantosa.

— Justo por el principio.

— Está bien — dijo Wilt—. Haga lo que le parezca. Pero no vuelva a preguntarme si le di al perro Chappie o Bonzo. No puedo soportar esa discusión sobre comidas de perro.

El inspector Flint se precipitó a morder el anzuelo.

— ¿Por qué no?

— Me destroza los nervios — dijo Wilt, con un escalofrío.

El inspector se inclinó hacia adelante.

— ¿La comida de perro le destroza los nervios? — preguntó.

Wilt vaciló patéticamente.

— No siga con eso — dijo —. No siga, por favor.

— Bueno, entonces dígame, ¿qué fue, Bonzo o Chappie? — preguntó el inspector, olfateando la sangre.

Wilt se llevó las manos a la cabeza.

— No diré nada. No lo diré. ¿Por qué tienen que preguntarme eso continuamente? Déjeme en paz.

Y elevó el tono de voz histéricamente y con ello elevó el ánimo y las esperanzas de Flint. Sabía muy bien que había tocado el nervio. Aquella era la vía.

— ¡Dios santo! —dijo el sargento Yates—, pero si almorzamos pastel de cerdo ayer. ¡Qué horror!

El inspector Flint se enjuagó la boca con café y escupió en el lavabo. Había vomitado dos veces y tenía ganas de vomitar otra vez.

—Sabía que tenía que ser algo así —dijo, con un escalofrío—. Lo sabía. Un hombre capaz de inventarse el truco ese de la muñeca tenía que tener en la manga algo verdaderamente repugnante.

—Pero quizás estén comidos ya todos —dijo el sargento.

Flint le miró malévolamente.

— ¿Por qué demonios cree usted que dejó la pista falsa? —preguntó—. Para que hubiera tiempo suficiente para consumirlos. Lo de “consumirlos” es una expresión suya, no mía. ¿Sabe usted cuánto dura un pastel de cerdo?

Yates movió la cabeza indicando que no.

— Cinco días. Cinco días. Así que, si salieron el jueves, significa que nos queda un día para encontrarlos o para encontrar lo que quede de ellos. Quiero que se registren todos los pasteles de cerdo de East Anglia. Quiero que se localicen y requisen todas las salchichas y los pasteles que hayan salido de la Fábrica de productos cárnicos esta semana. Y todas las latas de comida de perro.

— ¿Comida de perro?

—Ya me ha oído usted —dijo el inspector Flint, que, tras decirlo, salió tambaleante del lavabo—. Y ya metidos en faena, sería mejor que incluyese también todas las latas de comida de gato. Con este Wilt nunca sabe uno. Es capaz de tratar de engañarnos en algún detalle importante.

— ¿Pero qué significa esto de las latas de comida de perro si en realidad los metió en los pasteles de cerdo?

— ¿Dónde demonios cree usted que puso las sobras y los desperdicios? —preguntó furioso el inspector Flint—. No creerá usted que iba a arriesgarse a que la gente llegara protestando porque había encontrado un diente o una uña de un pie en un pastel de menudillos. Wilt no se arriesgaría a eso. Ese cerdo lo piensa todo. Los ahoga en su propia bañera. Luego, los mete en bolsas de plástico de las de basura y mete las bolsas en el garaje y las deja allí mientras va

a casa y coge la muñeca y la tira por aquel jodido agujero. Luego, el domingo, vuelve y recoge los cadáveres y se pasa el día solo en la fábrica de productos cárnicos... En fin, si quiere saber usted lo que hizo el domingo, puede leerlo todo en su declaración. Es más de lo que mi estómago puede soportar.

Y, dicho esto, el inspector volvió apresuradamente al lavabo. Se había alimentado a base de pasteles de cerdo desde el lunes. Las posibilidades estadísticas de que hubiera consumido fragmentos de la señora Wilt eran sumamente elevadas.

La fábrica de productos cárnicos abría a las ocho. El inspector Flint estaba esperando a la entrada. Irrumpió en el despacho del director y exigió hablar con él.

— Aún no ha venido — informó la secretaria —. ¿Puedo servirle en algo?

— Quiero una lista de todos los establecimientos a los que suministran ustedes pasteles de cerdo, salchichas y comida para perros — dijo el inspector.

— Lo siento, pero no puedo darle esa información — dijo la secretaria —. Es sumamente confidencial.

— ¿Confidencial? ¿Qué demonios quiere decir con eso de confidencial?

— Bueno, en realidad no lo sé. Es sólo que yo no podría asumir la responsabilidad de proporcionarle información de carácter interno...

Pero la secretaria se detuvo. El inspector Flint la miraba fijamente, con una expresión espantosa en la cara.

— Bien, señorita — dijo al fin el inspector —. Ya que hemos abordado el tema de la información interna, tal vez le interese saber que lo que contienen esos pasteles de cerdo va camino de ser información interna. Información vital.

— ¿Información vital? No entiendo qué quiere decir. Nuestros pasteles contienen ingredientes absolutamente saludables.

— ¿Saludables? — gritó el inspector —. ¿Llama usted saludables a tres cadáveres humanos? ¿Llama usted saludables a los cadáveres hervidos, troceados y guisados de tres personas asesinadas?

— Pero nosotros sólo utilizamos... — comenzó la secretaria, pero se desplomó desmayada de la silla.

—¡Oh, Dios santo! —gritó el inspector—. ¿Quién iba a pensar que una zorra tonta capaz de trabajar en un matadero fuese tan delicada? Yates, entérese de quién es el director y en dónde vive y dígame que se presente aquí de inmediato.

Y se sentó en una silla, mientras el sargento Yates investigaba en el escritorio.

—Despierte, vamos, despierte —dijo el inspector a la secretaria dándole golpecitos con el pie—. El único que tiene derecho a dormirse en el trabajo, soy yo. Llevo tres días y tres noches de pie y he sido cómplice en el encubrimiento de un asesinato.

—¿Cómplice? —dijo Yates—. No entiendo cómo puede decir usted eso.

—¿No lo entiende, eh? Bueno, pues explíqueme cómo calificaría usted el hecho de ayudar al asesino a deshacerse de fragmentos de la víctima asesinada... ¿no es eso ocultar pruebas del delito?

—Nunca lo había enfocado de ese modo —dijo Yates.

—Yo sí —dijo el inspector—. No puedo enfocarlo de otro.

Wilt miraba el techo en su celda pacíficamente. Estaba asombrado de que le hubiera resultado tan fácil. Lo único que tenía que hacer era decirle a la gente lo que la gente quería oír, y te creían, por muy absurda que pudiera ser la historia que les explicaras. Y tres días y tres noches sin dormir habían aletargado los recelos y la capacidad de escepticismo del inspector Flint. Además, las vacilaciones de Wilt habían estado perfectamente sincronizadas y su confesión final había sido una mezcla de fantasía y realismo. Había sido de una precisión fría al exponer los detalles del asesinato y al describir cómo se había deshecho de sus víctimas, había hablado como el artista que se enorgullece de su obra. De vez en cuando, al llegar a un punto difícil, desembocaba en una arrogancia demente, con rasgos de presunción y de cobardía, diciendo “nunca serán capaces de demostrarlo. A estas horas, habrá desaparecido ya sin dejar rastro”. Y el Harpic había resultado útil una vez más, añadiendo un toque de realismo macabro, al hablar de que las pruebas se habían ido por miles de retretes empujadas por el agua de la cisterna y con el Harpic vertido después como sal de un salero. Eva disfrutaría con aquello cuando se lo contara, que era algo que no podía decirse del inspector Flint, que no había sido capaz siquiera de apreciar la ironía del comentario de Wilt de que habían estado buscando a los Pringsheim por todas partes y los había tenido siempre delante de las narices. Se había irritado especialmente por sus comentarios sobre reacciones viscerales y por el consejo de atenerse en el futuro exclusivamente a “alimentos sanos”. Sí, a pesar de su cansancio, Wilt había disfrutado viendo cómo los ojos inyectados

en sangre del inspector pasaban de la alegría y la satisfacción exuberante al asombro directo y a la náusea sin disfraces, por último. Y cuando Wilt se había ufanado, por fin, de que jamás serían capaces de llevarlo a juicio por falta de pruebas, Flint había respondido majestuosamente.

—Oh, sí, claro que podremos —había gritado con aspereza—. Si queda un solo pastel de esa hornada, lo localizaremos, y cuando lo hagamos, los muchachos del laboratorio...

—Sólo encontrarán en él carne de cerdo —dijo Wilt antes de que le sacaran a rastras camino de su celda.

Al menos, aquello era verdad y si Flint no lo creía, allá él. El había pedido una confesión, y había obtenido una por cortesía de Carne Uno, los aprendices de carniceros que habían dedicado tantas horas de las clases de Artes Liberales a explicarle cómo funcionaba la fábrica de productos cárnicos y que habían llegado incluso a llevarle una tarde a la fábrica para enseñarle cómo funcionaba todo. Qué muchachos tan encantadores. Con lo que les había odiado entonces... Lo que sólo venía a demostrar hasta qué punto podías equivocarte con la gente. Wilt estaba preguntándose en aquel momento si también él se había equivocado con Eva, si Eva no estaría muerta realmente, cuando se quedó dormido.

Eva, en el cementerio, observaba cómo el reverendo St. John Froude bajaba hasta el embarcadero y empezaba a remar en dirección a los juncos. Tan pronto como el reverendo desapareció, Eva subió por el sendero, camino de la casa. Con el vicario fuera, estaba dispuesta a correr el riesgo de encontrarse con su esposa. Cruzó la entrada y, en el patio, miró a su alrededor. Todo tenía un aire de descuido y suciedad y decadencia y había un montón de botellas vacías en un rincón, botellas de whisky y de ginebra, que parecían indicar que el vicario muy bien podría estar soltero. Sin soltar su rama de hiedra, Eva se acercó a la puerta, que evidentemente era la puerta de la cocina, y llamó. No contestaba nadie. Se acercó a la ventana y miró al interior. La cocina era grande, estaba visiblemente desordenada y sucia y mostraba todos los indicios de que quien vivía allí estaba soltero. Eva regresó a la puerta, llamó otra vez y estaba preguntándose qué hacer, cuando se oyó un vehículo que bajaba por la carretera.

Eva vaciló un segundo y luego tanteó la puerta. No estaba cerrada con llave. Entró y cerró en el momento justo en que entraba en el patio el camión de la leche. Eva escuchó mientras el lechero dejaba varias botellas y se iba. Se volvió entonces y cruzó el vestíbulo, hasta el salón de entrada. Si pudiera encontrar el teléfono llamaría a Henry, que podría acercarse hasta allí en el coche a buscarla.

Ella volvería a la iglesia y le esperaría allí. Pero el salón estaba vacío. Atisbó en varias habitaciones con mucho cuidado y las halló todas sin muebles o con guardapolvos cubriendo sillones y sofás. Todo estaba increíblemente sucio. No había duda de que el vicario era soltero. Por último, encontró el despacho. Había un teléfono en el escritorio. Eva se acercó, lo descolgó y marcó Ipford 66066. No hubo respuesta. Henry estaría en la escuela. Marcó el número de la escuela y preguntó por el señor Wilt.

— ¿Wilt? — dijo la chica de la centralita —. ¿El señor Wilt?

— Sí — dijo Eva con voz apagada.

— Lo siento, pero no está aquí — dijo la chica.

— ¿Que no está ahí? Pero si tiene que estar ahí.

— Pues no está.

— Pero tiene que estar. Es importantísimo que me ponga en contacto con él. Es un caso desesperado.

— Lo siento, pero no puedo ayudarla — dijo la telefonista.

— Pero... — comenzó Eva, y miró por la ventana.

El vicario había vuelto; subía ahora por el camino del jardín hacia la casa.

— Ay, Dios mío — murmuró, y colgó el teléfono precipitadamente.

Luego, se volvió y salió de allí como una exhalación, asustadísima. Hasta que no llegó a la cocina, tras volver a recorrer en sentido contrario el pasillo, no cayó en la cuenta de que se había dejado en el despacho la rama de hiedra. Se oían ya pisadas en el vestíbulo. Eva miró frenética a su alrededor, decidió no salir, subió un tramo de escalera de piedra que llevaba a la primera planta. Una vez arriba, se quedó escuchando. Le palpitaba el corazón. Estaba desnuda y sola en una casa extraña con un sacerdote y Henry no estaba en la escuela, donde debería estar, y el tono de voz de la chica de la centralita le había parecido muy raro, casi como si tuviera algo de malo querer hablar con Henry. No tenía la menor idea de lo que podía estar pasando.

El reverendo St. John Froude, que estaba en la cocina, tenía una idea muy clara de lo que quería hacer: borrar para siempre aquella visión del infierno a la que le había arrastrado el señuelo de aquellos artilugios malignos con sus mensajes sin sentido flotando en el agua. Sacó una botella nueva de whisky del armario y volvió con ella a su despacho. Lo que había presenciado había sido tan grotesco,

tan evidentemente maligno, tan sobrecogedor, tan preludio del infierno mismo, que no estaba totalmente seguro de si había sido real o sólo había sido que había tenido una pesadilla estando despierto. Un hombre sin rostro, con las manos atadas a la espalda, una mujer con una máscara de pintura en la cara y un cuchillo, aquellas expresiones, aquel lenguaje... el reverendo St. John Froude abrió la botella y estaba a punto de servirse un vaso cuando tropezaron sus ojos con la hiedra que Eva se había dejado en la silla. Posó precipitadamente la botella y contempló aquellas hojas. Allí había otro misterio destinado a desconcertarle. ¿Cómo había podido llegar hasta la silla de su despacho una rama de hiedra? Desde luego, no estaba allí cuando él había salido de la casa. La cogió cauteloso y la posó en la mesa. Luego, se sentó y la contempló, con una creciente sensación de inquietud. Algo estaba ocurriendo en su mundo que él no podía entender. ¿Y qué decir de aquel extraño ser que había visto pasar entre las tumbas? Se había olvidado por completo de aquella mujer. El reverendo St. John Froude se levantó, salió a la terraza y bajó luego hasta el camino en dirección a la iglesia.

— ¿Un domingo? — gritó el director de la fábrica de productos cárnicos —. ¿Un domingo? ¡Pero si los domingos no trabajamos! ¡No hay aquí nadie! Está cerrado!

— No lo estaba el domingo pasado, y había alguien aquí, señor Karne — dijo el inspector.

— Karney, por favor — corrigió el director —. Con y griega al final.

El inspector asintió.

— Está bien, señor Karney, en fin, lo que quiero decirle es que este hombre, Wilt, estuvo aquí el domingo pasado y...

— ¿Y cómo entró?

— Pues apoyando una escalera en la pared de atrás, por el aparcamiento.

— ¿En pleno día? Le habrían visto.

— A las dos de la madrugada, señor Karne.

— Karney, inspector, Karney.

— Bueno, señor Karney, no debe extrañarle si con un apellido como el suyo está dirigiendo un lugar como este.

El señor Karney le miró belicosamente.

—Si quiere decir usted que vino aquí un chiflado con tres cadáveres el domingo pasado y estuvo todo el día utilizando nuestro equipo para transformarlos en carne guisada apta para el consumo humano conforme a la ley de normas de productos alimenticios, tendré que decirle que el que crea semejante disparate está también chiflado. Está mal de la cabeza... ¿Cabeza? ¿Qué hizo con las cabezas? Explíquemelo.

— ¿Qué hacen ustedes con las cabezas, señor Karney? —preguntó el inspector.

—Bueno, eso depende. Algunas van con los desperdicios para fabricar alimentos para animales.

—Eso mismo. Eso fue precisamente lo que dijo Wilt que hizo con ellas. Y eso lo tienen ustedes en la cámara número dos, ¿verdad que sí?

El señor Karney asintió con pesadumbre.

—Sí —dijo—, eso es, sí.

Luego, hizo una pausa y miró boquiabierto al inspector.

—Pero hay una enorme diferencia entre una cabeza de cerdo y una...

—Exactamente —dijo en seguida el inspector—, y estoy seguro de que usted cree que alguien debió de advertir la diferencia.

—Pues claro, por supuesto.

—Sí, bien, pero según nos ha confesado el señor Wilt, ustedes tienen una máquina de picar muy eficaz...

—No —gritó desesperado el señor Karney—. No, no puedo creerlo. No es posible. Eso...

—Quiere usted decir que no podría haber...

—No estoy diciendo eso. Lo que digo es que no debería haberlo hecho. Es monstruoso. Es horrible.

—Claro que sí —dijo el inspector—. Pero lo cierto es que él utilizó esa máquina.

—Pero nosotros mantenemos nuestro equipo meticulosamente limpio.

—Eso mismo dice Wilt, sí. Insistió mucho en este punto. Dice que cuando terminó, lo limpió todo con mucho cuidado.

—Tuvo que hacerlo, sí —dijo el señor Karney—. Porque el lunes por la mañana todo estaba en su sitio, como siempre. Ya oyó usted al encargado.

—También oí a Wilt, que me explicó que había hecho una lista indicando dónde estaba todo antes de empezar a usarlo, para poder volver a colocarlo en el lugar exacto en que lo había encontrado. Lo pensó todo, no pasó por alto ni un detalle.

—¿Y nuestra reputación de higiene? En eso no pensó, ¿verdad? Hemos sido famosos durante veinticinco años, por la excelente calidad de nuestros productos, y ahora tiene que pasarnos esto. Hemos estado a la cabeza de...

Pero el señor Karney se calló bruscamente y se sentó.

—Bueno, vamos a ver —dijo el inspector—. Lo que yo tengo que saber es a quién suministran ustedes. Tenemos que recoger todos los pasteles de cerdo y las salchichas...

—¿Recogerlos? Eso es imposible —gritó el señor Karney—. Ya no existen.

—¿Que no existen? ¿Qué quiere decir usted con eso de que no existen?

—Lo que digo. Que no existen. O los han consumido o los han destruido ya.

—¿Destruídos? No va a decirme usted que no queda ninguno. Si sólo hace cinco días que salieron de fábrica...

El señor Karney se levantó.

—Inspector, esta es una empresa a la antigua y utilizamos métodos tradicionales; así que nuestro pastel de cerdo es pastel de cerdo auténtico. No es uno de esos pasteles de imitación con conservantes que...

Ahora le tocaba al inspector Flint desplomarse en una silla.

—¿Quiere decir usted que esos pasteles de mierda no se conservan? —preguntó.

El señor Karney asintió.

—Son para el consumo inmediato —dijo, muy orgulloso—. Hoy aquí, mañana allá. Ese es nuestro lema. Habrá visto usted nuestros anuncios, por supuesto.

No, el señor Flint no los había visto.

—Pastel de hoy con aroma de ayer, el pastel tradicional con el relleno familiar.

— Bien puede decirlo, sí — dijo el inspector Flint.

El señor Gosdyke miró escéptico a Wilt y movió la cabeza.

— Debería haberme hecho caso — dijo —. Le dije que no hablara.

— Tenía que decir algo — dijo Wilt —. No me dejaban dormir y no paraban de hacerme las mismas preguntas estúpidas una y otra vez. No se hace usted idea de en qué estado le pone a uno eso. Le vuelve a uno loco.

— Francamente, señor Wilt, vista la confesión que ha hecho usted, me resulta difícil creer que hubiera necesidad de eso. Un hombre que puede, por su propia voluntad, libre, hacer semejante declaración a la policía... tiene que estar loco de remate.

— Pero si no es verdad — dijo Wilt —. Todo es pura invención.

— ¿Con esa riqueza de detalles tan repugnantes? He de decirle que me resulta difícil de creer. En serio. Eso que dice usted de las caderas y los muslos... Se me revuelve el estómago...

— Pero si eso es de la Biblia — dijo Wilt —. Además, tenía que poner detalles sangrientos, porque de lo contrario no me habrían creído. Piense en la parte en que digo que les serré...

— Señor Wilt, por amor de Dios...

— Bueno, lo único que puedo decir es que no ha dado usted nunca clases a Carne Uno. Todo eso lo sé por ellos y una vez que uno les da clases a esos muchachos, la vida no puede reservar ya muchas sorpresas.

El señor Gosdyke enarcó una ceja.

— ¿Que no puede? En fin, pues yo creo que puedo sacarle a usted de esa ilusión — dijo solemnemente —. Dada esta confesión que usted ha hecho en contra de mis consejos, y como resultado de mi firme creencia de que la confesión es veraz en todas sus partes, no estoy dispuesto a seguir actuando en su defensa.

Y, dicho esto, recogió sus papeles y se levantó.

— Tendrá que buscarse a otro — añadió, una vez de pie.

— Pero, señor Gosdyke, no creerá usted realmente todos esos disparates de que convertí a Eva en relleno de pastel de cerdo, ¿verdad? — preguntó Wilt.

— ¿Creerlo? Un hombre que es capaz de concebir algo tan repugnante, es capaz de todo. Sí que lo creo. Y, lo que es más, también lo cree la policía. En este preciso instante están recorriendo tiendas, bares, supermercados y cubos de basura de todo el condado, buscando pasteles de cerdo.

— Pero aunque los encuentren, de nada servirá.

— Quizá le interese saber que han requisado cinco mil latas de comida de perro e igual número de latas de comida de gato y han empezado a analizar un cuarto de tonelada de pastelillos de mollejas. En algún lugar, en alguno de esos productos, encontrarán algún rastro de la señora Wilt, por no mencionar al doctor y a la señora Pringsheim.

— En fin, todo lo que puedo decir es que les deseo que tengan mucha suerte.

— Eso mismo les deseo yo —dijo el señor Gosdyke, con repugnancia, y abandonó la habitación.

Wilt lanzó un suspiro cuando el abogado desapareció. Si apareciese al menos Eva. ¿Dónde diablos podría haberse metido?

El inspector Flint, que estaba en los laboratorios de la policía, empezaba a ponerse nervioso.

— ¿Es que no podéis acelerar un poco las cosas? —preguntaba.

El jefe del departamento forense hizo un gesto negativo.

— Es como buscar una aguja en un pajar —dijo, contemplando otra tanda de salchichas que acababan de traerles—. Hasta el momento, no hay ni rastro. Esto podría llevarnos semanas.

— No disponemos de semanas —dijo el inspector—. Comparecerá en el juzgado el lunes.

— Bueno, es sólo la comparecencia y, en cualquier caso, tienes su declaración.

Pero el inspector Flint tenía sus dudas al respecto. Había estado repasando aquella declaración y había localizado una serie de contradicciones que la fatiga, el disgusto y un deseo abrumador de acabar con aquel asunto repugnante antes de enfermar, habían tendido a oscurecer en el momento. Por una parte, la firma que Wilt había garrapeado al pie del documento, se parecía sospechosamente a la de Tom Sawyer, al examinarla detenidamente y, al lado, había un QNED, y a Flint se le había ocurrido la astuta idea de que significaba Quod Non Erat Demonstrandum, y, en cualquier caso, había

demasiadas referencias a cerdos para su fantasía de policía, y cerdos velludos, además. Por último, la información de que Wilt había hecho una petición especial de dos pasteles de cerdo para el almuerzo y había especificado que fueran precisamente de aquella marca, sugería un canibalismo demencial que podría corresponder a lo que había dicho que hizo, pero que era llevar las cosas demasiado lejos. La palabra “provocación” brotó en su pensamiento y, desde el episodio de la muñeca, Flint había tenido una conciencia bastante clara de la mala publicidad. Volvió a leer la declaración y no sabía qué pensar al respecto. Había algo absolutamente cierto: Wilt conocía a la perfección el funcionamiento de la fábrica. Aquella riqueza de detalles que contenía la confesión lo demostraba. Por otra parte, la incredulidad que el señor Karney había manifestado respecto a las cabezas y a la máquina picadora había parecido, tras una inspección, justificada. Flint había examinado cautelosamente aquel artilugio brutal y le había parecido difícil de creer que ni siquiera Wilt, en un ataque de locura homicida, pudiera haber... Flint rechazó el pensamiento.

Decidió tener otra breve charla con Henry Wilt. Sintiéndose como un cadáver ambulante, volvió a la sala de interrogatorios y mandó que le llevaran a Wilt.

— ¿Cómo va la cosa? — preguntó Wilt cuando llegó —. ¿Ha habido ya suerte con las salchichas? Por supuesto, siempre pueden probar fortuna luego con las morcillas...

— Wilt — interrumpió el inspector —, ¿por qué firmó esa declaración con el nombre de Tom Sawyer?

Wilt se sentó.

— Así que al fin se ha dado cuenta, ¿eh? Es usted un buen observador, no puedo negarlo.

— Le he hecho una pregunta.

— Sí, claro — dijo Wilt —. Digamos que me pareció que era apropiado.

— ¿Apropiado?

— Yo canté, creo que ese es el término para expresarlo en jerga, ¿no? Por mi sueño, así que naturalmente...

— ¿Está diciéndome usted que se lo inventó todo?

— ¿Qué demonios se cree, si no? ¿No creerá en serio que distribuí a los Pringsheim y a Eva entre un público confiado en forma de relleno de pasteles

de cerdo, ¿verdad? Por Dios, inspector, su credulidad tendría que tener ciertos límites.

El inspector Flint le miró furiosamente.

— Dios mío, Wilt, si descubro que ha inventado usted deliberadamente...

— No puede hacerme usted mucho más ya — dijo Wilt—. Ya me ha acusado de asesinato. ¿Qué más quiere? Me trae usted aquí a rastras, me humilla, me grita, me mantiene despierto días y noches, bombardeándome con preguntas sobre comida de perro, comunica al mundo que estoy colaborando con usted en sus investigaciones de un asesinato múltiple, haciendo así que todos los ciudadanos del país supongan que he liquidado a mi esposa y a ese animal de bioquímico y...

— Cállese — gritó Flint—. No me importa lo que piense usted. Lo que me importa a mí es lo que ha hecho usted y lo que ha dicho que ha hecho. Se ha esforzado todo lo posible por engañarme...

— Yo no he hecho nada de eso — dijo Wilt—. Hasta anoche, no le había dicho a usted nada más que la verdad y usted no quiso aceptarlo. Anoche, le conté una mentira que usted deseaba creerse. Si está deseando que le cuenten mentiras y utiliza métodos legales, como la privación del sueño, para obtenerlas, no puede reprocharme que se las facilite. No venga a darme voces. Si es usted imbécil, es problema suyo. Vaya y encuentre a mi esposa.

— Que alguien me impida matar a este cabrón — aulló Flint, saliendo como una exhalación de la sala de interrogatorios.

Se dirigió a su despacho y, una vez allí, mandó llamar al sargento Yates.

— Queda cancelada la caza del pastel de cerdo. Es todo mentira — le explicó.

— ¿Mentira? — preguntó el sargento, incrédulo.

— Sí, sí — dijo Flint—. Ha vuelto a engañarnos.

— Quiere decir usted que...

— Quiero decir que esa mierda de ahí ha vuelto a meternos en una pista falsa.

— ¿Pero cómo sabía él lo de la fábrica y todo eso?

Flint alzó la vista y miró patéticamente al sargento.

—Si quiere saber por qué ese tipo es una enciclopedia ambulante, vaya y pregúnteselo usted mismo.

El sargento Yates salió del despacho del inspector y regresó a los cinco minutos.

—Carne Uno —comunicó, enigmáticamente.

—¿Carne Uno?

—Una clase que él daba a unos carniceros. Le llevaron a dar una vuelta por la fábrica.

—Jesús —dijo Flint—. ¿Hay alguien a quien no haya dado clases ese puerco?

—Dice que fueron unas clases muy instructivas.

—Yates, hágame un favor. Vuelva allí y entérese de todos los nombres de las clases que ha dado. Así sabremos lo que podemos esperar después.

—Bueno, le he oído mencionar Yeseros Dos e Instaladores de Gas Uno...

—Todos, Yates, todos. No quiero dejarme engañar con algún cuento de que la señora Wilt fue a parar a las alcantarillas porque él dio clase a Mierda Dos.

Cogió el periódico vespertino y miró los titulares. POLICIA INVESTIGA PASTELES BUSCANDO ESPOSA DESAPARECIDA.

—Oh, Dios mío —masculló—. Cuánto bien va a hacer todo esto a nuestra imagen pública.

En la Escuela, el director estaba expresando la misma opinión en una asamblea de jefes de departamento.

—Nos hemos visto expuestos al ridículo público —dijo—. En primer lugar, la gente ya supone que tenemos por costumbre contratar profesores que cuando no se llevan bien con sus esposas, las meten en los cimientos del nuevo edificio. En segundo lugar, hemos perdido toda posibilidad de conseguir el estatus de instituto politécnico, al rechazarnos la Comisión Nacional de Títulos el título conjunto que habíamos propuesto, basándose en que los servicios que proporcionamos no se ajustan a los que ha de proporcionar una institución de enseñanza superior. El profesor Baxendale fue muy energico en este punto e insistió en especial en un comentario que escuchó de uno de los profesores titulares de este centro sobre la necrofilia...

—Yo me limité a decir... —comenzó el doctor Board.

— Todos sabemos lo que dijo usted, doctor Board. Y quizá le interese saber que el doctor Cox, en sus momentos de lucidez, aún se niega a comer fiambre. El doctor Mayfield ha presentado ya su dimisión. Y ahora, como remate, tenemos esto.

Y alzó un periódico en cuyo titular de segunda página decía PROFESORES DE EDUCACIÓN SEXUAL DEJAN ESTUPEFACTOS A SUS ALUMNOS.

— Espero que todos ustedes hayan tomado buena nota de la fotografía —dijo con amargura el director, indicando una imagen, en un ángulo amplio y desafortunado, de Judy, colgando de la grúa—. El artículo dice... en fin, da lo mismo. Ustedes mismos pueden leerlo. Yo sólo quería que me respondiesen a las siguientes preguntas: ¿Quién autorizó la compra de treinta ejemplares de última salida para Brooklyn para utilizarlo con Ajustadores y Torneros?

El señor Morris intentó recordar quién había dado Ajustadores y Torneros.

— Creo que debió de ser Watkins —dijo—. Nos dejó el curso pasado. Daba sólo unas horas de clase.

— Pues menos mal que no hacía jornada completa —dijo el director—. En segundo lugar, quiero saber qué profesor tiene por costumbre decirle a las Enfermeras que lleven diafragmas siempre.

— Bueno, el señor Sedgwick es muy partidario —dijo el señor Morris.

— ¿De las enfermeras o de los diafragmas? —preguntó el director.

— ¿De ambas quizá? —sugirió sotto voce el doctor Board.

— Tiene esa cosa contra la píldora —dijo el señor Morris.

— Dígale al señor Sedgwick que se pase por mi despacho el lunes a las diez. Quiero explicarle en qué términos está contratado aquí. Y, por último, ¿cuántos profesores utilizan equipo audiovisual para proyectar películas verdes en la clase de Secretarias?

El señor Morris movió la cabeza enfáticamente.

— En mi departamento nadie —dijo.

— Aquí dice que se han proyectado películas verdes —dijo el director— en períodos asignados, teóricamente, a Cuestiones de Actualidad.

— Wentworth les proyectó Mujeres enamoradas —dijo el jefe del Departamento de Inglés.

— Bueno, basta. Hay algo más que quiero mencionar. No vamos a impartir una clase nocturna de Primeros Auxilios con particular referencia al tratamiento de la hernia abdominal, para la que se propuso la adquisición de una muñeca hinchable. A partir de ahora tendremos que recortar los gastos y ajustarnos a nuestras posibilidades.

— ¿Debido a la inflación? — preguntó el doctor Board.

— ¡Debido a que el Comité de Educación lleva años esperando una oportunidad de recortarnos el presupuesto! — dijo el director—. Y ya les hemos dado esa oportunidad. Parecen no haberse dado cuenta del hecho de que hemos estado proporcionando un servicio público a través de, para citar al señor Morris, “un gran número de psicópatas no recluidos, mentalmente desequilibrados y potencialmente peligrosos”.

— Supongo que se refería a los aprendices — dijo caritativamente el doctor Board.

— No se refería a ellos — dijo el director—. Corríjame si me equivoco, Morris, pero, ¿no había pensado usted en los miembros del Departamento de Artes Liberales?

Se disolvió la reunión. Aquel mismo día, más tarde, el señor Morris se sentó a redactar su carta de dimisión.

19

Desde la ventana de un dormitorio vacío de la primera planta de la vicaría, Eva Wilt miraba al reverendo St. John Froude, que bajaba pensativo por el camino, hacia la iglesia. En cuanto se perdió de vista, Eva bajó a la primera planta y entró en el despacho. Telefonaría otra vez a Henry. Si no estaba en la escuela, tenía que estar en casa. Se acercó al escritorio y estaba a punto de descolgar el teléfono cuando vio la rama de hiedra. Dios santo. Había olvidado por completo la rama, se la había dejado allí, donde, necesariamente, él la habría tenido que ver. Era todo tan terriblemente embarazoso... Marcó el número de Avenida Parkview 34 y esperó. No contestaban. Colgó y volvió a marcar el número de la escuela. Todo ello sin perder de vista la puerta del patio de la iglesia, por si el vicario volvía.

— Escuela Fenland — dijo la chica de la centralita.

— Soy otra vez yo — comenzó Eva — . Quiero hablar con el señor Wilt.

— Lo siento mucho, pero el señor Wilt no está aquí.

— ¿Pero dónde está? He llamado a casa...

— Está en la comisaría de policía.

— ¿Que está qué? — dijo Eva.

— Está en la comisaría ayudando a la policía en sus investigaciones...

— ¿Investigaciones? ¿Qué investigaciones? — chilló Eva.

— ¿No lo sabía usted? — dijo la telefonista — . Ha salido en todos los periódicos. El señor Wilt ha asesinado a su esposa...

Eva apartó el teléfono de la oreja y lo contempló horrorizada. La chica seguía hablando pero ella ya no escuchaba. Henry había matado a su mujer. Pero su mujer era ella. No era posible. Ella no podía haber sido asesinada. Durante un espantoso instante, Eva Wilt sintió que la abandonaba la cordura. Luego, se llevó otra vez el teléfono a la oreja.

— ¿Sigue usted ahí? — decía la chica.

— ¡Pero si su esposa soy yo! — gritó Eva.

Hubo un largo silencio al otro extremo del hilo, y Eva oyó que la chica le decía a alguien que había una loca al teléfono que decía que era la señora Wilt y que qué debía hacer.

— Le aseguro que soy la señora Wilt. La señora Eva Wilt — gritó, pero le habían colgado.

Eva dejó el teléfono anonadada. Henry en la comisaría de policía... Henry la había asesinado a ella... Oh, Dios santo. El mundo entero se había vuelto loco. Y allí estaba ella desnuda, en una vicaría, en... Eva no tenía ni idea de dónde estaba. Marcó el 999.

— Servicios de emergencia. ¿Qué departamento quiere usted? — preguntó la telefonista.

— Policía — dijo Eva.

Hubo un clic y se oyó una voz de hombre.

— Aquí la policía.

— Aquí la señora Wilt — dijo Eva.

— ¿La señora Wilt?

— La señora Eva Wilt. ¿Es verdad que mi marido ha asesinado...?, quiero decir, si mi marido ha... Oh, Dios mío, no sé lo que digo.

— ¿Dice usted que es la señora Wilt, la señora Eva Wilt? — preguntó el hombre.

Eva cabeceó, asintiendo, y luego dijo:

— Sí.

— Ya — dijo dubitativamente el hombre —. ¿Está usted completamente segura? ¿Está usted completamente segura de que es la señora Wilt?

— Pues claro que lo estoy. Por eso les llamo.

— ¿Podría decirme desde dónde está llamando?

— No sé — dijo Eva —. Mire, estoy en esta casa y no tengo ropa y... Oh, Dios santo.

El vicario subía por el sendero hacia la terraza.

— Si pudiera usted darnos la dirección.

— Ahora no puedo entretenerme — dijo Eva, y colgó el teléfono. Vaciló luego un instante y, por fin, cogió la rama de hiedra del escritorio y salió precipitadamente del despacho.

— Le digo que no sé dónde está — dijo Wilt —. Supongo que la encontrará en personas desaparecidas. Ha pasado del reino de la sustancialidad al de la abstracción.

— ¿Qué demonios quiere usted decir con eso? — preguntó el inspector, cogiendo su taza de café.

Eran las once en punto de la mañana del sábado, pero él insistía. Tenía veintiocho horas para sacarle la verdad.

— Siempre le advertí a Eva que la meditación trascendental tenía sus peligros — dijo Wilt, que personalmente se hallaba, en aquel momento, en una especie de tierra de nadie entre el sueño y la vigilia —. Pero ella lo hacía.

— ¿Hacía el qué?

—Lo de meditar trascendentalmente. En la posición del loto. Quizás esta vez haya ido demasiado lejos. Puede que se haya transformado por arte de magia.

—¿Cómo? —dijo receloso el inspector Flint.

—Transformado, sí, cambiado de un modo mágico, en otra cosa.

—Santo cielo, Wilt, si empiece otra vez con cuentos... como el de los pasteles de cerdo...

—Yo pensaba en algo más espiritual, inspector, algo bello.

—Lo dudo.

—Pero vamos, inspector, piense. Aquí estoy yo sentado en esta habitación con usted, como resultado directo de salir a dar paseos con el perro y entregarme a oscuros pensamientos sobre la posibilidad de matar a mi esposa. Debido a aquellas horas de fantaseo ocioso, me he ganado la reputación de ser un asesino sin haber cometido ningún asesinato. ¿Quién va a decirme que Eva, cuyos pensamientos eran monótonamente bellos, no haya podido obtener, por su parte, una recompensa proporcionalmente bella? Dicho de otro modo, inspector, obtenemos lo que pedimos.

—Eso espero fervientemente, Wilt —dijo el inspector.

—Ah —dijo Wilt—, pero, dígame, ¿dónde está ella? Respóndame a eso. La mera especulación no...

—¿Que se lo diga yo a usted? —gritó el inspector haciendo temblar la taza de café—. Usted sabe bien en qué agujero del suelo la metió y qué hormigonera o qué incinerador utilizó.

—Yo hablaba metafóricamente... quiero decir, retóricamente —dijo Wilt—. Intentaba imaginar lo que sería Eva si sus pensamientos tal como son adquiriesen sustancia real. Mi sueño secreto era convertirme en un hombre de acción implacable, resuelto, por encima de las dudas morales y de las consideraciones de conciencia, un Hamlet convertido en Enrique V sin el fervor patriótico que le lleva a uno a pensar que no habría aprobado lo del Mercado Común, un César...

Pero el inspector Flint ya había oído suficiente.

—Wilt —masculló—, no me importa un rábano en qué quisiera usted convertirse. Lo que quiero saber es en qué se ha convertido su mujer.

—A eso precisamente iba yo —dijo Wilt—. Lo que tenemos que establecer primero es lo que soy yo.

—Ya sé lo que es usted, Wilt. Un condenado mercader de palabras, un contorsionista verbal, un descuartizador de la lógica, un Houdini de la lingüística, una enciclopedia de información impertinente...

El inspector Flint se quedó sin metáforas.

—Muy inteligente, inspector. Ni siquiera yo mismo podría haberlo superado. Un descuartizador de la lógica, sí, pero no de mi esposa, por desgracia. Si seguimos la misma línea de razonamiento, Eva, a pesar de todos sus bellos pensamientos y sus meditaciones, ha permanecido tan inalterada como yo. Lo etéreo la elude. El nirvana se le escurre siempre entre los dedos. Belleza y verdad la esquivan. Persigue lo absoluto con un matamoscas y espolvorea Harpic en los desagües del propio infierno...

—Es la décima vez que menciona usted el Harpic —dijo el inspector, atento de pronto a una nueva posibilidad aterradora—. ¿No habrá usted...?

Wilt movió la cabeza.

—Ya empieza. Pobre Eva. Así es ella también. La mentalidad literal que pretende atrapar lo evanescente y agarrar a la imaginación por su cuello inexistente. Así es Eva. Nunca bailará “El lago de los cisnes”. Ningún director escénico le permitiría llenar de agua el escenario ni instalar una cama doble y Eva insistiría en hacerlo.

El inspector Flint se levantó.

—Esto no nos conduce a ninguna parte —dijo.

—Exactamente —dijo Wilt—. A ninguna en absoluto. Somos lo que somos y hagamos lo que hagamos ese hecho no se alterará. El molde que conforma nuestro carácter sigue intacto. Llamémosle herencia, llamémosle azar...

—Llamémosle majadería —dijo Flint, y salió de la sala de interrogatorios.

Necesitaba dormir y se proponía hacerlo.

Se encontró con el sargento Yates en el pasillo.

—Ha habido una llamada de emergencia de una mujer que dice que es la señora Wilt —le dijo el sargento.

—¿Desde dónde llamaba?

—No quiso decir dónde estaba —dijo Yates—. Dijo sólo que no sabía y que no tenía ropa y que...

— Ah, una de esas — dijo el inspector —. Una chiflada. ¿Por qué diablos me hace perder el tiempo? Como si ya no tuviéramos bastante encima con lo que tenemos.

— Bueno, yo pensé que querría saberlo. Si llama otra vez, procuraremos localizar el número.

— Qué me importa a mí eso — dijo Flint, y salió apresuradamente a la búsqueda del sueño perdido.

El reverendo St. John Froude pasó un día inquieto. Su investigación en la iglesia no había revelado nada impropio, y no había ningún indicio de que allí se hubiera realizado ningún ritual obscuro (había cruzado por su pensamiento la idea de una misa negra). Cuando regresaba a la vicaría, observó satisfecho que el cielo sobre Eel Stretch estaba vacío y que los anticonceptivos habían desaparecido. Y también había desaparecido la rama de hiedra del escritorio. Miró con recelo el lugar donde había estado y se sirvió un whisky. Habría jurado que había allí una rama de hiedra antes. Para cuando terminó lo que quedaba de la botella, tenía la cabeza llena de extrañas fantasías. La vicaría parecía extrañamente ruidosa. Se oían unos chirridos muy raros en la escalera y sonidos inexplicables en la planta de arriba, como si alguien o algo se moviera furtivamente por allí, pero cuando el vicario fue a investigar, los ruidos cesaron bruscamente. Subió a la planta de arriba y asomó la cabeza en varios dormitorios vacíos. Bajó otra vez y se quedó en el vestíbulo escuchando. Luego, volvió al despacho e intentó concentrarse en su sermón, pero la sensación de que no estaba solo persistía. El reverendo St. John Froude se sentó al escritorio y consideró la posibilidad de que hubiera fantasmas. Estaba pasando algo rarísimo. A la una en punto, bajó por el pasillo hasta la cocina para almorzar y descubrió que había desaparecido una botella de leche de la despensa y que se habían esfumado también los restos de un pastel de manzana que le había traído la señora Snape, que le hacía la limpieza dos veces por semana. Consumió su almuerzo de judías estofadas y subió luego tambaleante a hacer la siesta. Mientras estaba durmiendo la siesta oyó por primera vez las voces. O más bien una voz. Parecía proceder del despacho. El reverendo St. John Froude se incorporó en la cama. Si sus oídos no le engañaban y, en vista de los extraños acontecimientos de la mañana, se sentía inclinado a creer que sí le engañaban, habría jurado que alguien había estado utilizando su teléfono. Se levantó, se puso los zapatos. Alguien lloraba. Salió al descansillo y escuchó. Los gemidos habían cesado. Bajó la escalera y miró en todas las habitaciones de la planta baja, pero, aparte del hecho de que había sido retirado un guardapolvo de uno de los sillones de la sala de estar que nunca utilizaba, no había señal alguna de

nadie. Estaba a punto de volver a subir la escalera, cuando sonó el teléfono. Entró en el despacho y descolgó el auricular.

— Vicaría de Waterswick — masculló.

— Aquí la comisaría de Fenland — dijo una voz de hombre—. Hemos recibido ahora mismo una llamada de su número, supuestamente de una tal señora Wilt.

— ¿Señora Wilt? — dijo el reverendo St. John Froude—. ¿Señora Wilt? Me temo que debe de haber algún error. No conozco a ninguna señora Wilt.

— La llamada procedía de su teléfono, señor, no hay duda.

El reverendo St. John Froude consideró la cuestión.

— Todo esto es muy extraño — dijo—. Yo vivo solo.

— ¿Es usted el vicario?

— Por supuesto que soy el vicario. Esta es la vicaría y yo soy el vicario.

— Comprendo, señor. ¿Y se llama usted?

— Reverendo St. John Froude. F... R... O... U... D... E.

— Muy bien, señor, y no tiene usted ninguna mujer en casa.

— Claro que no tengo ninguna mujer en casa. Me parece una insinuación absolutamente impropia. Yo soy...

— Perdone usted, señor, pero es que tenemos que comprobar estas cosas. Hemos recibido una llamada de la señora Wilt, o, al menos, de una señora, que decía ser la señora Wilt. Y la llamada se hizo desde el teléfono de usted...

— ¿Quién es esa señora Wilt? Nunca he oído hablar de ninguna señora Wilt.

— Verá, señor; la señora Wilt... es que es un poco difícil. Teóricamente la habían asesinado.

— ¿Asesinado? — dijo el reverendo St. John Froude—. ¿Dijo usted “asesinado”?

— Bueno, digamos que desapareció de su casa en circunstancias extrañas. Tenemos a su esposo retenido para interrogarle.

El reverendo St. John Froude movió la cabeza.

— Qué desgracia — murmuró.

—Gracias por su ayuda, señor —dijo el sargento—. Perdone que le hayamos molestado.

El reverendo St. John Froude colgó el teléfono, pensativo. No le agradaba mucho aceptar la idea de que estuviera compartiendo la casa con una mujer desencarnada y recientemente asesinada. Tenía ya bastante reputación de excéntrico sin necesidad de añadir aquello. Por otra parte, lo que había visto en aquella embarcación de Eel Stretch mostraba, ahora que lo pensaba, todos los indicios de un asesinato. Quizá de algún modo extraordinario había sido testigo de una tragedia que ya había ocurrido, una especie de deja vu post-mortem, sí esa era la forma correcta de expresarlo. Desde luego, si tenían retenido al esposo para interrogarle, el asesinato tenía que haberse producido antes... en cuyo caso... El reverendo St. John Froude recorrió tambaleante una serie de suposiciones en las que el Tiempo, y las peticiones de ayuda desde más allá de la tumba, ocupaban un lugar destacado. Quizá fuera deber suyo informar a la policía de lo que había visto. Estaba considerándolo y preguntándose qué hacer, cuando volvió a oír aquellos gemidos, y esta vez con toda claridad. Procedían de la habitación contigua. Se levantó, se proveyó de otro trago de whisky y pasó a la habitación de al lado. En medio de la habitación, de pie había una mujer grande cuyos cabellos despeinados le caían por los hombros y que tenía la cara macilenta y demacrada. Vestía lo que parecía un sudario. El reverendo St. John Froude la contempló con una sensación creciente de espanto. Luego, cayó de rodillas.

—Recemos —murmuró ásperamente.

La aparición espectral avanzó torpemente hacia él sujetándose el sudario. Se arrodillaron ambos juntos y empezaron a rezar.

—¿Comprobar? ¿Qué demonios quiere decir usted con eso de “comprobar”? —preguntó el inspector Flint, furioso, porque le habían despertado a media tarde y llevaba treinta y seis horas sin dormir y estaba intentando dormir un poco—. Me despierta usted para explicarme tonterías sobre un vicario llamado Sigmund Freud...

—St. John Froude —dijo Yates.

—No me importa cómo se llame. Sigue siendo un disparate. Si ese tipo dice que no está allí, es que no está. ¿Qué voy a hacer yo?

—Es que pensé que deberíamos coger un coche patrulla y acercarnos allí y comprobar. En fin...

— ¿Y por qué cree usted...?

— Hubo una llamada de una mujer diciendo que era la señora Wilt y la llamada la hicieron desde ese número. Y llamó dos veces. Tenemos grabada la segunda llamada. Dio detalles sobre sí misma y parecen auténticos. Fecha de nacimiento, dirección, ocupación de Wilt, incluso el nombre auténtico de su perro, y además dijo que tenían cortinas amarillas en el salón.

— Bueno, eso cualquier imbécil puede saberlo. Lo único que tiene que hacer es acercarse a la casa y verlo.

— Y el nombre del perro. Se llama Clem. Lo he comprobado y es así, tiene razón.

— ¿No diría, por casualidad, qué fue lo que hizo durante la semana pasada?

— Dijo que había estado en un barco — dijo Yates —. Luego colgó.

El inspector Flint se incorporó en la cama.

— ¿Un barco? ¿Qué barco?

— Colgó. Ah, y otra cosa, dijo que gasta el cuarenta y tres de zapatos, y así es.

— Oh, mierda — dijo Flint —. Está bien, ahora mismo voy para allá.

Y se levantó de la cama y empezó a vestirse.

Wilt, en la celda, miraba fijamente al techo. Después de tantas horas de interrogatorio, aún reverberaban las preguntas en su mente. “¿Cómo la mató usted? ¿Dónde la metió? ¿Qué hizo usted con el arma?” Preguntas sin sentido continuamente repetidas, con la esperanza de que le hicieran desmoronarse al fin. Pero Wilt no se había desmoronado, no. Había triunfado. Por una vez en su vida, sabía que tenía razón en todo y que los demás estaban totalmente equivocados. Antes, siempre había tenido dudas. Quizá Yeseros Dos tuvieran razón, después de todo, en lo de que había demasiados inmigrantes en el país. Quizá la pena de muerte fuese útil como amenaza disuasoria. Wilt no lo creía así, pero tampoco podía estar absolutamente seguro. Sólo el tiempo lo diría. Pero en el caso de la acusación contra él por el asesinato de Eva no podía haber ninguna duda respecto a la verdad. Podrían juzgarle, considerarle culpable y condenarle, daba igual. El era inocente y si le condenaban a cadena perpetua, la enormidad misma de la injusticia que le harían aumentaría su convencimiento de su propia inocencia. Por primerísima vez en su vida, Wilt sabía que era libre.

Era como si le hubieran quitado de encima el pecado original de ser Henry Wilt, de Avenida Parkview 34, Ipsford, profesor de Artes Liberales de la Escuela Fenland, esposo de Eva Wilt y padre de nadie. Todas las trabas de posesiones, hábitos, sueldos y estatus, todas las formalidades sociales, los convencionalismos, las minucias de la estimación de sí mismo y de otras personas que él había adquirido junto a Eva, todo esto había desaparecido. Encerrado en su celda, Wilt tenía libertad para ser. Y pasase lo que pasase, no volvería jamás a sucumbir a los cantos de sirena del retraimiento y la humildad y la modestia. Tras el desprecio flagrante y la furia del inspector Flint, los abusos y oprobios que se habían amontonado sobre él durante una semana, ¿quién necesitaba ya de la aprobación del prójimo? Podían guardarse sus opiniones sobre él. El continuaría su vía independiente y haría buen uso de sus evidentes dotes para la incoherencia. Que le condenasen a cadena perpetua y le encerrasen en una prisión que tuviera un alcaide progresista, y Wilt le volvería loco al cabo de un mes por la dulce racionalidad de su negativa a obedecer las normas del presidio. El confinamiento solitario y el régimen de pan y agua, si aún existían tales castigos, no le ablandarían. Si le ponían de nuevo en libertad, aplicaría aquellas dotes recién descubiertas a la Escuela. Se sentaría muy feliz en las reuniones y asambleas y las reduciría a puras disensiones por su incansable adopción de los argumentos más contrarios a la opinión general, fuesen cuales fuesen. La carrera no la ganaba, después de todo, el más rápido, sino el más infatigablemente incoherente. La vida era azar, anarquía y caos. Las normas estaban hechas para quebrantarlas y el que tenía mentalidad desaltamontes se hallaba un salto por delante de todos los demás. Tras sentar este nuevo principio, Wilt se volvió de costado e intentó dormir; pero el sueño no llegaba. Probó a ponerse del otro lado, con la misma falta de éxito. Tenía la cabeza llena de pensamientos, preguntas, respuestas irrelevantes y diálogos imaginarios. Intentó contar ovejas, pero cuando se dio cuenta, estaba pensando en Eva. Su querida Eva, la maldita Eva, la bulliciosa Eva. Eva, la del entusiasmo incontenible. Ella, igual que él, había buscado el Absoluto, la Verdad Eterna que la salvase de la molestia de tener que pensar siempre por sí misma. Lo había buscado en la cerámica, en la meditación trascendental, en el judo, en los trampolines y, lo más incongruente de todo, en el baile oriental. Por último, había intentado hallarlo en la emancipación sexual, la liberación de las mujeres y en el Sacramento del Orgasmo, en el cual podría perderse eternamente. Lo cual, bien pensado, era lo que parecía haber hecho. Llevándose consigo a aquellos malditos Pringsheim. En fin, desde luego, tendría que explicar muchas cosas cuando regresara, si es que lo hacía. Wilt sonrió para sí ante la idea de lo que diría Eva cuando descubriera a qué la había llevado su reciente pasión por el Infinito. Ya procuraría él que tuviera razones para lamentarlo hasta el fin de sus días.

En el suelo del cuarto de estar de la vicaría, Eva Wilt luchaba con la creciente convicción de que el día de su muerte ya debía de haber pasado. Ciertamente, todas las personas con las que se ponía en contacto parecían creer que estaba muerta. El policía con quien había hablado por teléfono parecía sumamente escéptico respecto a su existencia y a su buena salud relativamente. Y le había pedido pruebas de su identidad del modo más desconcertante. Eva había retrocedido perpleja ante aquello, con su confianza en su propia existencia seriamente socavada y la reacción del reverendo St. John Froude ante su aparición en su casa no había hecho más que coronar su calvario. Las frenéticas apelaciones del vicario al Todopoderoso para que acogiese en su seno el alma de nuestra querida difunta, una tal Eva Wilt, fallecida, que la librase de su forma mortal y le diese forma perdurable, habían afectado profundamente a Eva. Estaba arrodillada en la alfombra y gemía mientras el vicario la miraba fijamente por encima de las gafas, cerraba los ojos, alzaba una voz temblorosa en oración, abría los ojos, se estremecía y se comportaba, en términos generales, de un modo calculado para provocar tristeza y desánimo en el supuesto cadáver. Y cuando, en una última tentativa desesperada de lograr que Eva Wilt, difunta, ocupase su lugar correspondiente en el coro celestial interrumpió una oración sobre «El hombre que ha nacido de mujer sólo tiene un breve período de vida lleno de miserias» e inició «Mora conmigo», con muchas semicorcheas, Eva abandonó todo intento de controlarse y gimió con un tono muy afectado «Rápido cae la noche». Cuando habían llegado a «Necesito tu presencia cada hora que pasa», el reverendo St. John Froude era de una opinión absolutamente contraria. Salió tambaleante de la habitación y buscó refugio en el despacho. Tras él, Eva Wilt, adoptando su nuevo papel de difunta con todo el entusiasmo que había derrochado anteriormente en los trampolines, el judo y la cerámica, exigía saber dónde estaba el aguijón de la muerte y dónde, tumba, tu victoria.

—Como si yo lo supiera —murmuró el vicario, cogiendo la botella de whisky, aunque sólo para descubrir que también estaba vacía.

El vicario se sentó y se tapó los oídos con las manos para no oír aquel ruido horrible. En realidad, «Mora conmigo» era el último himno que debería haberelegido. Habría sido mucho mejor «Hay una verde colina lejos de aquí». Se prestaba mucho menos a una mala interpretación.

Cuando terminó el himno por fin, el reverendo siguió sentado saboreando el silencio y estaba a punto de investigar la posibilidad de que hubiera otra botella en la despensa, cuando oyó una llamada en la puerta y entró Eva.

—Oh, padre, he pecado —gimió, procurando hacerlo en tono espectral, y rechinando los dientes al mismo tiempo.

El reverendo St. John Froude se agarró a los brazos del sillón e intentó tragar saliva. No era fácil. Luego, sobreponiéndose al miedo razonable de que hubiera llegado, con demasiada brusquedad, al delirium tremens, logró hablar.

— Levántate, hija mía — balbució, mientras Eva culebreaba en la alfombra ante él —. Oiré tu confesión.

20

— ¿Sí?

El inspector Flint desconectó la grabadora y miró a Wilt.

— ¿Sí qué? — dijo Wilt.

— ¿Es ella? ¿Es la señora Wilt?

Wilt asintió.

— Me temo que sí — dijo.

— ¿Qué quiere decir con eso de que teme que sí? Esa condenada mujer está viva. Debería estar usted contento. Y en vez de eso, todo lo que dice es que teme que...

Wilt suspiró.

— Pensaba sólo en el abismo que separa a la persona tal como la recordamos e imaginamos y la realidad de lo que es. Empezaba a tener recuerdos agradables de ella y ahora...

— ¿Ha estado usted alguna vez en Waterswick?

Wilt movió la cabeza.

— Jamás.

— ¿Conoce al vicario de ese lugar?

— Ni siquiera sabía que hubiera allí un vicario.

— ¿Y no tiene idea de cómo pudo llegar allí su esposa?

— Ya la ha oído usted — dijo Wilt—. Dijo que había estado en un barco.

— Y usted no conoce a nadie que tenga un barco, ¿verdad?

— La gente de mi círculo de amistades no tiene barcos, inspector. Quizá tengan uno los Pringsheim.

El inspector Flint consideró la posibilidad y la rechazó. Habían comprobado en los registros y los Pringsheim no tenían ninguna embarcación; y tampoco habían alquilado una.

Por otra parte, la posibilidad de que hubiera sido víctima de algún fraude gigantesco, un plan complicado y premeditado para presentarle como un imbécil, empezaba a adquirir forma en su mente. Instigado por aquel Wilt infernal, había ordenado exhumar una muñeca hinchable y había sido fotografiado contemplándola lívido en el instante mismo en que cambiaba de sexo. Había ordenado una requisa de pasteles de cerdo sin precedentes en la historia del país. No le sorprendería nada que los dueños de la fábrica iniciaran un proceso exigiendo una indemnización por los perjuicios que les había causado todo aquel asunto. Y, por último, había retenido a un hombre, al parecer inocente, para interrogarle durante una semana y le considerarían, sin duda, responsable de los retrasos y de los costes adicionales de la construcción del nuevo edificio administrativo de la Escuela. Habría, muy probablemente, otras consecuencias estremecedoras a tener en cuenta, pero bastaba ya con eso. Y no podía echarle a nadie la culpa. El único culpable era él. O Wilt. Le miró venenosamente.

Wilt sonrió.

— Ya sé lo que está pensando — dijo.

— No — dijo el inspector—. No tiene usted ni idea.

— Que todos somos fruto de las circunstancias, que las cosas nunca son lo que parecen, que hay más de lo que...

— Eso ya lo veremos — dijo el inspector.

Wilt se levantó.

— No creo que me quiera usted para nada más — dijo—. Así que me voy a casa.

— No hará tal cosa. Usted vendrá con nosotros a recoger a la señora Wilt.

Salieron al patio y subieron a un coche policial. Mientras cruzaban las zonas residenciales, pasaban ante las gasolineras y las fábricas y cruzaban luego los pantanos, Wilt iba hundiéndose en el asiento trasero del coche con la sensación de que aquella libertad de que había disfrutado en la comisaría de policía se esfumaba. Y, a medida que recorrían los kilómetros, iba reduciéndose más, y se reafirmaba la áspera realidad de la elección, de tener que ganarse la vida, del aburrimiento y de las interminables discusiones mezquinas con Eva, de las partidas de bridge de los sábados por la noche con los Mottram y los paseos en coche los domingos con Eva. A su lado el inspector Flint, sepultado en un hosco silencio, perdía su atractivo simbólico. No era ya el mentor de la seguridad de Wilt en sí mismo, el contrapeso de su incongruencia; se había convertido en un camarada de sufrimiento en el trajín constante de la vida, casi en una imagen especular de la propia nulidad de Wilt. Y delante, después de aquel paisaje liso y lúgubre con la tierra sombría y los cielos nublados, estaba Eva y una vida entera de intentos de explicaciones y contraacusaciones. Wilt consideró un momento la idea de gritar "Pare, pare el coche. Quiero bajarme", pero el momento pasó. Fuese lo que fuese lo que el futuro le deparara, aprendería a afrontarlo. No había descubierto el carácter paradójico de la libertad sólo para sucumbir de nuevo a la servidumbre de Avenida Parkview, a la Escuela y a los entusiasmos triviales de Eva. Era Wilt, el hombre de la mente de saltamontes.

Eva estaba borracha. La reacción maquinal del reverendo St. John Froude a la asombrosa confesión que ella le había hecho, había sido pasar del whisky al alcohol polaco al 150% que reservaba para situaciones de emergencia. Y Eva, entre calvarios de arrepentimiento y torrentes de pecados espeluznantes, se había humedecido también el gaznate con aquella bebida terrible. Animada por sus efectos, por la petrificada benevolencia de la sonrisa del vicario y por la convicción creciente de que si estaba muerta la vida eterna exigía un acto de contrición absoluta, mientras que, si no lo estaba, ello le permitía eludir el apuro de tener que explicar qué estaba haciendo exactamente desnuda en una casa ajena, Eva confesó sus pecados con un entusiasmo que casaba con sus necesidades más profundas. Aquello era lo que había buscado en el judo y en la cerámica y en el baile oriental, una expiación orgiástica de su culpa: confesó pecados que había cometido y pecados que no había cometido, pecados que le habían ocurrido a ella y pecados que había olvidado. Había traicionado a Henry, había deseado su muerte, había deseado a otros hombres, era una mujer adúltera, era una lesbiana, una ninfomaniaca. Y salteados con estos pecados de la carne había pecados de omisión. Eva no se dejó nada. Las cenas frías de Henry, sus paseos solitarios con el perro, su menosprecio a todo lo que él había hecho por ella, el no ser una buena esposa, su obsesión con el Harpic... salió todo. El reverendo St. John Froude, sentado en su silla, cabeceaba incesante

como un perro de juguete de esos que se ponen en las lunetas posteriores de los coches, alzando la cabeza para mirarla fijamente cuando ella confesó que era ninfomaniaca y bajándola abruptamente ante la mención del Harpic y, todo el tiempo, intentaba desesperadamente comprender qué había llevado a una señora gorda desnuda (el sudario no hacía más que caérsele), no, definitivamente, no era una mujer, a su casa, una mujer que manifestaba todos los indicios de padecer manía religiosa.

— ¿Es eso todo, hija mía? — murmuró, cuando al fin Eva agotó su repertorio.

— Sí, padre — dijo Eva, quejumbrosamente.

— Gracias a Dios — dijo el reverendo St. John Froude fervientemente, y se preguntó qué hacer a continuación.

Si eran ciertas la mitad de las cosas que acababa de oír, estaba en presencia de una pecadora tan depravada que ante ella hasta el ex — archidiácono de Ongar resultaba un santo. Por otra parte, había incongruencias en los pecados que había confesado que le hacían vacilar a la hora de dar la absolución. Una confesión llena de falsedades no era indicio de verdadero arrepentimiento.

— Me ha dicho usted que está casada — dijo, dubitativo —, y que Henry es su marido legal.

— Sí — dijo Eva —. Pobre Henry.

Pobre tipo, sí, pensó el vicario, pero tenía demasiado tacto para decirlo en voz alta.

— ¿Y le ha dejado usted?

— Sí.

— ¿Por otro hombre?

Eva negó, con un gesto.

— Para darle una lección — dijo, con súbita belicosidad.

— ¿Una lección? — dijo el vicario, intentando frenéticamente imaginar qué clase de lección había podido aprender el desdichado señor Wilt con la ausencia de su esposa —. ¿Dice usted una lección?

— Sí — dijo Eva —. Quería que supiese que no podría arreglárselas sin mí.

El reverendo St. John Froude bebió un trago, pensativo. Aun creyendo que fuese cierto sólo un cuarto de lo que había confesado, a su marido debía de resultarle verdaderamente delicioso arreglárselas sin ella.

— ¿Y ahora quiere volver con él?

— Sí — dijo Eva.

— ¿Pero él no quiere que usted vuelva?

— No puede. La policía le ha detenido.

— ¿La policía? — dijo el vicario—. ¿Y podría usted decirme por qué le ha detenido la policía?

— Dicen que me ha asesinado — dijo Eva.

El reverendo St. John Froude la miró con renovada alarma. Ahora sabía que la señora Wilt estaba mal de la cabeza. Miró a su alrededor buscando algo que pudiese utilizar como arma en caso necesario y no hallando nada mejor que elegir que un busto de escayola del poeta Dante y la botella de alcohol polaco, agarró esta última por el cuello. Eva alzó el vaso.

— Oh, es usted tremendo — dijo—. Va a conseguir usted ponerme piripi.

— Sin duda, sí, claro — dijo el vicario, y posó de nuevo la botella, precipitadamente.

Ya era bastante el estar solo en casa con una mujer grande, borracha y semidesnuda, que se imaginaba que su esposo la había asesinado y que confesaba pecados sobre los que él hasta entonces sólo había leído, sin necesidad de que ella llegase además a la conclusión de que intentaba emborracharla deliberadamente. El reverendo St. John Froude no tenía ningún deseo de figurar en lugar prominente en el News of the World del domingo siguiente.

— ¿Decía usted que su esposo asesinó...? — se detuvo.

No parecía un tema que mereciera la pena desarrollar.

— ¿Cómo podría haberme asesinado? — preguntó Eva—. Estoy aquí en carne y hueso, ¿no?

— Desde luego — dijo el vicario—. De eso no hay duda.

— Bueno, entonces... — dijo Eva —. Y de cualquier modo, Henry sería incapaz de asesinar a nadie. No sabría hacerlo. No es capaz ni de cambiar los plomos. Tengo que hacer yo todas esas cosas en la casa.

Luego, se quedó mirando malévolamente al vicario.

— ¿Usted está casado? — le preguntó.

— No — dijo el reverendo St. John Froude, deseando ardientemente estarlo.

— ¿Y qué sabe usted de la vida si no está casado? — preguntó Eva, truculenta.

El alcohol polaco comenzaba a ejercer sus efectos ya y le producía una horrible sensación de agravio.

— Hombres, hombres. ¿Para qué sirven los hombres? No son capaces ni de mantener una casa limpia. Fíjese en esta habitación. Le digo a usted... — Movié los brazos para subrayar lo que decía, y se le cayó el guardapolvo—. Fíjese, fíjese.

Pero el reverendo St. Froude no tenía ojos para la habitación. Lo que podía ver de Eva era suficiente para convencerle de que su vida estaba en peligro. Se levantó de la silla de un salto, tropezó en una mesa, derribó la papelera y se lanzó por la puerta hacia el pasillo. Cuando corría a buscar un lugar de refugio, sonó el timbre de la puerta de entrada. El reverendo St. John Froude la abrió y se quedó mirando fijamente al inspector Flint.

— Gracias a Dios que han llegado — balbució —. Está ahí dentro.

El inspector y dos agentes uniformados cruzaron el pasillo. Wilt les seguía, inquieto. Aquel era el momento que había estado temiendo. En realidad, todo resultaba mejor de lo que había esperado. No era así para el inspector Flint. Entró en el despacho y se encontró frente a frente con una mujer grande y desnuda.

— Señora Wilt... — comenzó, pero Eva miraba fijamente a los dos agentes uniformados.

— ¿Dónde está mi Henry? — gritó —. Han detenido ustedes a mi Henry.

Y se lanzó hacia la puerta. El inspector, imprudentemente, intentó detenerla.

— Señora Wilt, si quisiera usted...

Un golpe en la cabeza cortó la frase.

— No me ponga las manos encima — gritó Eva, y utilizando sus conocimientos de judo le tiró al suelo.

Estaba a punto de repetir la operación con los agentes cuando irrumpió Wilt en la estancia.

— Estoy aquí, querida — dijo.

Eva se contuvo entonces. Tembló un instante y, desde el punto de vista del inspector Flint, pareció a punto de fundirse.

— Oh, Henry — dijo —. ¿Qué te han estado haciendo?

— Nada en absoluto, cariño — dijo Wilt —. Ahora vístete. Nos vamos a casa.

Eva se miró entonces, se estremeció y le permitió sacarla de la habitación.

El inspector Flint se puso de pie lenta y cansinamente. Ahora sabía por qué Wilt había tirado aquella maldita muñeca por el agujero aquel y por qué había soportado tan tranquilo días y noches de interrogatorio. Después de doce años de matrimonio con Eva Wilt, la necesidad de cometer un homicidio, aunque sólo fuera por delegación, debía de ser abrumadora. Y, en cuanto a la capacidad de Wilt para soportar los interrogatorios... era algo evidente por sí mismo. Pero el inspector sabía también que nunca sería capaz de explicárselo a nadie. Había misterios en las relaciones humanas que desafiaban el análisis. Y Wilt había aparecido allí tan tranquilo y le había dicho a su esposa que se vistiera. Con una renuente sensación de admiración, el inspector salió al vestíbulo. Aquel tipejo tenía agallas, por muchas otras cosas que pudieran decir de él.

Volvieron en coche a la Avenida Parkview en silencio. Eva, en el asiento trasero, envuelta en una manta, durmió con la cabeza apoyada en el hombro de Wilt. Henry Wilt iba a su lado, muy orgulloso. Una mujer capaz de silenciar al inspector Flint con un golpe rápido en la cabeza, valía su peso en oro. Y, además, aquella escena del despacho le había proporcionado el arma que necesitaba. Desnuda y borracha en el despacho de un vicario... No habría ya preguntas de por qué había tirado él la muñeca aquella por el agujero. No habría acusaciones, no habría recriminaciones. Todo el episodio quedaría relegado al mejor de los olvidos. Y, con ello, se desvanecerían todas las dudas respecto a la virilidad de Henry y a su capacidad para enfrentarse al mundo. Era un jaque mate. Hubo un momento en que Wilt casi cayó en el sentimentalismo y pensó en el amor, pero recordó a tiempo lo peligroso que era el tema. Sería mejor atenerse a la indiferencia y al afecto encubierto. “Que los perros que duermen no despierten”, murmuró.

Era una opinión compartida por los Pringsheim. Cuando una lancha de la policía les sacó del yate, mientras salían a la orilla, mientras explicaban a un

escéptico inspector Flint cómo habían acabado encallados durante una semana en Eel Stretch en una embarcación que pertenecía a otra persona, se mostraron extrañamente poco comunicativos. No sabían tampoco cómo se había roto la puerta del cuarto de baño. En fin, quizás hubiera habido algún accidente. Estaban demasiado borrachos aquel día para recordarlo. ¿Una muñeca? ¿Qué muñeca? ¿Hierba? ¿Quiere decir usted marihuana? No tenían ni la menor idea. ¿En su casa?

Al final, el inspector Flint les dejó marcharse.

— Volveré a verles cuando se hayan formulado oficialmente las acusaciones — les dijo con aspereza.

Los Pringsheim salieron hacia Rossiter Grove a hacer el equipaje. A la mañana siguiente, tomaron el avión en Heathrow.

21

El director estaba sentado en su escritorio y miraba a Wilt incrédulo.

—¿Ascenso? —preguntó—. ¿Ha pronunciado usted la palabra “ascenso”?

—Así es —dijo Wilt—. Y más aún, dije “Jefe del Departamento de humanidades”.

—¿Después de todo lo que ha hecho usted? ¿Es posible que tenga el descaro de entrar aquí y exigir que le nombren jefe del Departamento de Humanidades?

—En efecto —confirmó Wilt.

El director pugnaba por encontrar palabras que correspondiesen a sus sentimientos. No era fácil. Delante de él estaba sentado un hombre que era responsable de la serie de desastres que habían puesto fin a sus esperanzas más ardientes. La Escuela ya nunca sería un instituto politécnico. El rechazo del título conjunto significaba precisamente eso. Y luego, la publicidad adversa, el recorte del presupuesto, sus luchas con el Comité de Educación, la humillación de que le llamaran el director de la Escuela de los Jodemuñecas...

—¡Queda usted despedido! —gritó.

Pero Wilt sonrió.

—Me parece que no —dijo—. Aquí tiene usted mis condiciones...

—¿Sus qué?

—Condiciones —dijo Wilt—. A cambio de que se me nombre jefe del Departamento de Humanidades, no iniciaré acción legal alguna contra usted por despido injusto, con toda la publicidad aneja que eso entrañaría. Retiraré asimismo mi demanda contra la policía por detención ilegal. No firmaré, además, el contrato que tengo aquí con el Sunday Post para una serie de

artículos sobre el verdadero carácter de las Artes Liberales... me propongo calificarlas de Exposición a la Barbarie. Cancelaré las conferencias que había prometido dar en el Centro de Educación Sexual. No apareceré el domingo próximo en el programa de televisión Panorama. Abjuraré, en resumen, de todos los placeres y satisfacciones de la notoriedad...

El director alzó una mano temblona.

— Basta — dijo —. Veré lo que puedo hacer.

Wilt se levantó.

— Comuníqueme su decisión a la hora de comer — dijo —. Estaré en mi despacho.

— ¿Su despacho? — dijo el director.

— El que pertenecía al señor Morris — dijo Wilt, y cerró la puerta.

El director cogió el teléfono. No había la menor duda de que las amenazas de Wilt iban completamente en serio. Tendría que darse prisa. Wilt bajó al Departamento de Humanidades y se puso a mirar los libros de las estanterías. Tenía pensados algunos cambios. Desaparecería El señor de las moscas. Y con él, Shane, Mujeres enamoradas, los Ensayos de Orwell y El guardián en el centeno, síntomas todos ellos de condescendencia intelectual, inconexos gusanos de sensibilidad. En el futuro, Instaladores de Gas Uno y Carne Dos aprenderían el cómo de las cosas y no el porqué. Aprenderían a leer y a escribir. A fabricar cerveza. A malgastar las devoluciones de las retenciones por el impuesto sobre la renta. A tratar con la policía en caso de detención. A hacer funcionar bien un matrimonio incompatible. Wilt daría él mismo las dos últimas clases. Los miembros del Departamento pondrían objeciones, amenazarían incluso con la dimisión. Perodaría lo mismo. El aceptaría muy satisfecho las dimisiones de quienes se opusieran a sus ideas. Después de todo, no hacía falta un título de licenciado en literatura inglesa para enseñar a hacer algo a Instaladores de Gas. Bien pensado, los alumnos le habían enseñado más de lo que de él habían aprendido. Mucho más. Entró en el despacho vacío del señor Morris, se sentó a la mesa, y redactó un memorándum dirigido a los miembros del Departamento de Humanidades. El encabezamiento era: «Notas sobre un sistema de autoenseñanza para las clases de formación profesional.» Acababa de escribir “no jerárquico” por quinta vez cuando sonó el teléfono. Era el director.

— Gracias — dijo el nuevo jefe del Departamento de Artes Liberales.

Eva Wilt subía muy contenta por la Avenida Parkview. Volvía del consultorio del médico. Le había preparado a Henry el desayuno, había limpiado la habitación de la entrada y el vestíbulo y las ventanas, y el cuarto de baño con Harpic, y se había acercado al Centro de la Comunidad Armonía y había ayudado a hacer fotocopias pidiendo voluntarios para la formación de un nuevo grupo teatral; y había hecho la compra, y le había pagado al lechero, y había ido a ver al médico para preguntarle si tenía interés hacer un tratamiento con fármacos para la fertilidad y lo tenía, sí, “Claro que tendremos que hacer varias pruebas y análisis”, le había dicho el médico, “pero no hay motivo alguno para pensar que resulten negativos. El único peligro es que podría tener sextillizos”. Eso no era ningún peligro para Eva. Era lo que ella había querido siempre, una casa llena de niños. Y todos de una vez. A Henry le agradaría. Y, en fin, el sol brillaba más, el cielo era más azul, las flores de los jardines más rosadas, y hasta Parkview parecía haber adquirido un aspecto nuevo, más alegre y más claro. Era uno de los “días especiales” de Eva Wilt.

— — — FIN — — —